

EL AMBIENTE ESPAÑOL
VISTO POR
JUAN RUIZ DE ALARCON

by

Alva V. Ebersole, jr.
A.B., Mexico City College, 1949
A.M., Mexico City College, 1951

Submitted to the Department of
Romance Languages and the Fac-
ulty of the Graduate School of
the University of Kansas in
partial fulfillment of the re-
quirements for the degree of
Doctor of Philosophy.

Advisory Committee:

Chairman

May, 1957.

A Carmen...

INDICE

Preliminares I

CAPITULO I... Salamanca y la vida estudiantil . . . 1

Descripción de la ciudad, 2. Estudiantes, 3. Cursos, 4. Sueldos, 6. Cátedras y cómo se conseguían, 6. Asistencia a clase, 7. Descripción de la Universidad, 8. Costo de la licenciatura, 9. Costo del doctorado, 10. Obligaciones de los catedráticos dentro y fuera de la Universidad, 12. Posadas y arriendo de casas para estudiantes, 16. Vestido del estudiante, reglas sobre sus posesiones, 17. Vida y costumbres del estudiante, sus fechorías y aventuras, 21. Trato de novatos, 27a. Juegos, 27a. Estudiantes pobres, 28. La comida en las pensiones de estudiantes, 30. Estudiantes de diversas partes de España, 31. Importancia de la Universidad, hombres ilustres salidos de ella, 32.

CAPITULO II... Madrid. 34

Madrid y sus alrededores, historia y descripción, 35. Malas condiciones higiénicas, 38. Las casas, 39. Costumbres en general, 42. Mentideros, 42. Plaza Mayor, Calle Mayor, 42. El Prado, el Sotillo, huertas y parques, 45. Calle de Atocha, 49. Fuentes, 51. Hospitales, 52. La misa como obligación y costumbre, 53. Iglesias, 53. Edificios famosos, 55. La Corte, 55. Pragmáticas sobre recogimiento de damas, 57. Forasteros y pretendientes en la Corte, 57. Vida de la Corte, 62. Mujeres de la Corte, 63. Ministros, 64. Lacayos, 65. El Rey y su Corte, 66. El Palacio Real, 66. Galanteo, 68. La nobleza, 69. Mendigos y pícaros, 73. Del soldado, 76. Ladrones, 78. Agentes de negocios, 81. El indiano, 83. Del viajero, hospedaje y comida, 85. Coches, 90. Toros y cañas, 94. Del juego, 103. Fiestas y diversiones, 106. Más sobre costumbres, 110. Tertulias, 113. Industrias y nombres de calles, 114. Resumen de costumbres, cita de Alarcón, 116.

CAPITULO III... El caballero y el criado. 119

"Credo" de la época, 119. El hombre, traje y aderezo, 120. El uso del "don", defensa que hace Alarcón, 131. La sodomía, 133. El honor y los desafíos, 134. Del criado, 141. Trato y comportamiento del criado, 145. Criadas, 147. Esclavos, 147. Deberes del criado, 148. Clases de criados, 149.

CAPITULO IV... La mujer. 154

Retrato de la mujer, según Alarcón, 154. La mujer en la familia, 157. Lenguaje de la mujer, 158. Supremacía del hombre, 160. Las pedigüeñas, 161. Atavío de la mujer elegante, 164. Afeites, 169. Solteras y doncellas, 171. Adulterio, 172. Entrevistas amorosas, regalos entre enamorados, 178. Cubiertas y tapadas, 183. Visitas, 184. Rameras, 185.

CAPITULO V... Los teatros. 188

Teatros, 188. Compañías de teatro, 189. Clases de compañías, 192. Los corrales, 194. Orden de la representación, 197. Jácaras, mojigangas, bailes, etc., 197. Vida y costumbres del actor, 199. Del público, 204. Mosqueteros, 205. Comportamiento del público durante la representación, 208. Carteles anunciadores, 209.

CAPITULO VI... Supersticiones y hechicerías. 211

Religión y religiosos, 211. La religión como carrera y refugio, 213. Reclusión de jóvenes en conventos, 213. Comportamiento de las monjas, 213. Galanes de monjas, 213. Trato entre frailes y monjas, 214. Supersticiones, 216. Amuletos y objetos utilizados para hechizos, 220. Adivinanzas, 222. Brujería, 223. Conjuradores entre los religiosos, 224. Saludadores, 225. Artes adivinatorias, 225. Nigromancia, 227. Endemoniados, 229. Exorcismos, 231. Quiromancia, 232. Aojamiento, 233. Astrología, 234. Astrología judiciaria, 237. La cueva de Salamanca, 238. Conceptos de Juan Ruiz de Alarcón sobre las supersticiones mencionadas, 239.

CONCLUSIONES. 244

Notas 249

Bibliografía 287

PRELIMINARES

Obsérvese que prefiero emplear la palabra "disertación" en vez de "tesis" porque, como dijo Cervantes respecto de su Quijote, yo, padraastro y no padre, no intento sostener idea nueva; las páginas que siguen serán exposición o enfoque de la obra de Juan Ruiz de Alarcón hacia una fase menos explorada de su producción teatral: el reflejo del ambiente español tal como él lo conoció y observó o criticó durante sus años de residencia en Salamanca, Sevilla y Madrid, en las primeras décadas del siglo XVII en España.

Intentaré trazar una línea, no muy recta, quizás, a través de la obra de Alarcón; línea que señalará cómo y dónde se refleja ese ambiente en que el dramaturgo pasó casi toda su vida adulta.

Los hechos principales de la vida de Alarcón, ligeramente sumariados, siguen. "Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza nació, de seguro, en la ciudad de México, en 1581. Fueron sus padres Pedro Ruiz de Alarcón y Leonor de Mendoza --radicados en la región minera de Tasco, al sur del reino de la Nueva España... Don Juan se inscribió, en 1592, en la Universidad de México. Cursó la asignatura de Cánones y también siguió las de Prima de Decreto y Prima de Instituta. Hacia 1600 salió de la capital del virreinato para España. En la Universidad de Salamanca obtuvo el grado

de bachiller en Cánones. En 1605¹ terminó los estudios que le acreditan como licenciado en Leyes. En 1606 se instaló en Sevilla, bajo la protección de su pariente el P. Diego Ruiz de Montoya. En unión de varios amigos asiste y toma parte en las fiestas literarias que tienen lugar en San Juan de Alfarche. Salíó de España para México en 1608; en agosto del propio año llegó a Veracruz, y en seguida partió rumbo a la capital. En México, en 1609, obtuvo la licenciatura de Leyes -- lo cual confirma que no le extendió diploma en Salamanca. Sin causa conocida, en 1613 volvió a salir de México. En octubre del mismo año ya estaba instalado en Madrid. En 1625, obtuvo un puesto en el Consejo de Indias; el cual, al cabo de ocho años, se le otorgó en propiedad. Ambos nombramientos implican la edición de las dos partes de sus comedias. La primera es de 1628 y la segunda de 1634.

En 1638 se encuentra enfermo, pues sus visitas al Consejo donde trabaja escasean. En los primeros meses de 1639 se agrava, deja mandas y legados y nombra heredera principal a su hija, Lorenza de Alarcón. Fallece el 4 de agosto de 1639 en casa de la calle de Las Urosas.¹"

Me propongo examinar el ambiente salmantino y madrileño tal como estaban a principios del siglo XVII hasta el año en que el pobre corcovado dejó de escribir para el teatro, hacia fines de la tercera década del mismo siglo, cuando por fin consiguió el empleo de auditor en el Consejo que le había costado tantos años de obtener.

En el estudio de Salamanca, podremos observar cuánto

nuestro dramaturgo absorbió el ambiente estudiantil de la Universidad, y con qué cariño recuerda los días que pasó en esta "Atenas", como la llamó él.

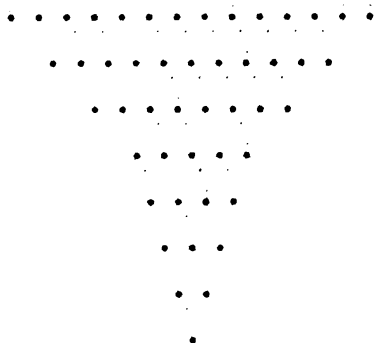
Al examinar el ambiente madrileño ha de verse que el poeta, buen observador de las costumbres de su tiempo al comentarlas o exponerlas en sus comedias muestra propósito distinto al que le inspiró el salmantino.

A modo de ilustración ha parecido indispensable exponer lo que dijeron de la vida española los contemporáneos españoles de J.R. de Alarcón, a veces como curiosidad, otras con propósito crítico o simplemente satírico. Y a título de contraste o confirmación observaremos cómo algunos extranjeros veían el país que visitaban no tanto para criticar lo que notaban sino para señalar defectos.

Alarcón, aunque mexicano por nacimiento, escribe para un público español, y en pocas ocasiones se preocupa de mencionar su país de origen, y cuando lo hace, no es para señalar costumbres o defectos de aquella tierra sino para contar algún suceso histórico, como en el caso del desagüe mexicano. Como dice Serge Denis, en su estudio del lenguaje de Alarcón: "Le paysage de Mexico et qu'il eût été une nouveauté pour son public ne l'inspire pas... Le Mexique est cité plus souvent chez Lope et chez Tirso que dans le théâtre d'Alarcón."²

Y como fin, apoyándome en la autoridad del mismo crítico y justificar el presente trabajo, cítole una vez más: "D'autres passages encore témoignent de son souci constant

de faire, à propos de Madrid, la satire des mœurs de son temps, ce qui incline à ne pas prendre au pied de la lettre toutes ses affirmations. Il faut tenir compte, comme il a été dit, du grossissement habituel au théâtre, des exigences de la satire, et aussi de la misanthropie du moraliste. Mais à travers la voile interposée, on entrevoit suffisamment la réalité de la vie madrilène.³"



CAPITULO I

SALAMANCA Y

LA VIDA ESTUDIANTEL

En el libro de matrícula de la Universidad de Salamanca aparece lo siguiente: (Sant Lucas de 1600) "Btll^o en Canones de Juan Ruiz de Alarcon. nãl de Mexico en La nueva españa. traxo. Sus cursos de mexico. En Salamanca a Veinte y cinco dias del mes de otubre de mill y seis-
cientos años."¹ Sabemos, pues, que el joven estudiante pasó los primeros años de su estancia en España en la entonces mundialmente conocida ciudad de Salamanca, matriculado en su universidad. Estos años, los más importantes, quizás, de la vida de cualquier hombre, cuando se forman las ideas de la vida que durarán toda la vida, dejaron su huella en la mente del nuevo bachiller. Veamos ese ambiente en que se formó.

Quien haya llegado a Salamanca al anochecer comprenderá la impresión que debió haber recibido todo estudiante nuevo desde la fundación de la universidad. La catedral, el Tormes que da una mota natural al pies de la ciudad, las calles empedradas, estrechas, que han pisado miles de jóvenes desde el siglo XII, las vetustas casas señoriales, las iglesias y conventos, han creado ese ambiente recordatorio del pasado. En la época de Cervantes, como hoy, la ciudad gozó ~~una~~ de amable, atrayente y celosa de su reputación. Cervantes escribió de ella estas palabras,

que hoy campear en letras de bronce en el lugar más honroso de la ciudad: "Salamanca, que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado".²

Parece ser que el defecto más grande de la ciudad era su clima, aunque éste se menciona como una de las razones de por qué los fundadores de la universidad escogieron este sitio como favorable para la juventud. Pero "Espinel, tan sensible a los hielos y ventiscas, llamaba a Salamanca 'tierra frigidísima, donde un jarro de agua suele corromper a un hombre', aludiendo a sus malas aguas. También en Lope se reflejan las burlas salmanticenses como la de vestir al bobo 'en figura de príncipe reciente en la Universidad', muy bizarro, con capa, espada y buquel, si bien utilizado por Carcerán para su industria, '¡Bravo cuento, para mañana en escuelas!'.³

Antiguamente, como ahora, estaban los edificios de la Universidad frente a la catedral. La fachada del edificio de las Escuelas Mayores, que data de la época de los Reyes Católicos, daba al patio donde se encontraba el Hospital del Estudio y las Escuelas Menores, patio donde está situada hoy la estatua de Fray Luis de León, uno de los catedráticos más queridos de la Universidad. El número de estudiantes que constaba en los libros de matrícula en la época de Ruiz de Alarcón no es cifra exacta, si se consideran las sumas de diversos autores, puesto que al número de matriculados hay que sumar el de los criados que tenían

derecho a asistir a clases, y el de los que no se molestaban en inscribirse. Unicamente así es de comprender cómo algunos testigos de la época hablan de diez mil estudiantes, o más, mientras de seis o siete mil otros investigadores modernos, a fines del siglo XVI y principios del XVII. "No hay duda sino que, en general, las Facultades de Leyes y Medicina eran, como ahora, las más concurridas. Gracián escribe de Salamanca que en ella 'no tanto se trata de hacer personas, cuanto letrados, plaza de armas contra las haciendas.'⁵ Poco después de la época de Alarcón es cuando, en competencia con la Universidad de Alcalá, que recibía más y más apoyo de Felipe III y IV, y de los Jesuitas, el número de estudiantes de la universidad de Salamanca empezó a disminuirse. En nuestro siglo ha vuelto a ver una cifra considerable de nuevos estudiantes.

Los estudiantes solían llevar a las aulas, liados con cintas o correas, los libros, bademécums y cartapacios de sus apuntes, estudiando y anotando lo que el maestro explicaba. "De esa costumbre y del nombre de Bártulo, famoso jurisconsulto del XIV, cuyos comentarios a las leyes romanas se estudiaron por más de tres siglos en las Universidades de Europa, nació el que se dijera en España la frase liar o arreglar los bártulos, para significar que uno se preparaba para irse a alguna parte. Los estudiantes, una vez terminadas las clases, ataban sus libros y cartapacios y, siendo tan comunes las obras de aquel jurisconsulto italiano, por extensión se vino a dar

ese nombre a todos los libros que los estudiantes llevaban a las escuelas, y, al recogerlos para irse a casa, se decía liar los bártulos.⁶

"Los estudiantes, al llegar a Salamanca, presentábanse con sotana y manteo al cancelario y juez del Estudio, quienes les entregaban una papeleta donde se leía: Va arreglado en el traje. Sin este requisito no podían inscribirse en la matrícula."⁷

Se abría la primera matrícula del año escolar en octubre; el curso valía desde el día en que fuese matriculado, a condición de que se hubiese inscrito antes de San Martín, o sea, el once de noviembre. Las matrículas se publicaban tres veces al año: el once de noviembre, después de Navidad, y después de Pascua de Resurrección. Las lecciones duraban desde que se abría la primera matrícula hasta fines de agosto.⁸ El curso "Empezaba... por San Lucas (18 de octubre), y terminaba por San Juan (24 de junio), en cuyo tiempo los catedráticos propietarios habían de dar ciento cuarenta y cuatro lecciones; cuarenta y dos hasta fin de diciembre, treinta y seis en los meses de enero y febrero, treinta y cuatro en los dos siguientes, y treinta y dos hasta San Juan. Desde este día hasta el ocho de septiembre, seguía lo que podíamos llamar el cursillo, estando a cargo de sustitutos las lecciones, que subían al número de cuarenta y nueve, para que se pudieran completar las que faltasen a los alumnos o repasar aquellas materias que no habían logrado dominar. Entonces nuestros discípulos

entraban en vacaciones por espacio de cuarenta días." (9)⁵
"En los días de Pascuas, Domingos y fiestas de Nuestra Señora y Apóstoles no se leerá lección en las Escuelas ni fuera de ellas; y en las demás fiestas de guardar tampoco antes del mediodía, bajo la pena de tres reales que se han de repartir entre el Bedel y el Hospital, exceptuándose de esta disposición los gramáticos y artistas."¹⁰

Muchos de los nuevos estudiantes no siempre representaban lo mejor de la sociedad española, según comentarios de la época, como éste: "atento a que vienen a esta Universidad a matricularse muchos mozos mayores de veinte años, sin ánimo de estudiar, y que no estudian palabra, ni tratan más que de valentía y de buscar inquietudes y caminos por donde sustentarse, y pervertir a la gente de poca edad..."¹¹ "El remedio que acordó el Claustro, fué en parte algo fuerte: que no se matriculase ninguno sin traer certificación de gramática y partida de bautismo. Que a los mayores de veinte años se los sujete a examen, y si no compareciesen, ni presentasen cuadernos de lecciones, ni supiesen latín, los borren de la matrícula, y se avise al Corregidor, para que los prendiesen por vagos, y envíen a servir en la guerra. Y en efecto, esto era lo justo; pues, si querían cursar en valentía, podían hacerlo en Cataluña, Portugal y Flandes, mejor que en Salamanca; y no debía ser el fuero académico amparo de revolvedores y bellacos, como por lo común lo era."¹²

.

6

Juan Ruiz de Alarcón sentía un gran respeto por el gran centro de cultura que era (y es) la Universidad de Salamanca. Decía:

"En esta universidad,
Donde la sabia Minerva
Hoy tiene el sagrado culto
De que está celosa Atenas," (13)

Y lo decía con sobrada razón. A mitad del siglo XVI la universidad "could boast sixty chairs, including ten of Canon Law, seven of Medieval, seven of Theology, eleven of Logic and Philosophy, and four of Greek."¹⁴ El sueldo de la mayoría de estas cátedras era de doscientos ducados. "The chairs most eagerly coveted were those de propiedad, which the holders retained till their death, although they might retire after twenty years and as jubilados pay a part of their salary to a substitute. The most important Chairs in each faculty were those of Prima, and the lectures in these Chairs lasted one and a half hours, instead of one."¹⁵

En la época de Alarcón los estudiantes, por voto popular, elegían Rector y Catedráticos. Esta democratización de la universidad tenía sus defectos, según un comentario de la época, que pone el dedo en la llaga "de los males que había que remediar en Salamanca...: la envidia y la codicia. La envidia fomentada por el elemento democrático introducido en la provisión de cátedras por votos de estudiantes porque mientras éstos elijan sus maestros, tendrán éstos que encubrir sus vicios y

holgazanería, y adularlos, a fin de tenerlos propicios en las elecciones. Añádase la codicia en los pupilajes, que rebaja también a los maestros."¹⁶

Los alumnos no tenían la preocupación de tener que asistir a sus clases; el catedrático, sí. A veces, si el estudiante era rico, su paje "debía ir a tomar lugar en la cátedra y a meter el libro y recado de escribir..., procurando buscarle siempre el asiento en un principio de banco, sin mudarle, no quitando el lugar a nadie y evitando, en aquello como en todo, competencias y discusiones. El paje, después de ceder el puesto a su señor, debía seguir las mismas lecciones, para, al terminar, acudir a tomar el libro y a recoger el vademécum y demás recados."¹⁷

Los ricos, sí, acudían, pero ¿los demás? "Acudían poco a escuelas, siendo más frecuente el quedarse en la cama, sobre todo cuando el cielo les obsequiaba en sus perezas con el regalo de sus aguas o sus nieves, dándose el caso de haber algunos tan poco curiosos y de perversa inclinación y rudo ingenio, que a los quince años de matrícula y diez de cursos en cada Facultad, no sabían ni leer ni escribir, resultando, a pesar de su estulticia, unos inconsiderados mozalbetes, para los cuales no existía ni Dios, ni la ley, ni el rey."¹⁸

Se puede explicar, en cierto modo, esta actitud por parte de los estudiantes, en cuanto al deber de aparecer en la Cátedra,, porque "Acreditábase la asistencia a clase

por medio de cédulas que daban los catedráticos, pero no habiendo exámenes de fin de curso, ni exigiéndose la aprobación del anterior para cursar el siguiente, semejantes cédulas no acostumbrábanse a pedir por los estudiantes, sino cuando les eran necesarias para pretender los grados."¹⁹

Los catedráticos se llamaban de prima o de vísperas, según explicasen por la mañana o por la tarde y algunos tenían nombres singulares: "Catedrático de Digesto viejo, ídem de Volumen, ídem de Método, ídem de Simples, aclarado por los Estatutos diciendo: 'El catedrático de Simples leerá en el primer año los cinco libros De simplicium medicamentatum facultate'".²⁰

La Biblioteca de la Universidad fué fundada por Alfonso el Sabio; desde muy temprano se podía comparar con las de las universidades de París, Oxford y Bolonia. Tenía fondos adecuados para la compra de libros, para que no se quedara atrás, en la época de este estudio.²¹

Otro aspecto de la organización de la Universidad es el de los colegios incorporados a la Universidad, y la influencia que ejercían en la vida universitaria. Los llamados Mayores --los más poderosos, también-- eran el de San Bartolomé (El Viejo), de Santiago el Cebedeo (de Cuenca), San Salvador (de Oviedo) y Santiago (el Arzobispo). El primero, el de San Bartolomé, gozaba de unas rentas que le fueron dotadas desde su establecimiento a principios del siglo.XV.²² Seguían en importancia los cuatro de las Ordenes Militares, fundados en el reinado de Carlos V. "Los

llamados Menores, por serlo en renta, plaza, esplendor, pero no en el fin de la fundación, y cuyo número ascendía a veintiuno, fundado el más antiguo de la Virgen de la Vega, en 1166, y el más moderno de San Ildefonso, en 1610; casi todos, lo mismo Mayores, que Militares o Menores, ocupaban monumentales edificios, con numerosa dependencia y cuantiosas rentas. Y, finalmente, las diversas comunidades religiosas tenían en la ciudad veinticinco conventos con colegios incorporados a la Universidad, donde las diversas órdenes mandaban sus estudiantes.²³ La Compañía de Jesús fundó un Seminario en 1548, pero no gozaron de todos los privilegios que los demás hasta muchos años después, en el siglo XVII, bajo la protección de la esposa de Felipe III, doña Margarita de Austria.²⁴

.

Los estudiantes no podían preguntar nada al profesor durante la clase, pero antes o después de este período tenían derecho a atacar o ampliar el tema que éste acababa de desarrollar en la conferencia. Los profesores tenían la obligación, por costumbre, de contestar cualquier cosa, fuera idiotez o idea profunda, y no podían eludir su deber para con los estudiantes.²⁵

Otro de los grandes problemas de los estudiantes que llegaban al final de sus estudios, y quisieran licenciarse o doctorarse era el costo de las muchas ceremonias y propinas que tenían que asumir. "Costosísimos los grados de licenciado, en la Universidad de Salamanca, no tenían fin

los derechos ni número las propinas, en la tentativa; en la repetición, al padrino, examinadores y bedeles, a los que tapizaban la Universidad, a los que publicaban las conclusiones, a los atabaleros y trompeteros, propinas y derechos que crecían y se multiplicaban al llegar el acto de la licenciatura, que se verificaba en la capilla de Santa Bárbara de la iglesia Catedral, a los campaneros de la misma, a cada uno de los ministros asistentes, al maestre-escuela, padrino, examinadores y bedeles, maestro de ceremonia y al arca boba de la Universidad, a los que se encargaban del recado de la loza para la cena, a los que servían ésta y a los músicos y ministriles. Añadíase la cera para la misa, canceller, padrino y graduando, graduados, secretario de la Universidad, sacristán de la capilla, incluyendo la de varios altares, y muy especialmente la de Nuestra Señora de la Estrella, en cuya capilla oraba el aspirante al grado, durante la votación, en compañía del maestro de ceremonias."²⁵

"Más costosos que los grados de licenciado, los de doctor, por el mayor número de ceremonias y superior categoría del grado, acostumbraban a ascender a cuarenta mil reales, por lo que se asociaban por lo menos tres estudiantes para poder sufragar desembolso tan crecido, que aumentaba a maravilla con la merienda del apartado de todos la víspera del grado, el paseo por la ciudad, las colocaciones y las propinas para los individuos del claustro, en el acto del grado, y el refresco con que se obsequiaba

a los invitados, y los toros que se corrían terminado el acto académico." ²⁶ Lo antedicho y el párrafo siguiente nos explican por qué Alarcón no intentó recibir su licenciatura en Salamanca.

El costo de estas ceremonias estaba sujeto a ciertas reglas, como vemos aquí: "El que seuviere de examinar sea obligado a dar a cada uno de los examinadores o maestros que presentes fueren de su facultad dos doblas de cabeça o castellanos y una hacha y una caxa de diacitron y una libra de confites y tres pares de gallinas: y por quel tiempo es largo del examen quel dicho licenciado la noche del examen sea obligado a dar una cena con tanto que no sea obligado a dar mas de una perdiz o pollo o dos tortolas y una escudilla de manjar blanco y una fruta antes: y otra despues y su vino y pan. La qual cena se de en el mismo lugar del examen al tiempo qal maestre escuela y doctores pareciere." ²⁷

Aparte de los gastos enormes que tenía que sobrellevar, había festividades en honor del candidato o para los que pasaban de una clase a otra. Una fiesta tradicional, aunque no siempre tan alegre como los bailes y otras cosas organizadas en honor del graduando, era la de los "gallos". "... eran cosa de risa, y con frecuencia de enojo, los vejámenes o gallos, que subsistieron hasta principios del siglo XIX. 'Reducíanse a un acto de censurar al graduando (de Doctor) por sus defectos, hasta los corporales, con sátira exagerada, poniéndole en ridículo, algunas veces

con alusiones no de buen género... El Doctor que servía de padrino, pronunciaba el panegírico del graduando, llamado el gallo, y un estudiante, amigo del graduando, que hacía de gallina (según el lenguaje escolar), pronunciaba luego en elogio retumbante de su amigo, en verso'. Generalmente eran cuatro los galleantes, como cuatro eran los doctores más modernos que acompañaban con insignias al graduando.²⁸

Cuéntanse entre los actos públicos las disputas y repeticiones y los actos de conclusiones en que argüían doctores. A estos actos alude Ruiz de Alarcón al fin de la Cueva de Salamanca, única obra en que la acción está situada en esa ciudad, actos que dejaron, al parecer, fuerte impresión en el entonces estudiante. Veamos:²⁹

Zamudio

Llegó anoche la respuesta,
Y hoy el juez ha mandado
Que en esta iglesia mayor
Se junten los catedráticos
De la santa teología,
Y que la sección cesando,
Toda la universidad
Se halle presente al acto.
El intento no se sabe;
Mas presto a sabello aguardo,
Pues que ya a coger lugar
Corre el pueblo alborotado.

Don Juan

Ya viene el Pesquisidor,
Y ya los doctores sabios,
Luz del mundo, honor de España.
A esta capilla me aparto. (30)

"Salen DON DIEGO y DON PEDRO; y DOÑA CLARA y LUCIA, tapadas. Tocan trompetas y atabales; salen ENRICO con capirote y borla azul; el PESQUISIDOR con capirote y borla verde o colorada; UN FRAILE DOMINICO y CLERIGO con capirote y

borla blanca: siéntase el Pesquisidor en una silla en medio, a su lado derecho el Fraile en otra, y al izquierdo Enrico en un banco."

.

Pesquisidor

Sabiendo su Majestad
Que por la mágica ciencia
Se causan tantos excesos,
Por su provisión ordena
Que en esta junta de sabios
Se dispute y se confiera
Si es lícita o no la magia,
Y qué fundamento tenga:
Y esto en presencia de todos,
Queriendo que todos vean
La verdad, para que aprueben
Su rigor o su clemencia.
Proponed vos, sabio Enrico,
Argumentos en defensa
Desta ciencia que enseñáis.

Zamudio

Famosa ocasión es ésta
Para los hombres que saben.

Cuando Enrico termina de exponer sus ideas sobre la magia, se oye:

Unos (dentro)
¡Enrico, vitor!

Otro
¡Vitor!

Otro
Cola.

Otro
Mientes.

Marqués

Agudeza
Tienen sus proposiciones.

Don Diego

Es luz de nuestras escuelas.

Pesquisidor

Responda el señor Doctor.

Doctor

El cielo adiestre mi lengua.

Después que los dos han terminado sus razonamientos, y el Doctor ha convencido a todos que la magia "es arte mala y perversa", el Pesquisidor dice al público:

Oíd, ilustre nobleza,
Estudiosa juventud
Desta celebrada Atenas,
Cómo ser la magia mala
Su dogmatista confiesa. (31)

.

Los graduados por Salamanca tenían privilegio de poder explicar, sin más examen, en cualquiera de los otros tres Estudios generales del mundo, donde sus grados eran reconocidos. A esto alude Alarcón en La Cueva de Salamanca:

-- Calla, bachiller.
-- En artes
Por Salamanca lo soy.
-- Según lo que viendo estoy,
Lo serás por todas partes.
-- Los bachilleres aquí
En todas partes lo son;
Que es desta escuela exención. (33)

En las reglas de la Universidad se lee lo siguiente: "Tit. XXVI. que los bachilleres de esta Universidad se prefieran a los de otras universidades."³⁴

"Establece dicha preferencia para todo aunque ambos tengan igual número de cursos y aunque el Bachiller de fuera sea más antiguo en el grado, excepto si se incorporase a esta Universidad conforme a la Consitución XVII."³⁵

La base para la enseñanza en la Universidad era la que hoy llamamos "clásica". Los profesores tenían la obligación

de hablar latín en la clase y fuera de ella, aunque lo último era más difícil de controlar. Otra vez encontramos reglas para demostrar lo bien que estaba organizado todo entonces, aunque algunas de las reglas nos puedan parecer algo fuertes o innecesarias. Leemos: "Los lectores han de leer en latín y no hablarán en romance a no referir alguna ley del Rey, escepto los de Gramática de Menores, Astrología y Música."³⁶

Aparte de tener que dar clase en latín, interesa saber algo de las materias que los estudiantes tenían que cursar. Dice A.F.G. Bell, en su estudio de Fray Luis de León, que en la época de éste, "The students of each region kept much together and had their own guilds. All alike had to go through the first course of "Artes" beginning with 'Antonio' (Lebrija's grammar), going on to passages of Plautus and Terence, the letters of Cicero and Pliny, and ending with Virgil, Horace, Lucan, Ovid, Livy, Sallust, Quintilian, and other Latin authours (including even Erasmus and Lorenzo Valla), and other Greek classics such as Homer, Aristophanes, etc."³⁷

Otra materia que se enseñaba en Salamanca --y no se podía estudiar en cualquier universidad de la época --era la Cirugía. "... no se enseñaba del todo mal, haciéndose disecciones y vivisecciones en animales, carneros y perros. Para vendajes se figuraban las primeras y se hacían las ligaduras sobre el esqueleto vertical, con todos los huesos engarçados, que guarda la Biblioteca en una vitrina."³⁸

"A pesar de estas enseñanzas, no se advierte holgaran en la ciudad del Tormes los saludadores y curanderos, según parece advertirnos aquel Don García, personaje de La verdad sospechosa, ... cuando dice:

39
 Ensalmo sé yo
 Con que un hombre en Salamanca,
 A quien cortaron a cercen
 Un brazo con media espalda,
 Volviéndosela a pegar,
 En menos de una semana
 Quedó tan sano y tan bueno
 Como primero. (40)

Los cirujanos universitarios no serían capaces de tal prodigio.

.

Los estudiantes, al llegar a la ciudad del Tormes, tenían que resolver muchos problemas antes de poder empezar sus estudios. Parece ser que durante el primer siglo de vida de la Universidad, los alumnos habían tenido que preocuparse por el "pago de portazgo", pero desde 1252, estaban exentos de este impuesto, y en 1267 Alfonso X les concedió "que no paguen portazgo ni pecho alguno por los mantenimientos que trajesen para sí mismos ni en Salamanca ni en otra parte alguna".⁴¹ También parece que desde la fundación de los estudios tenían, profesores y estudiantes, derecho a tomar en arriendo las casas de Salamanca con preferencia a toda otra persona y el de no poder ser desalojados ni aun por los individuos de la Corte cuando viniesen a Salamanca. Las posadas que se ofrecían al recién llegado no eran de lo más atractivo, según el testimonio de la época.

Como en casi todas las cosas que trataban de la vida de los estudiantes salmantinas, existían reglas para su modo de vestir. En realidad, parte de la democratización de la vida estudiantil se debía a esta igualdad de traje. "La licencia y franco trato que se establecía entre los estudiantes, que en número de diez a doce mil se reunían en tiempo de los estudios, borraban entre ellos las distinciones, confundiéndose el de oscuro nacimiento con el que sentía correr por sus venas la más ilustre sangre de Castilla.

"La loba o sotana, el manteo, el bonete o gorrilla y a las veces sombrero, traje distintivo de los hijos de Minerva, los igualaban, señalándose sólo aquel que en las frecuentes pependencias mostraba mayor brío, más fortuna en los amores y más sazonado ingenio para las burlas."⁴²

Dos de las reglas, que darán idea de hasta qué punto trataban de nivelar las clases sociales, eran: "Item que no puedan traer camisas labradas de color ni blancas con gorjales altos ni con lechuguilla ni polainas ni mas altas que los vestidos que truxeren.: Item que no puedan traer muslos de paño ni de seda ni rebatados ni acuchillados ni ningún ribete en las calças sino que las calças llanas y que no sean de color excepto si truxeren borceguies que en tal caso las pueden traer de la color que quisieren eceto los moços que siruen a otros los quales puedan traer de la color que quisieren."⁴³

Pero si no variaba el traje en su composición, variaba el color en los numerosos colegiados, según perteneciesen

a los Mayores, Menores, de las Ordenes militares y de los Institutos religiosos. Estos últimos tenían reflejados en el nombre con que se les designaba el color de sus vestimentas, y por eso se decía que en el árbol universitario anidaban toda casta de pájaros: golondrinos (los colegiales dominicos), pardales (los franciscanos), cigüeños (los mercenarios), grullos (los bernardos), tordos (los jerónimos), palomas (los mostenses) y verderones (los de San Pelayo).⁴⁴

Aparte del traje, les estaba prohibido, entre otras cosas, tener caballo, mula, coche ni litera, exponiéndose, en caso de contravención, a su pérdida, y la de diez mil maravedís de multa.⁴⁵

También los estatutos de la Universidad, "tan rígidos y minuciosos en materia disciplinaria, prohíben que los estudiantes acudan con armas a las aulas, pero se les permitía tener una espada en su aposento. La misma puerta principal de la Universidad, la que da al Patio de Escuelas, se llamaba ya en el siglo XVI Puerta del Desafiadero."⁴⁶

.

En cuanto a los estudiantes, solían dividirse en dos clases: estudiantes ricos y pobres; los primeros, hijos de nobles pudientes, o burgueses acomodados que llevaban vida regalada y eran confiados a mayordomos y servidores de confianza. Los segundos, hijos por lo general de la clase burguesa ínfima, paseaban honradamente su hambre, durante sus años estudiantiles, explotados por hospederos, criados y

negociantes, viéndose obligados muchas veces por la pobreza o la necesidad a prestar sus servicios, como criados de sus mismos camaradas, mejore favorecidos por la fortuna que ellos. Hasta en el vestir se distinguían de los otros, pues no usaban como ellos el manteo largo y el bonete de cuatro picos, sino sencillamente una capa burda y una modesta gorr⁴⁷ra.

A éstos se refiere Alarcón:

Señores,

Contra estudiante gorrón
Salmantino socarrón,
Non praestant incantatores. (48)

El camino a Salamanca se poblaba, cada otoño, con los nuevos y antiguos estudiantes, que iban a la ciudad del Tor-
mes para un año de estudio --y de diversiones. Ese es el ambiente que Juan Ruiz de Alarcón, recién llegado de la Nueva España, encontrar al cruzar desde Sevilla a Salamanca para inscribirse por primera vez. "Pobre de bolsa, rico de ingenio, regocijo de caminantes, alegría de las mozas, terror de los mesoneros, espanto de los dueños, zozobra de padres, llega la tuna, al declinar la tarde, a los pueblos del tránsito, y después de dejar triste o alegre memoria con sus travesuras durante la noche, a la luz del alba continúa, contenta, alegre y regocijada, su ruta hasta terminar su viaje, y presentarse al secretario o escribano del estudio para inscribirse como discípulo de la Universidad y entrar en el disfrute de las preeminencias que les concedía el fuero universitario, siendo la más favorecida de

las universidades la de Salamanca,..." (49)

"Cuando llegaba el tiempo del curso acostumbraban a reunirse los que en años anteriores habían sido compañeros en la vida de huelga, corriendo juntos la caravana hacia la Universidad, a donde volvían con nuevo deseo de aventuras; pues raro era el que habiendo gozado un año las dulzuras de la vida de las aulas, no se comía las manos tras el gusto de repetirlas otro más, y estudiante capigorrón había que se pasaba largos años allí, aunque menos ocupado en oír Vísperas o Digesto, que requiebros de mozuelas y pesias y porvidas de fulleros y espadachines. (Capigorrón: daban este nombre al que recibía órdenes menores y se mantenía siempre en tal estado, sin querer pasar a las mayores."⁵⁰

Alonso, mozo de muchos amos, cuando acompaña a unos de sus muchos amos a Salamanca, les describe así: "A dos días les ví cargados de broqueles, espadachines de noche y día, colete de ante, cota hasta la rodilla, mejores para escuela de Marte, que para las de Bartulo y Balde. No había cuchilladas en que no estuviesen. Si se había de retular, ellos eran los retulantes, los Hércules de los bandos, Los Aníbales de las pendencias. Cada día la justicia seglar y eclesiástica en casa, siempre a sombras de texados, sacándonos para las costas procesales hasta los colchones de la cama."⁵¹

Alarcón diría de los estudiantes del mismo sitio:

En Salamanca, señor,

Son mozos, gastan humor,
 Sigue cada cual su gusto:
 Hacen donaire del vicio,
 Gala de la travesura,
 Grandeza de la locura;
 Hace al fin la edad su oficio. (52)

El mismo autor comenta, en otra parte:

De Salamanca reboza
 La leche, y tiene en los labios
 Los contagiosos resabios
 De aquella caterva moza:
 Aquel hablar arrojado,
 Mentir sin recato y modo,
 Aquel jactarse de todo,
 Y hacerse en todo extremado. (53)

Y otro autor decía de ellos, hablandò de su manera de hablar y actuar:

"Sus conversaciones son deshonestas, sensuales sus pensamientos y palabras, dando en todo quanto pueden mal exemplo. Quedese a un lado esto de ser espadachines, la esgrima, las salidas de noche con espada, broquel, rodela o montante. Dexese el acudir a casas de mugercillas, solo a inquietarlas, a darles ladrillejos, alborotando los barrios con las resistencias hechas a las justicias, porque viene por la posta a ponerse delante la intolerable soberbia, y la indezible vanagloria que poseen en llegando a entender un renglón del Latin mas facil. Con estos humos menosprecian a quantos insignes Doctores Huuo y ay en diversas facultades. Con estos hazen burla de los mas entendidos, llamãdo torpes a los Teologos, importunos y flaxos a los Predicadores, necios a los Legistas, idiotas a los Medicos; recoiêdo en si toda la ciencia de Platon, y los documentos de todos los otros Filósofos; antes para dezirlo mejor,

toda la ignorancia y locura del mundo.

"También resultaba impertinente y abusiva en extremo la pedantería de sus conversaciones, siendo tal, que pudiera creerse, de oírles, ser ellos la sabiduría misma, cuando eran, según Jerónimo de Alcalá (El donado hablador) "la propia confusión y el símbolo de la ignorancia de las ciencias"; ⁵⁵ no todos pensaban como el Enrico de La Cueva de Salamanca, ni aconsejaban a sus compañeros con la alteza de miras que hacen suponer sus palabras:

--Primero, Andrés, la lición
De mañana he de escribir.
Dame asiento,
(Siéntase a escribir)
-- Hazes agravio
A tu edad y a ~~tu~~ saber.
Siempre queda que aprender;
No hay hombre del todo sabio.
--¿Cuando saldrás de pobreza
Con trabajo semejante?
--Cuando salga de ignorante;
Que el saber es gran riqueza.
No es el fin, Andrés amigo,
Del estudio enriquecer;
Fin del estudio es saber;
Si eso alcanzo, lo consigo.
El que riquezas procura,
Con la fortuna las ha,
Cuyo buen efeto está,
No en saber, sino en ventura,
Rico eminente en saber,
Pocas veces lo verás;
Saber pobre quiero más,
Que ignorante enriquecer. (56)

Como los estudiantes de cualquier época, los de Salamanca estaban pendientes del correo, y lo que podría traerles, especialmente dinero. Como escribe Alonso:
Venidos los martes y sábados acudían mis estudiantes a la estafeta, recibían las cartas, y encendida una vela, las iban leyendo y quemando, hasta llegar a la letra que decía

el arriero lleva dineros, tocino, etc. Entonces era el matar el fuego, guardar las cartas, y esperar por horas el venidero amparo de sus trampas."⁵⁷

Los estudiantes eran "pesadissimos en sus burlas: por extremo importunos y obscenos en las matracas y exámenes, gargaajeandose, aprovechandose, y haciendo otras mil indecencias. Tienese por extremo dichoso el que sabe hallar mejor invención de molestias, y el que es mas platico en todo genero de enfadar. Son inconsiderados, y sumamente atrevidos, pues se estiende su osadia hasta quitar honras ajenas, fixar carteles, y hazer otros semejantes desatinos. Juzgan entre ellos por inutil, y para poco, antes por del todo necio, y bronco, al que es con todos gentil, modesto, afable, cortés, sabio, estudioso, y de buen discurso, Si por ventura alguno pretende luzir con el sudor de sus trabajos, procuran deshazer, ofuscar, y aniquilar la verdadera gloria que le toca: y esto no por envidia, porque aun no la permite su ignorancia, sino por pesima inclinación de hazer siempre mal. Por esta causa deuria tener cuidado el Rector del estudio, en que se pusiessen de contino traucas (con el rigor del castigo) a estos potros por domar; a estos demonios desenfrenados."⁵⁸

Alarcón retrata esta fase de la vida estudiantil, también. En una escena de la Cueva de Salamanca, cuando un amigo de Don Juan se queja del cambio sufrido en éste después de casarse, da idea de las travesuras que solían gozar juntos antes:

Don Juan, yo os prometo a Dios
 Que me tenéis enfadado;
 Que después que sois casado,
 No se puede andar con vos.
 Si ver mujeres ordeno,
 Ninguna tiene buen talle;
 Si andar de noche en la calle,
 Os hace mal el sereno;
 Si al río quiero salir,
 La humedad es mal segura;
 Si trazo una travesura,
 Miráis a lo porvenir;
 Si colérico me veis,
 Entra luego el predicar;
 Y al fin, si riño, en lugar
 De ayudarme, me teneis. (59)

Y en otra parte de la misma obra:

¿Qué ha de hacerse?
 -- Atravesar
 Una calle.
 -- Ya os entiendo,
 Y luego un fingido estruendo
 De cuchilladas formar.
 La justicia oye el ruido,
 Viene corriendo, y adiós,
 Boca y narices.
 -- Y vos
 En la traza habéis caído.
 -- Pues a mi cargo la tomo;
 Que de mil que agudos veo,
 Tengo increíble deseo
 De ver un alguacil romo. (60)

Un teniente de la justicia nos da idea de otra costumbre
 estudiantil, cuando exclama:

Guarden algunos la puerta,
 Los demás vayan cercando
 Esta calle alrededor;
 Que se irán por los tejados.-- (61)

Otra fase de la vida de los estudiantes era la de los
 llamados galanes de monjas, que pasaban la tarde en los lo-
 cutorios de los conventos, enfrascados en charlas platóni-
 cas y convidados y regalados con dulces reconfites. Estos
 discreteos en los locutorios no siempre resultaban ingenuos,

románticos y sin malicia, si nos atenemos a la prohibición contenida en un edicto que en 1564 diera el obispo de Lérida, prohibiendo a los estudiantes de más de catorce años el penetrar bajo pena de excomunión, en los conventos de monjas, porque "han sucedido de la conversación de los estudiantes y otras personas algunos peligros y escándalos."⁶²

El destino de muchos de los estudiantes era, probablemente, el de los amos de Alonso, que dice de ellos: "Este fué el paradero de mis amos, los quales temerosos, así de la justicia, como de sus padres y deudos; porque hasta los manteos tenían empeñados, porque cuanto truxeron lo habían puesto en cobro... En efecto, mis Licenciados en una de las Religiones que mejor les pareció recibieron el hábito, y yo viéndome huérfano, solo y desamparado, que el Señor no me llevó por ese camino frailesco, busqué modo de vivir..."⁶³

Los estudiantes pasaban las noches buscando aventuras, y parece que entonces es cuando se fomentaban más conflictos entre ellos y los vecinos. "Tales y tan frecuentes eran las muertes, los desafíos, los desafueros y motines de todas clases y ~~cañas~~ ocurridos entre estudiantes, que muchos de ellos parecían haber ido a Salamanca, según dijo el autor de La tía fingida, 'no a aprender leyes, sino a quebrantarlas'."⁶⁴

En una de las Cartas de los Jesuitas se lee lo siguiente; lo cual da idea de cómo eran de atrevidos los estudiantes salmantinos, en una época un poco posterior a la

de Alarcón; el caso ocurrió en el año 1642: "No sé si habrá de poder acabar el curso, no bien ya por los mantenimientos, que están a precios excesivos, sino por las picardías de los estudiantes. Avisaré una que han hecho, y fué que una noche que nevó mucho, sacaron una mujer en un borrieco, azotándola y tirándola pelladas de nieve, y el pregón dicen decía así: "Esta mujer por apestada y vender, como vende, la carne podrida, mandan los estudiantes, que ellos son los solos jueces de esta ciudad, darla 200 azotes y apedrearla con pellas de nieve. Quien tal hace etc." y esto lo hicieron después de haberla gozado más de 30 que dicen eran. Llegó a notivia del juez, prendió a no sé cuántos. Una noche fueron los restantes, y echan las puertas del juez al suelo; echan también las de la cárcel del Estudio y sacan los estudiantes. El juez está sentido porque la mujer se murió, y luego el atrevimiento de echar las puertas en el suelo de su casa; anda solícito por ver si puede coger a alguno; cogió uno, y temeroso no le volviesen a derribar las puertas lo metió en la torre de la iglesia mayor, donde está; y los estudiantes de la facción, así que lo supieron, fueron al bedel de escuelas y le dieron de palos, y quitaron las llaves y se fueron a los generales y se ensuciaron en las cátedras, cerraron las escuelas y se llevaron las llaves. Estuvieron dos días cerradas, y poniendo carteles, que las habían de quemar y también la cárcel, si no soltaban al estudiante, deshonorando al juez. Soltólo el corregidor,

abrierónse las escuelas, y él anda en ellas procurando si puede coger a alguno para echarlo en galeras. Ha mandado ninguno alquile mulas a estudiantes, pena de perder las mulas. No sé qué mas ha mandado el corregidor; pero esto no se ejecuta. Dicen que intentó no se diese pan ni carne a estudiante; por esto desafiaron al corregidor; éste se rió y no hizo caso. Con esto están todos los jueces y ciudadanos alborotados; por cuatro pícaros que hay, hacen estos alborotos, se pierden todos." ⁶⁵

"¡Aquí del Estudio!" era el grito estudiantil que servía para reunirlos en defensa mutua contra los de la justicia o los vecinos. Se citan muchos casos en que un grupo de estudiantes, en un momento de apuro, se salvó por haber utilizado este método de socorro. De las mismas Cartas antes citadas, leemos otro incidente verdadero del siglo XVII: "Hoy ha sucedido aquí este casillo. El Corregidor andaba días ha tras de prender a un clérigo, y sabiendo dónde estaba, fué acompañado de toda su justicia y de algunos caballeros, y le prendió. Traíale a la cárcel por la plaza, y el clérigo daba voces y apellidaba iglesia, pero nadie se movía a ayudarle. Salíó de través un estudiantillo, y dijo: "¡Aquí del estudio!" Al punto seis gorriones que estaban comprando fruta corren hacia la justicia, y se meten entre ella y sacan al clérigo, y juntándose luego otros a la voz del estudio, le libraron, dejando hechos unas monas al Corregidor y caballeros; y los ciudadanos que iban con ellos, en oyendo ¡Aquí del estudio! se escabulleron

diciendo: El diablo que se tome con estudiantes." ⁶⁶

Otra fase de la vida estudiantil no comentada directamente por nuestro dramaturgo, pero que merece citarse aquí, para dar idea de lo que probablemente él tuvo que sufrir cuando llegó a las orillas del Tormes, es la del trato de los novatos. Alonso dice: "Conociéronme luego por novato: pusiéronme cerco gran cantidad de aquellos estudiantes, comenzando a descargar en mí más saliva que suelen arrojar granizo las más preñadas nubes por el mes de ~~marzo~~; y teniéndome en medio a blanco de sus travesuras, me preguntaban, cómo quedaba mi señora madre y los señores hermanos, si lloré al partirme de ellos, y si había traído algunas pasas o cónfites para desayunarme. Hiciéronme que subiese en la Cátedra, no dexándome baxar hasta que les leyese alguna cosa, y al cabo me dieron por libre de tal modo, que mi negro ferreruelo salió más blanco que la nieve." ⁶⁷

Además de las otras diversiones antes mencionadas, existían reglas para controlar todos los juegos de los estudiantes. Vemos uno de los más descritos aquí; "Un colegial de Trilingüe murió a consecuencia de gangrenarse la herida que recibió en un pie en el bárbaro juego del jincamorro, que consistía en esquivar el golpe que un estudiante tiraba con un palo durísimo y afilado contra los pies de los que en círculo colocados adelantaba un pie formando corro y había que estar muy atentos al que lanzaba el dardo para evitar el golpe." ⁶⁸

De los muchos reglamentos que existían entonces, se encuentra uno que puede haber afectado a nuestro dramaturgo, aunque posiblemente su interés en asuntos teatrales no existiera todavía: "prevenían los reglamentos que el rector conviniese con el corregidor acerca de la hora en que se había de representar comedias, cuando fuesen compañías de farsantes, para que no distrajesen de la hora de los estudios, porque sabido es que entonces de ordinario empezaban a las dos en invierno y a las tres en verano, y generalmente estaban prohibidas en Salamanca en los días lectivos."⁶⁹

La pobreza de muchos de los estudiantes era casi proverbial. Hemos de creer que Alarcón no recibió su grado de Licenciado en Salamanca más que todo porque le faltaba dinero suficiente. Las muchas propinas y fiestas que debía pagar cualquiera que solicitara el grado de Licenciado o Doctor sumaban una cantidad muy fuerte, como hemos visto antes. Es verdad que la pobreza de los estudiantes hacía que éstos procurasen graduarse en el período de los lutos por las personas reales, en cuya época se celebraban los grados sin pompa, debiendo preceder su celebración de instancia de los interesados al Consejo de Castilla. Pero los derechos y emolumentos que dejaban de percibir el Ayuntamiento y la Universidad en los grados sin pompa, hacían que se entablase pleito ante el Consejo entre los aspirantes y ambas corporaciones que no podían ver tranquilamente que se les privase de sus dietas, gratificaciones

y derechos.

Tantos eran los pobres que había entre los estudiantes desde una época anterior que, "por pragmática expedida por doña Juana y Carlos V en 1523, reproducida por Felipe II en 1558, se permitía a los estudiantes pobres pedir limosna, con licencia del rector del Estudio, y si en él no hubiese rector, con la del juez eclesiástico la diócesis y obispado. En el Hospital del Estudio de Salamanca había también trece camas para estudiantes pobres, que padeciesen enfermedades no contagiosas ni incurables. Entraban con cédula del médico, señalando del rector y visitador: en casos de necesidad, dichas camas se aumentaban con cinco más."⁷¹

Tres gradaciones ofrecía la miseria en el modo de vivir de los estudiantes humildes. La aristocracia del hambre representábanla los camaristas, quienes solos o en grupo montaban casa y a su frente ponían una mujer. Estas amas de estudiantes, según Mateo Alemán, "eran liberales y diestras en hurtar, flojas y perezosas para el trabajo, que limpiaban las bolsas como tenían sucias las casas, y sisaban un tercio de cuanto se les daba, si eran viejas, malas; si mozas, peores."⁷² Seguíanles descendiendo los pupilos, acomodados en casa de un maestro de pupilos o pupílero (el Maestro Cabra, en el Buscón de Quevedo sería un buen ejemplo), que les daba dos veces al día olla y pan duro para que se comiese menos, y sólo los sábados poníales mondongo y fruta, pero en ración bien sutil, porque la fruta daba tercianas.

"Los días de vigilia triunfaban, si a tal puede llamársele triunfo, las sardinas de cubo o el abadejo, y en todo tiempo, como de cenas copiosas están las sepulturas llenas, la comida postrera del día era una ensalada con más vinagre que aceite y más agua que vinagre, aceitunas acebuchales para que se comiesen pocas, y hasta tres dedales de vino."⁷³

A los más pobres les llamaban sopistas, porque se veían a la hora del yantar a la puerta de los conventos, esperando la distribución de las escudillas de sopa, de cuya manera de alimentarse el nombre de sopistas.⁷⁴

Salamanca, adonde acudían estudiantes de todas las regiones de España y de Ultramar, era síntesis, en muchos aspectos, de la vida española en el siglo XVII. Dice Agustín de Rojas, en su Viaje Entretenido:

Pues si españoles buscáis,
buscaldos en Salamanca,
que allí hallaréis de andaluces
la flor de Córdoba y Málaga;
si de Castilla, también;
si de Aragón, de Navarra,
de Valencia, Cataluña,
de Portugal, de Vizcaya,
de Galicia, de León,
de las Asturias, montañas,
todo lo mejor de todo
aquesta ciudad abraza,
porque los siete milagros
del mundo en ella se hallan,
y la que aquel poblador
fundó primero en España. (75)

Y Cervantes (?) habla de lo mismo, en La tía fingida: "los Vizcaínos, aunque son pocos como las golondrinas cuando vienen, es gente corta de razones, pero si se pican de una mujer son largos de bolsa; y como no conocen los metales, así

gastan en su servicio y sustento la plata, como si fuese hierro de lo mucho que su tierra produce. Los Manchegos es gente avalentonada, de los de Cristo me lleve, y llevan ellos el amor a mogicones. Hay también aquí una masa de Aragoneses, Valencianos y Catalanes, tenlos por gente pulida, olorosa, bien criada y mejor aderezada, mas no los pidas mas; y si mas quieres saber sábeta, hija, que no saben de burlas, porque son, cuando se enojan con una muger, algo crueles y no de mui buenos hidalgos... Los Castellanos nuevos, ténlos por nobles de pensamientos, y que si tienen dan, y por lo menos si no dan no piden. Los Estremenos, tienen de todo como boticarios, y son como la alquimia, que si llega a plata, lo es y si al cobre, cobre se queda. Para los Andaluces, hija, hay necesidad de tener quince sentidos, no cinco, porque son agudos y perspicaces de ingenio, astutos, sagaces, y no nada miserables; esto y más tienen si son Cordobeses. Los Gallegos no se colocan en predicamento, porque no son alguién. Los Asturianos son buenos para el sábado porque siempre traen a casa grosura y mugre. Pues ya los Portugueses, es cosa larga de describirte y pintarte sus condiciones y propiedades, porque como son gente enjuta de cerebro, cada loco por su tema; mas la de todos por la mayor parte, es que puedes hacer cuenta, que el mismo amor vive envuelto en lacería.⁷⁶

.

Como punto final de este capítulo, conviene hablar de la gloria que había alcanzado la Universidad ya en la época

de Ruiz de Alarcón; con razón la pudo comparar con otro gran centro de la sabiduría humana, Atenas, como he demostrado antes. Seguramente Alarcón se dió cuenta de que el Nuevo Mundo, de donde venía, debía su descubrimiento y desarrollo al apoyo que los profesores de la ilustre Universidad dieron a Colón cuando todos los demás consideraban sus teorías como tonterías. La Universidad de Salamanca contribuyó con su ilustración al gran suceso que dió a España un nuevo mundo, prestando su decidido apoyo a Colón en su gigantesca empresa después de haber sido tratado como loco u oído con indiferencia en Génova, Portugal y Londres.⁷⁷

Cuando tomamos en cuenta los muchos hombres ilustres que pisaron las calles de la noble ciudad, no nos extraña mucho que Alarcón se exaltara al retraer recuerdos de su juventud, principalmente en la Cueva de Salamanca y en La verdad sospechosa. Porque eran "pocos... los que después se hicieron famosos en santidad o ciencia, por la ejemplaridad en vida o sus valiosos e importantes conocimientos en Teología, Derecho, Cánones, Humanidades, Literatura o Medicina que no vistiesen en su adolescencia la beca y el bonete de sus colegios, o el tricornio y manta del sopista, o que, como se decía entonces, no hubiese arrastrado bayetas en Salamanca. Santo Tomás de Villanueva, el venerable arzobispo de Valencia,...; Domingo Soto, Melchor Cano y Salmeron, que tanto honraron el nombre de España en el Concilio de Trento; Covarrubias, D. Antonio de Agustín,... Nebrija...; Alonso Sánchez de las Brozas (el Brocense)...;

Andrés Laguna, el médico filósofo; ... D. Diego Hurtado de Mendoza; el bibliófilo, D. Nicolás Antonio; los historiadores, Morales y Zurita; el hebreizante, Arias Montano; ... D. Pedro Calderón de la Barca; todos ellos frecuentaron sus bancos o explicaron en sus cátedras."⁷⁸

.

.

. . . .

. .

.

CAPITULO II

M A D R I D

Madrid, ciudad donde vivió Alarcón los años que aquí más nos conciernen, los de su producción teatral, aparece con más frecuencia como lugar de acción en sus comedias. Salamanca, que indudablemente contribuyó a la formación intelectual del dramaturgo, está reflejada en obras que retratan fases de la vida universitaria, con referencias a la estudiantil. Pero la influencia de la vida de la Corte se deja percibir aun en casos en que la acción de la obra ocurra en otras poblaciones, pues evidentemente al público madrileño se dirige en especial. Conviene, pues, ambientarnos un poco en esta ciudad tan importante para Alarcón --y tan importante para esta obra.

.

En la época de Alfonso XI Madrid era "una región muy templada, de cielo sumamente despejado, y tan abundante de ricas aguas como de frondosos bosques, según lo acredita el antiquísimo proverbio que decía: Madrid la osárea, cercada de fuego, armada sobre agua. Había en sus cercanías montes poblados de arbolado y abundantes pastos; se criaba mucha caza de conejos, liebres, perdices y otras diferentes aves, como también ciervos, gamos, corzos, jabalíes

y osos. Pero el establecimiento de la corte, que parecía deber ser la señal de mayor animación y fecundidad, vino a inaugurar su total destrucción. Los árboles fueron arrasados para servir a la construcción de los palacios y demás edificios de este gran pueblo; verificándose con ello una completa revolución atmosférica.¹"

No llegó a ser capital de España hasta la época de Felipe II. De antiguo lo fué Toledo, tanto bajo la dominación árabe como la de cristianos. Y aun no siendo capital, los Reyes Católicos concedieron a la villa de Madrid mercedes, franquicias y declaraciones honoríficas.²

El recinto de Madrid, según escribía Quintana en 1629, abarcaba tres leguas y media de perímetro y una de largo entre los dos puntos más distantes (casi igual al que subsistía bien entrado el siglo XIX).³

En ese recinto, según el coetáneo Nuñez de Castro, "contaba la Villa con 400 calles, 15 plazas, 13 parroquias, 30 conventos de religiosos, 26 de monjas, 24 hospiteles y diferentes ermitas y humilladeros. La erudición moderna altera estas cifras, señalando 36 plazas y 344 calles, entre grandes y chicas, de las que sólo 311 usaban denominación. En cuanto a las plazas, eran 24 las que tenían nombre, siendo las principales la Plaza Mayor y la Puerta del Sol, y después las plazas de Santo Domingo, Antón Martín y Puerta Cerrada."⁴

La ciudad distaba de ser bonita (en el concepto moderno) pues "apiñábanse callejuelas, feas, empuñadas, sucias

y tortuosas⁵ que hacían difícil el tránsito como parece atestiguarlo el nombre de una de esas callejas "Sal si puedes". Pero contaba también con vías más espaciosas como la Calle Mayor y las de Toledo, Atocha, Alcalá (según opinión de viajeros franceses las más hermosas), Carrera de S. Jerónimo, Montería, Fuencarral, Hortaleza y Ancha de San Bernardo.

"Aunque el Madrid de los Austrias fuera una ciudad pequeña, aun a los ojos de sus visitantes de otros países, y más para los hombres de hoy, habituados a las grandes cosmópolis contemporáneas, el crecimiento de su población desde que fué Corte la hacía pasar para sus habitantes del siglo XVII 'como una inmensa Babel'... Más de un escritor señaló el hecho de que, por el hacinamiento de gentes en Madrid, vecinos y forasteros, convivían muchos en la mayor proximidad sin conocerse entre sí."⁶

Felipe II que trasladó la corte de Toledo a Madrid en 1560 ensanchó la ciudad o villa como entonces se decía. Habría en ella unas 2.520 casas y su población era de unos 25.000 a 30.000 habitantes, pero creció con tanta rapidez que fué necesario extender su circunferencia con los arrabales la creación de nuevos barrios. En estos se formaron calles regulares como son las de Alcalá, Atocha, San Bernardo y otras, lo cual junto con los edificios que levantaban los particulares, a la par que el rey concluía la obra de Palacio, fundaba los conventos de la Trinidad, las Descalzas Reales, el Carmen Calzado, San Bernardino, San

Bernardo, el magnífico y suntuoso del Escorial, los Angeles y otros de beneficencia, hizo de Madrid un pueblo superior a los restantes de España y propio de la corte de sus reyes. Durante el reinado de Felipe III recibió igualmente bastante ampliación y aumento, haciendo conducir más abundancia de aguas hasta entonces, y edificando la hermosa Plaza Mayor; siendo también de su reinado la casa de los Uceda, hoy los Consejos, los conventos de San Basilio, Jesús, Sta. Bárbara, Trinitarios y otros, entre los cuales es muy distinguido el real monasterio de la Encarnación.⁷

Es curiosa la historia del traslado de la Corte a Valladolid en donde permaneció desde 1601 a 1606, época en que Alarcón estudiaba en Salamanca: "En el año 1602, se trasladó la Corte de Madrid a Valladolid, con excesivos gastos, y daños de ambas Castillas. La experiencia mostró presto, que mudanza en tan gran cosa,⁸ sino es en casos de extrema necesidad, no se deve hazer".

La transformación de Madrid al volver a ser Corte fué considerable "en la acumulación de gentes ajenas a su tranquilo vecindario: desplumadoras las unas, fáciles de ser⁹ desplumadas las otras."

El entusiasmo madrileño exageró un tanto los valores de su ciudad. "Los exaltados ditirambos hallaron eco en el sentir popular. Un refrán decía: Dios, olla y Madrid, y otro afirmaba que el pan de Madrid a todos sabe bien. Y se perpetuó la frase, que el pueblo repetía como un estribillo: "¡De Madrid al Cielo, y un ventanillo en el Cielo para ver

Madrid!"¹⁰ Sólo el exceso de amor local, el patriotismo mal entendido y la lisonja cortesana, pudieron dictar tan desahoradas hipérboles.

Cuando llegó Alarcón definitivamente a la Corte, o sea, después de su viaje a México, y regresó a la capital para pretender un puesto en el Consejo de Indias, empresa que le costó años, la Villa ya tenía, en muchos sentidos, los límites geográficos que le servían hasta casi la mitad del siglo XIX. Es decir, la ciudad misma tenía que crecer, en cuanto al número de habitantes, dentro de las murallas o tapias que existían, ^{excepción} hecha del Buen Retiro, obra de Felipe IV, sitio que Alarcón seguramente llegó a conocer.

Pero en la primera mitad del siglo XVII, Madrid crecía, sin embargo, con rapidez. Góngora, Tirso y otros escritores comentaban el caso. Salas Barbadillo hace decir a un personaje: "Suspéndeme infinito... el ver en Madrid tanto edificio nuevo y luego ocupado. Nácenle nuevas casas, y las que ayer fueron arrabales hoy son principales."

Para los extranjeros que visitaron la capital durante el siglo XVII, Madrid no tenía nada de suntuoso y sus alrededores eran miserables, desnudos. El aspecto de las calles era sucio pues los madrileños entonces no tenían idea de cómo usar el agua para la limpieza. Ese abandono y suciedad fueron fatales, para la salud, causa de epidemias y fiebres intermitentes, que combatían con la quina.

En cuanto a la suciedad madrileña, Alarcón dice lo siguiente:

¡Pobre coche el que una vez
 Una balleneta coge!
 Piensa que el cochero es piedra
 Y los caballos de bronce,
 Y la noche, cuando viene,
 Lleva dos mil maldiciones. --
 ¡Poh! ¡Mal hubiesen los gatos
 Que dan algalia a estos botes!
 Ya empiezan las cosas malas
 De entre las once y las doce.
 Como salen a tal hora
 En otras partes visiones,
 En Madrid por las narices
 Espantan diablos fregones.
 ¿Otro? ¡Mal haya la Arabia
 Que engendra tales olores!
 Ahora huele a adobado,
 Y es la quinta esencia entonces. (12)

Tampoco las casas inspiraban ese entusiasmo de los madrileños. Su mezquina construcción debióse en parte a la carga llamada regalía de aposento, carga que más adelante redimió la Villa con un servicio de 250.000 ducados equivalente a la sexta parte de los alquileres durante diez años. Las casas bajas, de un piso, vinieron a llamarse "casas a la malicia", y las altas "casas de aposento"¹³. Ruiz de Alarcón describe algunas de esas casas:

Haced, Nuño, de la casa
 Relación.

- En sitio está
 De la ciudad retirado.
- Está bien; que es fastidioso
 El ruido, y no forzoso
 Ha de ser, sino buscado;
 Y el que variar desea,
 Lo alcanza con eso todo,
 Pues que vive dese modo
 En la ciudad y en la aldea.
- Hasta ahora no hay labrado
 Más de lo bajo.
- Eso es bueno.
- Tiene un jardín.
- Lo condeno
 Si no está muy retirado;
 Que si está cerca es forzosa

- La guerra de los mosquitos,
Y los pájaros con gritos,
Cuando sale el alba hermosa,
Me atormentan los oídos.
Otros oyen su armonía;
Mas yo, por desdicha mía,
Sólo escucho los chillidos.
- Pues, señor, bastantemente
Está del cuarto distante
El jardín.
- Pasa adelante.
- Hay una famosa fuente.
- Enfadados no habrá mayores
Si está en el patio primero;
Que es eterno batidero
De muchachos y aguadores.
- Libre está de esos enfados,
Y conforme a tus intentos,
Muy lejos los aposentos
Que han de habitar los criados.
- Ese es un gentil aliño
De una casa; que aunque fuera
Hijo mío, no sufriera
Llorando a la oreja un niño,
Cuanto más el de un criado.
Niño, tal gusto me ofrece
Esa casa, que parece
Que yo mismo la he labrado;
Pero dime, ¿Hay carpintero?
¿Hay campanario? ¿Hay herrero?
¿Hay cochera?
- No señor.
- Haced la escritura, entrad,... (14)

Alarcón nos aclara que las casas de Embajadores gozaban ciertos privilegios:

Y aunque nos parezca estar
Seguros aquí, pues gozan
Las casas de embajadores
Exenciones tan notorias,
Suelen por razón de estado,
Cuando la quietud importa,
Ellos mismos dar licencia
De que estos fueros les rompan; (15)

También nos explica su preferencia por cierto tipo de casa:

- Dime las partes, Mauricio,
Desa casa.
- El edificio
Es nuevo.

-- Me satisfago
 Si el riesgo pasó primero
 De sus humedades otro,
 Porque ni domar el potro,
 Ni estrenar la casa quiero.
 -- Habitada ha sido.
 -- Pasa
 Adelante.
 -- Cuartos tiene
 Bajo y alto.
 -- No conviene
 Para mi gusto esa casa; .
 Que en bajo quiero vivir,
 Porque en habiendo escalera,
 No me atrevo a salir fuera
 Por no volverla a subir. (16)

Otro problema de la época parece haber sido el de los rufidos del vecindario y los muchos perros:

Una advertencia, señor,
 De aquel barrio te he de hacer,
 Que te puede ser molesta,
 En que ahora he reparado:
 Que hay muchos perros.
 -- ¡Qué enfado!
 Mas compradme una ballesta;
 Que el fastidio, que escucharlos
 Me pudiera a mí causar,
 Les pienso yo, Nuño, dar
 A sus dueños con matarlos;
 Porque, según imagino,
 La comodidad ordena
 Que no sufra yo la pena
 Que puedo echar al vecino. (17)

Esas casas de Castilla, de Madrid, a diferencia de las de Andalucía, no tenían "patio" y sí un zaguán de entrada. En tiempos de Felipe III empezaron a edificarse caserones inmensos que servían de casas señoriales o monásticos albergues. Si el exterior era mezquino, rico su interior.

.

La gente solía oír misa todos los días, y una vez cumplida el precepto religioso, los desocupados "que eran casi

todos los hombres¹⁹ acudían a alguno de los famosos "mentideros" afanosos por las noticias, pues el mentidero era entonces un modo de gaceta o periódico. El más famoso era el de San Felipe "preferido para la divulgación de amoríos, cuchilladas, chismes, trapiches y noticias sobre comedias, libros y versos."²⁰ Al que se llamó "losas de Palacio" acudían soldados y pretendientes que buscaban premio a sus servicios, arbitristas y en general "gente de mero ademán y falta de ocupación."²¹ En una de las calles que daban al Prado acceso estaba el Mentidero de representantes que frecuentaba cómicos, y en las vías cercanas abundaban las casas de mala nota que albergaban a mujeres "equivocas".

Corazón de la Villa con la Plaza Mayor que conserva hoy día la antigua forma, y fué construida en la época de Felipe III a imitación de la abandonada de Valladolid. Una crónica de la época la describe con detalle: "La Plaza Mayor de esta Villa es de las mayores obras que en su género tiene Europa; su longitud es de cuatrocientos treinta y cuatro pies; su latitud, de trescientos y treinta y cuatro, de que saca en sus cuatro lienzos de mil quinientos y treinta y seis pies. Tiene cinco altos, sin las portales y bóvedas, con que se hacen siete viviendas hasta el último tejazoz; hay setenta y cinco pies de alto y treinta de cimientos y fondo. Salen a ella seis calles descubiertas y tres encubiertas; en sus cuatro lienzos tiene cuatrocientos y setenta y siete ventanas con balcones de hierro en que viven tres mil y setecientos moradores, y en fiestas

públicas asisten a verlas en esta Plaza cincuenta mil personas. Lo que más admira es que en derribar la Plaza antigua y hacer esta nueva, sólo se tardó dos años, y se acabó en éste que vamos, como lo dice la inscripción que está en la Panadería. Costó su fábrica cerca de un millón de ducados;...²² El edificio de la Panadería tenía, frente a él, otro, llamado "Casa de la Carnicería", por el fin a que se destinaba, que era el más importante de la Plaza Mayor.²³ La Plaza Mayor vino a ser centro comercial, así como la de la Cebada (construida en el siglo XVI).²⁴

La Calle Mayor servía de arteria al corazón de Madrid. Esta y otras calles principales de la villa eran un verdadero hervidero donde se apiñaban paseantes. La Mayor, en especial, era paseo obligado de ociosos por ver y ser vistos, lucidores de sus galas.

La "Mancebía pública", casa fundada a principios del siglo XVII en el sitio que hoy ocupa el palacio de los Condes de Oñate fue trasladada al extremo de la calle Mayor junto a la Puerta del Sol por orden de Carlos I el 28 de julio de 1541.²⁵ Adelante, durante el reinado de Felipe II, expulsadas de ese lugar las mujeres públicas, se designó el sitio para la fundación del convento e Iglesia del Carmen.²⁶

Juan Ruiz de Alarcón incluye la Calle Mayor en varias de sus obras. Por ejemplo, la escena XVI del Acto I de Las paredes oyen está situada en la "calle Mayor de Madrid, y en ella la casa de doña Ana."²⁷ Y después, en la misma obra,

dice:

- Esta es la calle Mayor.
 -- Las Indias de nuestro polo.
 -- Si hay Indias de empobrecer
 Yo también la nombro.
 -- Es gran tercera de gustos.
 -- Y gran cosaría de tontos.
 -- Aquí compran las mujeres.
 -- Y nos venden a nosotros. (28)

Y en otras obras hace estos comentarios:

La calle Mayor
 Pienso que se ha de llamar,
 Porque en ella ha de callar
 Del más pequeño al mayor;
 Porque hay arpías rapantes,
 Que apenas un hombre ha hablado,
 Cuando ya lo han condenado
 A tocas, cintas y guantes;
 Y un texto antiguo se halla
 Que dijo por esta calle:
 "Calle en que es bien que se calle;
 Que no medra quien no calla." (29)

.

- ... ¿Querrás
 Ver hoy la calle Mayor?
 -- Cuando quieras; que el viaje
 Sólo me pudo cansar
 Lo que tardaba en llegar
 A tan dichoso hospedaje.
 Hoy veré la maravilla
 Que celebras por otava.
 -- Hoy en tu memoria acaba
 La Alameda de Sevilla.
 -- ¡Calle Mayor! ¿Tan grande es
 Que iguala a su nombre y fama?
 -- Diréte por qué se llama
 La Calle Mayor.
 -- Di pues.
 -- Felipe es el rey mayor,
 Madrid su corte, y en ella
 La mayor y la más bella
 Calle, la calle Mayor;
 Luego ha sido justa ley
 La calle Mayor llamar
 A la mayor del lugar
 Que aposenta al mayor Rey. (30)

Otro famoso lugar mencionado por Alarcón y por casi

todos sus contemporáneos es el Prado, paseo construido en la segunda mitad del siglo XVI. Algunos le llamaron Prado Viejo para distinguirlo del nuevo situado junto al río.

"Los que deseaban paseo amplio, arbolado y fresco, reuníanse al caer la tarde en el Prado de San Jerónimo, que era uno de los lugares preferidos como centro de exhibición por los elegantes de la época. Iban éstos, sobre todo las damas, en sus carrozas, generalmente para continuar la rúa comenzada poco antes en la calle Mayor... Por ser el Prado centro habitual de galanteo, lo fué también de las riñas y desafíos que entre los caballeros de la época eran frecuentes por cuestiones de faldas, ya derivados de celos, ya de puntillos de honor."

Alarcón coloca la primera escena del Acto I de Todo es ventura en "el Prado de San Jerónimo". En la misma obra, cuando se ven Leonor y Celia "con mantos, tapadas", se comenta:

De un coche se han apeado
 Dos damas solas, a quien
 Quizá, como a mí, también
 Saca su tristeza al Prado. (34)

Y en otra parte, se nos dice lo que la gente solía hacer al visitar este sitio:

¿Dónde estävisteis vosotros?
 -- Yo en el Prado, y sólo ví
 Andar de aquí para allí
 Y mirarse unos a otros. (35)

Uno de los lugares preferidos para meriendas y fiestas por la gente de buen tono, era la famosa Huerta de Juan Fernández, situada a la entrada del Prado de Recoletos, donde

hoy está el Ministerio del Ejército; lugar immortalizado por Tirso, y famoso por su amenidad, sus paseos y bosquesillos, cenadores y terrazas, no menos que por ser teatro frecuentemente de múltiples escenas de amor y celos, odios y pendencias, murmuraciones y conjuras y, en general, de todo pasatiempo para lo más aristocrático y alegre de la sociedad madrileña.³⁶ Zabaleta nos indica, en parte, por qué estos sitios eran tan populares: "Si tienen sol algunos días de fiesta el invierno, también tienen fresco las noches del día de fiesta el verano. Tienen prevención de arboledas vecinas las poblaciones numerosas, donde el agua de las fuentes enfríe el aire, el aire las hojas, para que hojas, aire y fuentes hagan un deleitosísimo paseo. Este, en Madrid, se llama el Prado. Apenas se ha desaparecido el sol, cuando se aparecen en el Prado los coches, cargados con gente de diferentes sexos y de diferentes estados. Van a tomar el fresco, y en un zapato alpargatado con ruedas, se aprietan seis personas. Las que no van en los estribos, se queman."³⁷

Otras calles estaban destinadas a ciertas industrias, y recibieron sus nombres de ellas, tales como Hileras, Platerías, esta última reconocida por su importancia por Alarcón:

... que ignorando
El bien que en casa tenía,
Me tardé en la Platería,
Ciertas joyas concertando. (38)

El Sotillo es lugar por Alarcón mencionado y que según Zabaleta "es un pedazo de tierra que dista de Madrid,

por cualquiera de sus salidas, más de un cuarto de legua. A la ida muy cuesta abajo. ¿Qué será a la vuelta? Hay en él unos árboles ni muchos, ni galanes, ni grandes; más parecen enfermedad del sitio que amenidad influida. Humedece este soto, dividido en listas, Manzanares, poco más que si señalaron la tierra con el dedo mojado en saliva...³⁹ A este sitio "a venerar las señales de unas paredes que fueron santos" iba la gente "en peregrinación gustosa"⁴⁰. Pero lo que empezó como devoción degeneró en vicio.

Alarcón hace alusión a este sitio famoso cuando don Juan y don García, en La verdad sospechosa, comentan la supuesta fiesta organizada por éste:

Don Juan

Pero ¿la fiesta en efeto
Fué famosa?

Don García

Por ventura
No la vió mejor el río.

Don Juan

(Ap. Ya de celos desvarío.)
¿Quién duda que la espesura
Del Sotillo el sitio os dió? (41)

El Campo del Moro hallábase donde hoy es el Parque de Palacio y descendía desde el Alcázar hasta el Puente de Segovia. La Casa de Campo que lindaba con el Campo del Moro fué lugar preferido de los paseantes.

Contaba Madrid con otros lugares de solaz como el Campo de Leganitos "donde las calurosas noches de estío concurren muchas damas y caballeros a gozar del fresco que poco

falta de aquel lugar, con la vecindad del puerto de Guadarrama⁴². Huertas donde los madrileños comían los días festivos eran Buitrera, Florilla, Leganitos, de la Puente, etc..

Al descubierto corría un barranco por lo que hoy es Plaza de España y la calle de los Reyes. Lo atravesaba un puente desde la calle de Leganitos.

Alarcón celebra la belleza de esas huertas y parques:

(Llano al pie del parque de Madrid)

¡Lindo lugar!

- El mejor:
 Todos, con él, son aldeas.
 -- Seis años ha que rodeas
 Aqueste globo inferior,
 Y no vi en su redondez,
 Hermosura tan extraña.
 -- Es corte del rey de España,
 Que es decillo de una vez. (43)

También se refiere a la importante calle de Alcalá, que desde el camino de ese mismo nombre llegaba a la ciudad cuya universidad era entonces bien nombrada. "El último trozo de esta hermosa calle, más allá del paseo del Prado, está embellecido por la derecha con la verja de los jardines del Retiro, y las construcciones modernas a su izquierda. Hasta el reinado de Felipe III no se construyó puerta de ingreso por este lado, y entonces, y con motivo de la entrada de la reina doña Margarita en 1599, se levantó ésta como hacia el sitio donde hoy está la entrada del Retiro por la Glorieta."⁴⁴

Dice Alarcón, en Las paredes oyen:

Tenme el coche de camino
 A la puerta de Alcalá.
 Parta al punto el repostero,
 Y encárgales, por mí vida,

Que esté a punto la comida
En la venta de Vivero. (45)

La calle de Atocha, al extremo del Prado, llegaba hasta la ermita y convanto de ese nombre; los madrileños recordaban bien sus leyendas. La calle era conocida de Alarcón, también, como podemos leer aquí:

Ya el coche del sol camina
Por la eclíptica empedrada
De la calle celebrada
De Atocha, y ya por la esquina
De San Sebastián la noche
Amenaza en el ocaso;
Pero ya le sale al paso
Don Fernando, y para el coche. (46)

También coloca la escena VI del Acto I de Mudarse por Mejorarse en el paseo de Atocha. En otra obra dice:

Ya que convida, señor
De Atocha la soledad
Declara tu voluntad. (48)

El río Manzanares cuya escasez "contrastaba con las grandezas cortesanas, y a cuyo lado corría, y con la fábrica majestuosa de la puente segoviana"⁴⁹ fué objeto de donos-
sas burlas por parte de contemporáneos como Lope de Vega y Tirso de Molina. Es uno de los sitios que con más frecuencia cita Alarcón. Por ejemplo:

¿Cómo os trata de salud
Madrid?
-- A vuestro servicio
La tengo.
-- La multitud,
El cortesano bullicio,
La grandeza y la inquietud,
¿Os ofende u os agrada?
¿Estáis aquí más hallada
Que en Toledo?
-- Novedad,
Multitud y variedad
Es confusa, no pesada.

-- ¿Luego ya habréis olvidado
 Al gran Tajo celebrado
 Por Manzanares, de quien
 Dijo un cortesano bien
 Que, según es abreviado
 Y ardiente el turbio licor
 Que lleva en caniculares,
 No es agua, sino sudor,
 Que, abrasado de calor,
 Echa de sí Manzanares? (49)

En otra obra:

Diviértete, considera
 Como está en caniculares,
 Con ser pobre Manzanares,
 Tan honrada su ribera,
 Que dél dijo una señora,
 Cuyo saber he envidiado,
 Que es, por lo pobre y honrado,
 Hidalgo de los de agora.
 Bien puede aliviar tus males
 Ver ese Parque, abundoso
 De conejo temeroso,
 Blanco de tiros reales, (50)

Y:

Trajíste a la corte,
 De nobles centro y de ambiciosos norte;
 Y apenas en la puente
 De Toledo, mi llanto a la corriente
 De Manzanares el raudal aumenta,
 Por ver si puedo redimir la afrenta
 De trocar el caudal del Betis puro
 Por una vena de licor obscuro,
 Cuando en la noche de su amor, ligero,
 Siguiendo el resplandor de su lucero,
 Llegó también don Diego; y el confuso
 Caos de Madrid los medios le dispuso
 De proseguir tan cauto galanteo,
 Que escondió a tu cuidado su deseo. (51)

También:

Ya Garcerán, estamos
 A la vista del premio, porque aquellas
 Torres que divisamos,
 Con desprecio del sol borrando estrellas,
 En diamante escriben
 La majestad que de su luz reciben.
 Aquél es el palacio,
 Que entre los rayos de la escasa lumbre

Se reduce a un topacio,
 Corona desde monte y pesadumbre
 De Manzanares frío,
 Que por él goza autoridad de río.
 -- Gallarda vista tiene
 Madrid por esta parte. (52)

Al frío que se sentía a orillas del Manzanares se refiere
 en La verdad sospechosa:

Señor don Juan de Luna, para el río
 Este fresco en mi edad es demasiado.
 -- Mejor será que en ese jardín mío
 Se nos ponga la mesa, y que gocemos
 La cena con sazón, templado el frío.
 -- Discreto parecer. Noche tendremos
 Que dar a Manzanares más templada;
 Que ofenden la salud estos extremos. (53)

Las fuentes, según Quintana en su Historia de Madrid,
 de 1629, eran numerosas: "Las fuentes son sin número, y no
 trato de las nuevamente acrecentadas... sino de las antiguas
 para que no se pierda la memoria de ellas; de las cuales
 algunas son de agua preciosa y singular, como son las de
 Lavapiés, las de Leganitos... Las del Prado de San Jeróni-
 mo, y entre ellas las del Caño Dorado, del Olivillo y de
 la Sierpe... y las de nueve tazas grandes de piedra que hay
 en él, causando maravilla a los que ven el altura a que su-
 be el agua de ellas"⁵⁴. Sigue nombrando otras muchas, entre
 ellas la del Humilladero de Nuestra Señora de Atocha, las
 fuentes del Peral, la de los Caños Viejos "que las mudaron
 más abajo de su antiguo puesto en la calle nueva de la Puen-
 te Segoviana"⁵⁵ la de San Isidro, la de los Recoletos, etc.

Viajeros extranjeros recuerdan como cosa característi-
 ca de la Corte el que fuente hubiese en cada plaza. La de
 la Puerta del Sol, separada del suelo por peldaños, la

adornaban cuatro escudos de diferentes historias, y los
surtidores eran caños de bronce en figura de mujer que re-
presentaban las Harpías y echaban el agua por los pechos.⁵⁶

La Fuente del acero era bien conocida y fué menciona-
da por dramáticos como Lope de Vega en El Acero de Madrid,
y la virtud de sus aguas era combatir las "opilaciones" rea-
les o fingidas, de las damas.⁵⁷

No se puede dejar de mencionar los hospitales que
existían en Madrid, como el Hospital Real de Corte --llama-
do también del Buen Suceso-y el Hospitalillo o Recogimiento
de Niños expósitos;⁵⁸ que estaban en la Puerta del Sol; el
Hospital de la Anunciación, albergue de pobres, general de
la Villa, fundado en 1596; el de Nuestra Señora del Amor de
Dios, conocido también como el de Antón Martín, de los re-
ligiosos de San Juan de Dios,⁵⁹ fundado en 1552; el de Nues-
tra Señora de la Concepción, y Buena Dicha, de la Parro-
quia de San Martín, fundado en 1594, dedicado a los "enfer-
mos vergonzantes";⁶⁰ el Hospital Real de San Antonio Abad,
de Religiosos Canónigos Reglares de su Orden;⁶¹ el Hospital
Real de San Andrés, de los Flamencos, fundado en 1606 "pa-
ra recoger los pobres Peregrinos de todas las provincias
de los estados de Flandes, Países bajos, y Borgoña";⁶² el
Hospital de los Caballeros de San Ginés; y algunos más.⁶³

En Las paredes oyen hace Alarcón referencia a un hos-
pital (de los varios que había en la Corte), quizás el de
la Anunciación:

Esta imagen puso aquí

- Un extranjero devoto.
 -- Y entre aquestas devociones
 No le sabe mal un logro.
 -- Un regidor desta villa
 Hizo este hospital famoso.
 -- Y primero hizo los pobres. (64)

.

El oír la misa era obligación y costumbre, no sólo dominical sino diaria. Oía la nobleza en las capillas de sus palacios; pero los demás acudían a los templos, haciéndolo en litera o carroza las damas que presumían de alguna calidad y muchos varones importantes. Los hidalgos cumplían el precepto piadoso a las ocho de la mañana. Los consejeros iban a Santa María. Damas y galanes preferían la iglesia de la Victoria, anexa al convento del mismo nombre en la Puerta del Sol, esquina a la Carrera de San Jerónimo. Los frailes victoriosos tenían fama de decir misas muy ligeras, siendo "esgrimidores que juntaban el pomo con la cantera, es decir, el Introito con el Veritatis." ⁶⁵

Otra iglesia importante a la vida madrileña, tanto en la época de Alarcón como ahora, era la de San Francisco el Grande, que se tenía por fundación personal, en 1217, del mismo San Francisco de Asís, que es cierto que peregrinó por España, y en Santiago parece que decidió la división ⁶⁶ de sus discípulos en conventos. Otra iglesia antigua era la pontífica de San Miguel (antes San Justo), que figuraba entre las diez parroquias del siglo XII, dentro de las murallas de la Villa. También había muchas otras, como las de San Ginés, el Carmen y las Calatravas, situadas donde

se encuentran hoy. "Y aún mayor predicamento alcanzó la iglesia de Jesús, en la plaza de este nombre, donde las más lindas actrices pusieron de moda la misa de hora, que se decía a las once. La llamaban también la misa de las Marías, por figurar entre sus patrocinadores estrellas his-triónicas de ese nombre, tales como María Calderón, María de Córdoba (la Amarilis) y María Riquelme."⁶⁷

Una iglesia interesante era la del Carmen (Calzado) que "por no haber sido Madrid una verdadera ciudad en la Edad Media, falla en sus ensanchas antiguas la conocida su-puesta regla de marcarlos a los cuatro puntos cardinales cuatro conventos de las grandes ordenes de frailes (domi-nicos, franciscanos, agustinos, y carmelitas), o bien en España, seis (con los trinitarios y los mercenarios). El Carmen (Calzado) madrileño no se creó sino bajo Felipe II, y bien cerca del todavía reciente convento de agustinos de San Felipe el Real... y del de mínimos de la Victoria (ca-rrera de San Jerónimo), y apenas algo posterior a ellos y a la Trinidad... y a la Merced (plaza del Progreso)."⁶⁸

Juan Ruiz de Alarcón incluye algunos de estos lugares en su obra. Por ejemplo, en La culpa busca la pena:

En una visita, enfrente
De la Trinidad, entró,
En una casa en que habita
Un don Diego. (69)

En Todo es ventura:

Vióme el Duque tu señor
En la Trinidad en misa
Una fiesta, que me ha dado
De trabajo tantos días. (70)

En la misma obra:

Señor, esta es la verdad;
Después que está retraído
En la Vitoria ha vivido,
Con la mucha caridad
Destos padres, en la gloria;
Y sin duda que por eso
Pusieron el Buen-Suceso
Tan cerca de la Vitoria. (71)

Alarcón coloca la escena novena del acto primero en el claustro de dicho convento en la misma obra.

En La verdad sospechosa:

Estaban las matadoras
Las dos primas de la quinta.
-- ¿Las que en el Carmen vivieron? (72)

.

Algunos sitios más que considero dignos de mencionar aquí son: la llamada Casa de las siete chimeneas, situada⁷³ donde hoy el Circo de Price; el palacio conocido por los Consejos, frente a la iglesia de Santa María, construido⁷⁴ en los primeros años del siglo XVII; y la Casa de Cervantes, no tan importante en la época de Alarcón como ahora.⁷⁵

.

La Corte

Aunque para muchos en el siglo XVII Corte y Madrid son uno mismo, precisa distinguir Corte como entidad que animaba la ciudad por la presencia del Gobierno y la diferenciaba de las demás ciudades. Como se dijo antes, cuando Alarcón estudiaba en Salamanca la Corte se trasladó a Valladolid, donde permaneció desde 1607 a 1606. Los madrileños

que se habían dado cuenta de que la presencia de los Reyes y gobierno era esencial para perpetuar la importancia de la ciudad ofrecieron 250.000 ducados para compensar los gastos del traslado. Este penoso gravamen equivalía a la sexta parte de los alquileres de las casas durante diez años y continuó pesando como contribución exclusivamente para las casas de más de un piso.⁷⁶

Aunque hubo cierta intimididad entre los Reyes y la ciudad con su participación en varios festejos religiosos como Corpus Cristi, a los cuales asistían también los embajadores y personajes oficiales, "La Corte del rey de España dice que no puede llamarse corte pues era como una casa particular y de las que llevan una vida encerrada."⁷⁷

Madrid como Corte atraía a numerosos elementos que buscaban favores o vivir a costa de la tesorería real, y así se llenaba de parásitos. "En esta Babilonia de la confusión de la vida de la Corte, de cuatro cosas que se ven, no se han de creer las dos. ¡Qué de galas sin poder traerse; qué de gastos sin poder sustentarse; qué de ostentaciones de casa y criados, sin que se sepa dónde se cría, ni a qué árbol se disfruta aquello que allí se consume; qué de opinión de hombres ricos, más por opinión que por renta; qué rentas sin opinión y qué de opiniones sin probabilidad! Todas son apariencias fabulosas, maravillas soñadas, tesoros de duendes, figuras de representantes en comedia, y otros epítetos y títulos pudiera darles más lastimosos que ridículos."⁷⁸

Los Reyes se vieron obligados a contener excesos con

pragmáticas ó decretos de reformatión que fueron en muchos casos objeto de burlas, sátiras y alusiones en la literatura. Hubo que poner restricciones aun en la vida de Palacio para controlar excesos. "Hase hecho en Palacio gran reformatión y recogimiento de las damas y mujeres, con más encerramiento que hasta aquí, retirándolas mucho de la comunicación de los criados que sirven en aquel cuarto de las dos Infantas mayores, que es el de S.M., para que de ninguna manera lleguen donde ellas están, aunque sean mayordomos y guardas de damas ni otros criados, teniendo cargo de todo esto la condesa de Lemos, de manera que es mayor el encerramiento que pueda ser en ningún monasterio."⁷⁹

Como pretendiente que fué por varios años, Alarcón refleja en varias de sus obras la amargura del frustrado; así como crítica de aspectos del vivir familias, o la transformación del forastero.

Hombre que a la corte viene
 Recién heredado y mozo,
 Pájaro que estrena el viento,
 Nave que se arroja al golfo,
 Que a los ojos de su rey
 Y a los populares ojos
 No debe mostrar flaqueza,
 Ni puede esconder el rostro,
 Ha de regir sus acciones
 Por los expertos pilotos,
 Obligados por parientes,
 Por amigos, cuidadosos.
 Con esta ley os obligo,
 Y con esta fe os escojo
 Capitanes veteranos
 Deste soldado bisño.
 Acompañadme los dos,
 Advertidme lo que ignoro,
 Decidme el nombre, el estado
 Y la calidad de todos;
 Y en lo de las cortesías

Principal cuidado os pongo,
 Advirtiéndolo que con nadie
 Pretendo pecar de corto; (80)

.

O ésta:

Que aquí todo es embeleco,
 Todo engaño, todo ardid.
 Al que promete aquí menos,
 Y al que cumple más aquí,
 El pronóstico de Cádiz
 No se la gana a mentir.
 Coche y Prado son su gloria,
 Y ésta se reduce al fin
 A mirarse unos a otros,
 Y andar de aquí para allí.-- (81)

Las citas anteriores, y las que siguen, ilustran la penosa
 frustración de Alarcón, después de los años que pasó pre-
 tendiendo en la Corte, en la manera con que critica o reac-
 ciona:

Os suplico que el gobierno
 De vuestro estado merezca
 Un hijo que en Salamanca
 Estudió jurisprudencia,
 Y está en Madrid pretendiendo;
 Porque en ese oficio pueda
 Habilitar su persona
 Y servir a vuecelencia,
 Para que con su favor,
 Y dar allí de sus letras
 Testimonio, a alguna plaza
 Su majestad le promueva. (82)

.

En Madrid pretende oficios.
 -- ¿Con dineros?
 -- Con servicios.
 -- Dios le dé paciencia.
 -- Amén. (83)

Probablemente estas dos citas reflejan un deseo del mismo
 autor:

Item, su majestad venda las plazas
 Y oficios, pues habrá mil que las compren,
 Y llevar puede el precio con derecho

A quien da de una vez honra y provecho. (84)

.

Item, que los premias con oficios,
No aleguen el gozillos por servicios,
Pues al pedillos, por merced los piden,
Y no te han de obligar, pues se los diste,
Con la misma merced que les hiciste.
Item, que pues por más que los persiguen,
Nunca al fin remedian los garitos,
Como de naipes el estanco arriendas,
De gariteros los oficios vendas. (85)

Y aquí se ve, seguramente, la desesperación de Alarcón al pensar en cómo iba a conseguir el empleo que pretendía:

Vivas, si llegan a verse
Premiados tantos cuidados
Por ti, más que dos casados
Que dan en aborrecerse.
Vivas, Marqués, más edades
Que una sisa, y que un pavés
En casa de un montañés
Preciado de antigüedades.
Y vivas, en conclusión,
Más que un ministro cansado,
De que tiene un desdichado
La futura sucesión

Y también en esta cita:

Es pobre.
-- Serálo menos.
-- Tiene esperanza de ser
De una gran casa heredero.
-- No contéis por caudal propio
El que está en poder ajeno;
Y más donde el morir antes
O después es tan incierto.
-- Pretende oficios.
-- ¿Pretende?
¡Triste dél! ¿Tenéis por bueno
Para mi marido a quien
Ha de andar siempre pidiendo?
-- Un virreinato pretende.
-- ¿Virreinato cuando menos?
¡Mirad si digo que es vano!
-- Tiene, para merecello,
Innumerables servicios.
-- A maravedís los trueco;
Que méritos no premiados

Son litigiosos derechos. (87)

Buena descripción de la gente de la Corte, y de los pretendientes, es ésta:

Gustos y vellos
Cuidadosos y afectados,
Compuestos y mesurados,
Alzar bigotes y cuellos.
Pareceme propriamente
En sus aspectos e indicios,
Los pretendientes de oficios,
Cuando ven al Presidente. (88)

Y aquí, vemos como muchos adelantaban sus pretensiones:

Pretendiente lo.

Merezca en esta ocasión
Que vusted, como quién es,
Me ayude con el Marqués.
-- ¿Qué pide?
-- Una comisión.
-- ¿Qué?
-- Comisión.
-- Bien está.
-- ¿Fuera de aquí?
-- En Zaragoza.
-- ¿Casado?
-- Con mujer moza
-- Y hermosa.
-- Negociará. (89)

La suerte de la mayoría de los pretendientes parece haber sido esta:

Ya ha logrado
La fortuna su intención,
Pues mi larga pretensión
Me ha traído a tal estado,
Que no puedo sustentar
Los criados que solía.
-- Negocio que cada día
Sucede en este lugar. (90)

Y esta:

No tiene ya mi señor,
De pobre, más que un criado,
Y ése sirve de bufón;
Que es lo mismo que tener

Un vestido solo, y ser
 Con bordado y guarnición.
 -- Yo sé muy bien lo que pasa
 Un pretendiente en Madrid;
 De aquí adelante os servid
 De mi mesa y de mi casa. (91)

También:

¿Eres astrólogo?
 -- Oí,
 El tiempo que pretendía
 En palacio, astrología.
 -- ¿Luego has pretendido?
 -- Fui
 Pretendiente, por mi mal.
 -- ¿Cómo en servir has parado?
 -- Señor, porque me han faltado
 La fortuna y el cuadal;
 Aunque quien te sirve, en vano
 Por mejor suerte suspira. (92)

Alarcón nos da idea de la mentira constante que era la
 vida de la Corte, en las citas siguientes:

¿ De modo que habiendo visto
 Que estimé aquella desorden,
 Lo negábades? ¡Qué bien
 Vuestro valor se conoce!
 En vos, Tello, no han entrado
 Las costumbres de la corte;
 Que en ella a los lisonjeros
 Que cercan a los señores,
 Diciendo lo que no hacen,
 En obligación los ponen;
 Y vos negáis lo que hacéis,
 Prueba de valiente y noble. (93)

Otra:

Que como pocos señores
 Se ven en los otros pueblos,
 Corren las recién venidas
 A la corte, mucho riesgo
 De pensar que es calidad
 Que aumenta merecimiento,
 Un amante señoría. (94)

Una mas:

Que en la corte es menester
 Con este cuidado andar;

Que nadie llega a besar
Sin intento de morder. (95)

Y:

Mas en la corte mejor
Su enmienda esperar podemos,
Donde tan válidas vemos
Las escuelas del honor.
-- Casi me mueve reír
Ver cuán ignorante está
De la corte. ¿Luego acá
No hay quien le enseñe a mentir?
En la corte, aunque haya sido
Un extremo don García,
Hay quien le dé cada día
Mil mentiras de partido.
Y si aquí miente el que está
En un puesto levantado
En cosa en que al engañado
La hacienda u honor le va,
¿ No es mayor inconveniente
Quien por espejo está puesto
Al reino? (96)

Aquí, nos da idea del concepto de muchas familias de la época, que procuraban mantener algún miembro de la familia en la corte:

Pues como Dios se sirvió
De llevarse a don Gabriel,
Mi hijo mayor, con que en él
Mi mayorazgo quedó,
Determiné que, dejada
Esa profesión, viniese
A Madrid, donde estuviese,
Como es cosa acostumbrada
Entre ilustres caballeros
En España, porque es bien
Que las nobles casas den
A su rey sus herederos. (97)

Mucha gente, al llegar a la Corte, pasaba por una metamorfosis, para presumir más en aquel ambiente de mentiras:

Extrañé la nueva forma,
Cuando me ví caballero;
Si bien no soy el primero
Que en la corte se transforma.
Mas son vanas intenciones

Quando con pobreza lldio;
Que es el dinero el Cvidio
De tales trasformaciones. (98)

Las mujeres de la Corte --y otras cosas de ella-- aparecen en esta crítica:

En amaneciendo Dios,
Ya en chinela, ya en chapín,
De los nidos salen bandas
De busconas a embestir,
Todas buscando el dinero,
No al galán sabio y gentil:
Quien no tiene, es un demonio,
Y quien tiene, un serafín.
Ninguno cumple deseo,
Si bien lo advierto, aquí;
Que el pobre jamás llegó
De sus intentos al fin;
Y el rico, si no desea,
¿Cómo lo puede cumplir?
Porque antes de desear
Alcanza el rico en Madrid.
Sin estos inconvenientes,
Considero yo otros mil,
Que es un asno el que en la corte
Con ellos quiere vivir.
Un lencero ¿a quién no mata
Con un cuerpazo hasta allí,
Dando voces como truenos,
Que hacen los perros huir?
¿A quién no cansa un barbón
Con un tiple muy sutil,
Lastimero y recalzado,
Diciendo: hili portuguí?
¿Quién sufre un burro aguador,
Que me sabe distinguir
A mí de un poste, y se aparta
Del poste, y me embiste a mí?
¿Quién sufre un cochero exento,
Cuya lanza cocheril
Rompe más entre cristianos
Que entre moros la del Cid? (99)

En esta anécdota describe, de otra manera, la gente de la corte:

No has estado
En la corte; que por eso,
Aunque en todo eres travieso,
Eres en esto avisado.

Llevóme un amigo un día
 Allá a una junta de hablantes
 Arrojadados y ignorantes,
 Y el uno dellos decía:
 "Bravas joyas y vestido
 Ha echado doña fulana;
 Mas es hermosa, y lo gana
 Con preceto del marido."
 Codeó mi camarada,
 Y dijo: "El que hablando está,
 Come de lo que le da.
 Una hija emancipada."
 "¡Andar! dijo otro mocito:
 El marido no hace bien,
 Porque en la ley de Moisés
 Tal preceto no hay escrito."
 Segunda vez codeó
 Mi amigo, y dijo: "El mozuelo
 Lo sabe bien; que su abuelo
 En Granada la enseñó."
 "¡Andar! otro reposado,
 Con un suspiro profundo
 Dijo: Esos gozan del mundo;
 ¡Ay del pobre que es honrado!" (100)

Alarcón guardaba un rencor especial a los ministros
 de la Corte, probablemente por las muchas frustraciones que
 le causaron:

Mas secreto y recatado
 Seré que un recién ministro.
 -- ¡Extraño capricho!
 -- ¿Extraño?
 ¿Pues hay parca inexorable
 Mas cruel, más intratable,
 Que un ministro el primer año? (101)

También:

Buen desengaño
 Puedo dar de mi sujeto:
 No guarda mejor secreto
 Un ministro el primer año. (102)

Y en otra parte:

Vivas dichoso
 Mas que un vecino enfadoso,
 Que un deseo, que una pena,
 Y más que una imposición;
 Mas que un ministro cansado,

De quien tiene un desdichado
La futura sucesión. (103)

Los defiende un poco aquí:

antes me fastidian
Los que de oficio aborrecen
A los ministros. Por dicha
¿No ha de haberlos? ¿No han de serlo
Hombres? ¿Acaso querías
Que no haya algunos que prendan
Donde hay tantos que delincan?
Si les basta a malquistar
El oficio que administran,
¿Qué información en su abono
Pretendes más conocida,
Que conservarse entre tantos
Enemigos, quien tendría
De la culpa más venial
Mil mortales coronistas? (104)

Vuelve a la sátira:

Culpa a un ruin con oficio,
Que con el poder soberbio,
Es un gigantón del Corpus,
Que llena un pícaro dentro;
Culpa al que siempre se queja
De que es envidiado, siendo
Envidioso universal
De los aplausos ajenos; (105)

Un comentario sobre la suerte de los lacayos aparece cuando
dice:

Temprano, por vida mía,
En el uso hemos entrado.
Alto: ¿somos de palacio?
Trasnochar, ir a dormir
Al amanecer, vivir
De prisa, y morir despacio,
Si el cielo no lo remedia,
La sátira encaja aquí;
Mas no ha de haber cosa en mí
De lacayo de comedia.
¿Cuál a la corte pusiera
Algún poeta, si el caso
Y el lacayo en este paso
De la comedia tuviera! (106)

Referencia a la relación entre el Rey y su Corte se
encuentra en estas citas:

Que es alta razón de estado,
 Si bien no conforme a ley,
 No sufrir cerca del Rey
 Competidor el privado;
 Porque la ambición inquieta
 Es de tan vil calidad,
 Que ni atiende a la amistad,
 Ni el parentesco respeta. (107)

Y:

... Aquel
 Que tratando el Rey con él
 Sólo las cosas que son
 De gusto, vive seguro
 De quejosos maldicientes
 Y cansados pretendientes,
 Llamo yo privado puro;
 Mas el triste a quien le dan
 Un trabajo tan eterno,
 Que es del peso del gobierno
 Un lustroso ganapán
 (Aunque el poeta desmienta
 Que suele llamarlo Atlante,
 Pues no hay cosa más distante
 Del cielo que éste sustenta,
 Que la carga del gobierno,
 Que infierno se ha de llamar,
 Si es que el eterno penar
 Se puede llamar infierno);
 Este pues, que siempre lidia
 Con tantos, tan diferentes
 Cuidados, que a los prudentes
 Da compasión, y no envidia;
 Este, que no hay desdichado
 Caso, aunque sin culpa suya,
 Que el vulgo no le atribuya,
 Llamo yo privado aguado;
 Pues como quita el sabor
 Al vino el agua, es tan grave
 Su pena, que no le sabe
 El ser privado a favor. (108)

.

¿Cómo era el Palacio Real de aquella época? Sabemos
 que no era el mismo edificio que hoy tiene el mismo nombre,
 aunque estaba en el mismo sitio. Se había llamado Alcázar,
 y antiguamente había servido tanto como fortaleza como

palacio de los Reyes. "El edificio, no obstante las mejoras y ampliaciones, que tendían a quitarle su carácter primitivo de fortaleza, era en realidad, como dice bien Jude-rías, 'un caserón inmenso, destartado, con grandes estancias, no todas claras, admirablemente amuebladas algunas, misérrimamente conservadas las otras; palacio de leyenda, con entradas misteriosas, escaleras secretas, puertas que se abrían donde menos se pensaba; lugar incomparable para la intriga política y la aventura amorosa, pero tétrico, solemne, aburrido, como la etiqueta que regulaba los menos movimientos de sus augustos moradores.'¹⁰⁹ Hasta la fundación del Buen Retiro, la residencia de Felipe IV, como la de sus antecesores que tuvieron la Corte de Madrid, fué el Alcázar viejo: más famoso por su venerable vetustez, su gran mole y su eminente situación, que por sus filigranas arquitectónicas."¹¹⁰

Un italiano que visitó la capital de España en la época que estudiamos, describe el Palacio con algo más de detalle: "Il palazzo Reale, nel quale non abitano altri che Sua Maestà, el Principe, l'Infante et il Cardinale d'Austria, no eccede per essere d'un tanto re. Ha due cortili grandi con ordine di colonne magnifiche che stanno sino al tetto, et salite le scale, vi sono belli corridori, ma le stanze sono picciole, ne vi e appartamento d'esse seguito, chè tutte il palazzo si risolve in gallerie, et è ripieno di quadri molto belli et ha una piazza inanzi, nel fine della quale è la cavallerizza, che è bella. Per guardia

del palazzo sta un buon numero d'alabardiere vestiti di negro con la calza intiera, che servino alla guardia del Re, del Principe e dell'Infanta et del Cardinale."¹¹¹

Un aspecto curioso de la vida de la Corte era el del galanteo, no porque él fuese novedad en aquella Corte, tan caballeresca y devota de Cupido, sino porque el galanteo tributado a las damas de Palacio era ostensible, pretendía ser más exquisito, y estaba sujeto a normas particulares,¹¹² como un capítulo más de la etiqueta cortesana.

El deseo de visitar a sus damas a solas y sin temor de ser interrumpidos en su plática, arrastraba a los amantes a cometer lo que, en el lenguaje cortesano se calificaba de profanaciones del Real Palacio, uno de los más graves delitos, según la moral y la etiqueta reinantes; atentas, más que al fondo, a la forma de cubrir las apariencias. Cuando esto ocurría, penetraban los amantes dentro de la morada de los reyes, ya por la violencia, escalando balcones, ya por la astucia o destreza, fabricando llaves falsas. Como consecuencia de todo eso, en 1638 salió una pragmática en que se manda "con graves penas a los señores que ninguno galantee en Palacio a las damas, si no fuere en público, y totalmente se les prohíbe el mudar traje o hacer disfraz en orden a esto."¹¹³

Alarcón hace alusión a todo esto cuando dice:

Esas son caballerías
De Amadís y Florisel,
Y se os luce, don Rodrigo,
Lo recién llegado bien,
Pues ignoráis que en la corte,

La competencia es cortés,
Permitido el galanteo
Y usado el dhallo a entender; (114)

.

Y:

Si ya el Marqués te olvidó,
Con amante, ¿qué le ofende,
Supuesto que es tan usado
En la corte suceder
El amigo en la mujer
Que el otro amigo ha dejado,
Sin que esta ocasión lo sea
Para poder dividillos?
Que dicen que esos puntillos
Son para hidalgos de aldea. (115)

.

Difería la nobleza de la época de la de tiempos pasados y carecía del poder e influencia que tuvo durante el reinado de los Reyes Católicos y los anteriores. Precisa la distinción entre la grandeza de la época de Carlos V y Felipe II, era de ascendencia, y la de declive desde el 1600. Los Grandes de esos reinados si no participaban en las funciones del gobierno solían vivir en sus palacios señoriales de provincias. Pero esos Grandes de la decadencia cuyos antecesores habían vivido con independencia y señorío feudal vida patriarcal en sus villas, se convierten en palaciegos, "cazadores de empleos y beneficios, en ciudadanos vividos¹¹⁶ res y funcionarios regios..." Distintivos de su general carácter son el orgullo de su nobleza, altivez, vagancia, prodigalidad y menosprecio de toda suerte de trabajos.

Alarcón afectaba nobleza y fue por ello censurado y no pierde ocasión para tratar de ella en los varios aspectos

que observaba. Por ejemplo:

¿Quién dió principio a las casas
Nobles? Los ilustres hechos
De sus primeros autores.
Sin mirar sus nacimientos,
Hazañas de hombres humildes
Honraron sus herederos.
Luego en obrar mal o bien
Está el ser malo o ser bueno.
¿Es así?

- Que las hazañas
Den nobleza, no lo niego;
Mas no neguéis que sin ellas
También la da el nacimiento.
- Pues si honor puede ganar
Quien nació sin él, ¿no es cierto
Que por el contrario puede,
Quien con él nació, perdello? (117)

.

Algunas casas nobles considero
Al señoril dosel entronizadas,
Que dellas fué el autor sólo el dinero.
Las edades presentes y pasadas
Togas, armas y púrpuras sin cuenta
Han visto con dinero conquistadas.
No puedo yo negarte que la renta
Que me dejaron, hija, mis pasados
Con honra y con descanso me sustenta;
Mas pasa de los padres los cuidados
El amor de los hijos ambiciosos
A más que a conservarse en sus estados. (118)

En ~~contraste~~ vemos estas observaciones hechas por el mismo
autor:

La nobleza,
Si imposibles allana,
Tal vez suele ser vil y ser villana. (119)

.

Dos mil años tus blasones
Aumentes, noble marqués,
Porque a los señores des
Un espejo de tus acciones;
Que no consiste en nacer
Señor la gloria mayor;
Que es dicha nacer señor,
Y es valor saberlo ser. (120)

.

Que en la tierra donde estás
 Es el linaje del rico
 El que a todos deja atrás.
 No se opone a la riqueza,
 Si es pobre, aquí la nobleza;
 Que si he de decir verdad,
 Dineros son calidad...
 Y la pobreza es vileza.
 Mira no te desenfrenes
 Fiado en tu sangre noble;
 Porque él, si a contienda vienes,
 Más amigos tendrá al doble
 Que gotas de sangre tienes.
 En la corte son fautores
 Aquellos grandes señores,
 Con razón, de la nobleza;
 Que como en ellos se empieza,
 Defiéndenla sus autores;
 Mas como en este hemisferio
 Es el uso más válido
 Tratar y buscar dinero,
 A todos es preferido
 Aquél que lo halla primero.
 Y así mientras pobre fueres,
 El ardiente orgullo doma,
 Y pues tan cuerdo eres,
 Mientras en Roma estuvieres,
 Vive a la usanza de Roma. (121)

Aquí Alarcón critica algo de que él mismo era culpable; según sus enemigos:

No te asombres;
 Que por una condición
Don Diego se ha de llamar
 De su casa el sucesor.
 Llamábase mi señor
Don Pedro antes de heredar;
 Y como se puso luego
Don Diego, porque heredó,
 Después acá se llamó
 Ya don Pedro, ya don Diego.
 -- No es nueva esa condición
 En muchas casas de España. (122)

También critica otro pecado de muchos supuestos nobles:

Advierte que entre los nobles
 Se tiene a término bajo
 Decir a nadie el favor.
 -- Esos estilos tan altos
 Son del tiempo de Amadía;

Que agora hay muchos fidalgos
 Que cuentan lo que no han hecho
 Como si hubiera pasado. (123)

.

Don Guillén
 De Aragón se sigue luego,
 De buen tallo y gentil brío;
 Sobre un condado trae pleito.
 -- ¿Pleito tiene el desdichado?
 -- Y dicen que con derecho;
 Que sus letrados lo afirman.
 -- Ellos ¿cuándo dicen menos?
 -- Gran poeta.
 -- Buena parte,
 Cuando no se tome el serlo
 Por oficio.
 -- Canta bien.
 -- Buena gracia en un soltero,
 Si canta sin ser rogado,
 Pero sin rogar con ello.
 -- En latín y en griego es docto.
 -- Apruebo el latín y el griego;
 Aunque el griego, más que sabios,
 Engendrar suele soberbios. (124)

Alarcón nos indica algunas de las cualidades y costumbres que él consideraba esenciales en el noble:

De ninguno soy vencido,
 Si soy de alguno igualado.
 Mis costumbres, yo no digo
 Que son santas; mas al menos
 Son tales, que los más buenos
 Me procuran por amigo.
 De mi ingenio no publica
 Mi lengua la estimación;
 Dígallo la emulación;
 Que ofendiendo califica.
 Pues en gracias naturales
 Y adquiridas, decir puedo
 Que los pocos que no excedo,
 Se jactan de serme iguales.
 En las armas sabe el mundo
 Mi destreza y mi pujanza;
 Hable el segundo Carranza,
 El Narvaez sin segundo.
 Si canto, suspendo el viento;
 Si danzo, cada mudanza
 Hace, para su alabanza,
 Corte el encarecimiento.

Nadie es más airoso a pie;
 Que puesto que del andar
 Es contrapunto el danzar,
 Por consecuencia se ve,
 Si en contrapunto soy diestro,
 Que lo seré en canto llano.
 Pues a caballo, no en vano
 Me conocen por maestro
 De ambas sillas los más sabios,
 Pues al más zaino animal
 Trueco en sujeción leal
 Los indómitos resabios,
 En los toros, ¿quién ha sido
 A esperar más reportado?
 ¿Quién a herir más acertado,
 Y a embestir más atrevido?
 ¿A cuántos, ya que el rejón
 Rompí, y empuñé la espada,
 Partí de una cuchillada
 Por la cruz el corazón? (125)

Sobre la distinción entre noble y plebeyo y virtudes de aquél:

Pues es cosa conocida
 Que es más pesada y más fuerte,
 En quien es noble, la muerte
 Del honor que de la vida! (126)

.
 Los señores son jüeces,
 Y los jüeces nacieron
 Para deshacer agravios,
 Conde, que no para hacerlos. (127)

.
 Otra fase de la vida madrileña era la que ofrecían la multitud de mendigos y pícaros. Como Alarcón no incluye a los pícaros como personajes en su obra, y como el mundo pícaresco forma algo que necesitaría un estudio especial, no intento aquí trazar el papel de éstos en la capital de España. Pero sí pienso mencionar algunas de las causas del gran número de mendigos y parásitos (léase pícaros en el

sentido bastante aceptado del siglo XVII). "La mala administración y el arbitrario sistema de impuestos, fomentaban la desigualdad, contribuyendo a dividir a los españoles en potentados y menesterosos. Los que se expatriaban, viviendo en América, Italia o Flandes en hábitos de irresponsabilidad, libertinaje o rapiña, eran ya perpetuos inadaptados a una vida normal de orden. Huían de nuestros campos yermos para amontonarse en las ciudades."¹²⁸

El picarismo era la contrafigura del idealismo monárquico, imperialista y católico del siglo XVI. "Y si en el siglo XVI idealismo y picarismo coexistían, en el XVII, decaído el primero, se extiende y triunfa el segundo plenamente."¹²⁹

La Hermandad del Refugio y Piedad de la Corte, fué fundada en el año 1615 por el Padre Bernardino de Antequera, de la Compañía de Jesús. Sus miembros, "varones insignes por sus virtudes, y muy particularmente por su caridad,"¹³⁰ llegaron hasta el punto de sostenerla, durante los primeros años de su existencia, con las limosnas que ellos mismos solicitaban y recogían. "Entre estos auxilios, que sucesivamente y a medida de los recursos conque se contaba fueron aumentándose en número y en importancia, aparece ser uno de los primeros, por su antigüedad, el que, con la denominación de "Ronda y Hospedería", es vulgarmente conocido por Ronda de pan y huevo."¹³¹

En ciertas hospederías, que a raíz de la fundación de la Hermandad estableció ésta en unas casas, que para el

efecto alquiló en la calle del Carmen, y posteriormente en el Postigo de San Martín, se albergaba a los pobres que, según se ha dicho, eran hallados en la vía pública, y en ellos se les proporcionaba cama y cena, y desayuno al siguiente día, siendo trasladados por regla general, e inmediatamente, los enfermos a los hospitales, los huérfanos al Hospicio o a los Desamparados, y los que tenían familia entregados a ésta, dándose muchos casos que, resultando ser algunos de los acogidos sirvientes desacomodados, pero de buena conducta, se les proporcionaba acomodo o colocación. Sucedió, andando el tiempo, que el número de los acogidos ascendió en un sólo año y muy cerca de dos mil, entre los que, según se averiguó después, había muchos mendigos de profesión y no pocos vagos y criminales, razón por la que, entre otras que sería prolijo enumerar, vióse la Hermandad obligada a modificar esta clase de socorro, reglamentándole.

Junto a los ciegos, rezadores, y también como cofrades de la amplísima hermandad bribiática, pueden y deben figurar los que más o menos a las claras y, por lo común, vestidos de verde, pedían "limosna para el culto de este santo templo," como aquel que los decía a voces a la puerta de una iglesia, y llevaba, al par que la bacinica o platillo en la mano derecha, la izquierda puesta sobre el estómago. Las iglesias se utilizaban muchas veces como amparo para la delincuencia o la inmoralidad. Por su carácter sagrado, eran lugares de asilo, donde no alcanzaba la justicia ordinaria. De aquí que quien robaba, hería a un adversario o hacía una

muerte, procurara refugiarse en un templo, con lo cual muchas veces obtenía la impunidad. En lengua de germanía se llamaba a la iglesia antana o altana.¹³⁵ De aquí la frase corriente llamarse antana, como sinónimo de esquivar el cumplimiento de obligaciones o castigo.

En Madrid eran preferidos por los pícaros la Puerta de Guadalajara, la Puerta del Sol, la Plaza de Herradores (donde se alquilaban lacayos), la plaza de Santa Cruz (sin temor a la vecindad de las Escribanías y de la Cárcel de Corte), los bodegones de San Gil y de Santo Domingo, las Vistillas y los barrios bajos, sobre todo el Lavapies.¹³⁶

Comenta Juan Ruiz de Alarcón:

¡Cielo santo! a los que nacen
A tanto mal destinados,
¿Por qué el parto no es verdugo?
¿Por qué la cuna no es mármol? (136a)

.

La vida soldadesca formaba una parte importante del ambiente que estudiamos. Alarcón no puede hablarnos de esta vida de la misma manera que Lope de Vega o Cervantes, porque no pudo entrar en el servicio de su rey, debido a su defecto físico. En una época en que el hombre tenía que escoger entre las armas y las letras, Alarcón había tenido que contentarse con el mundo de los literatos, aunque, quizás, hubiera preferido estar en el bélico.

La manera de formar los ejercitos no era igual a la de nuestros tiempos; no era obligatorio servir al rey. Para la recluta "plantaba su bandera el capitán en algún pueblo y

enviaban por los contornos varios soldados como de ojeo, para acarrear gente que sentase plaza... A estos soldados, que hacían oficio de corredores, daba el capitán un tanto por cada otro que llevaban, por lo que empleaban mil embelecocos para seducir incautos, dándoles algunos reales de adelantado... Esta manera de levantar gente era ocasionada a muchas marañas, con las que los capitanes poco escrupulosos sabían tirar no pocos gajes... Formada la compañía, la presentaba la muestra a fin de que el oficial de sueldo o pagador diese a cada soldado que se presentaba el socorro, estando aquél facultado, con arreglo a sus instrucciones, para pasar las plazas o no; esto es, para dar como efectivas en la compañía los soldados de que debía constar.¹³⁷

El rey era entonces, como después la patria, ingrato con sus más leales servidores, y acontecía a muchos lo que al capitán Chincilla, de quien se cuenta en el Gil Blas, que después de haber salido harto lisiado, se roía las yemas de los dedos de hambre, gastando el tiempo en escribir memoriales solicitando recompensas.¹³⁸

No se había introducido por entonces en los ejércitos el uso de los uniformes, y así cada soldado se vestía, y hasta se armaba, por su propia cuenta, como mejor le parecía, pero dejando conocer siempre a la legua lo pintoresco de su vestido y lo bizarro de sus galas, cadenas y plumas, que ejercitaba el oficio de soldado, y esta desigualdad y variedad de trajes debía dar, por cierto, a los ejércitos, singular y vistoso aspecto.¹³⁹

Agustín de Rojas, en su Viaje Entretenido, hace un comentario interesante para nuestro estudio: "Más padece un soldado en una hora, que un representante en toda la vida. Padecido habré yo trabajos en España, y algunos en la comedia, que también he gozado de la vida farandúlica; pero todo es nada respecto de la gran desenvoltura de la soldadesca." ¹⁴⁰

Como queda dicho, a Alarcón no le llama mucho la atención lo soldadesco, probablemente porque no pudo conocer la vida de ellos. Hace comentarios como este:

Bien dicen que el soldado que se casa
Cuelga las armas ese mismo día,
Aunque a guerra mayor, de menor pasa. (141)

Este:

Pero, amigos, advertid
Que en la guerra es vencedor
Más el orden que el valor,
Más que la fuerza el ardid. (142)

Y este:

¿Qué hay de mi negocio?
-- Ayer
Dijo el Marqués, mi señor,
Que mostréis vuestro valor,
Si capitán queréis ser.
-- Pues ¿no ha bastado a mostralle
Este talle, esta presencia?
-- Acá tiene su excelencia
Rocines de mejor talle.
-- Señor, si favor me da,
Y negocio, le daré
De albricias mil doblas.
-- ¿Qué?
-- Mil doblas.
-- Negociará. (143)

.

Otro problema de la época era el del gran número de ladrones que había por todas partes. Ya antes, durante el

reinado de Felipe II, hubo gente quejosa de esta situación. "... en las Cortes de Madrid en 1617, al tiempo de conceder al Rey el servicio de millones, pidieron ... que se pusiese enmienda en los 'hurtos, robos y muertes que hacían los gitanos, que andaban vagando por el reino, robando el ganado de los pobres, y haciendo mil insultos, viviendo con poco temor de Dios y sin ser cristianos más que en el nombre.' Consecuencia de esta petición de los Procuradores del reino, fué pues la cédula de 28 de junio de 1619, en la cual, lejos de prevenir y evitar dichos males, por medio de una ilustrada vigilancia, procurando atraer a la obediencia de las leyes, vasallos tan mal avenidos, y obligándolos a vivir como los demás circulares, creyóse más prudente cortar el mal de raíz, y a imitación de lo hecho con los moriscos, mandóse que todos los gitanos saliesen del reino en el término de seis meses, imponiendo pena de muerte a los que a segunda parte de esta Real disposición que pudiesen permanecer en la Península cuantos se avendaron en lugares, villas o ciudades del Reino que contasen de mil vecinos arriba, sin poder usar su traje y lengua, ni el nombre de gitanos, que debía quedar perpetuamente olvidado y confundido."

144

En una de las Cartas de los Jesuitas, se lee la siguiente queja: "La necesidad debe de ser grande de algunos que capean aquí, y no se contentan con menos que de las de los señores. Algunos han aguardado al salir de Palacio y les han pedido buenamente el dinero que llevaban y lo han

dado, y luego la capa, y esta la han defendido. Uno ha sido el duque de Híjar, y otro el hijo del de Miravel, y otros también se ha dicho dellos lo mismo. Ya les andan a los alcances y tienen a siete presos, que pagarán y darán cuenta de los demás...¹⁴⁵ En Madrid hay muchas muertes cada noche y capeadores sin número; azotaron un día de estos a doce hombres de muy buena traza con galeras por postre."¹⁴⁶

Parece que Alarcón debía haber presenciado el castigo de uno de los delincuentes de este tipo, cuando escribe:

Hoy da capital castigo
La justicia a un delincuente,
Y sus miembros divididos,
Para público escarmiento
Han de ocupar los caminos. (147)

Existía una terminología especial para los tipos distintos de ladrones: "Salteadores... son aquellos que roban y matan en los caminos; estafadores, que asaltan a los ricos en sitio solitario y, mostrándoles dagas, les amenazan de muerte si no les dan una cantidad determinada en cierto tiempo; capeadores que se apoderan por la noche de las capas o van con librea de lacayos a casas de diversión de donde roban lo que pueden, saludando a cuantos encuentran; grumetes, que toman ese nombre de los aprendices de marino, que trepan a los mástiles, porque éstos van provistos de escaleras de cuerda, con garfios en los extremos, para hacer sus robos; apóstoles, que, como San Pedro, van con llaves y arrancan cerraduras; cigarreros, que frecuentan las plazas públicas y se llevan de un tijeretazo la mitad de una capa o de una basquiña; devotos, son ladrones

religiosos, que despojan las imágenes de los santos y confían en la suavidad de las leyes de la Iglesia, que con una pena leve los castiga si son descubiertos; sátiros, ladrones de bestias, llamados así porque viven en los campos; dacianos, que sonsacan niños de tres o cuatro niños... y los desfiguran para poderlos vender a los mendigos ciegos y otros vagabundos, mayordomos, que roban provisiones y embaucan a los mesoneros; cortabolsas, su nombre lo indica; éstos son los más numerosos en el país; duendes, son ladrones subrepticios, y maletas, que, dejándose llevar en bultos y baúles como si fueran mercancías, tienen fácil entrada en las casas.¹⁴⁹"

Alarcón nos explica otro término:

Cuanto tesoro el avaro
En cofres de hierro oculta
Robarle una noche quiero.
-- Tal modo de remediar
Llaman en Castilla echar
La soga tras el caldero. (150)

.

Entre las varias clases de gente que daban un aspecto particular a la Corte se contaban "unos hombres muy necesarios que llaman agentes de negocios". Era oficio "que no se da, sino que se toma".¹⁵¹ Estos agentes cuidaban de múltiples transacciones, pleitos, pretensiones, negocios con los ministros, etc., y venían a representar a nacionales y forasteros y aun los que pretendían desde las Indias.¹⁵²

Apoderábanse los extranjeros de los oficios reputados

bajos y viles, mientras los españoles eran gentes "muy honradas, que aunque mueran de hambre lo quieren mas, que no que lo sientan los de fuera"¹⁵³, personajes que afilaban la pluma de Cervantes, impulsándole a escribir las idealistas lucubraciones del caballero andante.

"Plaga y diluvio" de alguaciles, escribanos testigos falsos "que por seis maravedís juraban sesenta falsedades y quitaban seiscientas honras". Eran pues "testigos omnividentes, omniandientes y omniscientes" que acudían a con-¹⁵⁴sistorios y plazas de negocio.

A esa plaga hay que agregar la de los "capigorras" que con hábito de estudiosos, hacíanse astrólogos, fisiológicos; otros, disfrazados de cautivos fugados, relataban tormentos sufridos en las mazmorras de Argel.¹⁵⁵

Los milites vestían de negro con medias de color y con su espada y daga y robustos bigotes daban aspecto terrible. Solían referir noticias de Indias y conocer las intenciones del Turco.¹⁵⁶ Y pegadillos nombraban a los que usaban de emplastos o parches para el alivio de dolores y contracaídas. "Se arriman a vos y os huelen que sois forastero, no se despegarán de vos hasta que os acaben la paciencia o la bolsa, y muchas veces entrambas."¹⁵⁷

La general costumbre de ceñir espada, desde los lacayos hasta los caballeros, hacía que la valentía fuese una profesión, y que todo el mundo se preciase de manejar la blanca y negra, siendo con más sabida que el abecé los pre-¹⁵⁸ceptos de Carranza y Pacheco, famosos maestros de esgrima.

El pueblo, que no reflexiona, aplaudía los atropellos a la justicia, y cuando ésta perseguía o castigaba a esos "valentones", se condolía, como si el valor fuese arbitrariamente el perseguido o el castigado, y no el yerro, no el yerro, no el desprecio de las leyes, no la turbación de la paz de las poblaciones, no los ejemplos de la sangrienta osadía.

Dice Alarcón:

¡Plega a Dios! que es el vivir
Linda joya, y barbarismo
Buscarse un hombre a sí mismo
Aderezos de morir;
Que sin la guerra hay contrarios
Para quien morir desea,
Pues hay melón y lamprea,
Mujeres y boticarios. (158)

.

El Indiano era un tipo especial que deja su rastro en la literatura del siglo XVII. Miseria y falta de liberalidad eran típicas. Puedese clasificar los textos que de él tratan en dos partes: los que afirman o describen su modo de ser, y los que explican las causas que a él contribuyeron. "Los indianos, cuando vuelven a España, por más riquezas que traigan, son tan atentados y parcos; temen no perderse otra vez en tal golfo y obligarse a muchos peligros y trabajos de tantos mares y tierras".

Alarcón, buen conocedor del tipo, dice:

Quando del indiano suelo
Por mi dicha llegué aquí,
La primer cosa que vi
Fue la gloria de ese cielo;
.

-- ¿Sois indiano?

- Y tales son
 Mis riquezas, pues os vi,
 Que al minado Potosí
 Le quito la presunción.
 -- (Ap.) ¡Indiano!
 -- ¿Y sois tan guardoso
 Como la fama los hace?
 -- Al que más avaro nace
 Hace el amor dadivoso. (161)

Y la Floresta Española de Francisco Asensio nos transmite a este propósito una bella anécdota: "Acudió un Indiano sumamente miserable en casa de un amigo; y sacándole un día chocolate, dijo el Indiano: Señor, yo no lo gasto; y el amigo respondió: V. lo tome, que ahora lo gasto yo, y no V." ¹⁶² Así se explica que Quiñones de Benavente eche a uno esta maldición:

Plegue a Dios que un indiano te maltrate
 Haciéndote beber el chocolate. (163)

La riqueza del indiano era baldía e improductiva en sus manos, según Hurtado de Mendoza hace confesar a un personaje que alardea de espléndido:

No quiero de indiano el nombre
 Que su riqueza mezquina
 Es hacienda en la picina,
 Que le viene a faltar hambre". (164)

O, como dice Alarcón:

Cuantas riquezas estima
 El indio avaro tendrás,
 Si tu lengua no me engaña
 En nueva tan venturosa. (165)

.

El problema del alojamiento para viajeros era serio en ese época. En una carta escrita para dar consejos a un

viajero que tenía cruzar España para llegar a la capital, podemos leer estos avisos: "En las posadas do llegaren a comer, porque les aderezen la comida y les den ropa y servicio, podrán dar cada persona un real, y no más; si fueren tres, dos reales, y si quatro, tres... A las noches por la cama, cada uno un real, y por la vela, servicio y adereço de cama y almuerço, otro real. En Burgos, Valladolid, Salamanca, Segovia y Escorial daran alguna cosa mas. Todo lo que les sobrare de la comida o cena lo pueden guardar, si quieren, o darle a quien quisieren... Al moço de mulas diganle que los lleve a la mejor posada, que ellos le daran alguna cosa la jornada acabada, si los haze hartar bien, y sino, no."¹⁶⁶

Sigue la carta: "En Madrid tomen una posada por meses: si tuviere una cama sola, dar por ella a lo mas, seis escudos de a onze reales ... hase de hazer el concierto que les han de adereçar de comer y cenar y almorçar, si quisieren, cocido o assado o guisado, como lo pidieren, y que les an de dar cada semana dos manteles de mesa, dos paños de manos para limpiarse, quatro servilletas a cada uno limpias, y, que si tuvieran algun combidado, que les an de dar una servilleta limpia. Los an de proveer de sal y agua, dos vezes¹⁶⁷ sábanas y almohadas limpias al mes."

Aconseja el autor de un Itinerario de España y Portugal en la primera mitad del siglo XVII, no pagar adelantado, sino ir dando a medida que el viaje se desarrollaba, entregando un real por persona a los guardas que salieran

al camino, para evitar el registro de los equipajes.

El ser ventero o mesonero era mal visto. Le relegaba el oficio ordinariamente a italianos, moriscos y gitanos. Las casas de huéspedes recibían el nombre de fonda, posada y mesón cuando pertenecían al vecindario de aldeas y ciudades: el nombre de fonda se reservaba para las hospederías mejor acomodadas y de más distinción, y el de venta, para las que en los despoblados, alejados de los vecindarios, servían de albergue a transeuntes y viajeros. Existían además en las ciudades figones públicos, en los cuales se suministraba el único plato del día, que solía consistir en sopa y un trozo de carne, pero servido en sencillos comedores privados; o bien se ponía a la venta, en plena calle, la humeante olla podrida, en grandes calderos de tres patas.

169

Comenta nuestro corcovado:

Pasajero

¿Habrás que cenar?

Ventero

Un rollo

De congriño no faltará.

Pasajero

¡Pullas a mí, purgatorio
De caminantes!

Ventero

Espinas,

Que no pullas, tiene el congriño.

Pasajero

¡Qué santa sinceridad!
Por eso os tienen por bobo.

Ventero

El oficio lo requiere,
Mas vos, que tan malicioso
Hablaís, ¿quién sois?

Pasajero

Yo soy sastre.

Ventero

Yo ventero: vamos horros. (170)

Numerosas eran las tabernas; contaba Madrid con unas trescientos noventa y uno. El uso de bebidas se extendía también a las mujeres. "Beber una mujer vino no es milagro, principalmente si es de edad o ha parido, y sin esto, beber un poco y aguado no lo condeno; pero las que lo tienen por vicio y se echan un jarro a pechos, fuego de Dios en el querer bien."¹⁷¹

Parece que los taberneros no gozaban fama de ser muy honrados, si podemos creer el testimonio de Juan Ruiz de Alarcón:

En vano procuro
Detenella. ¡Bueno quedo!
¡Vive Dios, que estoy herido!
Pero si mi culpa ha sido
Beberlo puro, bien puedo
No quedar desesperado.
Aguado soy; que aunque puro
Siempre beberlo procuro,
Siempre al fin lo bebo aguado,
Pues todo, por nuestro mal,
Antes de salir del cuero,
En el Adán tabernero
Peca en agua original. (172)

.

Pues de la bota soy amante ciego,
Un chupón le he de hacer, y suplir luego
Con agua el hurto, y no seré el primero

Que achaca su delito al tabernero. (173)

El concepto popular del vino, según Alarcón, sería este:

- ¡Ah Mahoma!
 -- ¡A qué buen santo
 Píde favor!
 -- Ese tonto,
 Que vedó el vino, ¿en qué puede
 Ser a nadie provechoso?
 -- Si lo vedó, Salomón,
 Fué por beberse todo,
 Porque era un gentil borracho.
 -- No fué el arriero muy bobo. (174)

Además de las tabernas existían "figones" o "casas de gula", bodegones y hosterías donde se podía "comer, beber y arder"¹⁷⁵. Su número era cuantioso y creciente. No escaseaban en las calles y plazuelas céntricas, y más frecuentemente y para gustos más plebeyos o bolsillos más exprimidos, existían los bodegones de puntapié, sucios tenderetes ambulantes, donde se despachaban los víveres más necesarios. Eran cajones portátiles, instalados en las esquinas o en los descampados de los arrabales y afueras de Madrid, en sitios transitados por trajinantes de poco pelo.¹⁷⁶

Otra costumbre de la época, en cuanto a la comida, era la de obsequiar, para fin de fiesta, varias especies de dulces que pasaban los criados en fuentes o bandejas. De estos confites no sólo era enteramente correcto servirse cada uno liberalmente, sino también llevarse de los llamados "dulces secos" cuantos cupiesen en los pañuelos y bolsillos.

Había bastante variedad de tipos de comida en la época, especialmente entre la gente adinerada, naturalmente, aunque distaba de ser tan cuantiosa como en nuestros días.

Las invitaciones y convites no eran usuales entre los ciudadanos del siglo XVII. Solamente al mediodía solía tomarse cosa caliente; la cena se componía de pan y queso a secas y, a veces, sólo de uvas y pasas.

Alarcón sabía algo de la comida española, como vemos en estas citas:

-- Dadnos qué cenar de albricias.
 -- De un cebón os daré un lomo,
 En lo tierno portugués,
 Y provincial en lo gordo.-- (177)

.

A enfado
 Dice, señor, que provoca
 El aliento de tu boca:
 Mira tú, ¡a quién has besado
 Sobre ahito y en ayunas,
 O después de comer olla,
 Ajos, morcilla, cebolla,
 Habas verdes o aceitunas! (178)

.

Genemos
 Juntos hoy, porque os queremos
 Mostrar nuestra voluntad.
 Venga salchicha y solomo,
 Y a falta, mucha tajada
 De bacallao y pescada. (179)

Es de recordar la escena descrita en La verdad sospechosa:

Empezó primero el coro
 De chirimías, tras ellas
 El de las vihuelas de arco
 Sonó en la segunda tienda,
 Salieron con suavidad
 Las flautas de la tercera,
 Y en la cuarta cuatro voces
 Con guitarras y arpas suenan.
 Entre tanto sirvieron
 Treinta y dos platos de cena,
 Sin los principios y postres,
 Que casi otros tantos eran.
 Las frutas y las bebidas
 En fuentes y tazas, hechas

Del cristal que da el invierno
 Y el artificio conserva,
 De tanta nieve se cubren,
 Que Manzanares sospecha,
 Cuando por el soto pasa,
 Que camina por la sierra.
 El olfato no está ocioso
 Cuando el gusto se recrea;
 Que de espíritus suaves
 De pomos y cazoletas,
 Y destilados sudores
 De aromas, flores y yerbas,
 En el soto de Madrid
 Se vió la región sabea. (179a)

.

Juan Ruiz de Alarcón nos presenta otra fase de la vida madrileña: el uso de los coches:

¿Hay cosa como aquel coche
 Que con tanta quietud rueda,
 La tarde por la Alameda,
 Por el Arenal la noche,
 A la comedia, a Tablada,
 Si es invierno y claro el día,
 A casa de doña Mencía,
 Si hace la tarde pesada?
 Pues en Madrid ¿es peor,
 Las mañanas del verano,
 Dar con el fresco temprano
 Vuelta a la calle Mayor?
 Las tardes, que esto es muy justo,
 A Atocha, y volverse al Prado,
 Si es posible, acompañado
 De un amigo de buen gusto.--
 "Anda, para, vuelve, espera!
 No me muelas; más despacio."
 Muy braccicaído y lacio,
 Perniabierto en la testera.
 Soltar la capa, y perdiendo
 Un poco más la vergüenza,
 Quitar al cuello la trenza,
 Irse acá y allá cayendo.--
 "Arrima a mano derecha;"
 Y arrojándose al estribo,
 Echar con mirar altivo
 A la ventana una flecha;
 Y en pasando, todavía
 Volver a mirar atrás,

Quizá no teniendo más
 Que ver allí que en Turquía.
 Topar la tapada niña...
 -- ¿Queréis entrar aquí?
 -- ¿Os reñirán? -Para. A mí
 No hay quien me cele ni riña.
 Entrad, y tendréis las dos
 Coche y dulces, ángel bello.
 -- ¿Seréis hombre para ello?
 -- Sí mujer para ello vos?
 -- ¿De veras? -Mi bien, ¡merece
 Que dudéis mi cortesía?
 -- ¿Qué haremos, señora tía?
 -- Cortesano me parece.
 Entra: el estribo quitad.
 -- ¡Hay tal vergüenza! ¡Maldito!...
 -- Mire que ha de ir muy quedito.
 -- Corre esa cortina: andad.
 -- Mostrad la cara. --Señor,
 Mire que es diablo esta vieja.--"
 Y lo demás que se deja
 Para el discreto lector. (180)

Desde que la Villa pasó a ser Corte, aumentó considerablemente el número de coches, llegando a su apogeo en el siglo XVII. Se llamaba proa a la parte delantera del coche. Los asientos de éste eran de tres clases: de proa, de popa y de estribos; el de proa era el más modesto, y se dedicaba al sirviente o persona de inferior categoría que acompañaba al dueño del carruaje. El de estribo, por ser el más visible era el preferido por los galanes que acompañaban damas, y especialmente como punto de exhibición. Los coches, según su forma, recibían nombres diversos, tales como carrozas, coches, carricoches, calesas, estufas, furlones, birrotónes (de dos ruedas) y otros.

Por la tarde a primera hora se ruaba o hacía la rúa (como se decía al pasear en coche) por la calle Mayor, desde las gradas de San Felipe a la Puerta de Guadalajara. Al

anochecer, la muchedumbre de vehículos trasladábase al Prado, formando verdadera procesión.

El sueño dorado que para toda mujer constituía el pasear en coche, era también el mayor peligro para su decoro. La vanidosa ostentación de lo que entonces, más aún que ahora, pasaba por la quintaesencia del lujo y el buen tono, no podía siempre satisfacerse por medio honestos.

El creciente y general amor a los carruajes se dejó sentir, como verdadera plaga de la época, en todas las clases de la sociedad, sin excluir a los más humildes artesanos. Los plebeyos enriquecidos cifraban su mayor vanidad en
182
tener coche.

Tampoco gozaban de honrados los cocheros, según vemos en estos versos que nuestro corcovado escribió en varias ocasiones.

Don Diego

Tú, ¿por qué estás
Preso? Dilo brevemente.

Preso 2o.

Porque maté a un maldiciente.

D. Diego

¡Qué buen gusto! Libre vas.

(vase el 2o.)

Sale un preso 3o.

D. Diego

Y tú, ¿por qué?

Preso 3o.

Di a un cochero
Exento una cuchillada.

D. Diego

Cosa tan bien empleada,
La premiara yo primero.
Libre vas. (183)

.

Pues yo, miesntras hablas, quiero
Que me haga relación
El cocherero de quién son.

-- ¿Dirálo?
-- Sí, que es cocherero. (184)

.

... está
Tan de tu parte el cocherero.

-- Como eso puede el dinero.
-- Contra su dueño será,
Si de su favor te ayudas.
-- El primer cocherero agora
No será que a su señora
Haya serrido de Judas. (185)

.

Mucho dan que sospechar
Estos cochereros.

-- Las manos
Les mira, que la verdad
Nos dirán.
-- Es gran razón
Pagallos la obligación
Que tienes a su lealtad,
Pues por estas manos queda
Tu honestidad ofendida.-- (186)
¡Ay señora de mi vida!
Blandas son como una seda,
Y en llegando cerca, son
Sus colores soberanos.
-- ¡Buen olor y buenas manos!
Clara está la información. (187)

Tal fué el abuso de coches que hubo que legislar contra el uso. Léese en una de las crónicas de la época: "Entiéndese que saldrá premática un día de estos reduciendo los coches a cuatro caballos, de lo cual han suplicado los consjeros para que no se entienda en ellos; por lo cual

dicen que se ha dejado de publicar hasta ahora". La industria de la gente halló modo de burlar la ley, y al efecto inventó los carricoches de dos ruedas; pero el Rey dictó otra pragmática haciendo extensiva la prohibición a esos carricoches y carros largos.

Y nuestro dramaturgo expresa algunas ideas suyas en cuanto a ciertos impuestos:

Item, que no se impongan los tributos
 En cosas a la vida necesarias,
 Más sólo en las que fueren voluntarias,
 En coches, guarniciones de vestidos,
 En juegos, fiestas, bailes y paseos,
 Pues ninguno podrá llamar injusto
 El tributo que paga por su gusto. (190)

Sillas de mano fueron usadas, pero las literas eran preferidas por damas de posición o vanidad. Los mozos de silla eran generalmente redomados pillos. Pellicer cuenta en sus Avisos el caso de un ladrón que, disfrazado de capuchino, y conducido en silla de mano, iba estafando devotas de casa en casa.

.

Una de las fiestas populares de entonces, igual que hoy, era la de los toros. Las corridas de toros no tenían el aspecto comercial de hoy día, porque se organizaban, casi siempre, como fiesta para el pueblo, bajo el patrocinio de la casa real. Esto no quiere decir que el pueblo no tuviera que pagar, porque, como veremos, se vendían localidades usando una terminología casi idéntica a la usada hoy. Pero con estas corridas significaban un día de fiesta, la

corte tomaba aspecto alegre, en que todo el mundo esperaba la hora de la fiesta. Dice Alarcón, en Todo es ventura:

Los toros los ha de ver
Aquel que más se desvía
De fiestas, porque en tal día
No hay otra cosa que hacer. (192)

.

Y en otra obra:

¿Cómo los toros dejáis?
-- Viéndome sin vos en ellos,
Estaba de los cabellos.
Del juego ¿cómo quedáis?
Que era robado el partido.
-- Cogíeronme de picado.
He perdido, y me he cansado.
-- Mil cosas habéis perdido,
El descanso y el dinero
Y los toros. (193)

Lo que durante la Edad Media fué en España exclusivamente un deporte voluntario de la gente distinguida, un ejercicio de destreza, de fuerza y de intrepidez al cual se dedicaban con predilección los nobles y caballeros, pasó a ser en el siglo XVI y XVII una ocupación profesional, una fiesta indispensable para el pueblo, con cuyos rendimientos se fomentaban y protegían a veces organizaciones comunales o eclesiásticas. Al toreador noble que se conformaba con dejar al toro fuera de combate y declinaba en gentes asalariados el darle muerte y remate, sucedió al correr de los tiempos, el matador profesional y remunerado, prove-
194
niente en general de las más bajas capas sociales.

La "Plaza de toros" de Madrid, en el siglo XVII, era la Plaza Mayor, que, durante los últimos años del reinado de Felipe III (1616-1619), se había reformado quedando como

está ahora: "En completa uniformidad las casas, constaban de cinco pisos, sin los portales y bóvedas en una altura de 75 piés, con atrevidos cimientos de más de 30. Seis calles descubiertas y tres arcos daban entrada al anchuroso recinto, y contábanse en sus frentes 136 casas con 477 ventanas y balcones, teniendo capacidad para 3.700 vecinos, y pudiendo colocarse, con ocasión de las fiestas reales, hasta 50.000 espectadores."¹⁹⁵

En una crónica del año 1620, se lee lo siguiente: "Por Auto acordado del Consejo de 30 de junio, estando ya del todo acabada y perfeccionada la Plaza Mayor de esta villa, se puso tasa en sus balcones para las fiestas; los primeros, a doce ducados; los segundos, a ocho; los terceros, a seis, y los cuartos, a cuatro; lo cual se entiende por las tardes, que por la mañana son de los que habitan las casas."¹⁹⁶

Lo más curioso era que los inquilinos de las casas con balcones a la plaza quedaban excluidos de utilizarle, salvo por la mañana, para el encierro; pues, para la corrida formal de la tarde, se les obligaba a recibir en su propia casa con la consiguiente amargura, a intrusos, que, por disposición de la autoridad, ocupaban sus balcones, salvo algún raro caso en que, por merced o derecho especiales, se les consentía disfrutar de ellos.

Parece que a pesar de los precios oficiales tasados como indicamos arriba, había los que abusaban el privilegio que gozaban, y cobraban más de lo debido. Comenta Alarcón:

Item, que cuando hay toros u otras fiestas,

Los dueños de terrados los arrienden
 A bajo, porque arriba tiranizan
 El precio, y les dan más que justo fuera
 Por no volver a andar tanta escalera. (197)

Las tres guardias reales --española, ~~burgalesa~~ ^{burgalesa} y tudesca-- tenían a su cargo el despejo preliminar de la plaza, y, al comenzar la corrida, formaban debajo del balcón real, apiñándose de suerte que constituían una verdadera valla; "y cuando el toro se les acerca, les está prohibido retirarse, y sólo pueden presentarle la punta de sus alabardas, defendiéndose con gran riesgo; pero, cuando matan al toro, queda el animal de su pertenencia."¹⁹⁸

Aunque, como hemos visto antes, la corrida estaba algo comercializada en el siglo XVII, los caballeros de la Corte hacían competencia para lucirse en la fiesta, y de ellos, en gran parte, salía la parte más brillante de la fiesta.

En cualquier fiesta grande de toros se efectuaba, también, algún juego de cañas, deporte favorito de los caballeros, en que podemos ver restos de los torneos de la Edad Media; la diferencia que había entre una cosa y otra era la de usar armas en los torneos, mientras en los juegos de cañas las armas no eran más que las cañas mismas. Los participantes en este juego se ponían los colores de su dama en su sombrero, o llevaban adargas dedicadas a ellas. Alarcón conocía la costumbre:

En las cañas, ¡mi adarga en campo verde
 No llevaba una blanca,
 Cuya letra en el círculo decía:
 "Trueco a una blanca la esperanza mía?" (199)

"Toros y cañas" se lee mucho en las crónicas de la corte; a veces, el Rey mismo participaba, de una manera u otra, en la fiesta. "El día siguiente se volvió (el Rey) y dejó mandado que para el lunes 19 de este, le corriesen los toros y cañas de la fiesta que se había de hacer por el nacimiento del Infante, la cual se hizo el mismo día viniendo a ella sus Magestades; y fue muy buena, así de los toros, como de las cañas, sino sucediera que despejando la plaza los de la guarda para el juego de cañas, y saliendo la gente por la puerta que iba a la de Guadalajara estaba atravesando un coche y otros a los lados, y como era mucha la gente que salía y no podía pasar, fue la apretura de manera que se ahogaron ocho o diez personas, y otras salieron descalabradas de pasarles las ruedas del coche por encima, estando en tierra."²⁰⁰

Para las damas, las corridas servían para lucirse, en cuanto a llevar ropa elegante, etc.

El elemento eclesiástico, ministros de la Inquisición, el Confesor del Rey, Patriarca de las Indias, Cardinales, etc., etc., asistían a las fiestas de toros. "... iban como en procesión olvidando por unas horas sus sagradas y sacerdotales funciones"²⁰¹ y a pesar de la prohibición del Pontífice.

Juan Ruiz de Alarcón describe una corrida:

Cuando un ligero toro, que no olvida,
En Henares los pastos de Jarama,
Carbón del areno al pie; porque despida
Humo al aliento si la vista llama,
Alta cerviz, cerdos y recogida,

Sale furioso, y vengativo brama,
 Y a un mancebo que ve, ciego arremete,
 De la cola erizado hasta el copete.
 Hurtóse al golpe el joven con destreza;
 Y aunque volver quisiera el toro airado,
 Obedece a su misma ligereza,
 Y contra sí se mueve arrebatado,
 Hasta que de encontrar con la cabeza
 En un mármol, cayó desatinado,
 Donde probó el tumulto embravecido
 Cuánto corta la espada en un rendido.
 El segundo salió, cuya belleza
 Al robador de Europa dió recelo;
 Que lo excede en blancura, en ligereza,
 Al toro vence que da signo al cielo;
 Tres manchas en el anca, hombro y cabeza
 Negros lunares son del blanco velo,
 Y de color bermejo rodeadas
 Espesas nubes de Titán bordadas.
 En breve rato en una otra vuelta
 El término cercado discurría,
 Dando a la mal segura turba, envuelta
 En temor y alboroto, la alegría;
 Cuando un impulso de intención resuelta
 La fiera en curso arrebatado guía
 A la fuente, que está dando a la plebe
 Contra el toro y la sed andamio y nieve.
 Arrojóse veloz, y saltó dentro
 Tras uno que seguro le llamaban;
 A tres o cuatro arrebató de encuentro
 El ímpetu vidente que llevaba;
 Todos visitan con el golpe el centro,
 Y el toro entre ellos sólo procuraba
 Salir, y el agua, de su humor teñida,
 Sepulcro de coral hizo a su vida.
 En este comenzó súbitamente
 Una cuestión de fieras cuchilladas
 Y amontonado el pueblo diligente,
 Brillan al sol desnudas mil espadas:
 Crece el marcial ardor, y de la gente
 Dos escuadras se forman encontradas:
 Esta apellida al natural Henares,
 Aquella al forastero Manzanares.
 Sueltan un toro, medio ya postrero
 Contra la lucha y cólera encendida;
 Era barroso y grande, aunque ligera,
 Corto de cuello y cuernos, escondida
 En un cerdoso remolino fiero
 La frente, abierto la nariz hendida,
 Negro de extremos, y de hocico rojo,
 De negra cinta dividido el lomo.
 Tello, airoso, galán, gentil mancebo,
 Al mismo tiempo entró por otra parte;

Confianza al amor, invidia a Febo,
 Amor a Venus y temor a Marte;
 Pardo el vestido; mas con modo nuevo
 De diamante tal copia le reparte,
 Que un diamante juzgaras el vestido
 Y que estaba de pardo guarnecido.
 Va en un rucio andaluz, pisador, bello,
 De grande cuerpo en proporción formado,
 Al ancho pecho igual el corto cuello,
 De alta, corva cerviz hermosado,
 Riza la crin, la cola y el cabello;
 El breve rostro alegre y sossegado,
 Anchas las ancas, de barriga lleno,
 Puesta a la espuela y obediente al freno.
 Y parece que el toro, de ofendido
 De que el pueblo por él lo desampara,
 Parte invidioso, y entra embravecido
 Al experto caballo cara a cara;
 Mas Tello, reportado y prevenido,
 Así el rejón a la cerviz prepara,
 Que se encontraron en la misma herida
 Entrar el hierro y salir la vida. (202)

Para saber más de la corrida de toros, podemos seguir citando a nuestro dramaturgo:

: ¿Cuántos toros vistes?
 -- Tres
 Y entró don Mendo al tercero,
 Despreciando en un uvero
 Al amor y al interés.
 Salíó con verde librea,
 Robando así corazones,
 Que aun el toro a sus rejones
 Con su muerte lisonjea. (203)

.

Cañas habéis de jugar.
 -- ¿Eso llamáis convidar?
 Errando habéis el recado.
 Convidar dice, Ramiro,
 Fiesta en que tengo de holgarne;
 Que habiendo yo de cansarme,
 No es convite, sino toro.
 -- Pues también a torear
 De parte suya os convido.
 -- ¿En qué le tengo ofendido,
 Que quiere verme rodar?
 Apenas capaz me hallo
 De gobernar sólo a mí,
 ¡Y iré a gobernar allí

Al toro, a mí y al caballo!
 No hay cosa de que me asombre
 Con más razón que del uso
 Que la ley del duelo puso
 Entre la fiera y un hombre.
 Si a mi posada viniera,
 Ramiro, el toro a buscarme,
 Aun entonces el vengarme
 Puesto en razón pareciera;
 Mas si yendo yo a buscallo,
 Y no a mí, ¿por qué el cruel
 Fuero del duelo me obliga
 A que arriesgando le siga
 Y me acuchille con él?
 Si a un hombre que tanto vale
 Como valgo, determino
 Desafiar, un padrino
 Que las armas nos iguale
 Al campo llevo conmigo,
 ¿Y he de reñir con la espada
 Contra fuerza aventajada,
 Siendo un bruto mi enemigo?
 Doy que yo llegue a matallo:
 ¿Es bien que arriesgue la vida
 Uno por vengar la herida
 Que un toro le dió a un caballo?
 Entre dos hombres jamás
 Pongo paz por no arriesgarme;
 ¿Y un caballo ha de obligarme?
 ¿Vale por ventura más?
 El peligro de la vida
 Quiero dejar, y dejar
 La desdicha de rodar
 La pena de la caída.
 ¿Hay cosa más desdichada
 Que un hombre aturdido,
 Bañado en polvo el vestido,
 Y con la gorra abollada,
 Esforzarse y no acertar
 Con la guarnición, turbado
 El color, y rodeado
 De mil picaros, buscar
 El toro, los acicatés
 Arando el suelo, y formando
 Rayas, quizá procurando
 Escribir sus disparates? (204)

.

Llegué a dormir a Sanlúcar,
 Donde por mi daño supe
 Que el lunes corrían toros
 Por cierto gusto del Duque.

Quedéme a verlos allí;
 Llegan los toros el lunes;
 Yo, haciendo del forastero,
 Por toda la plaza anduve.
 Aojóme alguna diablo,
 Pues cuando a esperar me puse
 Al primer toro, arremete,
 Y antes que el cuerpo le hurte,
 Por esta nalga me coge,
 Y tal golpe me sacude,
 Que con el cuerno me hiere,
 Con el topetón me aturde.
 Halléme detrás, volviendo
 Del éxtasis en que estuve,
 Con un agujero más
 Contra natural costumbre,
 Desatacando y sin blanca;
 Que los que al remedio acuden,
 Primero las faltriqueras
 Que las heridas descubren.
 Tres semanas he gastado
 En que la herida me curen. (205)

Los llamados "toreadores de banda" eran hombres valerosos y hábiles que toreaban, alanceaban y hacían otras suertes, y percibían por ello retribución de los Municipios. A los "ventureros" que se presentaban en la plaza se les pagaba según el éxito de su faena. Clavaban los diestros de a pie saetas (banderillas hoy) al toro, y por excepción se envaraba al toro, como en el siglo XV, es decir, se le lanzaban desde la barrera palos con punta de anzuelo que por su número cubrían el cuerpo del animal.

Alarcón describe la suerte de los de a pie:

Como el toro, a quien tiró
 La vara una diestra mano,
 Arremete al más cercano
 Sin buscar a quien le hirió,... (207)

.

... una vez,
 Por un negro galanteo
 Con un toro me arriesgué.

Pescóme, y como pelota,
 Dió un bote conmigo; y dél
 Apenas libre me vi,
 Cuando cercado me hallé
 De mil pícaros piadosos,
 Que con achaque de ver
 La herida, las faltriqueras
 Me dejaron del revés. (208)

No faltaron las mojigangas taurinas, espectáculos grotescos y a veces crueles como la "suerte de desjarretar" al toro, que consistía en herir a la res en los jarretes, para cortar los tendones en sus patas traseras. "Apenas el toro cojeaba y andaba sobre tres patas, el populacho era libre para precipitarse en el ruedo y acabar con el animal a estocadas o a cuchilladas. Pero a veces, en su impaciencia, hacíalo antes de tiempo, cosa que hubo de prohibirse con pena de cárcel."²⁰⁹

.

Costumbre, casi plaga, en la Corte de los Felipes, era el juego en que participaban altos y bajos, hombres y mujeres, pícaros. Jugábase en todas partes: en palacios, en garitos, cárceles, burdeles y hasta en los caminos. Los reyes dictaron disposiciones encaminadas a regular los²¹⁰ juegos de azar ya que no a prohibirlos.

Alarcón comenta la enfermedad:

" Don Juan de Vivero,
 Mozo, galán, gentilhomme,
 Y en sus acciones compuesto:
 Seis mil ducados de renta,
 Galiciano caballero.
 Es modesto de costumbres;
 Aunque dicen que fué un tiempo
 A jugar tan inclinado,

Que perdió hasta los arreos
De su casa y su persona;
Pero ya vive muy quieto."
-- El que jugó jugará;
Que la inclinación al juego
Se aplaca, mas no se apaga.-- (211)

.

Item, que o no se prendan los que juegan,
O en los naipes se quite el dos de espadas,
Porque tiene las gentes engañadas:
Con licencia del Rey publica; luego,
O quítenlo, o no prendan por el juego,
Pues permites venderlos, y no ignoras
Que no pueden servir los naipes de horas. (212)

Zabaleta hace curiosa descripción del juego: "A las casas de juego van los hombres con tres fines: unos a jugar, otros a entretenerse, y otros a que les den barato."²¹³

Pecado grave sería:

si García
Mi hacienda, de amores ciego,
Disipara, o en el juego
Consumiera noche y día, (214)

.

O cuando:

El jugador, cuando aspira
A ver la carta, ¿no halla
Más gusto en brujuealla
Que si de priesa la mira? (215)

Y:

Que te sucede, sospecho,
Lo que al tahur, que en perdiendo,
Solamente con decir
"¡Que no sepa yo gruñir!"
Está sin cesar gruñiendo. (216)

No faltan referencias en la literatura en general. Mateo Alemán, entre otros, distingue las clases de juego, y así también Quevedo: "Hay en cada cuadrilla --dice-- tres

interlocutores. El primero es el cierto... que prepara varias barajas con trampa, por si una es descubierta o se pierde. El segundo es el rufián, a cuyo cargo corre el hacerlas desaparecer cuando el juego acaba... El tercero es el enganchador... el encargado de atraer con ardides... a los incautos... A estos ganchos se les llamaba también dobles (en contraste con el jugador sencillo y de buena fe, que era igualmente llamado bueno o blanco, en oposición de negro o fullero), muñidores, abrazadores y encerradores.²¹⁷

Además de los jugadores de oficio y de los fulleros profesionales, hallaban abrigo y cobijo en estas tabernas y casas de juego toda clase de huéspedes de ambigua procedencia y vida sospechosa. En ellas tenían de ordinario su asiento y campo de operaciones los apuntadores, que declaraban el juego, por medio de signos convenidos y palabras enigmáticas, al fullero que intervenía en él. Por allí merodeaban los llamados pedagogos, que ofrecían sus servicios, artes y consejos a los jugadores ricos e inexpertos. Y por allí pululaban también muñidores, que se encargaban de atraer parroquianos y de mantener el entusiasmo de los jugadores.²¹⁸

Dice Alarcón:

-- Aquesto del juego ¿ es nada?
 -- ¿Qué ha de hacer un hombre honrado
 Mientras a su amo aguarda?
 ¿No es peor ponerse en corro
 Con la cuadrilla lacaya
 A no dejar honra en pie
 De sus amos ni sus amas? (219)

Los dados formaban otra parte del juego de la época,

y llevaban el nombre de Juan Tarafe; llamaban a las monedas (en especial a los escudos de once reales) granos; al escamotec, masecoral; morder dinero, a hurtarle; agarro, al hurto, y engarruchar, al atraer jugadores con engaños. Abrir cas de juego era abrir tienda o asentar conversación; la²²⁰ delación de un garito a la justicia, se llamaba bramo.

Al ajedrez de viéjo abolengo alude Alarcón en La cueva de Salamanca:

¿Que se pase un año entero
Un viejo, absorto en los lances,
Cantando antiguos romances,
A la orilla de un tablero,
Diciendo con mucha flema:
"Jaque, y tome mi consejo:
A huir, que viene Vallejo,
Tenga, mire que se quema"?
¿Pues qué, si da en señalar
Con el dedo el ajedrez?
Pienso que a muerte otra vez
Condena al rey Baltasar. (221)

.

¿Está mi padre acostado?
-- Jugando está embelesado,
Los ojos en el tablero,
Toda la imaginación
En un lance de ajedrez.
-- Mire la dama esta vez,
Que se le arrima un peón. (222)

.

Las diversiones que hemos examinado hasta ahora no eran las únicas que se gozaban entonces. Por ejemplo, aparte de los toros, cañas y torneos había otros deportes encaminados a que los varones de calidad mostrasen la maestría en la equitación, la prestancia del porte y el lujo del atavío,

como era la carrera pública a caballo, obligado número en toda cortesana festividad, y que tenía vairantes diversas, como la máscara, la encamisada y el estafermo.²²³

El pueblo se divertía, también, con las manifestaciones públicas, como las organizadas para celebrar una victoria militar, o como las fiestas reales, organizadas para distraer a los de la Corte. Durante la época en cuestión se encuentran cita tras cita, en las crónicas, en que se describen estas fiestas. Bajo el reinado de Felipe IV, y bajo la protección del Conde-Duque de Olivares, se organizaban muchas fiestas de este tipo, especialmente en el Retiro, que comprendían, a veces, una comedia escrita por alguno de los comediógrafos más destacados de la época.²²⁴

Otra fiesta real, descrita aquí, tiene un aspecto más bizarro: "Este singular espectáculo, mezcla de corrida y cacería, constituyó una de las recreaciones de las gentes de Palacio. Detrás de Aranjuez se extendía el gran bosque de Hontígoba. En una pequeña isla rodeada de una artística verja de hierro existía una pequeña casa de campo o de recreo a la cual solía acudir la sociedad cortesana en góndolas lujosamente adornadas. Un plano inclinado de madera, resbaladizo y engrasado ponía en comunicación la jaula de los animales, situada a cierta elevación, con la parte más profunda de las aguas. Con ese objeto se atraían hacia el estanque toros, jabalíes y camellos que, hostigados desde las canoas y batidos hacia las orillas de la isla, eran muertos a tiros por su Majestad regia."²²⁵

Entre la gente joven de la época, había otras diversiones, entre ellas el uso del columpio, o las diversas variaciones de la gallina ciega, en los cuales dos ciegos verdaderos o dos personas cualesquiera con los ojos vendados, tenían que luchar entre sí a palos o dar muerte a un cerdo a golpes de garrote. Entre los diversos juegos al aire libre, como el tirar la barra, jugar al espejuelo, etc., se señalaban como del grado y afición popular, particularmente el juego de pelota.

El martes de Carnestolendas se celebraba con tanto a más vigor que hoy. Las procesiones religiosas, como las de Semana Santa y de Corpus Christi, servían de gran entretenimiento; las fiestas de Corpus eran tan elegantes e importantes a la producción de otro dramatungo un poco posterior, que no creo que sea oportuno hacer más que mencionarlas aquí.

Antiguísimo era celebrar la fiesta de San Juan (24 de junio). A ella se refiere también Alarcón:

Tened, que bailan allí.
 -- San Juan es fiesta de todos.
 -- Yo aseguro que van éstos
 Más alegres que devotos. (228)

La importancia que daban los madrileños a esta fiesta queda manifiesta en estos versos de nuestro corcovado:

¿De la corte se desvía,
 Cuando el celebrado día
 De San Juan tan cerca está? (229)

.

Tienen tus criadas todas
 En la esperanza sus bodas

Y en la corte sus pasiones;
 Y como dé aquí a seis días
 Es la noche de San Juan,
 Cuando los amantes dan
 Indicios de sus porfías,
 Sienten el ver que esa noche
 En la corte no han de estar. (230)

.

Que, noche de San Juan, hallo,
 Si un peón sabe embestir,
 Que suele solo rendir
 Más que treinta de a caballo;
 Que hay mujer que en el engaño
 Que en esta noche previene,
 Librados los gustos tiene
 De los deseos de un año.
 Cuál llega al poblado coche
 De angélica jerarquía,
 Y siendo paje de día,
 Pasa por marqués de noche.
 Cuál sin pensar se acomoda
 Con la viuda disfrazada,
 Que entre galas de casada
 Hurta los gustos de boda.
 Cuál encuentra y desbarata
 Una sarta de doncellas,
 De quién son las manos bellas
 En gazaduras de plata.
 Cuál se llega a las que van
 Brindando los retozones,
 Y trueca a mil refregones
 Un pellizco que le dan. (231)

Otras fiestas de menos importancia incluían la del Tra-
pillo, consagrada al evangelista San Marcos, efectuada el
 día veinticinco de abril, y nombrada así porque los concu-
 rrentes a la procesión que iba hacia la ermita del Santo,
 que estaba más allá de la puerta de Fuencarral, eran casi
 exclusivamente menestrales y artesanos. En contraste con
 ésta, había la de Santiago el Verde, celebrada el primero
 de mayo, cuya concurrencia contaba con la gente más elegan-
 te, que iba en procesión a una ermita consagrada a San

Felipe y Santiago, que estaba más allá de la Puerta de Toledo, en el Sotillo. El tres de mayo celebrábase la fiesta de los Mayas, cuyo objeto era la solemnización de la Inven-
ción de la Santa Cruz; levantábase con este motivo improvisados altares en los barrios más castizos, con sendas cru-
 ces, y se engalanaban las ca lles.

En ocasión de la muerte de una persona real, era de rigor para todos vestirse de luto, como vemos en esta relación, escrita cuando murió la reina en 1611: "También se escribió lo mismo a los señores y a los embajadores, y después se han enviado cartas de S.M. por todo el reino, avisando de ello para que se pongan los lutos y hagan las honras y demostración que se debe, y se preguntó que todo el pueblo se pudiese luto, y los que no tuviesen para hacerlo cumpliesen con quitar las toquillas de los sombreros, y las mujeres trajesen tocas negras: clamorearon las campanas de todas las iglesias por tres días, y se comenzaron novenarios en la Capilla Real y en las Descalzas, desde el día de San Francisco adelante."

Una de las costumbres más desagradables de la vida de la Villa era la que ocurría en la hora menguada, las once de la noche, cuando se vertían, desde las casas a la calle, las aguas sucias. Comenta Alarcón:

Como salen a tal hora
 En otras partes visiones,
 En Madrid por las narices
 Espantan diablos fregones.
 ¿Otro? ¡Mal haya la Arabia
 Que engendra tales olores!
 Agora huele a adobado,

Y es la quinta esencia entonces. (236)

Otra costumbre extraña de la época formaba parte del galanteo entre algunos, y era la de los regalos que los amantes hacían a sus novias, de lienzos empapados en su sangre, después de las sangrías que, por cualquier indisposición, se practicaban entonces, e incluso se inventaban para poder hacer el amoroso obsequio.²³⁷ "Es curioso anotar que la mayoría de los viajeros franceses se escandalizaban de las disolutas costumbres sexuales de España, mientras ya entonces, para el español, era Francia el teatro de las licencias: Se explica bien esta contradicción por las distintas técnicas del libertinaje en los dos países. Un ejemplo lo demuestra muy bien: en Francia el pecado era más público; las queridas del Rey tenían categoría de Soberanas. En España los amores de Don Felipe IV, más numerosos y más complicados que los de su real cuñado, transcurrían en hipócrita misterio: todo el mundo sabía quienes eran las queridas de tur-²³⁸no, pero sin darse nadie por enterado."

A los murmuradores que abundaban en corros, mentideros y casas de conversación, alude Ruiz de Alarcón:

En Madrid estuve yo
 En corro de tal tijera,
 Que la pegaba cualquiera
 Al padre que lo engendró;
 Y si alguno se partía
 Del corro, los que quedaban,
 Mucho peor dél hablaban,
 Que él de otros hablado había.
 Yo, que conocí sus modos,
 A sus lenguas tuve miedo,
 Y ¿qué hago? estoyme quedo
 Hasta que se fueron todos.
 Pero no me valió el arte;

Que, ausentándome de allí
 Sólo a murmurar de mí
 Hicieron un corro aparte,--
 Si el maldiciente mirara
 Este solo inconveniente,
 ¿Hallárase un maldiciente
 Por un ojo de la cara?
 -- ¿Fuera por eso peor?
 -- Espántome que eso ignores.
 Más que cien predicadores
 Importa un murmurador.
 Yo sé quien ni con sermones,
 Ni cuaresmas, ni consejos
 De amigos sabios y viejos,
 Puso freno a sus pasiones,
 Ni sus costumbres redujo
 En gran tiempo; y solamente
 De temor de un maldiciente,
 Vive ya como un cartujo. (239)

.

... que bien mirado,
 Ni hay más inútil pecado
 Ni sa lsa más peligrosa.
 Después que uno ha dicho mal,
 ¿Saca de hacerlo algún bien?
 Los que le escuchan más bien,
 Esos lo quieren más mal;
 Que cada cual entre sí
 Dice, oyendo al maldiciente:
 "Este, cuando yo me ausente,
 Lo mismo dirá de mí."
 Pues si aquél de quien murmura
 Lo sabe, que es fácil cosa,
 ¿Qué mesa tiene gustosa?
 ¿Qué cama tiene segura?
 Viciosos hay de mil modos
 Que no aborrece la gente,
 Y sólo del maldiciente
 Huyen con quidaáo todos.
 Del malo más pertinaz
 Lastima la desventura;
 Solamente al que murmura
 Lleva el diablo en haz y en paz.
 En la corte hay un señor,
 Que muchas veces oí
 (Ap. Esto encaja bien aquí
 Para quitarle el amor.)
 Que está malquisto de modo
 Por vicioso en murmurar,
 Que si lo vieran quemar

Diera leña el pueblo todo. (240)

Aparte de los círculos de murmuradores, existían reuniones periódicas de entendidos y patronos de arte, que se reunían para examinar y criticar pinturas, modelos y otras cosas raras y hermosas. Este tipo de tertulia llegó a extenderse en época de Felipe IV, cuando aparece el nombre que se conoce hoy; "se llamó así porque en ella asistían a ver la comedia, los religiosos de buen gusto y la gente culta y erudita."²⁴¹

Otra cosa interesante era la costumbre que había cuando uno estaba enfermo, de enviar a preguntar por él acompañado el recado con un presente, "y así dice que, al conde de Villalonga, una sangría le había valido mil escudos de parte de la Reyna, cuatrocientos del duque del Infantado y así de varios otros."²⁴²

Varios escritores acusan a los madrileños de prodigar atenciones excesivas a los extraños, regateándolas a los suyos. Salas Barbadillo llama a Madrid "madre universal de los extranjeros, madrastra de sus propios hijos."²⁴³ Suárez de Figueroa dice respecto a la Corte española: "De continuo es pródiga en favorecer a extranjeros, y avarísima en beneficiar a sus naturales."²⁴⁴ Quizás a ésto se deben estos versos de nuestro dramaturgo:

El mercader claramente
Diciendo está, sin hablar:
"Dame dinero, y llevar
Podrás lo que te contente."
Todos, según imagino,
Piden; que para vivir
Es fuerza dar y pedir --

Cada uno por su camino;
 Con la cruz el sacristán,
 Con los responsos el cura,
 El monstro con su figura,
 Con su cuerpo el ganapán,
 El alguacil con la vara,
 Con la pluma el escribano,
 El oficial con la mano,
 Y la mujer con la cara. (245)

De las calles afluentes a la Puerta del Sol era entonces famosa la de la Montera, por ser tradición pintoresca y galante. Se le aplicó el nombre que hoy tiene por ser el camino obligado de las expediciones de caza o montería hacia los altos de Hortaleza y Fuencarral; según un relato tiene este nombre por haber vivido en ella cierta beldad salmantina, viuda de un montero mayor del tercer Felipe, y que ²⁴⁶dejó fama por sus estragos amorosos. Dicha calle, constituida por humildes casas, era sitio de tránsito predilecto para los perdonavidas que volvían de Italia y Flandes, y para los innumerables harpones, caballeros del milagro, o simples amigos de aventuras, que bullían en la Corte. Atrá-
 les allí el cebo de una acreditada mancebía y de un bodegón de puntapiés, ²⁴⁷adonde iban los bravos a concertar sus fechorías.

Los pequeños industriales, agrupados por gremios en calles que llevaban los nombres de los oficios respectivos, vendían al público los objetos que fabricaban en sórdidos albergues de los pisos bajos de callejas estrechas y tortuosas, privados de la luz del sol. Tales eran los cedace-
 ros, boneteros, calceteros, jubeteros, coferos, doradores,

peineros, cuchilleros, latoneros, tintoreros, curtidores, bordadores, pellejeros, zurradores, zapateros de viejo y tantos otros, de que aun hoy se conserva el recuerdo de las denominaciones de algunas calles de Madrid, casi todas próximas a la calle Mayor y a la de Toledo; es decir, a la principal vía cortesana y a la gran arteria de los barrios populares.²⁴⁸

La abundante instalación de fuentes permitió establecer importantes servicios. Tal fué el de extinción de incendios, cuyas primeras ordenanzas se hicieron en 1641, llamándose matafuegos al personal dedicado a tal menester. Tal fué también el de aguadores, tan popular después en muchas plazas madrileñas.²⁴⁹

Esta abundancia de fuentes parece haber arrancado la crítica popular, según esta cita tomada de una obra de Alarcón:

¡Qué bien se ve que venís
Al uso de Andalucía,
Donde viven todavía
Las finezas de Amadís!
Acá se ha visto mejor;
Más aprovecho se quiere;
No sólo nadie no muere,
Pero ni enferma de amor;
Aquí las fuentes hermosas
Vierten licor, que bebido,
Es el agua del olvido
Contra fiebres amorosas;
Y como hallan los dolientes
De amor tan gran mejoría
En ellas, va cada día
Madrid haciendo más fuentes. (250)

Terminaré, pues, con esta cita, donde Alarcón hace resumen de muchas de esas costumbres antes apuntadas:

Sonaba el juicio final.

-- ¿Y qué viste?

-- Decir quiero

Las cosas que allí pasaban,

Sobre un tribunal estaban

Un sastre y un escudero,

Que venían a juzgar

A los vivos y a los muertos.

-- ¡Qué terribles desconciertos!

-- No se puede eso negar;

Pues ¿quién habrá que no crea

Que es juicio universal

La lengua de un oficial

Mientras hace la tarea?

Y qué vida, buena o mala,

De un escudero se guarda,

Mientras a su dueño aguarda

Con otros en la antesala?

Pues como llamar quisiesen

Los dichos dos a juicio,

Usaron de un artificio

Porque todos acudiesen,

Vivos y muertos, al son:

Y fué advertencia discreta;

Que en lugar de la trompeta,

Tañeron con un doblón.

Al punto que el son oyeron,

No quedó muerto en la huesa;

Es verdad que más aprieta

Las mujeres acudieron.

Las almas, era de ver

Cómo a sus cuerpos volvían:

Unas los desconocían

Y no quisieran volver;

Otras buscan diligentes

Un hueso que les faltaba...

Una vieja me mataba

Preguntando por sus dientes.

A un gordo bodegonero

Una nalga le faltó,

Y al fin la mitad halló

En casa de un pastelero.

Una dama de deleite,

Que anegada muerto había,

Su cara desconocía

Porque estaba sin afeite;

Y al fin fué caralavada

La tal señora a juicio;

Otra fué, por beneficio

De las moscas, descarada;

Que la hubieron de comer

Con el gusto de la pasa.

Estando en aquesto, pasa

Arrastrando una mujer
 Con ambas piernas quebradas,
 Que eran las del mal ladrón;
 Que él, con su antigua afición
 Se llevó las della hurtadas.
 Quejése en palabras tiernas;
 Los jueces que la oían,
 Dijeron: "Todas habían
 De tener así las piernas."
 Aquí se dejó esta queja,
 Por ver con furor insano
 A un ladrón y un escribano
 Riñendo por una oreja;
 Más quitólos de cuidados
 El sastre, que para sí
 La aplicó, dejando así
 A entrambos desorejados.
 "Todas las ha menester
 El sastre," dijo un poeta;
 Mas por la gracia discreta
 Le mandaron perecer.
 Súpose que eran sus galas
 Solamente murmurar,
 Y mandáronlo quemar
 Entre cien comedias malas.
 Mas él, que no se desdenea,
 A truco de hablar, de arder,
 Dijo: "¡Malas han de ser?
 A fe que no falta leña,"
 A cierta dama de coche
 Acusaron de que había,
 Con uno a quien no quería,
 Dormido toda una noche.
 Ella dijo: "Aunque sin gana,
 La pasé bien con pensar
 En lo que me había de dar
 El hombre por la mañana."
 Condenáronla a juntar
 Por siempre, para escarmiento,
 A un hombre de mal aliento,
 Muy amigo de besar.
 El demonio rehusaba
 Llevarla al reino profundo,
 Diciendo que acá en el mundo
 Más fruto della sacaba;
 Mas dijo otro resabido:
 "Llevarla es más acertado;
 Que ninguno la ha gozado
 Que no se hay arrepentido,"
 Salió una doña María,
 Mujer de un noble tendero,
 Y mandóla el escudero
 Llamarse Mari-García.

Quiso, a poder de aderezo,
 Una vieja niñear,
 Y mandáronla azotar
 Con cien años al pescuezo.
 Un glotón, con mano franca
 Gastaba solo en comer;
 Y pusieronlo en poder
 De un ama de Salamanca.
 A una que por desconciertos
 En ramera vino a dar,
 La condenaron a andar
 Cargada de perros muertos.
 A un viejo que tiñe y pinta
 Las canas por varios modos,
 Condenaron a que todos
 Le echasen de ver la tinta.
 A un colérico, en quien junto
 El decir y hacer nació,
 Por pena se le mandó
 Que hiciese medias de punto.
 A cierta vieja que amantes
 Trataba de concertar,
 Condenaron a tratar
 Con soldados y estudiantes.
 Uno que por imprudencia
 Se casó mozo, llegó;
 Y éste solo se salvó,
 Por llevarlo con paciencia.
 Tras éste a mí me llamaron,
 En hora mala, a juicio,
 Y por este negro vicio
 De beber, me condenaron
 A que un demonio aguader
 Me echase unas angarillas:
 Sentílas en las costillas
 Y desperté del dolor. (251)

.

.

.

CAPITULO III

EL CABALLERO

Y

EL CRIADO

Quien vive sin sentido,
 Quien sólo el número aumenta,
 Y hace lo que todos hacen,
 ¿En qué difiere de bestia?
 Ser famosos es gran cosa;
 El medio cual fuere sea.
 Nómbrenme a mí en todas partes
 Y murmúrenme siquiera,
 Pues uno por ganar nombre
 Abrasó el templo de Efesia;
 Y al fin, es éste mi gusto,
 Que es la razón de más fuerza. (1)

Este "no me importa" parece ser en común "credo" del español de la época y aun del mismo Alarcón: en contraposición retrata al hombre digno de respeto o que aparenta merecerlo:

El que se sigue
 Es don Gómez de Toledo,
 Que la cruz de Calatrava
 Ostenta en el noble pecho:
 Hombre que anda a lo ministro;
 Capa larga y corto cuello,
 Levantado por detrás
 El cuello del ferreruelo,
 El paso compuesto y corto,
 Siempre el sombrero derecho,
 Y un papel en la pretina;
 Maduro en años y en seso.
 -- Apruebo el seso maduro;
 Maduros años no apruebo
 Para un marido, Beltrán.
 -- Es maduro, mas no es viejo. (2)

Una de las fuertes preocupaciones del madrileño, del hombre que vivía en el ambiente cortesano, era la del aseó de su persona. "Característica de la época es el joven pisa-verde, esclavo de la distinción y el buen tono, tan donosa y prolijamente descrito y caricaturizado por la literatura de entonces. Era el eterno cultivado de la bagatela, del arreo personal y de la moda más exagerada; el padre del petimetre, lechuguino o currutaco; abuelo del gomoso o sietemesino, y bisabuelo del llamado hoy en jerga americanizante pollo bien. Se le denominaba entonces lindo o lucido."

El traje habitual de los hombres le formaban las siguientes prendas: un jubón, que ceñía el cuerpo desde la cabeza a la cintura, o bien un colete o perpunte sin mangas, parecido a los chalecos actuales, pero cerrado hasta el cuello, y que solía hacerse de ante o de piel de búfalo, y llevaba forro guateado y armadura de ballenas, a fin de utilizarle como coraza defensiva contra cualquier posible golpe de arma blanca. Cubríase el colete o el jubón con la ropilla; vestidura corta con mangas y con unos repliegues de tela junta a los hombros, que se llamaba brahones, de los cuales pendían otras mangas perdidas o sueltas. Terminaba en una especie de faldilla, que llegaba a los ingles. A los gregüescos (pantalones altos, cortos y tan holgados como sacos, formados por telas de ricos tejidos y diversos colores), usados en el siglo XVI y principios, sustituyeron los pantalones bombachos, más largos y estrechos que descendían hasta más a bajo de la rodilla. Hasta 1640, el calzón y las

mangas de la ropilla tenían ligeras aberturas llamadas agu-
chillados,⁴ que dejaban ver la ropa interior.

Con pintoresca ironía Zabaleta se refiere al "día del caballero", del presumido o "lindo";⁵ y con otros dramaturgos contemporáneos, Alarcón:

El problema de la calvicie, y cómo disfrazarla, existía en el siglo XVII igual que hoy, según vemos en esta referencia del libro de Zabaleta: "Esta señal venerable, y no fea, la aborrecen tanto en nuestras regiones, que son pocos los que no quieren cubrirla con cabellos postizos. De cabellos huérfanos hacen capacetes; alifio hacen de los despojos de un cadáver. Los luchadores se cortaban el cabello el día de la contienda por no darle a su enemigo instrumento con que los sujete. Los que se ponen cabellera, deben de querer que tenga el diablo por dónde asillos. Por parecer bien se ponen esta añadidura; deseando agradar a las gentes con lo que Dios se desagrada. Con lazos de cerda cogen los muchachos los pájaros; con estos cabellos coge el diablo⁶ muchas veces a los hombres que quieren parecer muchachos."

En cuanto al aderezo del hombre, también comenta Alarcón:

(lee) "Carácter que puede hacer
 que un calvo no lo parezca."
 -- Bien habrá quien me agradezca
 que le enseñe el carácter.
 ¿Que la magia da cabello?
 Por Dios, que he de denunciar
 De cierto Nomo, y vengar
 Mi ofendidos con ello,
 Puesto que la villa entera
 Vió que calvo anocheció,
 Y a la mañana sacó

Abrigada la mollera,
 (Lee) "Conjuro de remozar,
 Quitando rugas y canas
 Y otras señales ancianas."
 -- Esto os importa callar;
 Que si llega a las orejas
 De las mujeres, por Dios,
 Tristán, que os comáis de viejas. (7)

.

¡Que!;caballera te pones?
 -- Ya las cabelleras bajan
 Tanto, que se las encojan
 Los pelados más pelones.
 Es disfraz acomodado
 Para no ser conocido;
 Que es un remedio aprendido
 En la corte, de un letrado.
(Pónese un parche en un ojo) (8)

Que muchos de estos elegantes no se vestían siempre de lo suyo, sino de lo ajeno, atestigua este pasaje:

Ese pues poco dichoso
 Tan pobre en un tiempo fué,
 Que por alcanzar apenas
 Para el sustento, jugaba
 La mohatra, y se adornaba
 Todo de ropas ajenas.
 Riñó su dama con él,
 Y en un cuello que traía
 Ajeno, como solía,
 Hizo un destrozo cruel.
 El dueño cuando entendió
 La desdicha sucedida,
 A la dama cuellecida
 Fué a buscar, y así le habló:
 "Una advertencia he de haceros,
 Por si acaso os enojáis,
 Otra vez, y es que riñáis
 Con vuestro galán en cueros;
 Que cuando la furia os viene,
 Si vestido le embestís,
 Haced cuenta que reñís
 Con cuantos amigos tiene." (9)

Aunque por el día era imprescindible para el galán
 vestir de negro, como vestían los señores maduros o ancia-
 nos, si salía de noche, con ánimos de ronda, juego, tertulia,

aventura, serenata o cita de amor, usaba trajes de colores varios, distintos según el objeto de su salida o su situación especial en achaques femeninos, respecto a la cual adquirirían aquéllos una representación simbólica y emblemática.

Alarcón hace una crítica completa del traje, calzado, sombrero y aderezo del hombre, en este pasaje:

Bufo los pies, que andando
Va cada momento, dando
De puntillazos al suelo,
¿Qué significa?

-- Que como
Es puntiagudo el zapato,
No entra bien.

-- Fues, más barato
No fuera calzarlo romo?
Y algunos que braceando
Con la mano acucharada,
La manga desabrochada
Y sin puños, le va dando
En los dedos el aforro,
¿Es gala o hipocresía?
¿Es alifio o porquería?
¿Es descuido o es ahorro?
¿O presumen por ventura
De manos, y hacen con esto
Que junto al color opuesto
Parezca más la blancura?
Y el que levanta igualmente
Por los dos lados el ala
Del sombrero, y por gran gala
Lleva un candil en la frente,
Dime ¿en qué puede fundarse?
¿Y en qué se funda un galán,
Que vistiendo tafetán
En julio, por no abrasarse,
Embute de estofa vana
Jubón y calzón? Querría
Saber si la seda enfría
Más que calienta la lana.
Y el escolar que camina
Con un matachín meneo,
Y hecho un rollo del manteo,
Se le encaja en la pretina,
¿A quién no le causa risa?
¿Y un paje que, si reparas,
Mide las ligas a varas,
Y a pulgadas la camisa? (10)

El cuello de moda, según lo hemos visto repetidas veces en retratos de varios personajes famosos de la época, era el denominado lechuguilla. "Eran estas gorgueras unos cuellos de lienzo o encaje almidonados y encañonados con aparatos ad hoc, que cubrían enteramente la garganta de damas y caballeros, y tan voluminosos en sus últimos tiempos, que llegaron a medir medio palmo. No obstante su incomodidad, y su crecido costo (pues había gorguera que valía 200 reales), hicieron furor tales adornos, aunque la literatura de la época los satirizaba sin cesar, comparándolos a¹¹ tubos de órganos, grandes coles, etc."

Comenta Alarcón:

¡Bien hubiese el inventor
 Deste holandesco follaje!
 Con un cuello apanalado
 ¿Qué fealdad no se enmendó?
 Yo sé una dama a quien dió
 Cierta amigo gran cuidado
 Mientras con cuello le vía;
 Y una vez que llegó a verle
 Sin él, la obligó a perderle
 Cuanta afición le tenía.
 Porque ciertos costurones
 En la garganta cetrina
 Publicaban la ruina
 De pasados lamparones.
 Las narices le crecieron,
 Mostró un gran palmo de oreja,
 Y las quijadas de vieja,
 En lo enjuto, parecieron.
 Al fin, el galán quedó
 Tan otro del que solía,
 Que no le conocería
 La madre que le parió.
 -- Por esa y otras razones
 Me holgara de que saliera
 Premática que impidiera
 Esos vanos canjilones.
 Que demás desos engaños,
 Con su holanda el extranjero
 Saca de España el dinero

Para nuestros propios daños.
 Una valoncilla angosta,
 Usándose, le estuviera
 Bien al rostro, y se anduviera
 Más a gusto a menos costa.
 Y no que con tal cuidado
 Sirve un galán a su cuello,
 Que por no descomponellos,
 Se obliga a andar empalado.
 Yo sé quien tuvo ocasión
 De gozar su amada bella,
 Y no osó llegarse a ella
 Por no ajar un canjilón.
 Y esto me tiene confuso:
 Todos dicen que se holgaran
 De que valonas se usaran,
 Y nadie comienza el uso. (12)

La reforma hubo de decretarla el Rey en la pragmática a que alude una crónica de 1608: "Antes de Pascua mandó S.M. que se guardase la premática de las lechuguillas, pareciéndole que había de tener su mandamiento para la ejecución mas fuerza que el rigor de los alguaciles, y sobre la medida se replicó por los de su Cámara y ha quedado en sétima de vara; y conforme a esto toda la Corte ha reformado los cuellos y obedecido a la voluntad de S.M., por ser demasiado el esceso que en esto había." Años después, en 1623, llegaron a prohibirlos del todo, sustituyéndolos por la valona, de uso francés. "Para dar más vigor a esta prohibición, extendióse al oficio de abridor de cuellos, es decir, del que los aderezaba con los susodichos hierros, so pena de destierro y vergüenza pública."¹⁴

Felipe Iv puso de moda la valona, usándola invariablemente en sustitución de la gorguera, hasta que una enfermedad de la garganta le hizo buscar otra más adecuada forma de cuello. Y con tal fin fué creada la golilla por un

sastre de Madrid. Era como una valona armada sobre un soporte inferior o alzacuello de cartón o lienzo almidonado, cerrado a modo de platillo, que envolvía y oprimía la garganta, dando a los hombres la impresión de decapitado. "Hasta el otoño de 1624 no fué su uso general ni característica de los españoles"¹⁵... pero, por su economía, extendióse pronto entre todas las clases sociales. "Ningún varón era admitido ante el rey, ni siquiera a entregarle un memorial cuando salía a misa escoltado por sus alabarderos, si no llevaba ropa negra y golilla."¹⁶

Algunas profesiones requerían ciertas prendas de vestir características. Los magistrados usaban togas de paño y vueltas de veladillo, llamadas garnachas (nombre éste que, por extensión, se aplicó vulgarmente a quienes vestían tal prenda). Los estudiantes cubríanse con loba o sotana y manteo de bayeta o del paño: segoviano ordinario llamado limiste, teniendo aspecto de gente de iglesia. La indumentaria de los médicos la describió Quevedo de esta suerte: "Si quieres ser famoso médico, lo primero linda mula, sortijon de esmeralda en el pulgar, guantes doblados, ropillas largas, y en verano, sombrero de tafetán..."¹⁷

Pero, según aconseja Alarcón:

Que yo sé bien que advirtieran
Menos falsos más de cuatro,
Que con ajeno vestido
El aplauso han merecido
Del púlpito y del teatro. (18)

Como el traje negro era de rigor, por lo menos durante el día, hacía falta llevar algo especial para el luto,

que exigía un vestido más severo, que, "para el de aquella época usábase una capa de bayeta negra, larga y cerrada, que se llamaba capuz, provista de una cola que arrastraba. Para expresar que uno se quitaba el luto, decíase doblar el capuz." A esta costumbre aluden estos versos:

Quién gozó tales dos días
Que envidia pueden causar.
Hace mal en enlutarse.
-- ¿Cuales son?
-- El de casarse
Uno, y otro el de enviudar.
-- Por eso lo siento así.
-- ¿Por qué?
-- Porque se han pasado.
-- No es del todo desdichado
El del casamiento si
Pasó; que el de la viudez
No veía la noche oscura
Mientras no quiora, pues dura
Hasta casarse otra vez. (20)

Quizás una de las descripciones más interesantes del "día del caballero" es la hecha por Zabaleta; voy a citar algunos trozos, para ilustrar lo que se ha dicho hasta ahora:

"Despierta el galán el día de fiestas a las nueve del día, atado el cabello atrás con una colonia. Pide ropa limpia y perfumada...²¹ Cálzase luego, u pónese unas medias de pelo tan sutiles que, después de habérseles puesto con grande cuidado, es menester cuidado grande para ver si las tiene²² puestas... Entra el zapatero oliendo a cansado. Saca de las hormas los zapatos, con tanta dificultad como si desallara las hormas. Siéntase en una silla el galán, híncase el zapatero de rodillas, apodérase de una pierna con tantos tirones y desagradados como si le enviaran a que le diera

tormentos. Mete su calizador en el talón del sapato, encapíllale otro en la punta del pie, y luego empieza a guiar el zapato por encima del calizador. Apenas ha caminado poco más que los dedos de los pies, cuando es menester arrastralle con unas tenazas, y aun arrastrado ~~de~~ ²³ ~~resistente~~. Pónese en pie el paciente, fatigado, pero contento de que los zapatos le vengan angostos: y de orden del zapatero da tres o cuatro patadas en el suelo, con tanta fuerza, que pues no se quiebra, debe de ser de bronce... Estréchase en la ropilla, moviendo por quedar entallado. No hay hombre mozo, que desde el remate de los pechos a la cintura, no quisiera caber en un cañuto. Arquéase las costillas tanto que no sé como no saltan. Abolla y arruga el estómago. Esto ²⁴ ~~lò~~ debió inventar algún mezquino por comer a menos costa, cabiéndole menos... Nuestro galán, en fin, se puso su espada y ésa con la vaina abierta, que también debe de entrar en la gala dar a entender un hombre que andafácil para una pendencia, y debe de ser parte del bien parecer, parecer que no se teme a la justicia... ²⁵ Pónele un criado en los hombros la capa de bayeta, rodeada toda de puntas al aire, cuajado el cuello y los escudos, tan erizada por dondequiera, que da miedo tocarla con la mano." ²⁶

Los caballeros presumidos de la época podían gastar una fortuna vistiéndose, igual que en nuestros días; la necesidad de parecer uno de los afortunados de la corte les hacía gastar, a veces, dinero que no tenían. "Mucho gastan y apuran los vassallòs las demasias de trajes tan costosos

con tantas diferencias de guarniciones que tienen mas costa de hechuras que los propios vestidos, y quando se han hecho, después ay diferencia de osos, y buelueh a gastar de mono. Y si se casan, los demoderados caudales con lo que gastan en solo vestidos, vienen a quedar tñ alcançados, que siempre viuen empeñados, y con mil necessidades: y aunque estos gastos son voluntarios, se han ~~h~~cho como forçosos,²⁷...

Habla sobre esto nuestro autor:

Sastre

¿Queréisla así?

(Tómale la medida hasta el tobillo)

D. Domingo

¿Hasta los pies?

¿En que tengo yo ofendida
El arte que ejercitáis,
Que con medida tan larga,
A que sustente una carga
De paño me condenáis?
La capa que el más curioso
Y el más grave ha de traer,
Modesto adorno ha de ser,
Y no embarazo penoso.
Puesto a caballo, la silla
Apenas ha de besar,
Al suelo no ha de tocar
Si pongo en él la rodilla.
Si la tercio cuando me es
Forzoso sacar la espada,
Deste lado derribada,
No ha de embarazar los pies;
Y si la quiero tomar
Por escudo, de una vuelta.
Que se dé cola, revuelta
En el brazo ha de quedar;
Que si es larga, sobre el daño
Que en la dilación ofrece,
Mientras la cojo parece
Que estoy devanando paño. (28)

.

-- ¿Yo mandé

- Hacer corroza o sombrero?
- No hubiera desagradado
A ninguno sino a vos;
Que es pintado, vive Dios.
- Pues no le quiero pintado,
Sino a mi gusto, y de lana.
- Este es el uso de agora
Está valido en Zamora.
- Esa es razón muy liviana.
Cualquier uso ¿no empezó
Por uno?
- Sí.
- Pues ¿por qué,
Si uno basta, no podré
Comenzarle también yo?
¿Que me ponga queréis vos,
Debiendo ser el sombrero,
Para no cansar, ligero,
Uno que pese por dos?
El vestido ha de servir
De ornato y comodidad:
Pues si basta la mitad
Deste sombrero a cumplir
Con el uno y otro intento,
¿Para qué es bueno que ande,
Si me lo pongo tan grande,
Forcejeando con el viento;
Y si en una parte quiero
Entrar que es baja, obligarme
A descubrirme o doblarme,
O topar con el sombrero?
El vestido pienso yo
Que ha de imitar nuestra hechura;
Porque si nos desfigura,
Es disfraz, que ornato no. (29)

Adorno necesario de los galanes madrileños, aparte de la espada y daga, era el broquel, especialmente para los que salían de galanteo por la noche, porque servía para parar los golpes de los adversarios que pudieran encontrar en el camino. Algunos se armaron hasta con coletes o jacos de mallas, "Saliendo tan armado como si fuese a combatir con flamencos o franceses." Como les estaba prohibido llevar ³⁰ pistola o pistoleta dentro de poblado, era importante saber defenderse con estas armas.

Y tocante a las extremidades del hombre, fué costumbre disfrazar las piernas feas: "Si las pantorillas del elegante no eran muy robustas, disimulaba el defecto revistiendo sus medias con algodones, o proveyéndose de medias de pelo bien afelpadas, que se compraban junto a la Puerta del Sol, en las covachuelas de San Felipe el Real."³¹

Dice Alarcón:

Pues ¡las piernas!... Oye
 --^{Di.}
 --Dice (¡extrañas maravillas!)
 Que cañas las conoció,
 Y sin milagro les dió
 San Felipe pantorillas. (32)

Y aquí señala algunos defectos más del hombre:

Tiene el Marqués una fuente,
 Remedio que necios toman,
 Pues para sanar enferman,
 Y curan una con otra.
 Tras este es fama también
 Que su mal aliento enoja,
 Y fastidia más de cerca
 Que él de lejos enamora;
 Y afirman los que le tratan
 Que es libre y es jactanciosa
 Su lengua, y jamás se ha visto
 Una verdad en su boca. (33)

Defecto bien criticado y que alcanza al mismo Alarcón era el uso del "don" por los que carecían del derecho a ese privilegio. No faltan burlescas referencias: "Gran ventura alcanzan los plebeyos que, introduciéndose a pítaros (iba a decir a caballeros), les cupo en suerte nombre abultado y sobrenombre campanudo: don Juan, don Sancho, don Alonso, don Gonzalo, don Rodrigo, etc. Uno conocí (Dios le perdone) cuyo padre, siendo oficial de bien, un platero honrado

como vos, granjeó media hacienda, con que se le metió al hijo en el cuerpo este demonio que llaman caballería. Vínole a pelo el nombre, de gentil sonido, aunque común; animó-le una noche buenamente (pienso que muerte la luz) la primer primicia deste locura. Y amaneció hecho un don Pedro; por quien, y no por Pedro, se dió a conocer a todos desde allí adelante, sin eclipsársele la vista ni temblarle la mano al formar las tres letras".³⁴ Doña María de Zayas anota que hasta a los seres irracionales extendían ya el uso del Don algunas damas, lo cual, ~~si~~ es verdad, es por sí mismo buena prueba de hasta dónde llegaba el abuso: "Si tienen pica, la llaman doña Urraca, y si papagayo, don Loro; hasta a una perrita llamó una doña Marquesa, y una gata doña Miza".³⁵

A sus críticos responde Alarcón en defensa de su "don":

Que un don tan recién nacido
Puede a nadie dar espanto.
-- ¿Remoqueticos al don!
Huélgome, por vida mía.
Mas escúchame, Lucía;
Que he de darte una lición
Para que puedas saber,
Si a murmurar te dispones,
De los pegadizos dones
La regla que has de tener.
Si fuera en mí tan reciente
La nobleza como el don,
Causa y razón suficiente;
Pero si sangre heredé
Con que presuma y blasone,
¿Quién quitará que me endone
Cuando la gana me dé?
¿Que es don y qué significa?
-- Es accidente del nombre,
Que la nobleza del hombre
Que le tiene nos publica.

Pues pregunto agora yo:
 Un hábito ¿es cosa fea
 Ponérsele cuando sea
 Viejo un caballero? No:
 Luego si es noble, es bien hecho
 Ponerse don siempre un hombre,
 Pues es el don en el nombre
 Lo que el hábito en el pecho. (36)

"La sodomía hallábase extendida por todas las clases de la sociedad, a pesar de la pena de hoguera con que la castigaban las leyes. Y es que con muchos de los contaminados, si eran personas de viso, la autoridad hacía la vista gorda...³⁷" A los hombres de sexo equívoco o poco acusados les llamaban mariones. Demuestra su abundancia el hecho de que un escritor tan popular como Quiñones de Benavente, les dedicara dos entremeses: Los Mariones y el Marión...³⁸

En una de las crónicas de la época se lee: "En cuanto al negocio de los que están presos por el pecado nefando, no se usa del rigor que se esperaba, o sea esto porque el ruido ha sido mayor que las nueces, o sea que verdaderamente el poder y el dinero alcanzan lo que quieren. A don Nicolás, el paje del conde de Castillo, vemos que anda por la calle, y a Juan Rana, famoso representante, han soltado, y no vemos quemar a ninguno de cuantos presos hay, y ha sido delatado don Sebastián de Mendizábal, reo confeso y que tenía casa de ello."³⁹

Como en otras épocas, los italianos eran los más sospechados de este crimen; esta anécdota sirva de ilustración: "Estos días, un italiano solicitaba a un estudiante nuestro, de buen arte, al pecado que en Italia se usa; importúnele

en varias ocasiones ofreciéndole dineros, etc.; el muchacho lo rehusó, porque él le hablaba con disimulación sin declararse. Un día se le declaró algo más, pidiéndole fuese a su casa y que le regalaría. El respondió que lo dejase para el día siguiente. Contento con esto, por ser el término breve, no se le hizo dificultoso esperar. Volvió el estudiante al día siguiente; fueron a su casa, y en entrando en ella sacó una daga que llevaba, y díjole: '¡pícaro! a personas como vos, desta suerte se os ha de tratar:' y dióle dos puñaladas que no fueron de consideración por tener él un colete de ante. Dió voces pensando que quedaba herido de muerte; entró a ellas un alguacil, y el estudiante le dijo que él le había dado porque le solicitaba. Prendiéronles al uno y al otro. Confesó de plano el caso, y a los dos días soltaron al estudiante, y el italiano ha encartado a algunos, todos gente honrada dellos, y unos están presos y otros ~~y otros~~ huídos." ⁴⁰

Alarcón, en estos versos alude a los "sodomitas," que al parecer abundaban en su época:

¡Ah, señora! Mucho mal:
El mundo al revés se ha vuelto.
-- ¿Cómo, Redondo?
-- No ves
Que ya los hombres son hembros? (41)

Los hombres obedecían el código del honor que entonces regía; resultado de esta obediencia fueron los numerosos desafíos, cuya causa principal era la mujer. Llegóse a estimar el reconocimiento del honor como algo sobrenatural, divino a veces, otras profano. Consecuencia del exagerado

concepto del honor fué que todo agravio y la venganza obligada permanecieran secretos. El Rey gozaba de privilegio especial; una ofensa por él inferida no era considerada como deshonor pues con sola su palabra restituía el honor lesionado.⁴²

Del concepto más común del honor, especialmente entre los literatos de la época, es este ejemplo de Alarcón:

Escóndete presto,
 Enrique, tras un estante.
 -- No temas.
 -- De fiel amante
 Me darás indicio en esto.
 Mira que mi estado honesto
 Opinión puede perder,
 Y sin mi culpa caer
 Torpe nota de la honra mía.
 -- Si esconderme es cobardía,
 Es fineza obedecer.
 -- Sí, señor; que a toda ley,
 En ocasión tan estrecha,
 No hay cosa como evitar
 Escrupulos de conciencia. (43)

.

No he de arresgarme a ofender
 A quien pretendo obligar;
 Que como es tan delicada
 La honra, suele perderse
 Solamente con saberse
 Que ha sido solicitada. (44)

.

Quien se deja a solas ver
 De una amante con poder,
 Hace justa la violencia. (45)

Si el honor lesionado, de cierto o por sospecha, movía a venganzas a veces de repelente crueldad, lances de amor y de celos (tema harto constante en las comedias) excitaban las pasiones.

Si la sociedad esencialmente galante y voluptuosa del siglo XVII entronizaba al eterno femenino, reflejando su culto en la literatura de la época, también, como reverso de aquella medalla luciente, ~~había~~ de idealismo o de ardores eróticos, sentía hacia la mujer (cuando dejaba de amarla o apetecerla) una mezcla de ira, desprecio y rencor. Tales sentimientos muéstranse igualmente en las letras de entonces con relieve muy destacado, constituyendo una especial literatura misógina, en la que culminan los escritores satíricos, los de costumbres y los de piezas teatrales cortas.

Una aparente ofensa obligaba al caballero al desafío:

(Lee para sí) "Faltando a lo prometido,
 Habéis amado a Leonor,
 Y no sufre mi valor
 Ni aun sospechas de ofendido.
 Este intento he dilatado,
 Aguardando que cobréis
 Salud; pues ya la tenéis,
 Señor don Aliego, en el prado
 De San Jerónimo espero
 Sólo, y que saldréis confío,
 También sólo al desafío,
 Como honrado caballero."
 La firma dice: el marqués
 Don Fadrique. El ha creído
 Con razón que le he rotpido
 La palabra: cierto es
 Que la fama ha divulgado
 Que soy de Leonor esposo.
 Salir al campo es forzoso;
 Que un noble desafiado
 Con razón o sin razón,
 Por ley del duelo asentada,
 Solamente con la espada
 Puede dar satisfacción.
 Sólo faltaba este dafío,
 Pues ya es forzoso morir
 O matar, para advertir
Los empeños de un engaño.

(47)

.

Sacad, Fernando, la espada;
 Que demás de que la ley
 Del duelo obliga a sacarla
 Sin mirar satisfacciones,
 En saliendo a la estacada,
 Habéis violado vos mismo,
 Con vuestras desconfianzas
 Y con haberme sacado
 Por ellas a la campaña,
 De mi obligación las leyes
 De mi amistad las aras;
 Y así vos me habéis resuelto
 A lo que por vos dudaba.
 -- Parece que os olvidáis
 De la sangre lusitana
 Que mi corazón anima
 Cuando con tal confianza
 Os prometéis la vitoria. (48)

.

Ser secreto prometí,
 No cobarde; que no había
 De aceptar quien nació noble
 Cosas que lo contradiga.
 No importa no conocerme;
 Que yo a mí me conocía,
 Y la misma sangre noble
 Es fiscal contra sí misma. (49)

Pero es de advertir que, aunque era corriente, según los grandes dramaturgos de la época, creer que las manchas de honor se lavaban con sangre, siendo la deshonestidad de la mujer afrenta para el esposo, marido o hermano, a cargo del cual corría el castigo, en realidad tales casos eran menos generales de lo que se supone.

En los casos conocidos, de todas formas, regían las normas antes indicadas, y algunas más, como éstas: "El deshonrado debe mantener el sigilo, porque la divulgación de su ofensa aumenta el deshonor. El marido ultrajado, o el que cree serlo, mata a los culpables; pero no desafía al adúltero. El lance cara a cara queda para casos menos graves;

pero es obligada la acción directa de quien se cree agraviado, pues se tiene por deshonoroso entre caballeros mezclar en sus diferencias a los Tribunales de Justicia.⁵⁰" Por eso dice Alarcón:

Publica tu deshonor;
Que yo, aunque el mundo lo intente,
No puedo ser ofendido,
Del encanto prevenido.
-- ¡Mal haya quien tal consiente!
Mas aunque él te ayuda tanto,
De la vitoria confío;
Que sobre el libre albedrío
No tiene fuerza el encanto. (51)

.

Que no es bien que de los hombres
Que nacieron principales
Conozcan los tribunales,
En casos de honor, los nombres.
Las leyes de casamiento
Pronuncia tu voluntad:
De Teodora consultad
El libre consentimiento; (52)

Alarcón cita en forma de anécdota un caso en que la mujer intenta el deshonor de un hombre poco cauteloso:

Propuso un hombre el agravio
De otro, que forzado había
Una hija que tenía;
Mas el juez, como sabio,
Su espada desenvainada
Al querellante le dió,
Y él con la vaina quedó;
Y dijo: "Envaina esa espada."
El juez aquí y allí
La vaina apriesa movía;
El, que acertar no podía
Con la vaina, dijo así:
"¿Cómo he de envainar la espada,
Si la vaina no está queda?"
El dijo: "Con eso queda
Vuestra causa sentenciada." (53)

.

... que con testigos

Nunca una mujer honesta
Se atreve. (54)

El adulterio, probado, llevaba castigo bastante duro, según las leyes de entonces, que daban al marido ultrajado la facultad de matar a la mujer infiel y a su cómplice sorprendidos in fraganti, quedando él en completa impunidad. Y no sólo el esposo, sino el padre o el hermano de la adúltera, podían matar a su amante por sí o por asesinos pagados. Pero si se llegaba a comprobar que el esposo consentía y explotaba el adulterio de su mujer, se los paseaba por las calles, montado cada uno en un asno; él delante, con la cabeza adornada por dos cuernos y sonajas; la mujer detrás, obligada a ir azotando a su marido; el verdugo detrás de los dos, azotándola a ella.⁵⁵

Pero la mayoría de las veces los hombres intentaban vengarse de su ofensor en cualquier caso sospechado de adulterio, en vez de llamar a la justicia; lo hacían especialmente si la adúltera en cuestión era la amada de uno, y no su esposa. Juan Ruiz de Alarcón refiere a lo que pasó en estas circunstancias:

Según es tu dicha,
Pensaré que fué concierto
Y fingida la cuestión,
A la usanza destes tiempos,
Que hay pendencias de tramoya
Y valientes de embeleco.
Pero sucedióle mal
A un valiente en este intento;
Que enviado dos amigos
Para la invención a un puesto,
Antes que ellos, lo ocuparon
Dos amantes verdaderos.
El valiente de invención,
Viéndoles allí y creyendo

Ser los ensayandos, hizo
 El papel de embestimiento:
 Los dos dieron animosos
 En él y en su compañero;
 Y como se vió apretado,
 Empezó a decir muy quedo:
 "Huid, hola; que ya está
 Fulana al balcón;" mas ellos,
 Como el papel no sabían,
 Contra el ensayo, en efeto,
 Le dieron un trasquilón,
 Y erraron todo el enredo. (56)

Las venganzas de los maridos deshonorados podían ser terribles; a veces mataron por simple sospecha. "El caso truculento --que hoy nos parece fúnebre humorada-- de la mujer a quien su marido llevaba a confesar antes de darle muerte, consta en más de una colección de sucesos de entonces. Y a veces con el detalle, más atroz para un católico, de elegir para ello días consagrados por la Iglesia."⁵⁷

En la Corte los nobles se acuchillaban por motivos fútiles; y aun sus mujeres, las más altas, se conducían con violencia.⁵⁸

Nuestro dramaturgo demuestra cómo debía portarse un caballero desafiado:

Callé, por ser desafío;
 Que quiere el que no lo calla
 Que le estorben o le ayuden:
 Cobardes acciones ambas. (59)

Alarcón cita el nombre de uno de los maestros de la espada:

Esa es cautela que enseña
 El diestro don Luis Pacheco,
 Que dice que está la espada
 Más flaca en el movimiento. (60)

.

El criado, personaje **imprescindible** en las comedias de todo dramaturgo en el siglo XVII, era importante a la sociedad de entonces; todo caballero que se estimaba tenía por lo menos un criado a su servicio personal.

En Madrid, quien había menester de lacayos o escuderos, bien para tomarlos definitivamente a su servicio, bien para alquilarlos algún día señalado en que tuviese recepción en su casa o necesitase escolta callajera, podía buscarlos en la plazuela de Herradores, que era punto de parada para los sirvientes necesitados de acomodo. Los que esperaban encontrar amo nuevo sabían qué clase de vida les esperaba, según estos versos de Alarcón:

-- ¿Sabes ya, pues te dispones
A servir, a qué te obligas?
-- A mal premiadas fatigas
Y a mal pagadas raciones,
A andar fino y puntual
Un mes o dos, y pasados,
Como los demás criados,
Decir de tí mucho mal. (62)

.

Amigo no lo tenéis,
Ni aun conocido en la corte;
Pues si a dueño que os importe
Entrar a servir queréis,
¿Qué poderoso señor
Para ello os ha de ayudar,
Si en Madrid se ha de alcanzar
Hasta el servir por favor? (63)

.

Que ese ofrecimiento hidalgo
Os pague Dios, que es quien paga
Por pobres y desdichados.
No sé por dónde comience
A referir mis trabajos;
Que si los callo padezco,
Y temo si no los callo.

Yo sirvo; y diciendo sirvo,
 Digo que soy desdichado,
 Digo que vivo muriendo,
 Digo que me lleve el diablo.
 -- ¡Jesús! que es de desesperar.
 -- ¿Qué hay que esperar en mi estado?
 ¿Puede dar todo el infierno
 Mayor tormento que un amo? (64)

.

...porque tengo
 Honor, nobleza y hermano,
 Y al fin enemigos, que es
 Decir que tengo criados. (65)

.

De modo, por esta cuenta,
 Que los premios no se dan
 Hoy, conforme fuera justo,
 Al que más y más fiel
 Ha servido, sino a aquél
 Que ha servido más al gusto. (66)

La suerte de los criados está descrita aquí:

Porque es
 Mi fortuna tan avara,
 Que si en zapatos tratara,
 Nacieran todos sin pies.
 Un amo que tuve yo,
 Dijo, estando ya expirando:
 "A Tristanillo le mando..."
 Y al momento mejoró.
 Pero mi suerte colijo
 Que se engañó; que en teniendo
 Más aliento, prosiguiendo,
 "Mando a Tristanillo (dijo)
 Que al punto que muera yo,
 Le pague todo el dinero
 Que me debe, a mi heredero."
 Y en diciéndolo expiró. (67)

La honradez del criado no era de fiar, especialmente
 cuando se le ofreciera la oportunidad de enriquecerse:

¿A quién no dobla un doblón?
 ¿Qué fuerza hay contra el dinero?
 ¿Qué escudo contra un escudo?
 Hará el oro hablar un mudo,
 Hará callar a un barbero. (68)

.

Y porque salgas
Del empeño en que estos días
Te habrás puesto, esa cadena
Recíbele.

(Dale una de la que le dió el Marqués)

-- Señor, ¿es fina?

-- ¿No lo parece?

-- En el pobre

Pasa el oro por alquimia. (69)

.

Si estás

Tan liberal, ¿qué prometes

A un papel de Doña Blanca?

-- Mil abrazos que te aprieten

Amorosamente el pecho.

-- Menos amorosamente

Tomara yo diez escudos.

Probarte quise: no esperes

Favor de Blanca en tu vida.

-- Tello amigo, si le tienes,

Sírvete deste diamante.

-- Ahora amante pareces. (70)

Otro defecto de los criados está señalado por nuestro
corcovado:

Si es importante, bien haces

En ocultarlo de mí;

Que cualquiera que fiare

De criados sin secreto,

Vendrá a arrepentirse tarde. (71)

.

Mándame, señor, que calle,

Que es una virtud que pocos

Gozan; y no sin cenar

Trasnochar y pelear;

Que esas son cosas de locos. (72)

Sobre criados: los había de gran lealtad, honestidad
y hasta si se quiere superiores en inteligencia a sus amos.
En algunas de las comedias, posiblemente las más, el cria-
do es un realista que con su buen sentido reacciona contra
la fantasía de su amo. Caso semejante representan las

relaciones Don Quijote-Sando. La familiaridad del criado le lleva a avisos y consejos sanos.

Algo de esto podrá encontrarse en esta anécdota, escrita de manera autobiográfica: "Nunca oísteis, señor, contar de un paje que sacando de la mesa de su amo una tortilla de huevos con su miel y todo, y por no tener a mano donde escondella, se la puso sobre la cabeza y la gorra encima, y le corría la miel por la cara abajo; y a otro que se metió en la braqueta una perdiz asada, quedando una pierna de fuera, y llegando a levantar un plato, prendió la uña en los manteles y se los llevó tras él, y se rieron hartos los grandes señores que allí comían; estar a la mesa sirviendo y los carrillos llenos y tragallo sin mascar como ansarino?⁷³

... Que más calzas rompe ahora un paje en un año que en tiempo de mi abuelo en tres; porque a cada nonada que habéis de hablar con vuestro amo o dama, habéis de estar de rodillas, aunque esté la mujer de un escudero o mercader o bachiller; o si os descuidais, allende de su reprehensión, si por vuestros pecados os ven el mayordomo o maestresala⁷⁴ no ireis... siempre hay en casa de los señores dos o tres privados, que los llaman así porque más particularmente tratan y sirven a los señores, el uno de paje de recados, que por otro nombre allá llaman alcahuete, y otros de rastrear como podemos, en casa y fuera, qué contar a los señores que su nombre propio es parleros o chismeros; y a estos tales por los buenos servicios siempre les dan de la cámara del señor alguna ropa, y para que pues, se aventajan en el

servicio, sean aventajados en el tratamiento... El paje que os dije de recados, hácele camarero, porque es anejo al oficio primero; al que ven que es un poco pisaverde, polideta, hácenle maestre-sala para que, pues él no se sabe gobernar, gobierne a los pajes; y de aquí nacen hartas faltas de nosotros al que sienten que se parece a la pieza en el guarda y al tiempo en el durar, porque siempre fué malaventurado canonicamente por Mayordomo; si acaso sale liberal, dúrale poco el oficio. Al que sabe un poco escribir, más que los compañeros, señálanle por secretario, como si en aquello estribase el oficio. Al que sale baratón, tram-pista y largo de la conciencia, nunca falta (plaza) de contador o hacedor de rentas. Al que entienden que es amigo de bestias, dánle cargo de la caballeriza por no le sacar de su natural.⁷⁶ Yo tengo por muy grande industria de criado acrecentar la hacienda de su amo con disminuir los partidos y raciones de otros criados; y si en esto está la primavera, harto ciego está el señor que no ve que cualquiera por necio que sea, sabía ser pibado y sobreseñor si se quiere atrever a su vergüenza y conciencia y no mirar por la honra y autoridad de su dueño, que en semejantes casos suele correr peligro, como yo ya he oído más de dos veces murmurar de algunas cosas de señores, aunque bien sospechosos, que les debe de acontecer a los señores como a los cornudos, que siempre son los postreros que lo saben y los más incrédulos.⁷⁷ Y como yo conocí uno destos que cuando vino al oficio, se llamaba su mujer Constanza y el sobrenombre

de Sánchez, y donde a poco tiempo que tuvo el cargo la llamaban Da. Constanza y el sobrenombre le callaban porque no cuadraba con el Don, al cual todo el mundo odió a causa del demasiado favor de su dueño, porque no salía de lo que le mandaba, como quiera que ello fuese, no se acordando de lo que había leído en sus leyes, que decía el emperador Justiniano: Esp⁷⁸ podemos lo que con derecho podemos... No se usa eso agora; antes tienen por muy gran desacato que un labrador ni otro mal vestido llegue a hablar al Señor; y cuando se aventura a llegar, temblando de miedo, luego va el paje, lacayo o escudero y con gran furia le apartan, tratándole de villano, bestia, mal criado; y si no lo hace, le tiene el señor por descuidado."⁷⁹

Las personas acomodadas daban a sus criados un salario que oscilaba entre quince y treinta reales al mes, y sesenta como esplendidez máxima. Frecuentemente se les pagaba por separado el salario y la ración.⁸⁰ "Como, en general, las soldadas eran escasas, y la mesa escuderil nada abundante, los criados andaban a la husma de ollas y alacenas, satisfaciendo la necesidad o la gula con tretas de hurto... hasta las ollas que contenían la comida tuvieron que defenderse con tapas y llaves, en su corto tránsito de la cocina al comedor, de la rapacidad de la servidumbre."⁸¹

Completaba el menaje de una aristocrática mansión la servidumbre numerosa, pues era costumbre secular en las familias nobles el que los hijos conservaran todos los criados de los padres, habiendo como una vinculación en el

servicio doméstico. Y aun la vanidad de la época hizo aumentar esa ostentación, no obstante la general penuria.⁸²

Las criadas podían correr mejor suerte que los criados, porque si agraciaban ellas al señor, vivían a veces con más regalo que la dueña de la casa, y vestían elegantemente a costa de honestidad.

Existía la compra y venta de esclavos para el servicio de siervos personales. Berberiscos y negros (en su mayoría, musulmanes) seguían su función de esclavos, obtenidos por compra o por las guerras de los reinados anteriores contra turcos y africanos. Las mismas instituciones religiosas (conventos, hospicios, iglesias, etc.) los poseían, como en la Edad Media, igual siendo infieles que cristianos. Los nacidos de mujer esclava eran considerados por la ley esclavos igualmente, y propiedad de los dueños de su madre.⁸³

La vanidad, entonces como siempre, hacía que muchos se subieran en zancos, para de este modo aparentar lo que no eran, y que el escudero pujase de hidalgo, y éste de caballero, queriendo encaramarse a título, envanecido con sus heráldicos archivos, como aquel personaje de entremés que decía: "Tengo treinta cajones de hidalguía."⁸⁴

Era costumbre en aquel siglo entre los amos, y especialmente los jóvenes y galanes, los capitanes, y, en fin, gente que por su profesión y género de vida llevaban consigo la alegría, llamar a sus criados por nombres de capricho y festivos. Olvidábanse de los de bautismo o de los

apellidos, y se servían de apodos los mas, al igual de los nombres que solemos poner a los perros. Los apodos no se ponían a criadas, ni a dueñas, ni a escuderos.⁸⁵

Alarcón nos traza algunos de los deberes del criado que no hemos mencionado todavía:

¡Que haya de ser un criado,
Por su dueño, centinela
De su dama noche y día!
¡Y que una escasa ración
Incluya en su obligación
También la alcahuetería! (86)

.

Ellos van desafiados:
Sus deudos quiero avisar;
Que impedir, y no ayudar,
Toca a los buenos criados. (87)

.

Eso, Finco, es servir;
Que un criado ha de advertir;
Mas no ha de ser consejero. (88)

.

Porque estoy cierto,
Como en secreto andáis,
Que porque se parte dellos,
Cuando esté más descuidado
Me habéis de dar pan de perro;
Que saber secretos graves
Nunca ha sido de provecho. (89)

Más comentarios de Ruiz de Alarcón en cuanto a los criados:

He visto
En aquella tumba hablando
Mil almas del purgatorio;
Y pues en tan breve espacio
Caben, de criados son
Que murmuran de sus amos. (90)

.

- Déjate de enamorar,
Y intenta, si te parece,
Una plaza de criado.
- Calla, necio; que al osado
La fortuna favorece.
 - También de empresas como éstas
He visto, y tú habrás oído,
Que algún osado ha salido
Con muchos palos a cuestras. (91)

Suárez de Figueroa da idea de algunas clases de criados:

"De ordinario en una familia de título bien concertada se hallan el Mayordomo, a quien toca como se dixo en otra parte, el gouierno de la casa, y el mandar acuda cada uno con diligencia a lo que tiene a su cargo... Los pages es un metal de gente por la mayor parte descuidada, de poco alifio, y de menos limpieza, procediendo al fin como muchachos, para cuyos descuydos se hallò el remedio del açote. Su mesa asistente en el trinelo está de contino muy manchada y estrecha. Poneseles sobre ella comida tan poca, como bien despachada... Creciendo algunos de los tales, vienen a ocupar puesto de mas consideracion, como el de pages de espada, cuyo grado les haze andar mas lucidos, limpios y aseados. Allí dexan la sarna, oõ todo genero de beninos y rasaduras; arrojandose tal vez desde esta dignidad a tocar su guitarra, cantar su poquito, y a dar su voto en materia de galas. En suma paran en casarse con dñcelluelas de casa, quedando como vinculos perpetuados en ella, con la racion de tres reales, y veinte mil maravedis de salario (siẽpre vno y otro mal pagado) hasta que passada la juven-tud, llegan a ser rodrigones, esto es, escuderos que siruen de ir delante de las sillas de sus amas... Finalmente, estos

escuderos pasan la vida, aunque penosa, holgazana, valdia, y su genero de provecha, porque ni se aplicã a letura, ni a cosa que tenga olor de virtud. Sus conversaciones paran en censurar las acciones de sus dueños, en tantear sus aue-res, en acriminar sus deudas, y en formar quexas de continuo, sin advertir son el excremento del mundo, y que a no tener el amparo, y sustento de las casas a quien siruen, perecieran como inutiles, sin poder esperar mas remedio que el de Dios, Aunque todos en general suelen morir en semejante servidumbre, se hallan algunos a quien los señores ocupan en oficios de sus lugares, con que si escapan de la primera sugesion, suelen passar el resto de la vida con alguna comodidad... Siguen los Camareros, que casi son como Secretarios, a quiẽ pertenece dar el vestido al señor, guardar el que dexa, y los demas; y en esta parte se suele servir de los guardaropas, entregandoles por cuenta lo que tienen a su cargo... Este cargo de Camarero es de los de mas fauor y confiança que ay en la casa, andando cerca de la persona del señor della, a quien por ningun caso deue hazer falta. Llega su comission al cuidado de sacar galas, joyas, y otros vestidos, teniendo por esta ocupacion mas sueldo, y provechos. Ha de ser cuidadoso en su atavio, y de buena memoria, porque se acuerda donde tiene lo que se puede ofrecer."

92

Y Alarcón enumera otros:

En labores y bordados
Hay en la corte muy pocas
Que me pueden igualar;

Si me pongo a aderezar
 Valenas, vueltas y tocas,
 No distingue, aunque lo intente,
 La vista más atrevida,
 Si son de gasa bruñida
 O de cristal trasparente; (93)

.

También nos demuestra alguna cualidad que la mayoría de sus contemporáneos no dan a los criados que aparecen en las páginas de sus obras: la cultura. No todos los criados con cultos e inteligentes, pero los hay:

Ni me envidies ni me alabes,
 Sino al ingenioso Ovidio,
 De quien lo dicho aprendí;
 Que, aunque en servir he parado,
 Mi latincillo he estudiado. (94)

Si recordamos, como queda expuesto en el capítulo sobre Salamanca, que los criados de los estudiantes tenían derecho de poder asistir a los cursos que se daban en aquel centro de enseñanza, no parecerá extraño el hecho de que Alarcón diera este atributo a alguno de sus criados.

Alarcón viene en defensa de los criados:

Tienen los pobres criados
 Opinión de interesados,
 De poco peso y valor,
 ¡Pese a quien lo piensa! ¿andamos
 De cabeza los sirvientes?
 ¿Tienen almas diferentes
 En especie nuestros amos?
 Muchos criados ¿no han sido
 Tan nobles como sus dueños?
 El ser grandes o pequeños,
 El servir a ser servido,
 En más o menos riqueza
 Consiste sin duda alguna,
 Y es distancia de fortuna,
 Que no de naturaleza.
 Por esto me cansa el ver
 En la comedia afrentados
 Siempre a los pobres criados...

Siempre huir, siempre temer...
 -- Y por Dios que ha visto Encinas
 En más de cuatro ocasiones
 Muchos criados leones
 Y muchos amos gallinas. (95)

.

Sólo mis secretos fío
 (Que es bien trataros verdad,
 Pues tanta merced me hacéis)
 Deste criado que veis,
 Que desde mi tierna edad,
 En Salamanca estudiante,
 Y en todas partras después,
 De graves sucesos es
 Un sepulcro de diamante. (96)

.

Poco sabéis las mujeres.
 Mas por ser criado, ¿estoy
 De la estimación privado?
 -- ¿Qué la quita si es o no?
 -- Y el que a todos honra dió,
 Que fué Adán, ¿no fué criado? (97)

En otras ocasiones hace la comparación entre sus criados y "los de comedia". Por ejemplo, va en contra de la costumbre, en La prueba de las promesas, cuando dice el criado:

Seré el lacayo primero
 Que se casa en la comedia
 No casándose su dueño.-- (98)

Y compara a otro de sus lacayos así:

Parecidome has lacayo
 De comedia, pues extrañas
 Que yo no te comunique
 Los secretos de importancia.
 Al lacayo que más sabe
 Basta escucharle las gracias,
 Si pueden serlo aprendidas
 Entre el mandil y almohaza. (99)

.

Y estando en lo más famoso,

Grave, fuerte y apretado
 Saliera el señor criado
 Con un cuento muy mohoso,
 O una fábula pueril
 De la zorra y el león,
 Y la más alta cuestión
 Concluyera un hombre vil
 No, no: el criado servir;
 Con el rey la gente grave;
 Aconsejar el que sabe,
 Y el que pueden predica reñir. (100)

Y, como fin de este capítulo, leemos en este resumen de la
 suerte del criado:

...un criado
 Que se arriesga, ¿en qué se fía,
 Si es fuerza que salga mal
 De todo, pues en riñendo,
 Para en la cárcel hiriendo,
 Y herido en el hospital?
 Y en efeto, el servir yo
 Es por ganar la comida,
 Para asegurar la vida,
 Que para arriesgalla no. (101)

.

.

.

. .

.

CAPITULO IV

LA MUJER

Juan Ruiz de Alarcón pinta un cuadro completo de cómo eran las mujeres de su época cuando dice:

Resplandecen damas bellas
 En el cortesano suelo
 De la suerte que en el cielo
 Brillan lucientes estrellas.
 En el vicio y la virtud
 Y el estado hay diferencia,
 Como es varia su influencia,
 Resplandor y magnitud.
 Las señoras no es mi intento
 Que en este número estén;
 Que son ángeles a quien
 No se atreve el pensamiento.
 Sólo te diré de aquellas
 Que son, con almas livianas,
 Siendo divinas, humanas;
 Corruptibles, siendo estrellas.
 Bellas casadas verás
 Conversables y discretas,
 Que las llamo yo planetas
 Porque resplandecen más.
 Estas con la conjunción
 De maridos placenteros,
 Influyen en extranjeros
 Dadivosa condición.
 Otras hay cuyos maridos
 A comisiones se van,
 O que en las Indias están
 O en Italia entretenidos.
 No todos dicen verdad
 En esto; que mil taimadas
 Suelen fingirse casadas
 Por vivir con libertad.
 Verás de cautas pasantes
 Hermosas recientes hijas;
 Estas son estrellas fijas,
 Y sus madres son errantes.
 Hay una gran multitud
 De señoras del tusón,

Que entre cortesanas son
 De la mayor magnitud.
 Sigúense tras las tusonas
 Otras que serlo desean;
 Y aunque tan buenas no sean,
 Son mejores que busconas.
 Estas son unas estrellas
 Que dan menor claridad;
 Mas en la necesidad
 Te habrás de alumbrar con ellas.
 La buscona no la cuento
 Por estrella, que es cometa.
 Pues ni su luz es perfeta,
 Ni conocido su asiento.
 Por las mañanas se ofrece
 Amenazando al dinero,
 Y en cumpliéndose el agüero,
 Al punto desaparece.
 Niñas salen, que procuran
 Gozar todas ocasiones:
 Estas son exhalaciones
 Que mientras se queman, duran.
 Pero que adviertas es bien,
 Si en estas estrellas tocas,
 Que son estables muy pocas,
 Por más que un Perú les den.
 No ignores, pues yo no ignoro,
 Que un signo el de Virgo es,
 Y los de cuernos son tres,
 Aries, Capricornio y Toro;
 Y así, sin fiar en ellas,
 Lleva un presupuesto solo,
 Y es que el dinero es el polo
 De todas estas estrellas. (1)

.

Tal es ya la tiranía
 De aquesto género infame,
 Que el eco de vengo es dame,
 Y el eco de voyme, envía.
 ¿No hay al vengo un bien venido?
 ¿No hay al voyme un vuelve presto?
 Pinten a amor, según esto,
 Salteador descomodido.
 Apenas vi la mujer,
 Cuando se lo he de pagar:
 O no tengo de jugar,
 O en viéndola he de perder.
 ¿Cómo en viéndola? Y aun antes.
 Allegaos a una tapada,
 Y antes de mostraros nada,
 Pedirá cintas y guantes.

"¿Qué me has de enviar?" ¡Que bien!
 El amor más firme cae.
 ¡Aun no me dijeras trae,
 Que es un disfrazado ven!
Envía es quedate allá.
 ¡Mal haya el necio que fía
 En ellas, quien les envía,
 Quien les trae, y quien les da!
 ¡Oh terribles agravios,
 Atar la bolsa y desatar los labios! (2)

.

...¿mas qué mujer
 Por mandar y por tener
 No será mil veces mora?
 Porque el poeta, no en balde
 Haber dicho, considero:
 "A los moros por dinero,
 Y a los cristianos de balde."
 Aunque en su trato inhumano
 Lo postrero falta ya;
 Que si un cristiano no da,
 No quieren ver a un cristiano.
 La que ves más recatada,
 Es cristiana solamente
 Aquello que es conveniente
 Para no morir quemada.
 La que ir a misa desea
 El domingo de mañana,
 No lo hace por cristiana,
 Mas porque el galán la vea.
 Yo con más de alguna trato,
 De oro y seda y punta a punto,
 Que si el credo la pregunto,
 Se queda en Poncio Pilato.
 La que quieres repasar
 En el rosario las cuentas,
 No reza, sino hace cuentas
 De lo que te ha de pescar. (3)

Visto ya este retrato, pasemos atrás a examinar la mujer española --más bien la madrileña-- según otras fuentes. "El teatro de la época, fiel espejo de la vida contemporánea en muchos de sus aspectos, falsea la imagen de la familia por su representación estereotipada de la actitud del padre o del hermano para con la hija o la hermana, y por la

supresión casi total de la madre. Las condiciones menos rigurosas de la novela permiten trazar de las relaciones domésticas un cuadro a la vez más verdadero y más completo. Según las novelas de Mariana de Carabajal, son fortísimos, por lo general, los lazos del cariño familiar. La constitución de la familia es patriarcal, pero el padre, aunque manda en todo como jefe absoluto, pocas veces obra severa o tiránicamente; más a menudo aparece como amigo, tierno e indulgente, de los hijos de ambos sexos. Puede que quiera casar a su hija, pero, sin embargo, no le suele imponer un marido contrario al gusto de ella. Sean los que fueren los motivos que tenga para apoyar tal casamiento a tal otro, cejan ante las lágrimas y las protestas de la querida hija.⁴

La mujer como madre es algo misterioso de lo cual no se habla fuera del hogar. La madre no figura nunca como personaje en las comedias, ni es objeto de glorificación en la lírica. En su lugar interviene como tipo novelesco y dramático la dueña, recatada y honesta, que unas veces aparece como concepción realista y otras idealista, aunque los poetas la pintaron siempre con tantas realistas.⁵

Alarcón no las pinta con alas de angel precisamente, cuando dice:

Lo que me ha admirado más
Es, señor, que estén durmiendo
Las dueñas, que son demonios
Vestidos de blanco y negro. (6)

Las comedias El maestro de danzar de Calderón, y la del mismo nombre de Lope de Vega, juntamente con su Dama boba

muestran que frecuentemente a jóvenes distinguidas enseñaban maestros particulares. Se nos dice en la Dama boba que algunas de esas jóvenes eran muy dadas al estudio, de lo cual se burlaba la gente como de algo ridículo en mujeres. En otras comedias que ridiculizan el estilo culto aparecen damas pedantes que han leído a Ovidio. Una de ellas es El desdén por el desdén⁷ de Agustín Moreto.

Les estaba permitido a las mujeres usar lenguaje algo fuerte y picante, según el testimonio de algunas extranjeras que visitaban el país entonces. Tanto las solteras como las casadas gozaban de esta libertad aunque a las casadas les era lícito hablar de manera más franca en sus conversaciones íntimas. Refiere madame D'Aulnoy que: "La marquesa de Alcañices, una de las señoras más virtuosas de la Corte, decía departiendo con unas amigas: 'Si un galán estuviese a solas conmigo media hora sin pedírmelo todo, sería capaz de darle de puñaladas.' A lo cual replicó la de Liche: '--¿Y le concederías lo que os pidiese?' --'Lo uno no supone lo otro, y probablemente nada le concedería, pero al menos nada tendría que echarle en cara y no lo tomaría a desprecio'."

No todas las mujeres se cuidaban tanto como la antecitada, porque muchas de ellas preferían las intrigas amorosas que no siempre conducían al adulterio, pero el peligro estaba presente siempre. Las adineradas, o con rentas, viudas o no, seguían vida tan alegre como lucrativa. Por ejemplo: "Vimos venir por el Prado, en una silla, a doña

Antonia... vestida a la morisca con mucha gorguera y volantes. Tiene 14.000 ducados de renta, frecuenta mucho el Prado, es muy dama y muy conocida por ser la más afamada de Madrid. Estuvo preso su marido más de un año, por mil ducados, sin conseguir de ella que empeñase sus joyas y vestidos para librarlo, aunque puede ser que los vendiera para tenerlo preso; pues decía a un sujeto 'No quería, sacando a su esposo, dar sus cadenas para servirle de grillos, ni sus anillos de esposas; ni meterse ella en la cárcel por sacarlo a él'.⁹"

Clara está la alusión que hace Alarcón:

¿Qué sirve parola vana
Y hablar de falso primero?
Bien sé que apunta al dinero
Toda aguja cortesana. (10)

.

Tu oferta la ofendería,
Señor; que tus joyas no.
Por el uso te gobierna;
Que a nadie en este lugar
Por desvergonzado en dar
Le quebraron brazo o pierna. (11)

.

¿Qué es lo que más condenamos
En las mujeres? ¿El ser
De inconstante parecer?
Nosotros las enseñamos;
Que el hombre que llega a estar
Del ciego dios más herido,
No deja de ser perdido
Por el troppo variar.--
¿Tener al dinero amor?
Es cosa de muy buen gusto,
O tire una piedra el justo
Que no incurre en este error.--
¿Ser fáciles? ¿Qué han de hacer
Si ningún hombre porfía,
Y todos al cuarto día

Se cansan de pretender?--
 ¿Ser duras? ¿Qué nos quejamos,
 Si todos somos extremos?
 Difícil la aborrecemos,
 Y fácil no la estimamos.
 Pues si los varones son
 Maestros de las mujeres,
 Y sin ellas los placeres
 Carecen de perfección,
 ¡Mala pascua tenga quien
 De tan hermoso animal
 Dice mal ni le hace mal,
 Y quien no dijere: Amén!

(12)

También es interesante otro que comentaba las mujeres de su tiempo: Agustín de Rojas: "Lo que de esto me asombra es que hay mujeres tan pobres que aún no tienen un manto con que cubrirse, y tienen veinte sebillas con que untarse, y trecientos bodolaques que ponerse, y dos mil hechizos e invenciones de que aprovecharse."¹³

De todas formas, la mujer española vivía en un mundo gobernado por los hombres tanto fuera como dentro de la casa, y en la manera de pensar de la mayoría era un ser inferior al hombre, poco digna de heredar la fortuna de su casa, mientras hubiera varón en la familia. Leamos este caso que ilustra lo dicho: "Un pascuate de un labrador, que en la opinión del vulgo tenía 200.000 ducados, tuvo tres hijas y un hijo varón; el pobre quiso dejar a su hijo toda su hacienda, y para esto hizo cortar a sus tres hijas tres hábitos de monjas del convento que a él le pareció, y la noche antes bien descuidadas ellas, les dijo que el día siguiente en amaneciendo estuviesen prontas para ir con él; cargó con ellas y las metió en un monasterio. Profesan las dos de mala gana; la otra ratifica sus votos a pocos días. De allá

a poco pidió el hijo que quería ser religioso descalzo, insistió el padre que no lo había de ser; pagó Dios este buen intento al mozo, porque se lo llevó muy bien dispuesto." ¹⁴

.

El tiempo produjo un tipo de mujer que se llamaba pedigüeña, descrita de esta manera: antojadizas de cuanto podía halagar su vanidad o su gusto, y faltas absolutamente de delicadeza para procurárselo, si no estaba al alcance de sus manos o de su bolsillo; sin el menor escrúpulo importunaba a sus galanes, amigos y aun a los desconocidos, y a quien sus adoradores tenían que estar constantemente llenando de obsequios, si no habían de verla desabrida y humana. Y las pedigüeñas no eran sólo mujeres equívocas. Aun las honradas admitían y pedían sin sonrojo obsequios de cualquiera, y el caballero que acompañaba a una dama estaba obligado a comprar cuanto a ella se le antojara al paso." ¹⁵

Este tipo presenta Alarcón en estos pasajes:

¿Es el azar encontrar
Una mujer pedigüeña?
Si ese temes, en tu vida
En poblado vivirás,
Porque ¿dónde encontrarás
Hombre o mujer que no pida?
Cuando dar gritos oyeres
Diciendo: "¡Lienzo!" a un lencero,
Te dice: "Dame dinero,
Si de mí lienzo quisieres." (16)

.

Y ésta, que a todos excede,
Con más razón pedirá,
Pues que más que todos da,
Y menos que todos puede.
Y el miserable que el dar

Tuviere por pesadumbre...
 Ellas piden por costumbre:
 Haga costumbre el negar;
 Que tanto, desde que nacen,
 El pedir usado está,
 Que pienso que piden ya
 Sin saber lo que se hacen:
 Y así es fácil el engar,
 Porque se puede inferir
 Que quien pide sin sentir,
 No sentirá no alcanzar.

(17)

No todas aquellas que pedían se podían clasificar como pedigüñas, porque los hombres tenían la costumbre de regalar o para pedir relaciones amorosas o para pedir favores. Esta cita demuestra el lujo de algunos de estos regalos: "El señor cardenal Borja envió estas Pascuas a la señora Doña Juana de Velasco cuatro cargas de dulces, dos de batatas y limones, muchos pares de perdices, pavos y capones, una cesta de cuero de ámbar grande guarnecida de plata, dentro de ella una beca, una calderilla de plata dorada con unos óvalos dorados por dentro, y unas eras guarnecidas de oro con esmalte blanco, un estuche y cajuela de porcelana, y otras niñerías."¹⁸

Nuestro dramaturgo comenta la costumbre así:

Animosas sois, por Dios,
 Las mujeres de Madrid.
 Que pida la que se ve
 De mí rogada y querida,
 Vaya: mi amor la convida,
 Y pues pido, es bien que dé.
 Que la mujer que hablo yo
 En la iglesia, tienda o calle,
 Me pida raya: el hablalle
 Ya por ocasión tomé.
 Mas ¡llamarme, hacerme andar,
 Y luego pedirme! ¿Es cosa
 El dar tan apetitosa,
 Que he de andar yo para dar?

(18)

.

Que estimo de tal manera
 Las prendas vuestras, que diera
 Luego mi consentimiento,
 A no haber de parecer
 (Por mucho que en ello gano)
 Arrojamiento liviano
 En una honrada mujer;
 Que el breve determinarse
 En cosas de tanto peso,
 O es tener muy poco seso
 O gran gana de casarse. (20)

.

Parece que ayer naciste,
 Pues tu experiencia no alcanza
 Que para vencer la rica
 Es menester más tesoro;
 Que es como pimienta el oro,
 Que al que más come más pica. (21)

.

Cosa es cierta,
 Tristán, que los forasteros
 Tienen más dicha con ellas;
 Y más si son de las Indias,
 Información de riqueza. (22)

Como las mujeres de cualquier época, las españolas del siglo XVII se preocupaban mucho por su ropa y los afeites que las adornaban. Las modistas del tiempo eran los sastres, lo cual causaba un extraño contraste de actitudes, porque las damas, que sólo con velos y mantos se mostraban a los hombres, permitían que el sastre las vistiera y tomara las medidas. Pero, al mismo tiempo, la costumbre de la francesa descrita en la cita siguiente parece haber escandalizado a los madrileños: "Está aquí muy estimada de todos, y es tan bizarra que una de estas noches pasadas cenó en casa de D. Carlos Boduquin, el criado del Conde Duque que la asiste sirviéndola de bracero. Acabóse la cena a las doce, y ella le dijo con muy buena gracia que la acompañase a la parada que estaba bien lejos. El, que estaba con los brindis de

la cena muy pesado, y es poltrón, se resistió, y sobre esto hubo grandes donaires y cortesanas. Estas llanezas para aquí son raras, y aun sospechosas; y para Francia son bizarrías, como el vestirla y desnudarla un camarero que trae de allí, mozo de 30 años; y este último es fuerza que les parezca bien a las señoras de Madrid, y espero que ha de quedar entre ellas introducido el uso por muy acomodado."²⁴

A las damas que cuidaban mucho del alioño de su persona y el buen gusto de su atavío --las que ahora se llaman elegantes--²⁵, se las denominaba entonces bien prendidas.

En esto del vestir, dice Juan Ruiz de Alarcón:

- ¡Hermosas casas!
 -- Lucidas;
 No tan fuertes como bellas.
 -- Aquí las mujeres y ellas
 Son en eso parecidas.
 -- Que edifiquen al revés
 Mayor novedad me ha hecho;
 Que primero hacen el techo,
 Y las paredes después.
 -- Lo mismo, señor, verás
 En la mujer, que adereza,
 Al vestirse, la cabeza
 Primero que lo demás.
 -- Bizarras las damas son.
 -- Distras pudieras decir
 En la herida del pedir,
 Que es su primera intención.
 Cífrase, si has advertido,
 En la de mejor sujeto,
 Toda la gala en el peto,
 Toda la gracia en el pido.
 Tanta la intención cruel
 Sólo a este fin aderezan,
 Que si el Padrenuestro rezan
 Es porque piden con él.
 Hoy a la mozueta roja
 Que en nuestra esquina verás,
 Dije al pasar: ¿Cómo estás?
 Y respondió: para aloja. (26)

"Dos cosas tienen perdida España, la principal es la

ociosidad, la otra (y procede desta) los escesos en gastar en trages, assi hombres como mugeres. La ambiciosa pobreça engendra la temeraria competencia, esta la holgaçanería, y esta el esceso de gastos. Leyes ay en nuestros Reinos acerca desto pero ningunas se guardan, y assi no llega el remedio. Lei ay que no se de en joyas más que la otava parte de lo que truxere la mujer en dote, y ay dote que no es la otava parte que las joyas, y las mas lleban mas que el dote en ellas. De donde precede que las mas se toman fiadas, y al pagar se acaban los caudales, porque se tomaron en escesiuos precios, se pagan con gran suma de costas, y salarios, para cuyo efeto se mal logran y venden las haziendas. Leyes ay de que no se use tal, y tal trage, tomanlo por ocasión de no reformar los hechos en aquella manera que ya está empleado, sino de sacar nueva invención, añadiendo costa a costa, gasto a gasto, y llenando las arcas para q̃ tengan las polillas que consumir con daño de los caudales, y minas conocidas de cada cosa, y del Reino todo.²⁷"

Cpn este reportaje sobre los excesos que se cometían en aquel entonces, tenemos idea de cuánto se preocupaban de sus prendas de vestir las damas de la época. El traje que conducía a más plétoras era el llamado guardainfantes, cuyo nombre se derivaba de su uso para cubrir ciertos estados orgánicos de la mujer, y cuyo empleo permitía hurtos en el huerto del amor sin la publicidad de las consecuencias. Contribuía así a disimular y fomentar la típica inmo-²⁸ralidad de la época.

La oposición al uso de este traje llegó al extremo de tener que publicar premáticas contra el uso de ello, que, como era natural, no respetaban del todo.²⁹

En la serie de faldamentos que cubrían las piernas femeninas, inmediatamente sobre el guardainfante asentábase la pollera, poco menos complicada que aquél, que se llamaba así por su semejanza con el cesto en que se crían los pollos. Otra vestidura parecida era el verdugado, que las mujeres usaban debajo de las basquiñas para ahuecarlas, y que estaba hecho de una especie de armazón de aros de campana; servía más que todo para ensanchar las caderas. Sobre la pollera o el verdugado se ceñía una amplia falda exterior, llamada basquiña, que, si iba abierta por delante, tomaba el nombre de saboyana. Variedades o nombres diversos de la falda externa eran el zagalejo, el guardapiés, el manteo, la saya y el brial. Estos últimos vocablos se empleaban también para denominar trajes exteriores completos. La saya se llamaba en tal caso saya entera. El manteo era prenda de abrigo, y se hacía de varicos colores.³⁰

A los jubones de alto y cerrado cuello, que predominaban bajo el reinado de Felipe III, sucedió un desenfadado escote, que descubría la garganta, los hombros y gran parte de los senos. Los jubones escotados se armaban a ballenas. Dice Zabaleta, hablando de ellos: "A las mujeres que se visten al uso presente, no les falta para andar desnudas de medio cuerpo arriba, sino quitarse aquella pequeña parte de vestidura que les tapa el estómago. De los pechos

se ve lo que hay en ellos más bien formado; de las espaldas, se descubre lo que no afean las costillas; de los brazos, los hombros están patentes; lo restante, en unas mangas abiertas en forma de barco, y en una camisa que se traslucce."³¹

Completaba el atavío externo de las damas un manto, que era ordinariamente amplio y negro, cubría toda su persona de la cabeza a los pies, y solía estar sujeto a la coronilla por un joyel o abrochador de materia más o menos valiosa, siendo frecuentes los de oro. Este manto se usaba para andar por la calle; pero solían llevarlo estando en visita.

Además de los mantos, algunas damas usaron sombrerillos con adornos de plumas, sujetos al pelo con broches enjogados, y puestos sobre tocas de vistosas telas recamadas a veces de plata y oro.³²

Una costumbre de la época, que no ha cambiado mucho hasta ahora, era la de llevar anteojos de cristal ordinario, cuando el dueño de ellos tenía excelente vista. Estos solían ser grandes, redondos y con montura de asta, y constituían entre las gentes del gran mundo un diploma de distinción.³³

Se usaban guantes, también, cuyo precio y clase variaban mucho. Las criadas los usaban de piel de perro; las damas que iban en traje de campo solían llevar de chiote. Había otro tipo, también de precio modesto, con el nombre de polillo. Los mejores eran los de ámbar, llamados así por

impregnarse su piel con este aroma; algunos estaban borda³⁴dos con hilo de oro.

Las mujeres calzaban zapatillas, zapatos y chapines. Las jóvenes que no estaban aún en edad de casarse llevaban zapatillas de cordobán, delgadas de suela, muy cómodas, y que apenas les cubría la comba del pie. Las mejores eran las perfumadas con ámbar. Los zapatos de calidad superior eran los de ponleví, que significaba punte levadizo, por tener una pieza sobrepuesta, y por medio de orejas se ceñían bajo los tobillos. Pero el calzado predilecto de las damas era los chapines, que solían ponerse sobre las zapatillas o los zapatos. Es interesante esta descripción de ellos hechos por un comentarista de la época: "Lo que dize de los chapines, es cierto, que vemos algunos casi tan altos como las mismas mugeres, pues los ay de veinte y cuatro corchos. Confiesso que me hazen más admiración verlas andar sobre ellos, que a los hombres sobre muy levantados çancos, y la facilidad con que suben y bajan escaleras admira. De una dama, que residió en esta tierra algunos años, me dixo un deudo suyo religioso (que después murió Obispo) que le auia mostrado chapines y geruillas que le tenían de costa setecientos reales."³⁵

"Por los que con tal avito, y trage se cubren se puede dezir, que mientras mas se cubren, mas se descubren, pues es cierto, que al subir a los coches, o escalones en qualquier parte, especialmente en las Iglesias donde las ay, no descubren pies, piernas, porque van bien abrigados, con

geruillas, medias, y ligas, pero hasta las rodillas, cosa que deulera auergonçarlas."³⁶

Pero, según Alarcón, no era desagradable la vista:

Salió pues, señor, el pie,
Si recatado, lascivo,
Que tiene mas de atrevido
Cuando se ve y no se ve; (37)

Todo lo malo que había en el vestido se debía a las farsantas de teatro, según esta queja: "Aora apenas se a puesto la farsäta en el teatro de Madrid (Corte de los Reyes de España señores nños) cõ el nuebo uso, o abuso maldito, quãdo está comunicado por todo Madrid, y de allí en toda España cõ suma breuedad,³⁸ ñ esta pestilencia y perdiçiõ como es de Harpiasbuela..."

Era frecuente que la mujer llevase levantado el pelo, formando un casquete posterior de pequeño y alto moño, sujeto con cintas de seda llamadas colonias o con nudos de encaje. Trenzas o bucles caían por detrás y por los lados. Otras veces alisábase el cabello en forma de bandas, que tapaban las orejas, dejando ver tan sólo los pendientes. Recogían el pelo con una especie de red llamada garrín, o jau-lilla, o con la escofieta, que era una cubierta de gasas; o le adornaban del modo indicado, o bien con pedrería, si eran damas nobles y pudientes, o con postizos de varias clases, como los pericos. El almirante era otro postizo análogo, y tomaba su nombre por baerle introducido las hijas de un almirante. Había otros varias y caprichosas maneras de adornar el pelo, tales cual el trenzado y la arandala.³⁹

El uso del bermellón y albayalde, tan satirizado en las comedias, era una mala costumbre muy extendida entre el bello sexo. "En toda España --según reza un documento del 1585-- las señoras y las jóvenes, sobre todo las que desean hacerse notar, desfiguran su rostro y su belleza natural por medios artificiales y así engañan miserablemente al pobre diablo que cae en sus redes y tiene el mal gusto de rendirse ante semejantes caricaturescas."⁴⁰

El uso de estos artificios era tan extendido, que cuando, por algún accidente, tuvieran que salir de su hogar sin la oportunidad de aprovecharlos, el efecto podría ser desastroso, como en este caso, después de un incendio en el Buen Retiro, en 1640: "Fué mal día éste para las señoras damas, porque algunas, con la falta de adornos, mostraban más años, y otras, sin los alifios, menos deidad."⁴¹

En el tocador de aquellas damas había mil chismes, adornos e ingredientes, tales como peinecillos de boj, hueso y marfil, papeles de alfileres, moldes y agujas para el pelo, y otras fruslerías, llamadas perendengues y perantonas; abanicos pequeños, descubretalles, salserillas y librillos para el adobo de la tez, bobos, bocadillos, etc.⁴²

Contra la fetidez del aliento, se aromatizaba éste con pastillas de alcorza, llamadas pastillas de olor y boca. Aun sin padecer tal incomodidad, las usaba la gente distinguida.⁴³

Había en Madrid diversos destiladores de aguas olorosas, entre los que tenían particular nombre y fama Valerio

Forte y Antonia de Espinosa, que solían poner su mesa al pie de la Torre de Santa Cruz. También existía en la Corte una tienda de perfumes notable, llamado de los ⁴⁴Morenos, citado por varios autores, entre ellos Alarcón:

Mujeres
Hay aquí, y son por lo menos
De buena ropa, que dan
Tal olor, que es el zaguán
La tienda de los morenos. (45)

Había componedoras de belleza que iban por las casas de Madrid, explotando la presunción de las mujeres con agua clara y menjurjes, a la vez que desempeñaban menesteres de celestinas y adivinatoras. Fingían quitar vello y arrugas y poblar cejas; coloreaban rostros, llevándose buenos reales por drogas de virtud imaginaria. Las viejas dedicadas a quitar el vello, rapaban el cutis de las mujeres con cascos de vidrio, o bien con hilos muy apretados; tareas dolorosas para la paciente.⁴⁶

El propósito de todos estos afeites ~~está~~ explicado por Alarcón en estos versos:

Prevénme joyas y galas;
Que a mi amor, para ocultar
Del corazón el pesar,
Dorarle quiero las alas.
Daré, ostentando contento,
A don Sancho galardón,
A don Juan satisfacción,
Y a don Diego sentimiento.
-- De tan lucidos colores
Pienso adornarte, señora,
Que envidie la misma Flora
Las mentiras de tus flores. (46)

.

La palabra soltera tenía en aquel tiempo un sentido

equivoco. Era, sí, la mujer que no se había casado; pero no implicaba esto que conservara su pureza. A las que mantenían su virginidad se les llamaba doncellas: y aunque este nombre era terminante, no daba siempre garantías de honestidad. Por lo pronto, aun las que físicamente la conservaban solían hablar con los hombres sin escrúpulo alguno de las cosas más escabrosas, y hacían alardes de estar enteradas de todo, sin que su reputación desmereciese. El libertinaje de la época producía, como una de las consecuencias, gran número de hijos bastardos, especialmente en las alturas, confesados con publicidad en muchos casos, y de⁴⁸ los que hablan sin rebozo alguno los papeles de entonces.

Para los hombres, había menor riesgo en tratar con las casadas que con las solteras, pues éstas eran diestras en lazos para hacer caer en la trampa matrimonial aun a quien hubiese recibido leves favores, o le exponían a ir a gale-⁴⁹ras, o a tener que dotarlas con esplendidez, si era rico. Cualquiera de éstos que trataba con una mujer, podía correr peligro. "Y, lo que es peor --añade Pifeyro--: se tiene en Castilla por infame al hombre que descubre en la mujer faltas de este género. La semana pasada, una de éstas demandó a un ginovés, el cual presentó dos testigos para su descargo. Era mujer que daba entrada a muchos, y preguntados aquéllos por donde lo sabían, contestaron que por haber dormido muchas veces en su cama. Levantóse el alcalde, y dijo al testigo: 'Sois un desvergonzado y mal criado en afrentar a una mujer, en lugar de encubrir las faltas a que vos la

obligasteis. Vaya libre el acusado, pues le prueba que no era doncella; pero al galán le lleven a la cárcel y le pongan dos pares de grillos".⁵⁰

El adulterio, por parte de la mujer, provocaba comentarios como este de Juan Ruiz de Alarcón:

(Lee) "Invocación para hacer
A un marido sordo y ciego."
--¿Que la magia enseña modos
De cegar lo cuando importe?
Si esto saben en la corte,
Han de ser mágicos todos. (51)

.

No te canses; que primero
Me darán con duro acero
La muerte mis propias manos.
-- Muérete ya...
-- Antes de aquí
Estos montes se movieran.
-- (Ap. ¡Qué honrada mora! ¡No fueran
Las españolas así!) (52)

Este adulterio no fué tan general y tan admitido como el del hombre; pero se dió con progresiva frecuencia a lo largo de la época. Y entre las que faltaban a sus deberes, junto a las que lo hacían por debilidad o por amor, estaban las pecadoras por negocio, que serían probablemente las menos entre las casadas no fieles a sus esposos.⁵³

Añade Alarcón:

Item, que no destierren a las damas
De hombres casados, pues se irán tras ellas,
Y tendrán sus mujeres, con su ausencia,
Como dicen, tras cuernos penitencia. (54)

.

... en habiendo, Otavio, tierra en medio,
Pocas mujeres suelen ser constantes;
Que hay muchos vidrios para los diamantes. (55)

Lo primero que en España necesitaban ciertas damas cortesanas para vivir sin zozobra en el ejercicio y comercio de la galantería aristocrática, tan libremente tolerada en Italia, era un estado civil perfecto. Con el fin de legalizar su situación, buscaban un marido que no lo fuera sino en apariencia. Como el matrimonio era un remedio necesario, pero arriesgado, pues podían dar con un individuo que, mostrándose conforme antes de la boda con el papel que se le asignaba, se convirtiere después en tirano, que todo el provecho lo exigiese para sí, natural es que en esas circunstancias las mujeres quisieran precaverse y asegurarse.⁵⁶

Había tantas damas de este tipo, casadas pero gozando de una vida libre, cuyos maridos llevaban cuernos, según las apariencias, pero que, a veces, ayudaban a procurar "amantes" para sus esposas, que el Rey tuvo que anunciar que "los señores y caballeros que no hiciesen vida con sus mujeres que los ha de desterrar del reino, y que cada uno mire como vive y lo que hace, porque a ninguno piensa perdonar y que todos vivan como cristianos."⁵⁷

"La irrisión con que sacaban a los consentidores y a la adúltera a la vergüenza pública los magistrados, aquéllos con grandes cuernos de toro o de ciervos, llenos de banderines y oropel y campanillas en un borrico, y ellas en otro con una ristra de ajos en las manos, sufriendo los gritos del populacho y luego el destierro en otra forma, ocasionaba afrentas también al esposo, que en público cadalso usaba del derecho de dar muerte a los que habían ofendido su honra.

El pundonor optaba por el secreto, consintiendo por único juez la conciencia propia."⁵⁸

La venganza de algunos maridos de ayudar a la adúltera podía ser de lo más inhumano, de una crueldad más bien mental que física; muchas veces procuraban matar a la mujer en aquellos momentos en que suponían estar la adúltera en gracia de Dios. Por ejemplo, un tal Miguel Pérez de las Navas, escribano real, por muy leves sospechas de adulterio, aguardó ocasión y día en que su mujer había confesado y comulgado: "Dándole garrote en su casa el día de Jueves Santo, haciendo oficio de verdugo y pidiéndole perdón. La familia y la justicia tomaron este crimen con santa conformidad, lo cual no prueba mucho en favor de la inocencia de la víctima."⁵⁹

En muchas ocasiones la familia de la adúltera, o su esposo, la retiraban al convento, en vez de matarla. Tal parece haber sido el deseo de este caso citado en Siempre ayuda la verdad:

No permitas que prosiga
En un hecho tan sangriento
Aunque Blanca esté culpada;
Que flaqueza de mujer,
Con dejarla puede ser
Perdonada o castigada.
Monasterios hay, señor:
Deshágase el matrimonio
Que es bastante testimonio
Para que él cobre el honor. (60)

Este era el destino de casi todas las mujeres escogidas por el Rey para sus amoríos; cuando concluía la relación entre los dos, la dama debía emparedarse en un convento por

el resto de su vida a fin de impedir un sacrilegio como el de que el Rey tuviese sucesor en las atenciones de una mu-
 61
 jer.

.

Para mantener el honor de las doncellas y damas honestas la sociedad exigía la custodia de severos guardianes domésticos --esposos, padres o hermanos--, que no hallaban otro recurso que el de poner a sus pupilas bajo cancel y celosía, al uso de las mujeres árabes y turcas, o hacerlas custodiar por escuderos y dueñas. Pero, como explica Alarcón:

A la mujer que es honrada,
 No la tienen tan guardada
 Inexpugnables paredes
 Como su propio valor.
 Viviendo tú como debes,
 Nunca de escrúpulos leves
 Temas ofensa en tu honor. (62)

.

... es necedad
 Pensar que la que es honrada,
 Por más que esté enamorada,
 Ofenda su honestidad
 Antes que al tálamo llegue;
 Y los que dan a entender
 Que ha habido noble mujer
 Que sin ser querida ruegue
 O en palabra confiada
 Pierda la prenda mejor,
 O no saben qué es honor,
 O pretenden que enseñada
 La de mejor calidad
 De un ejemplar tan injusto,
 Fácilmente por el gusto
 Desprecie la honestidad. (63)

Alarcón echa la culpa al amor por haber causado tantas riñas en cuanto a cuestiones de honor:

Amor ha sido
 Amor, que tantas afrentas
 Ha hecho, pues tiene amor
 Tantos hombres sin honor
 Y tantas camas sangrientas
 Cuantas estrellas el cielo,
 Cuantas arenas el mar. (64)

Pero aclara:

Que bien cabe en un sujeto
 Ser honrado y ser amante.
 Lo que no puede caber,
 Según natural razón,
 En un mismo corazón,
 Es el amar y ofender. (65)

.

Que quien tiene mucho amor
 Tiene mucho entendimiento.
 ¿Qué sutilezas no enseña
 El amor, qué discreciones,
 Qué agudezas, qué invenciones,
 A un rudo, a un bruto, a una peña?
 ¿Quién en fiestas y torneos
 Entre todos se señala,
 Sino el amante que iguala
 Las obras con los deseos?
 En los brutos animales,
 Si en ello adviertes, verás
 Mil evidentes señales. (66)

Este parece ser el concepto de Alarcón mismo en cuanto
 a la mujer:

¡Ay de honor puesto en mujer!
 Pues lo que quiero ha de ser,
 O morir quien lo estorbare.
 Un monte querrá mover
 El que por fuerza intentare
 Reducir una mujer. (67)

Estas ideas no eran únicas en Alarcón; predominaba en la época que estudiamos, debido a la subsistencia del culto medieval caballeresco a la dama, que por ella, y aun por la dama desconocida, arriesgaba la vida el hombre de honor a cada paso en desafíos callejeros. "Pero si la amada pasaba

a la condición de esposa, perdía todo su encanto, y ningún ascendiente poseía en el hogar, siendo en él como un menor eterno bajo la férula inapelable del marido, que buscaba fuera de casa otras distracciones.⁶⁸"

Otra vez podemos ver que el concepto -- o quizás el deseo-- de Alarcón distaba un poco de lo común:

Regálala francamente;
Que con la más rica es
El dar un medio valiente,
En requebralla cortés,
En servilla diligente;
Y después que le hayas sido
Amante, galán, marido
Mejor que hermano, has de usar
De una traza que en amar
Muchos hay que la han tenido.
Cuéntale una y otra historia
De amor, que lleve encubierta
Su dulzura, gusto y gloria;
Que el apetito despierta
Destos bienes la memoria. (69)

.

¿Que tanto delito ha sido,
Hallando sola a Leonor,
Solicitarla de amor,
Si estando a solas, sospecho
Que fuera el no haberlo hecho
Cortedad y disfavor? (70)

Los enamorados, si no podían verse sin peligro, apelaban para ello a todas las sutilezas y estratagemas, aprovechando las ocasiones más difíciles. De ordinario se veían de noche. "El galán, muchas veces a caballo, acompañado de su escudero, a quien llevaba a la grupa, para que le defendiese en caso de emboscada, llegaba cautelosamente ante el balcón o la reja de su ídolo; sucediéndole en ocasiones que, por ser las horas nocturnas las destinadas para verter

inmundicias en las sucísimas calles, el acicalado y perfumado mancebo sentíase de improviso inundado de pies a cabeza por los menos agradables perfumes, y tenía que volver a su vivienda más que a paso, con riesgo de llegar tarde a la cita."⁷¹

Facilitaban las furtivas entrevistas amorosas las salidas de las damas de sus devociones y a visitar a sus amigas, contando de antemano con el secreto y la discreción de éstas, que en ningún caso las delataban, aunque rifiesen por cualquier motivo. Ayudaban al propósito las prohibiciones con lo cual la casada frágil estaba libre de la fiscalización de su esposo. Además, ninguna casa regular carecía de postigo trasero, por donde pudiera escabullirse la que lo necesitare.⁷²

Las damas de entonces no eran muy diferentes de las de cualquier época, según estos testimonios de Alarcón:

Mirad que aunque en la mujer
No es, señora, caso extraño
El mudarse, en las que son,
Como lo sois, principales,
Infaman defectos tales
Su nobleza y opinión;
Y habiendo ya vuestros labios
Pronunciado el sí, no es justo
Hacer, por leyes del gusto,
A las del honor agravios. (73)

.

Algún testimonio fué
De cualquier lengua envidiosa.
Nunca ví mujer hermosa,
Perfeta en lo que se ve,
Que no oyese murmurar
De la, que allá en lo secreto
Padece algún defeto
Difficil de averiguar: (74)

Permitir puede a sus ojos
 La doncella recatada
 Mostrar del alma abrasada
 Mudamente los enojos;
 Bien puede con la afición
 Dar a la lengua licencia
 Para explicar la dolencia
 Que padece el corazón;
 Pero la mano, señor,
 Al tálamo reservad;
 Que antes, da de liviandad
 Más indicio que de amor. (75)

.

Pues a mí la que calló
 Me pareció más hermosa.
 -- ¡Qué buen gusto!
 -- Es cierta cosa
 Que no tengo voto yo;
 Mas soy tan aficionado
 A cualquier mujer que calla,
 Que bastó para juzgalla
 Más hermosa, haber callado. (76)

.

¿Es error
 Discurrir sin decidir?
 -- Sí, que ofende el discurrir
 En agravio del honor.
 -- ¿Puede ser?
 -- No puede ser.
 -- ¿Qué mujer no se mudó?
 -- No es mujer Aldonza, no.
 ¡Vive Cristo, que es mujer
 Y se ha mudado, y perdido
 Cuanta afición te tenía!
 -- Pues ¿por qué ocasión podía
 Mudarse?
 -- Por mi vestido;
 Y apostara a que es cierto
 De ojo, a no recelar
 Que ella te volviera a amar
 Porque yo quedase tuerto. (77)

.

Pues ¿qué mudanza
 Es ésta que mi esperanza
 Condena sin culpa agora?
 -- Mudanza.
 -- ¿Puédela hacer

Sin causa quien su favor
Ha empeñado?

- Es loco amor.
-- ¿No sois noble?
-- Soy mujer.

(78)

.

Quién fía
Se cretos a una mujer
Con red intenta prender
Las aguas que el Nilo envía.

(79)

.

Las mujeres y los diablos
Caminan por una senda;
Que a las almas rematadas
Ni las siguen ni las tientan;
Que el tenellas ya seguras
Les hace olvidarse dellas,
Y sólo de las que pueden
Escapárseles, se acuerdan.

(80)

.

- Que al fin ha de ser vencida
La mujer que es pretendida.
-- ¿Luego nadie espera en vano?
-- Nadie, si intentar le dejan.
-- ¿Y mil mujeres diamantes,
De quien sus firmes amantes
En las historias se quejan?
-- Vencieron porque no dieron
A los intentos lugar,
Y a recebir y escuchar
Sin manos y sordas fueron.

(81)

.

Porque no es razón
Que la mujer, aunque muera,
Se arroje a ser la primera
En descubrir su afición;
Que el hombre debe primero
Dar cuenta de sus pesares.

(82)

.

¿Qué empresas y qué imposibles
No intentarán las mujeres?
Bien dijo un sabio que son
Lo más flaco y lo más fuerte.

(83)

Existía una costumbre un poco bizarra que ya mencionamos en el capítulo sobre los hombres: la de mandar al amado una venda o pañuelo con algunas gotas de la sangre vertida, después de hacerse sangrar. Las mujeres participaban en esta costumbre igual que los hombres; a veces el propio cirujano se encargaba de mandar al galán prenda tan valiosa.

Uso peculiar de los siglos XVI y XVII, acentuado en esta época, fué el ir las mujeres por la calle con el rostro oculto bajo su velo o su manto. Las tapadas fueron famosas, como veremos en algunas citas tomadas de los versos de Juan Ruiz de Alarcón:

Yo, señor
 Salí la calle Mayor;
 Sierra-Morena en Madrid,
 Pues allí roban a tantos
 Mil damas ricos despojos,
 Llevando armas en los ojos
 Y máscaras en los mantos.
 Agradóme una tapada,
 Y al punto desenvainó
 Palabras con que me dió
 En la bolsa una estocada.
 Hízome sangre, y vertida
 Gran parte del corazón
 (Que los dineros lo son)
 Me dió otra mayor herida;
 Pues cuando yo pienso en vano
 Que el demás caudal me deja,
 Me pidió para la vieja
 Que llevaba de la mano.
 Aquí, señor, perdí pie,
 Y dije: "A vos, porque os quiero,
 Doy, señora, mi dinero;
 Pero a la vieja, ¿por qué?"
 Ella dijo: "No hagáis cuenta
 De lo que acabáis de dar;
 Que quien me ha de contentar
 Ha de tenerla contenta."
 Yo dije: "De vos me aparto;
 Que quiero más, vive Dios,
 No cobrar lo que os dió vos
 Que dar a la vieja un cuarto."

El historiador matritense León de Pinelo distingue entre cubiertas y tapadas, dando el primer nombre a las que, por decoro y honestidad, se echan por la cara el velo que llevan, para sustraerse a la curiosidad o miradas de los hombres. Las tapadas utilizaban este artificio para estimular el interés y el deseo de los hombres, haciendo pasar por damas a vulgares meretrices. El efecto que esto causaba entre los hombres se ve aquí:

¡Qué airosa es!
El viento huellan sus pies.
-- Flechas despide tapada,
Que descubierta serán
Rayos.

(87)

Bajo el nombre equívoco de tapadas o arrebozadas uníanse desde la gran dama honesta, espoleada por la curiosidad, el amor o los celos, hasta la buscona vulgar, en acecho de incautos; pues un manto era prenda de misterio nivelador y de tentación propicio. El velo y el manto facilitaban las mayores libertades en las mujeres que se cubrían y en los hombres que las veían cubiertas. Se llegó a prohibir esta manera de vestirse cuando iban en coche. La premática exigía que las damas fueran "destapadas y descubiertas de modo que se pudieran ver y conocer." Seguramente la cita que sigue alude a esta premática:

Item, porque no puede conseguirse
Que no anden rebozadas las mujeres,
Se tapen las ramerás, pues con esto,
Por la opinión, las otras, es muy cierto
Que andarán con el rostro descubierto. (89)

Al recurso de "tapadas" acude Alarcón también, recurso como el del "escondite" de que abusó Calderón en sus comedias:

Dices bien. Tapaos las dos;
 Que yo haré cómo te vayas
 Sin conocerte, si acaso
 La nube del manto basta
 A eclipsar el resplandor
 De los rayos de tu cara.

(90)

Las damas de la época, cuya vida se limitaba a los que haceres domésticos, a no leer más que el devocionario, prodigaban los antojos risículos; entre ellos existía el vicio bastante frecuente de mascar tierra o barro, y lo hacían aun en las visitas, más o menos disimuladamente. Este barro, frecuentemente, lo sacaban de un búcaro, una vasija hecha con arcilla roja, negra y blanca, procedente de América, que, al ser mojada, despedía un agradable olor. Quedo escribió un soneto, A Amarili, que tenía unos pedazos de un búcaro en la boca y estaba al cabo de comerlos, y un ⁹¹ madrigal A una mujer hermosa que comía barro.

Las portuguesas tenían fama de vivir más encerradas aún que las de España, pues salían sólo tres veces en su vida: para su bautismo, su boda y su entierro. Alarcón añade su opinión de ellas:

... que somos
 Las portuguesas muy vanas;
 Y ¡ojalá que las mujeres
 Todas en esto pecaran!
 Pues cuanto más vanas fueran,
 Tanto fueran más honradas.

(92)

El hacer visitas requería más ceremonia que hoy, porque las damas visitantes no iban a casa de sus amigas cuando sentían deseo de hacerlo. Era menester esperar a que éstas les enviasen recado diciéndoles que deseaban verlas. Acudían entonces, ordinariamente un día festivo por la tarde,

conducidas en litera o carroza; cada una iba en la suya, porque no era costumbre que se juntasen varias damas en vehículo, aunque llevaran la misma dirección y salieran del mismo punto. Los hombres no podían concurrir a estas visitas. Era tan rigurosa esta veda, que un comentarista nos afirma que hasta prohibían la entrada a un marido celoso, que quisiera comprobar si su mujer estaba allí.⁹³

Las mujeres no solían sentarse en sillas, sino reclinarse en el suelo. Aun la reina y las infantas, en las fiestas de Corte, ocupaban cojines o almohadas, porque, como explicaba Pellicer: "no se sentaban entonces en alto, hasta que los franceses introdujeron esta desenfadada costumbre."⁹⁴

.

Mujeres menos afortunadas eran las rameras que se dividían en tres clases: "manceba, que vivía maritalmente con un hombre; cortesana, asalariada con disimulo y de cierta categoría, y ramera, cantonera o buscona, la que era de todos y acechaba a los pasajeros desde las esquinas o cantones. Estos títulos eran los oficiales, los que constaban en la legislación; pero en lengua vulgar y germanesca, las traficantes con su cuerpo eran designadas con los más varios vocablos, tales como oñane, consejil, urgamandera, esima, gaya, germana, marca, marquida, marquisa, maraña, pelota, pencuria, tributo, moza de partido, sirena de respigón, nifia del agarro, etc."⁹⁵ A las de más baja condición social se les llamaba golfas y rubizas. Las de categoría superior,

que vivían solas e independientes en sus casas, sin escándolo, y recibían visitas de hombres de calidad, se les daba el nombre de mujeres enamoradas o mujeres de amor. Las tusonas, o damas del tusón, constituían la aristocracia del oficio; se les denominaban así para determinar su preeminencia, así como entre las Ordenes militares ocupaban el primer puesto los caballeros del tusón.⁹⁶

Los burdeles públicos, que existían en todas las ciudades españolas con el nombre oficial de mancebías, se tolerban bajo el control reglamentario del gobierno. Hasta un monarca tan puritano como Felipe II expidió en 1570 ⁹⁷muchas pragmáticas sobre el particular.

El dueño o dueña de la mancebía de la época fué conocido, frecuentemente, con el nombre de padre o madre, según el caso. Estos padres o tapadores respondían ante el juez respecto al orden y la tranquilidad en su casa, teniendo plena autoridad sobre las mujeres que estaban bajo su "protección". Estas, a cambio de la manutención que recibían, debían entregarles una suma fija diariamente, y fueron obligadas a aceptar a todo varón que en tal lugar las requiriera.⁹⁸

En 1623, bajo el reinado de Felipe IV, se decretó la clausura de los burdeles, pero fué de poca duración y poco eficaz.⁹⁹

Las mujeres que se dedicaban a esta vida poco atrayente solían ser devotas, con aquella amalgama de sensualidad y misticismo tan característica del siglo XVII. Era frecuente

verlas con hábitos y escapularios en procesiones y funciones de Iglesia; algunas llevaban a los templos almohadones y pajes, y llegaban a ellos en sillas de mano. "Gentes piadosas, sobre todo en Cuaresma, procuraban, generalmente con poca suerte, sacar a las rameras de su vida relajada, llevándolas a oír sermones ejemplares."¹⁰⁰

Unicamente algún suceso extraordinario hacía suspender este tráfico; un ejemplo sería el que sucedió en 1624, cuando un loco entró en la iglesia de Santa Bárbara de Madrid, y arrebató el Santísimo Sacramento de manos del sacerdote. Entonces "se pusieron Sus Majestades luto, y en ocho días no se representó ni hubo mujeres públicas".¹⁰¹

Muchas mujeres ya mayores o matronas tomaban el oficio celestinesco, disimulándolo a veces con la tapadera de otros más confesables, como los de vendedores de baratijas, parteras, depiladoras, o, como nos enseña Alarcón:

(Lee) "Démonos los dos palabras,
Que son no costosas prendas,
Y para engañar las bobas,
Industriosas alcahuetas. (102)

.

Examinado ya el carácter de la mujer, desde las elegantes y altas a las bajas, según los cronistas de la época y los comentarios o descripciones de Ruiz de Alarcón, parece evidente que aunque las conocía con todos sus vicios y cualidades, tal vez por su defecto físico no llegó a penetrar en su intimidad, y prefirió idealizarlas antes que

condenarlas. Así parece verse en este breve pasaje:

¡Tú, doncella principal,
Has de rogar, aunque mueras,
A un hombre! ¡Ah! ¡si bien supieras
Cuánto pareció más mal
Dido creciendo al Troyano
Las glorias de su belleza,
Que pagando su flaqueza,
Muerta con su propia mano!

(103)

.

.

. . .

. .

..

.

CAPITULO V

LOS TEATROS

De vital importancia para los españoles de la Corte y ciudades importantes era el teatro de la época, algo así como en la presente el cine. Fué inspirador y dirigente Lope de Vega a quién apellidaron "monstruo de la naturaleza." De ese interés mucho han dicho los contemporáneos. "En toda la España de los Felipes constituía un rasgo peculiar el amor --delirio más bien-- que despertaban las obras teatrales. Desde el monarca hasta el último villano, todos cifraban en ellas su mayor deleite. No sólo se representaban en pueblos y ciudades, al raso o en locales fijos, como espectáculo público, sino en el alcázar de los reyes, en los palacios de los nobles, en los conventos de frailes y monjas o en medio de la calle, sobre tablados ligeros o carros portátiles."¹

Dejemos que Alarcón nos dé idea de cómo eran las representaciones entonces:

...pasando un amigo
 Por allí, me convidó
 Con lugar en la comedia,
 Donde dos horas y media
 De pasatiempo me dió;
 Que por ser ducho en la corte,
 Y yo de los más bisoños,
 Fué en el golfo de los moños
 Del aparador mi norte.
 ¿Veis, dijo, aquella que está

Con el manto de anascote,
 Y anda por Madrid al trote,
 Ráfina del tiempo ya?
 Yo la conocí edificio,
 Y una moza a quien crió
 Y en su niñez la sirvió,
 Hoy la tiene en su servicio.
 La que ves que con el guante
 Vuelto, y los dedos en forma
 De luna bicornes, informa
 De los riesgos de su amante
 (No puedo tener la risa),
 Una vez a verla entré
 Muy de mañana, y hallé
 Puesto la fénix camisa
 Al fuego; y a imitación
 De nuestra madre primera,
 Le daba una manta higuera
 Y paraíso un colchón."
 En esto salió a cantar
 La música de Vallejo,
 Y luego, cada trebejo
 Encajado en su lugar,
 La comedia se empezó,
 Y al punto los mosqueteros
 Dieron en decir, "¡sombremos!"
 Y como se descubrió
 Todo infante por igual,
 Quedó junto y sosegado:
 Era un país empedrado
 De cabezas el corral.
 La comedia felizmente
 Aplaudida, al puerto llega;
 Que era de Lope de Vega,
 Y el baile de Benavente.
 Y dado fin a la historia,
 Salió la gente, y salió;

(2)

Para servir al público, los actores y actrices se agrupaban en compañías; era costumbre que se ingresara en ellas a partir de Carnaval o de Pascuas. Las compañías actuaban sólo por dos años, presentándose por Pascua de Resurrección la lista de los cómicos; todos ellos habían de ser casados, llevar consigo a sus mujeres y vestir con decencia. La temporada teatral empezaba en octubre y terminaba el martes de Carnestolendas. Las presentaciones se suspendían en todas

partes durante la Cuaresma. La afición del pueblo a las far-
sas era incontenible, y para compensación se permitían, du-
rante esos cuarenta días, ejercicios acrobáticos o volati-
nes, y comedias de muñecos.⁴

Nuestro dramaturgo comenta esta fase de la afición
madrileña:

Comedia vi yo, llamada
De los sabios extremada,
Y rendir la vida al quinto;
Y ví en otra, que a millares
Los disparates tenía,
Reñir al quinceno día
Con Jarava por lugares;
Y sus parciales, vencidos
De la fuerza de razón,
Decir: "disparates son;
Pero son entretenidos."
Representante afamado
Has visto, por sólo errar
Una sílaba, quedar
A silbos mosqueteado;
Y luego acudir verías
Esta cuaresma pasada
Contenta y alboratada
Al corral cuarenta días
Toda la corte, y estar
Muy quedos papando muecas
Viendo bailar dos muñecas
Y oyendo un viejo graznar.
Y esto tuvo tal hechizo
De ventura, que dió fin
El cuitado volatín,
Que en vano milagros hizo.: (5)

Durante las forzosas vacaciones de Cuaresma era cuando
se formaban las compañías; ninguna de provincias podía inte-
grarse hasta que las de Madrid estuvieran ultimadas. Todo
el mundo de la farándula aflucía entonces a Madrid, y se
congregaba en animados corrillos en el famoso mentidero de
representantes, citado antes, que servía de lonja de con-
tratación escénica. El segundo de Pascua comenzaba la nueva

temporada teatral, aunque después se autorizó para empezar el mismo domingo de Resurrección; esta fecha, en el argot de los corrales, se llamaba de empezar.⁶

Las compañías contaban con el apoyo de varias cofradías; a veces esto fué lo único que les permitía seguir representando, porque los hospitales y otros grupos caritativos sacaban beneficio económico de las representaciones.⁷ Leemos en una crónica de 1600: "Solamente se ha tomado resolución que puedan representarse comedias en los teatros de aquí adelante, lo cual estaba prohibido por evitar el escándolo y mal ejemplo que en ellos había; pero porque los hospitales no pierdan el provecho que se les sigue, sin lo cual se padecía mucho en la cura de los pobres, y estaban para cerrarse los hospitales porque no bastaban las limosnas, se da licencia para se representar comedias de historias, y que no se mezclen actos de religión ni de santos, y que las mugeres que representasen no se pongan en hábito de hombre, sino trayendo vaqueros largos, y que sean casadas con los mismos que representaren, y que fuera de allí los unos ni los otros no puedan andar vestidos de seda ni con guarnición de ella ni de oro, sobre lo cual ha habido junta de teólogos, canonistas y juristas, para tomar esta resolución".⁸

Agustín de Rojas, en su Viaje entretenido, nos da idea completa de cómo eran las compañías de la época, tanto las de la ciudad como las ambulantes. "Habéis de saber que hay bululú, flaque, gangarillo, cambaleo, boxiganga, farándula

y compañía. El bululú es un representante solo, que camina a pie y pasa su camino, y entra en el pueblo, habla al cura y dícele que sabe una comedia y alguna loa; que junto al barbero y sacristán y se la dirá, porque le den alguna cosa para pasar adelante... Naque es dos hombres... éstos hacen un entremés, algún poco de un auto, dicen unas otavas, dos o tres loas, llevan una barba de zamarro, tocan el tamborino y cobran a ochavo... Gangarilla es compañía más gruesa; ya van aquí tres o cuatro hombres, uno que sabe tocar una locura; llevan un muchacho que hace la dama,... hacen dos entremeses de bobo, cobran a cuarto, pedazo de pan, huevo y sardina y todo género de zarandaja... Cambaleo es una mujer que canta y cinco hombres que lloran: éstos traen una comedia, dos autos, tres o cuatro entremeses... cobran en los pueblos a seis maravedís, pedazo de longaniza, cerro de lino y todo lo demás que viene aventurero... Compañía de garbacha con cinco o seis hombres, una mujer que hace la dama primera y un muchacho la segunda;... Estos llevan cuatro comedias, tres autos y otros tantos entremeses;... En la boxiganga van dos mujeres y un muchacho, seis o siete compañeros... Estos traen seis comedias, tres o cuatro autos, cinco entremeses, dos arcas, una con hatillo de la comedia y otra de las mujeres... Estos comen bien, duermen todos en cuatro camas, representan de noche y las fiestas de día, cenan las más veces ensalada, porque como acaban tarde la comedia, hallan siempre la cena fría... Farándula es vispera de compañía: traen tres mujeres, ocho y diez comedias,

dos arcas de hato; caminan en mulos de arrieros, y otras veces en carros; entran en buenos pueblos, comen apartados, tienen buenos vestidos, hacen fiestas de Corpus a docientos ducados, viven contentos... En las compañías hay todo género de gusaropas y baratijas, entrevan cualquiera costura, saben de mucha cortesía, y hay gente muy discreta, hombres muy estimados, personas bien nacidas y aun mujeres muy honradas (que, donde hay mucho, es fuerza que hay de todo); traen cincuenta comedias, trecientas arrobas de hato, diez y seis personas que representan, treinta que comen, uno que cobra y Dios sabe el que hurta..."⁹

Como en Madrid representaban dos compañías a la vez, había cierta competencia entre ellas, tanto económica como artística. Los comediantes informaban a los concurrentes del esmero con que habían estudiado los papeles, de las comedias que habían adquirido, esperando el disimulo y el perdón de las gentes de juicio, y temiendo los silbatos y pitos ¹⁰ del patio, o de la Infantería española.

Cuando estas compañías gozaban de contratos de larga duración, recibían una ayuda de costa del dueño del teatro; se sabe de una ocasión en que esta llegó a la suma de cuarenta ducados por cada representación.¹¹

Se hacían representaciones en otros sitios aparte de los teatros o corrales, como en casas particulares de señores y consejeros, o en conventos de religiosos. Se representaba en los conventos más que todo para evitar el escándalo que causaba ver a los religiosos en los corrales.¹²

En la época de Felipe IV, cuando ya se había empezado a usar el Buen Retiro como sitio real, mandaron construir un teatro en aquel lugar; las representaciones allí llegaron a tener fama por el lujo y esplendor de muchas de ellas. Felipe IV, más aficionado al teatro que su padre y su abuelo, era gran patrono de los autores, actores y actrices. Son muy nombrados sus amoríos con algunas de las más famosas de éstas.

13

.

Los corrales que existían en Madrid en la época que estudiamos eran el de la Cruz, y el del Príncipe, por hallarse en las calles de su nombre. El primero fué construído en 1579, y el segundo en 1582. "Según las escrituras de compra de dichos solares, consta que el primero (el de la Cruz) alindaba con el horno de Antonio Ventero y con el solar de Antonio González Labrador, y por delante la calle pública que dicen de la Cruz, donde es la cárcel que dicen de la Corona, en la parroquia de Santa Cruz, que fué comprado en 550 ducados; y el segundo, o del Príncipe, propio del doctor Alava de Ibarra, médico de Felipe II eran dos casas y corrales contiguos al de la Pacheca, y tenían por linderos casas de Catalina Villamueva, de Lope de V^{er}gara y del contador Pedro Calderón, y por delante la dicha calle principal del Príncipe, y fueron vendidas en 800 ducados."

14

Estos corrales contaban con el apoyo de varias cofradías religiosas; a veces, esto era lo único que les permitía

seguir representando, porque las cofradías usaban los fondos que sacaban de la renta de varias localidades para ayudar en la manutención de los hospitales y otros lugares caritativos.¹⁵ "For a number of years following 1583 we have no information, but it appears that even prior to 1600 the brotherhoods had sublet various privileges. In 1602 the bancos and ventanas of the two Madrid theaters were let to Alonso and Juan Estebanez. Afterward, instead of a partial renting, the brotherhoods determined upon a total rental. This began in 1615, according to Pellicer, when the two corrales were rented to Juan de Escobedo for two years for 27.000 ducats."¹⁶

El corral era un local descubierto, con ligeras construcciones ad hoc. De sus cabeceras, el escenario, un tablado adosado al muro y cubierto por pintarrajeada cortina, ocupaba una; la otra, enfrente, estaba destinada a la localidad de las mujeres, y formaba un tipo de anfiteatro con el nombre de cazuela o jaula. A los dos lados, a cierta altura,¹⁷ estaban las gradas, anfiteatro distinguido para hombres. El piso del corral era de piedra, con algún declive y un sumidero en la parte central, que servía para recoger las aguas. Las paredes de las casas inmediatas formaban los costados; los dueños de ellas podían abrir ventanas para presenciar las representaciones, costumbre algo distinta de la Plaza Mayor en día festivo, como hemos visto en otro capítulo. Estos dueños afortunados solían alquilar sus ventanas por cierta suma al arrendador del corral, lo cual

ocasionaba molestias a los inquilinos de la casa, al tener que dejar pasar al público que iba a presenciar la representación. Estas localidades tenían el nombre de rejas, por tenerlas efectivamente; eran el sitio predilecto de mucha gente, porque permitían ver la función sin ser vistos y sin entrar en el teatro, además de poder pasar la tarde en libre plática con sus amigos, por estar independientes del público.

Debajo de estas rejas y de una construcción especial, estaban los aposentos, que se alquilaban para familias, costándose 17 reales cada uno. Eran equivalentes a los palcos del teatro moderno, y de igual manera se destinaba a la gente acomodada. Había aposentos con balcón, y otros con ventanas, y se designaban así, pero todos estaban defendi-¹⁹ dos de la curiosidad de la muchedumbre por espesas celosías.

La escena tenía menos profundidad que hoy. Su decorado solía consistir en varias cortinas de indiana o damasco, que atravesaban el fondo pendiente de una cuerda. Con esto podían representar la mayor parte de los lugares nombrados en la obra, más que todo los aposentos e interiores de casas. Si había que simular un jardín, montaña o selva, se colocaba un lienzo o unos bastidores pintarrajeados de verde. En el fondo del escenario había una parte elevada, que podía servir de muros de una ciudad, de monte, de torre o de balcón.

Generalmente, se daban representaciones diarias en estos corrales; rara vez quedaban localidades vacías. El orden de

la función, por lo común, era éste: un preliminar de música y canto, luego una loa, y después el primer acto de la comedia. En los dos intermedios, cortando el hilo de la acción de la comedia, se representaban entremeses u otras piezas ligeras; como fin de fiesta, era de rigor un baile, y a veces incluían una jácara, mojiganga, sainete u otro tipo de farsa. Era frecuente que en los entremeses o jácara, igual que en las comedias, se intercalaran versos alusivos a los intérpretes.²¹

La jácara gozaba fama especial entre los mosqueteros; era una composición breve, representada por uno o varios cómicos. Sus personajes eran casi siempre gente del bronce; los jaques o jácara, de donde venía el nombre germanesco del género de piezas: pícaros, ladrones, presidiarios y prostitutas. Presentaban a lo vivo los robos, pendencias, atropellos, fechorías, escándolos y conversaciones de la gente del hampa. Todo esto iba acompañado de música y con coplas de desgarro, mostrándose más en su aspecto despreocupado que en su aspecto criminal.²² Los personajes de estas obritas usaban el lenguaje agermanado, propio de tascas, burdeles y garitos.²³ El éxito que alcanzaba esta parte de la representación entre la turba mosqueteril les hacía gritar, cuando la comedia llegaba a su fin e iba a comenzar el baile, "¡Jácara! ¡Jácara!" Y como a ellos no se podía desobedecer, era forzoso representar alguna jácara antes del baile, aunque, cuando se había hecho costumbre, los cómicos tenían preparado el no anunciado número, y, mezclándose con el

público, reclamaban la jácara indispensable, si el auditorio no se acordaba de hacerlo.²⁴

El baile, en estos espectáculos, tenía dos aspectos: uno, el simple movimiento rítmico, acompañado por la música, formando números sueltos en el programa, o intercalándose en las piezas; el otro, el de un género cómico especial, mixto de canto, danza, música y recitado, que desde 1616, al menos, se cultivaba en los coliseos matritenses, y al que también denominábase "baile", aunque apenas se diferenciaba del entremés en su menor extensión.²⁵ Hubo bailes alegóricos, pastoriles, picarescos y de otras muchas clases.²⁶ La vida cotidiana les dió preferente campo de acción, de todas formas. Muchos de ellos tenían mucho de licencioso. "Las danzas más frenéticas y lascivas (zarabanda, chacón y escarramán) ascendieron del mesón o la plaza pública a las alturas de la comedia. Aunque se prohibió tal desenvoltura en tiempos de Felipe II, en esto, como en todo, la costumbre podía más que la ley, y los músicos y poetas rivalizaron, recogiendo todas las procacidades y chocarrerías del arroyo, para solaz del vulgo."²⁷

La música, número preliminar que se usaba al recorrer la cortina en el siglo XVI, llegó a tener bastante importancia por su calidad y la de los músicos, aunque al principio de este período salían dos ciegos a tocar la guitarra. Los instrumentos predilectos eran las guitarras, las vihuelas y el arpa. A veces se utilizaban trompetas, chirimías, cañas y atabales.²⁸

.

Los actores no llevaban una vida normal, y la gente se imaginaba lo peor en cuanto a ellos. Pero dejemos hablar a nuestro Alarcón:

¿Qué hay de Madrid? que deseo
Saber lo que te ha pasado.
-- Allí ví a tu doña Flor,
Vuelta en plato.

-- ¿En plato?
-- Sí,

Que en la comedia la ví
Puesta en un aparador.
Pero no sola esta ingrata
El aparador tenía;
Que muchos platos había,
Y los más eran de plata.
Miraba yo desde el banco
En los platos relumbrantes
De almendra y pasa los antes,
Los postres de manjar blanco.
Tal fiesta allí se celebra,
Que halla cualquier convidado
Platos de carne y pescado,
Como en viernes de Ginebra.
Al salir se han de servir
Los platos de la vianda,
Que al entrar son de demanda,
Y de vianda al salir.
Vieras, mirando a estos platos,
Mil mancebitos hambrientos,
Cual suelen mirar atentos
Carne colgada los gatos
Ellas no pueden sufrillo,
Y por pagarlo, también
De cuantos abajo ven,
Están haciendo platillo.
Su capítulo primero
Es si uno regala o no:
Segundo, si regaló;
Si regalará, el tercero;
Y con tal gusto y espacio
Siguen materia tan mala,
Que en regala o no regala
Gastan todo el cartapacio.

(29)

Las piernas de las mujeres servían el mismo propósito que hoy, en el teatro: llamar la atención a los hombres.

Alarcón hace sobre esto su crítica pero aludiendo a comedia

de Lope de Vega que éste, al parecer, tomó a mal:

Bien parece que no ves
Lo que en las comedias hacen
Las infantas de León.

-- ¿Cómo?

-- Con tal condición
O con tal desdicha nacen,
Que en viendo un hombre, al momento
Le ruegan, y mudan traje,
Y sirviéndole de paje,
Van con las piernas al viento. (30)

La fama que gozaban los actores de no llevar una vida muy de admirar por sus cualidades morales causaba una vigilancia constante de ellos y de sus representaciones de parte de las varias autoridades de la Villa. Había una ronda de alguaciles que debía inspeccionar el mentidero de representantes, citado antes, y cuidar de que los cómicos no recibieran ciertas visitas, bajo pena de multa o cárcel. Estos mismos presenciaban las representaciones, y multaban a los actores que no acudían a la hora debida; cuidaban de que no se representasen obras sin licencia, y de que no se usaran palabras indecorosas o inconvenientes. La comedia no podía comenzar sin que ellos dieran la orden. ³¹

Dentro de la pobreza general de los comediantes, algunas de las damas podían ostentar riqueza, luciendo sus vestidos y joyas, por disfrutar la protección de alguna persona adinerada. A veces sus protectores eran señores de alto copete, pero casi siempre contaban con la ayuda de algún caballero de la Corte, desde el rey abajo, y por obvias razones. ³²

Existían, desde luego, actrices virtuosas, pero precisamente por ser así, no llegaron a nombrarse mucho en las

crónicas de la época. Una de las que conservaban su virtud en medio de un ambiente poco propicio fué María Riquelme, tan famosa por su hermosura como por su talento escénico, que, a pesar de los muchos pretendientes que intentaban rendirla, siempre fué fiel a su marido, el director de compañía Manuel Vallejo.³³ Entre estas personas que tenían fama de llevar una vida de disipación había casos de extraños rasgos de misticismo. "Manuela Escamilla salía a representar con relicario en el pecho, corazones, Agnus Dei y un cordón de San Francisco, que llevaba con mezcla de devoción y de coquetería; y no fué más raro que la actriz que estaba divirtiéndolo al público con su desenvoltura y su donaire, se sintiera de pronto arrastrada por ciega exaltación piadosa, y sobre las mismas tablas hiciese voto de consagrar al claustro su existencia; o que un actor aplaudido acabara por cantar misa. Nada más frecuente que el tránsito de la Iglesia al teatro y de la escena al claustro."³⁴

En comparación con éstos, era cosa común que los matrimonios de actores, por haberse hecho por conveniencia profesional más que por amor, sufrieran cansancio, y que los dos participaran del adulterio, en muchos casos con otros miembros de compañía.³⁵

Los sueldos de los actores no se podían comparar con los de hoy, aunque había algunos que, por la fama que habían alcanzado en el tablado, llegaron a cobrar una cantidad que seguramente se consideraba como excepcional. Por ejemplo, el famoso Juan Rana, el mejor actor cómico de la época,

"por representar la parte principal de la graciosidad" ³⁶ ga-
 10 reales de ración, 20 por cada representación en el teatro
 y 50 ducados por la fiesta del Corpus; la celebradísima ac-
 triz Amarilis recibió, en 1632, 800 reales y gastos de via-
 je pagados por dos representaciones en Daganzo y cuatro el
 día de Corpus. ³⁷

Los sueldos de los de la compañía variaban. "La ganan-
 cia del llamado autor (director de compañía y empresario)
 superaba en mucho a la del que lo era, según nuestra termi-
 nología, pues la del primero se contaba por ducados, y por
 reales la del segundo." ³⁸ Los actores cobraban sueldos modes-
 tos, que oscilaban entre 16 y 22 reales por cada represen-
 tación, aunque algunos pasaban de esta cifra, como vimos
 arriba. ³⁹

El concepto despectivo en que se tenía a los cómicos,
 en general, llegaba al extremo de considerarles incapaces
de sacramentos. En las disposiciones del Consejo de Casti-
 lla en 1644, se ordenó "que los representantes no recibie-
 sen la comunión, guardándose en esto el estilo y observan-
 cia antigua". ⁴⁰

Alarcón parece aludir a lo poco que ganaba el verdade-
 ro autor, cuando dice:

¿Por qué, señor, no has pintado
 Caballos, toros y suertes?
 Que con eso, y con tratar
 Mal a los calvos, hicieras
 Comedias con que pudieras
 Tu pobreza remediar.
 A que te cuenten, me obligo,
 Seiscientos por cada una.
 -- Pues supongamos que en una
 Eso que me adviertes digo:
 En otra ¿qué he de decir?

Que a un poeta le está mal
 No variar; que el caudal
 Se muestra en no repetir.
 -- Para dar desconocidos
 Estos platos duplicados,
 Dar aquí calvos asados
 Y acullá calvos cocidos.

(40)

En contraste con la pobreza del escenario los actores solían vestir fastosamente en escena. En obras históricas era de notar falta de autenticidad, anacronismos, que contrastaban con la presentación fiel de los trajes en las situadas en ambiente contemporáneo. "... there is ample evidence to prove that Spanish actors were exceedingly extravagant in the matter of costumes, and the amount of money expended upon them often shows an improvidence which has been a characteristic of the theatrical profession in all times... As early, at least, as 1602 some companies possessed such an extensive wardrobe that a particular person was charged with the care of it; with arrangements for traveling, etc."

.

El fino observador y cronista de costumbres, Zabaleta, relata las aventuras de un joven madrileño, cuando va al teatro: "El ansia de tener buen lugar, le hace no calentar el lugar en la mesa. Llega a la puerta, y la primera diligencia que hace, es no pagar. La primera desdicha de los comediantes es ésta: ~~trabajar~~ mucho para que sólo paguen pocos... Pasa adelante nuestro holgón y llega al que da los lugares en los bancos. Fídele uno, y el hombre dice que no

hay, pero que le parece que a uno de los que tiene dados no vendrá su dueño, que aguarde a que salgan las guitarras, y que si entonces estuviere vacío, se siente. Quedan deste acuerdo, y él, por aguardar entretenido, se va al vestuario. Halla en él a las mujeres desnudándose de caseras para vestirse de comediantas. Alguna está en tan interiores pa-⁴³ñós, como si fuera a acostar... Salen las guitarras, empiézase la comedia, y nuestro oyente pone la atención quiza donde no la ha de poner. Suele en las mujeres, en la representación de los pasos amorosos, con el ansia de significar mucho, romper el freno la moderación y hacer, sin este freno, algunas acciones demasiadamente vivas. Aquí fuera bueno retirar la vista, pero él no lo hace. Dicen los fisiog-⁴⁴nómicos que los ojos muy largos son señal de malas costumbres... También van a la comedia las mujeres, y también tienen las mujeres alma: bueno será darles en esta materia, buenos consejos. Los hombres van el día de fiesta a la comedia; después de comer; antes de comer, las mujeres. La mujer que ha de ir a la comedia el día de fiesta, ordinariamente la hace tarea de todo el día: conviéndose con una vecina suya, almuerzan cualquier cosa, reservando la comida del mediodía para la noche, vanse a una misa, y despues de la misa, por tomar buen lugar, parten a la cazuela. Aún no hay en la puerta quien cobre. Entran y hallanla salpicada, como de viruelas locas, de otras mujeres tan locas como ellas. No toman la delantera porque ése es el lugar de las⁴⁵ que van a ver y ser vistas...

Ya la cazuela estaba cubierta, cuando he aquí al apretador (éste es un portero que desahueca para que quepan más) con cuatro mujeres tapadas y lucidas, que porque le han dado ocho cuartos, viene a acomodarlas. Llegase a nuestras mujeres y dícelas que se embeban; ellas lo resisten, él porfía, las otras se van llegando, descubriendo unos tapapiés que⁴⁶ chispean oro. A este tiempo, en la puerta de la cazuela, arman unos mozueros una pendencia con los cobradores, sobre que dejen entrar unas mujeres de balde, y entran, riñendo unos con otros, en la cazuela. Aquí es la confusión y el alboroto. Levántanse desatinadas las mujeres, y por huir de los que riñen, caen unas sobre otras. Ellos no reparan en lo que pisan, y las traen entre los pies, como si fueran sus mujeres. Los que suben del patio a sosegar o a socorrer, dan los encontrones a las que embarazan, que las echan a rodar. Todas tienen ya los rincones por el mejor lugar de la cazuela, y unas a gatas y otras corriendo, se van a los rincones. Saca al fin a los hombres de allí la justicia, y ninguna toma el lugar que tenía, cada una se sienta en el que⁴⁷ halla.

Este público bullicioso que pintorescamente ha descrito Zabaleta tenía su contraparte con el de los aposentos y desvanes que representaban la parte culta, y con los que ocupaban los bancos delanteros que se creían con más derecho a criticar la comedia. Los terribles mosqueteros, espectadores del patio, asistían de pie a modo de destacamiento militar formado.

Eran éstos muy aficionados al vino:

- ¿El vino en boticas?
 -- Sí.
 ¿Quién vió mayor desatino?
 Diz que dicen los doctores
 Que es dañoso, y han querido
 Que a quien ellos ordenaren,
 Lo den a gotas.
 -- ¿El vino
 A gotas?
 -- Sí, el vino a gotas,
 Y el agua nos dan a ríos.
 ¡Pobre vino! ¿Qué será
 Verlo encerrado en un vidrio
 Entre las aguas infames
 De Lonfrancos y Colillos?
 Pues no ha de pasar así.
 Rebelémonos, Doristo;
 Demos guerra a las boticas,
 Demos libertad al vino;
 Que para esto yo hallaré
 Mil mosqueteros amigos.

(48)

Podemos imaginarnos la risa que estallaríá entre el público
 al terminar de pronunciar estos versos.

Otra alusión a este mismo público:

- Y pedirle que te guarde
 De los toros esta tarde.
 Que has de salir a caballo,
 Según dicen.
 -- Y ha de ser
 Forzoso, por gustar dello
 El Duque.
 -- Dios quiera, Tello,
 No nos des en qué entender,
 Y envuelto en polvo y en miedo
 No vengas rodando a dar
 Tanta risa a este lugar
 Como el gracioso de Olmedo
 A toda la corte, quando
 En el entremés entró
 A dar lanzada, y salió
 Sin calzas y cojeando.

(49)

Arma preferida de la mosquetería era la de silbar lo
 que no les gustara de una comedia. Parece que hasta 1613
 no se generalizó el uso de ella en el teatro, pero desde

entonces fué cosa frecuente oír los efectos terribles, que no respetaban a nadie, ni comediante ni comediógrafo. Alarcón, por su defecto físico, parece haber sufrido más ataques de esta clase, y hace mención de ellos en estos y otros versos:

-- ¿Tú, Fabio?
 -- Yo en la comedia.
 -- ¿Pareció bien?

-- No, señor,
 Con ser divino su autor;
 Porque si no se remedia
 Esta nueva introducción
 De los silbos, es forzoso
 Que pierda el más ingenioso
 A los versos la afición.

-- Comedias que no agradaron,
 Nunca alcanzaron silencio,
 Porque también a Terencio
 Muchas en Roma silbaron.
 Cuando la comedia es buena,
 Nadie ofenderla podrá;
 Que la muchedumbre da
 Al malicioso la pena:
 Porque al vulgo cortesano,
 En sabio, recto y agudo,
 Abatir banderas pudo
 El auditorio romano.

(50)

.

(Lee) "Carácter para impedir
 La palabra, voz y aliento."

-- Para los poetas quiero
 Señalallo, pues les toca,
 Para tapallo la boca
 Al silbar un mosquetero.

(51)

.

Más animoso seré
 Que el ingenio más divino
 Que se atreve a hacer comedias,
 Después que se usan los silbos.

(52)

A veces el auditorio no se contentaba con sólo silbar;
 muchas veces acompañaba su protesta arrojando pepinos y

otras cosas al escenario. Generalmente los comediantes sufrían la lluvia con resignación, pero alguno de ellos, al recibir el golpe, desenvainó la espada y amenazó a los cobardes que le maltrataban. Muchos de los artistas, para evitar estas inconveniencias, intentaban congraciarse con el público a fuerza de halagos y adulaciones, sobre todo en la loa.

53

Otro peligro para los comediógrafos refiere Suárez de Figueroa: "Hállase en Madrid al presente un mancebo grandemente memorioso. Llamase Luis Ramirez de Avellano, hijo de nobles padres, y natural de Villaescusa de Haro. Este toma de memoria vna comedia entera de tres vezes que la oye, sin discrepar vn punto de traça y versos. Aplica el primer dia a la disposicion; el segundo a la variedad de la composicion; y el tercero a la puntuálidad de las coplas. Deste modo encomienda a la memoria las comedias que quiere. En particular tomò assi la Dama Boba, el Principe Perfeto, y la Arcadia, sin otras. Estando yo oyendo la del Galán de la Membrilla que representaua Sanchez, començò este autor a cortar el argumento y a interrumpir el razonado, tan al descubierta, que obligo le preguntasen de que procedia semejante aceleracion y truncamiento; y respondió publicamente, que de estar delante (y señalole) quien en tres dias tomaua de memoria qualquier comedia, y que de temor no le vsurpasse aquella, la recitaua tan mal. Alborotose con esto el teatro, y pidieron todos hiciesse pausa, y en fin hasta que se salio del Luis Ramirez, no huuo remedio de que se

54
 passase adelante."

Alarcón no menciona el uso de carteles anunciadores. Estos no eran impresos como los de hoy, pero a él y a Tirso de Molina se atribuyó el escribirlos y pegarlos. De aquí el anónimo epigrama:

Vítor don Juan de Alarcón
 Y el fraile de la Merced,
 por ensuciar la pared,
 y no por otra razón! (55)

Quevedo, más cáustico, e implacable siempre con Alarcón, cuyas corcovas eran una de sus obsesiones, decía así:

¿Quien tiene toda almagrada
 como ovejita, la Villa?
Corcovilla. (56)

Sabemos cuántos ataques sufrió Alarcón de parte de personas como Quevedo, Lope, etc. Nuestro poeta aprovechó el tablado para contestar a los murmuradores de aquella época con palabras aptas para cualquiera:

Un letrado
 Hay en ella tan notado
 Por tratante en decir mal,
 Que en lugar de los recelos
 Que dan las murmuraciones,
 Sirven ya de informaciones
 En abuso sus libelos:
 Y su enemiga fortuna
 Tanto su mal sollicita,
 Que por más honra que quita,
 Jamás le queda ninguna. (57)

.

Pues ¿a quién no ha de cansar
 Uno que da en gracejar
 Siempre a costa de casados?
 Daca el sufrido, el paciente...
 Hermano poeta, calla,
 Y mira tú si en batalla
 Mataste moro valiente.
 La murmuración afean,

Y están siempre murmurando;
 Siempre están enamorando,
 Y injurian a quien desean.

(58)

Juan Ruiz de Alarcón sabía defenderse bien de sus
 contrincantes en aquel mundo tan competidor del teatro y
 de los poetas.

.

.

. . . .

. . .

. .

..

.

CAPITULO VI

SUPERSTICIONES Y HECHICERIAS

.

La Religión y los religiosos

Juan Ruiz de Alarcón, espíritu conservador, puritano, como poeta dramático mal podía exponer claramente en sus obras de carácter didáctico vicios anejos á la vida de religiosos, pues si bien la dura censura eclesiástica se ejercitaba con menos rigidez en lo que se decía en los teatros que en lo que aparecía escrito o impreso, no toleraba ataques directos o diatribas y alusiones que redundaban en desprestigios de regulares y seglares. Son pocas las referencias de Alarcón a estas cuestiones o a la conducta escandalosa de algunos de los religiosos que era objeto de comedillas de los mentideros y corrillos o de relaciones en memorias y epístolas.

En El Anticristo se halla esta cita:

- ¿Puede un calvo ser cristiano?
- Sí.
- Pues quien a serlo empieza,
¿No recibe en la cabeza
El bautismo?
- Caso es llano.
- Luego en un calvo no hay traza
De bautizarse.
- ¿Por qué?
- Porque lo que en él se ve,
No es cabeza, es calabaza.
- ¿Dilatas tu muerte así?
Cumple lo que has prometido,
O te mato.
- Fuí vencido,
Haré lo que prometí.

- Ven, y el agua del Bautista,
Del Jordán recibirás.
-- De una vez hecho me has
Ser cristiano y calvinista.

(1)

Y esta, de Los pechos privilegiados:

- Antes yo siempre entendí
Que comiendo bien, seré
Un ~~santo~~: --y lo probaré,
Si escucharme quieres.
- Di.
- Quien come bien, bebe bien;
Quien bien bebe, concederme
Es forzoso que bien duerma;
Quien duerme, no peca; y quien
No peca, es caso notorio
Que si bautizado está,
A gozar del cielo va
Sin tocar el purgatorio.
Esto arguye perfección:
Luego según los efectos,
Si son ~~santos~~ los perfectos,
Los que comen bien, lo son.
Calvino sólo aconseje
Amar esa santidad.
- La hambre es necesidad
Y tiene cara de hereje,
Y fué tal la que pasé...
Del miedo no digo nada.

(2)

Para mejor comprender el panorama de la vida de la época que en sus principales aspectos dramatiza el mejicano, obvio parece, y necesario, referirnos a éste que le ocupa menos aunque le ~~p~~rocupe.

Sabida es la importancia de la Iglesia y conocido el poder que extiende a todas las actividades vitales en el siglo XVII, e increíble el número de individuos que por distintas razones ingresan en religión como regulares o seculares. Un cronista de la época dice, 1623, que había alrededor de 100.000 eclesiásticos en España (70.000 regulares y 30.000 seculares). Esta cifra se duplicó bajo el reinado

de Felipe IV. Existía una cantidad enorme de conventos y monasterios, y la iglesia iba adquiriendo más y más propiedad.³

La carrera religiosa abría los caminos más fáciles y apetecibles que aseguraban, con el mínimo esfuerzo, la manutención. Desdénosos de toda labor, o creyentes que por ese camino buscaban la salvación, profesaban en conventos o buscaban como clérigos beneficios. Niños ignorantes del latín eran destinados a la vida religiosa, y aun, como en el caso del Infante hermano de Felipe IV, cardenal. Los varones en general podían escoger entre entrar o no en el convento, pero las mujeres solteras y jóvenes carecían de este privilegio o derecho. Cuando un hidalgo pobre no podía casar a sus hijas conforme a las exigencias de sus pergaminos, o quería librarse de la carga del dote, poblaba los monasterios. El resultado de este exceso de religiosos sin verdadera vocación era la relajación de las costumbres dentro de los monasterios y conventos, y la entrada en ellos de la lascivia. Llegaron a ser nombres corrientes los de galanes de monjas, y mancebas de clérigos, conocidas éstas también como mulas del diablo.⁴

"Eran tentación continua para las esposas del Señor las expansiones mundanas que disfrutaban en el locutorio de sus conventos: tertulias, visitas de varones, como si las religiosas fueran mujeres de sociedad; certámenes poéticos, Academias literarias, bailes... representaciones de comedias, autos y entremeses, no siempre bien purgados de

dichos picantes y eróticos; y otras fiestas llamadas a lo divino, en las que había tanto de demasiado humano.⁵

Los galanes de monjas tenían fácil acceso a los locutorios, con el pretexto de acompañar al pariente de alguna religiosa; para estar más veces cerca de sus amadas, se pasaban la vida asistiendo a misas, maitines, novenas, etc. Las monjas les exigían tantas atenciones como las pedigueñas de que hemos hablado antes. Los Avisos y otras crónicas de aquel tiempo nos relatan frecuentes escándolos, como las fugas de religiosas, citas íntimas en las celdas de ellas, escalamientos y asaltos de conventos, llevados a cabo por los jóvenes, y raptos de monjas, con su consentimiento, por seglares y aun por eclesiásticos.⁶

Lo que peor efecto causaba en la opinión pública eran las frecuentes comunicaciones entre frailes y monjas. Quizás este incidente sirva para ilustrar hasta qué punto llegaban a escandalizar a los demás: "Aquí ha sucedido un caso escandaloso: en el convento de monjas de Santa Ana estaban dos señores seglares, y un coadjutor del arcediano de Alba de esta iglesia y un colegial del arzobispo son José Pantoja, cuyo padre está en esa ciudad; hicieron un agujero por una casa pegada al convento, y entraban los dos o salían ellas, durando algún tiempo este trato. Descubrióse el caso; prendieron al eclesiástico (que no está aún ordenado) en la cárcel del Obispo, y al colegial le dió el maestrescuela por cárcel la casa del corregidor con cuatro guardas. El Pantoja se huyó antes de anoche, temeroso de

la vida, porque el Consejo llevó sangrientamente este caso y ha de venir juez pesquisidor, y uno que está ahora en Zamora sobre otros semejante de un caballero que entró a una monja, le tiene ya para cortar la cabeza. Las guardas también huyeron, y el corregidor se partió al punto de dar cuenta al Consejo.⁷"

En los despoblados, en todas partes de España, solían haber ermitas ocupadas por penitentes. A veces, éstos eran sinceros devotos, pero en otras ocasiones eran ladrones o bandidos ocultos allí bajo el disfraz, o cómplices de saltadores, dándoles refugio y prestándoles sus ermitas como punto de reunión para preparar sus fechorías.⁸

Quizás Alarcón hace el resumen más oportuno de todo esto cuando dice:

- Vesme aquí vuelto cristiano.
- No está el serlo en el vestido. (9)

Pero si algunos, los menos probablemente, torcieron o quebrantaron ideales que decían profesar, no faltó el espíritu caritativo que se ejercitaba en mendicantes reales y fingidos. "Jamás en parte alguna... volvió a revestirse la vida mendicante... de un nimbo religioso tan ennobecedor... El tratar a un pobre sin cortesía es desacato que se hace al Rey de los reyes, porque el pobre que pide es un enviado del cielo... El no darle limosna es villanía infame".¹⁰

Difícil de comprender es la abigarrada mezcla de lo reverente con lo irreverente, de lo sagrado con elevación

mística o lo puerilmente y absurdamente tratado. Aparecieron vidas de Jesucristo, de la Virgen o de santos en tonos más de burlas que reverentes; hacíanse procesiones en que junto a los Autos entraban groseros entremeses: hiciéronse chistes de cuestiones, o fueron éstas materia de villancicos y letrillas para fiestas populares.

11

.

A pesar de decretos reales, y de la persecución inquisitorial y censura de teólogos, se practicaron artes supersticiosas, aun entre religiosos. No se había trazado, al parecer, línea divisoria entre lo divino y lo humano en la creencia en lo sobrenatural. Era un siglo desaforadamente supersticioso, casi como caricatura del misticismo y fiebre teológica que consumían las almas en el siglo XVI. "La España de los Felipes sufría crisis de ideales y acentuada relajación moral; circunstancias ambas muy propicias para desarrollar el virus supersticioso. Este padeció entre gentes de toda condición, sin excluir las más cultas, revelándose en las distintas relaciones de la existencia, y llegando a los desvaríos más grotescos."

12

Algunas cifras nos darán idea de hasta qué punto llegó a extenderse la herejía de las supersticiones. Más de 30.000 víctimas fueron ejecutados bajo el reinado de Felipe II; en 1507 fueron quemadas vivas treinta mujeres poseídas del demonio, condenadas por la Inquisición, en el pueblo de Calahorra. En Navarra, fueron azotadas y condenadas a

prisión perpetua, por haber confesado que estaban unidas al diablo bajo la forma de un macho cabrío; declararon que se frotaban la piel con excrementos de reptiles o de cuervos, para adquirir la facultad de volar en pleno día y poder de noche matar niños recién nacidos.¹³

Agustín de Rojas, en su Viaje entretenido, nos describe una de esas herejes, cuando dice: "Ella se aprovechaba de mil cosas, como son: habas, verbena, piedra (que decía ser del nido del águila y se la había traído de un arroyo de la fuente de la teja); tenía pie de tejón, sogas de ahorcado, granos de helecho, espina de erizo, flor de yedra, huesos de corazón de ciervo, ojos de loba, ungüentos de gato negro, pedazos de agujas clavadas en corazones de cabritos, sangre y barbas de cabrón bermejo, sesos de asno, y una redomilla de aceite serpentino, sin otras invenciones de que no me acuerdo."¹⁴

Si raras nos parecen hoy, y absurdas, estas ciencias de primitivo abolengo, Alarcón nos dirá cómo la perversión de la llamada "ciencia" resultó en la herejía arriba descrita, y más adelante, en la misma escena de La cueva de Salamanca con la misma lógica se aplica al ataque.

Toda ciencia natural
Es lícita, y usar della
Es permitido; la magia
Es natural: luego es buena.
Pruebo la menor. La magia
Conforme a naturaleza
Obra: luego es natural.
La mayor así se prueba.
De virtudes y instrumentos
Naturales se aprovecha
Para sus obras: luego obra

Conforme a naturaleza.
Probatur. Obra en virtud
 De palabras y de yerbas,
 De caracteres, figuras,
 Números, nombres y piedras;
 Todas estas cosas tienen
 Natural virtud y fuerza:
 Luego quien por ellos obra,
 Obra por naturaleza.
 Virtud tienen las palabras;
 Que bien lo prueba la Iglesia,
 Que tantos milagros hace
 Y sacramentos con ellas.
 Tienen con sus mismas cosas
 Natural correspondencia
 Los nombres que puso Adán,
 Luego virtudes encierran.
 No volver suele un dormido
 A un tiro que el aire atruena,
 Y al sonido de su nombre,
 Dicho muy quedo, despierta.
 A los signos celestiales
 Los caracteres semejan,
 Y ellos por la simpatía
 Les comunican su fuerza,
 Como si en dos instrumentos
 De una consonancia mesma
 El uno tocan, el otro,
 Sin tocarle, también suena;
 Como el sol en los espejos
 Hierde y su luz reverbera,
 Y como el eco nos vuelve
 Las voces de entre las peñas.
 Los números, ¿quién no sabe
 Que tienen virtudes ciertas?
 En la música, la octava,
 La sexta, quinta y tercera
 Y sus compuestos dan gusto;
 Todos los demás disuenan:
 Y la consonancia puede
 Hasta en los brutos y peñas.
 El número septenario
 Honró Dios, virtud encierra;
 Y tiene en contados días
 La crisis cualquier dolencia.
 ¿Quién no sabe que hay virtudes
 En las piedras y en las yerbas?
 Esto dejo por notorio:
 Con que bien probado queda
 Que la magia es natural,
 Pues lo son los medio della;
 Y con esto, de que es justa,
 Se prueba la consecuencia.

Añado más: si a los brutos
 Dió el cielo virtudes ciertas:
 Al lobo, de enronquecer
 Al que mira, si antes llega;
 Que el basilisco mirando
 Mate; al gallo que le tema
 El león; y al elefante
 Un ratoncillo amedrenta;
 ¿Qué mucho que estas virtudes
 Por arte o naturaleza
 Tenga el hombre, rey de todos,
 Y criatura más perfeta?
 Demás desto, al primer padre
 Le dió Dios aquesta ciencia,
 Y a Salomón la infundió,
 Como mil santos lo prueban.
 Pues, cosa mala por sí,
 No es posible que la diera
 Dios, fuente de sumo bien:
 Luego la mágica es buena. (15)

.

Oíd, ilustre nobleza,
 Estudiosa juventud
 Desta celebrada Atenas,
 Cómo ser la magia mala
 Su dogmatista confiesa.
 Esto que veis ha ordenado
 Su Majestad, porque vea
 Esta escuela la justicia
 Con que estas artes condena,
 Porque así no había ya alguno
 Que la estudie ni defienda:
 Lo cual en todos sus reinos
 Prohibe con grandes penas.
 Con eso su Majestad,
 Teniendo esperanza cierta
 De que en pechos tan leales
 Habrá la debida enmienda;
 Por mostrar el grande amor
 Que tiene a aquestas escuelas,
 Todas las culpas pasadas
 Del motín y resistencia,
 Del rompimiento de cárcel,
 Y el echar los presos della,
 Perdona a los delincuentes,
 Y encarga que en recompensa
 Desta merced, sus justicias
 Le respeten y obedezcan. (16)

La literatura mística y la puramente doctrinal está

llena de visiones, apariciones, milagros, y juntamente advertencias para poder diferenciar lo cierto de lo imaginario o que se debe a sugestión del Demonio. Más curiosas que importantes son algunas de esas prácticas arraigadas en el pueblo e instigadas a veces por saludadores y alcahuetas.

El uso del amuleto era corriente; había gran variedad de ellos, todos poseían cualidades especiales para protegerle a uno de hechizos, de enfermedades, para conseguir marido, para deshacerse de él, etc.¹⁷ Por ejemplo, en un laboratorio encontrado en Madrid en 1622, había cosas como éstas: "En un puchero tenía resina y trementina para las caderas de las mujeres; en otros un poco de algo que parecía pez y un trapo con un papel que decía "Tierra de cementerio", o "Tierra de muertos"; en otro puchero, que estaba tapado con unas cosas negras, había otro papel en que se leía: "Para aborrecer", y en otros pucheros y redomillas, cosas quemadas y negras. Se hallaron también en su laboratorio una calavera de persona humana, corazones de lechones, ranas, huesos de abubillas que compraba a los pajareros, tierra de las tres cárceles de Madrid, velas de cera verde, trigo, azafrán, agua bendita, habas, un bocado de pan mordido, una cinta con un herrete y tres nudos y una faja de dos lienzos, cosidos el uno al otro, de una vara de larga y dos de ancha, dentro de la cual había plumas y huesos secos de abubilla. En fin, estaba acusada de tener enterrados figuras de hombres y mujeres atravesadas con alfileres."¹⁸

Se podrían citar más y más casos de creencias que nos

parecen muy raras hoy, pero que se aceptaban como verdades entonces. Por ejemplo, la saliva en ayunas poseía cualidades especiales para curar llagas, matar serpientes;¹⁹ algunos médicos recetaban llevar la raíz de la peonia, o los granos de ella al cuello, para aliviar la gota coral, o podían llevar grillos o langostas de la misma manera, a fin de curar la cuartana.²⁰ Una tal Catalina de Salazar, natural de Córdoba, azotada por utilizar ciertos hechizos para atraer galanes para sus clientes, usaba cosas como estas para fabricar su encantorio: un zurrón de gato pelado en el que guardaba una estampa de Santa Marta, avellanas, cabellos negros y rubios, un martillo, media hoz, carne de membrillo, candelillas y unas barbas de macho cabrío.²¹

Desde luego, estas cosas no pertenecían exclusivamente a los hechiceros o alcahuetas que querían atrapar hombres, según atestigua Alarcón:

Para tales cosas
 ¿Faltóle a mujer jamás?
 ¿Hay alguna que no tenga,
 Si ausente o celosa está,
 Un poco de echar las habas
 Y un mucho de conjurar,
 El cedacillo, el rosario
 (Que de eso les sirve ya),
 El chapín y la tijera,
 Espejo de agua o cristal,
 Las candelillas y sierpe
 De cera, que vueltas da
 Entre el agua y el fuego, y prendas
 De la dama y el galán?
 Mujer hay, que el ir a misa
 Sola, gran miedo le da,
 Y a medianoche un ahorcado
 Suele a solas desdentar.

(22)

De interés es la idea que la mayoría tenían en cuanto

al poder del diablo para intervenir en el uso de hechizos; y más curiosa la creencia que prevalecía de la eficacia de hechizos cuando se empleaban "de cristiana manera". A esto parece referirse Alarcón:

Por docto, tengo permiso
 Para valerme de tales
 Conjeturas y señales;
 Que la Inquisición no quiso
 Prohibir tan milagrosos
 Misterios sino a ignorantes,
 Que con artes semejantes
 Dan luego en supersticiones.
 Pero yo, que con la ciencia
 Física llevo a alcanzar
 Lo que ellas pueden mostrar,
 De usallas tengo licencia.-- (23)

Otra manera de preparar hechizos está descrita en estos versos tomadas de la obra de Alarcón:

¿No ves cómo calla y sufre
 El bronce cóncavo, lleno
 De negra pólvora el seno,
 Los efetos del azufre;
 Y ves, Arlaja, que al punto
 Que una centella le toca,
 Vomita la ardiente boca
 Trueno y rayo todo junto?
 Pues así oculta el valor
 Los amorosos desvelos,
 Hasta que el fuego de celos
 Toca el alquitrán de amor;
 Porque entonces, encendido
 El pecho en furor ardiente,
 Revienta más impaciente
 Quanto fué más oprimido. (24)

Una de las maneras de hacer adivinanzas, y donde se ve cuánto se aceptaban estas costumbres, se encuentra en esta cita: "Seis veces se habla de las suertes del huevo en los procesos de Toledo. Se hacían en las noches de San Juan y San Pedro, para conocer el porvenir o ver un navío, echando huevo en orinal con agua. En su confesión, hecha el 4 de

agosto de 1623, doña Juana de Aguilera dijo que en el convento lo hizo con otras mujeres en la noche de San Juan. La oración que rezaron duró una hora. A la mañana vieron que el huevo de su hermana María tenía la figura de una torre, significado que se metería monja, y en el de una criada aparecía un hombre sentado en una banqueta, como si hubiera de casarse con algún sastre o zapatero. Así les sucedió a las dos.²⁵"

Los gitanos habían introducido en España el conjuro llamado del cedazo y las tijeras, en el siglo XV. Servía para saber dónde había dinero oculto, para saber lo que una persona ausente hacía, para comprobar una sospecha, o para sacar el dinero a algún incauto. El cedazo tenía en su parte cilíndrica un orificio para que se pasara, de dentro a fuera, uno de los ojos del mango de unas tijeras. Al coger desde fuera las tijeras quedaba el cedazo colgado, porque las tijeras habrían quedado abiertas por parte interior. El conjuro consistía en interpretar la quietud o los movimientos de giro o de péndulo del cedazo.²⁶

La brujería era más bien femenina que masculina. Los brujos solían ser simples consortes o auxiliares de las brujas, pero eran éstas las numerosas, populares y temibles por sus artes demoíacas... Las había urbanas y rurales. Entre las primeras, unas eran simuladoras de su diabólico poder, que ejercían a su modo la astrología y la farmacopea, y explotaban la credulidad popular, facilitando filtros curativos o de virtudes poderosas y amatorias. Muy frecuentemente

actuaban de celestinas. Otras, brujas a pesar suyo, eran tenidas como tales sólo por ser viejas, feas, raras, pobres y de vida solitaria, y pocas veces sufrían persecución por daños ilusorios."²⁷

Había conjuradores entre los religiosos, como ya hemos visto; había los que sacaban "los espíritus malos de los cuerpos endemoniados."²⁸ Ciruelo, en su libro, nos advierte que había dos maneras de ellos. "La primera es santa y buena, y es la que hacen los Sacerdotes Evangelicos de Christo con potestad erpiritual diuina que tienen sobre los demonios, y esta se muestra en los exorzismos ordenados por la santa Iglesia Catholica. La segunda es mala y diabolica, que hacen los supersticiosos nigromanticos, en vanos conjuros fingidos, por pacto, o conuerto que tienen con el diablo en secreto, por donde se entienden las demandas y respuestas."²⁹

Otros se especializaban en conjuros contra las nubes y tempestades. En ~~esto~~ también había manera Católica, que consistía en reunir la gente de un pueblo en la Iglesia, al ver acercarse una nube o tempestad, y enseñar el Sacramento a los devotos; al mismo tiempo tenían que rezar la Salve Regina.³⁰ Después de esto, había hombres que reclamaban tener poderes divinos para apartar las tempestades, además de ahuyentar la langosta; se conocían bajo el nombre de saludadores.³¹ Su nombre procedía, según se decía, de atribuirseles el dar la salud, y, según el vulgo, "eran nacidos en Viernes Santo a las tres de la tarde y tenían una

en el cielo de la boca."³²

Juan Ruiz de Alarcón sabía algo de estos conjuros también, según se ve aquí:

(Lee) "Conjuro para formar
Nublados, rayos y truenos...
Caracteres para hacer
Que nos quieran las mujeres."
-- ¡Oh qué buenos caracteres!
-- (Lee) "Palabras para traer
Un ejército lucido
De cristianos y de moros,
Para descubrir tesoros." (33)

Curiosa es la manera en que los saludadores echaban fuera la plaga de la langosta, según Ciruelo: "La común manera destos engañadores es, q̃ el conjurador se haze juez, y delante de su audiencia comparecen dos procuradores, el vno por parte del pueblo que demãda justicia contra la langosta, el otro pone el vicario del Obispo, o la justicia del Rey por parte de la langosta, o la oruga, o el pulgon, etc. Despues de muchas acusaciones que pone el Procurador del pueblo, y respuestas que haze el procurador de la langosta, y dados sus terminos de prouaņas de la vna parte y de la otra, hazese luengo proceso: y a la fin el maldito juez da su sentencia contra la langosta, en que dentro de tantos dias se vaya de todo el termino de aquel lugar sope-na de excomuniõn."³⁴

En una época de tantas supersticiones, y tantas maneras de practicarlas, no faltaron artes adivinatorias; observa Ciruelo que casi todos "tienen nombres acabados en cia, y son nombres Griegos. La primera dellas es la german-cia, quiere dezir adivinar por la tierra, que se llama gios

en Griego, porque los que la usan escriuen en la tierra, o en papel, o en otro cuerpo terreno vnos puntos y líneas a desora sin contarlos. Y desque han hecho vna plana dellos, miran los y cuentan, y por alli adeuinan lo que ha de ser. La segunda se llama ydromancia, quiere dezir adeuinar por el agua, que en Griego se dice hydor. Esta vsan los adeuinos derriendiendo plomo o cera, o pez sobre un vaso lleno de agua, y por las figuras que allí se forman adeuntan lo que ha de ser. La tercera aerimancia, que en Griego se llama aer, que los vanos hombres paramientes a los sonidos que se hazen en el ayre, quando menea las arboledas del campo, o quando entra por los resquicios de las casas, puertas y ventanas. Y por alli adeuntan las cosas secretas que han de venir. La quarta es la piromancia, que adeuina por el fuego, que en Griego se llama pyr. Estos estan atentos a las llamas del fuego, y miran que colores parece, y que sonidos se hazen en ellas, y por allí adeuinan de las cosas venideras. La quinta se llama spatulamancia, quiere dezir adeuinar por los huesos de las espaldas de los animales muertos, que los ponen cabo el fuego, vn rato hasta que la calor del fuego los haze saltar o henderse por algun cabo. Y miran por donde se quiebra el hueso de la espalda, y por allí les dizen su buena o mala ventura que les ha de venir, o que les ha venido.³⁵"

Alarcón habla de la nigromancia como veremos en varias ocasiones:

Padre de tu prenda hermosa,
Estudia con gran cuidado
La magia y nigromancia:... (36)

.

¿Piensas tú que ha de ocultarse
Que tus artes engañosas
Por nigrománticos pactos
Tan raros portentos obran? (37)

.

Y porque es justo
Que el noble auditorio sepa
Por qué dicen que engañó
El gran marqués de Villena
Al demonio con su sombra,
Oíd: la razón es ésta.
Como el Marqués estudió
Esta diabólica ciencia,
Tuvo el infierno esperanza
De su perdición eterna.
Mas murió tan santamente,
Que engañó al demonio: y esa
Es la causa porque dicen
Que con la sombra le deja.
Dicen que entregó su cuerpo
A una redoma pequeña,
Porque en su sepulcro breve
Incluyó tanta grandeza.
Que quiso hacerse inmortal,
Dicen, porque su nobleza,
Su saber y cristiandad,
Alcanzaron fama eterna. (38)

Los nigrománticos hacían creer a la gente que el demonio podía tomar mil formas, entrar en los cuerpos de las personas, engendrar el nublado, el granizo, el pedrisco, todas las tempestades de truenos, relámpagos, y rayos, y que era menester conjurarlos para echarles del lugar; por eso existían los conjuros que vimos antes. Había muchas maneras de llamar al diablo. Por ejemplo, algunos hacían un cerco o círculo en la tierra, con ciertas señales; otros usaban una redoma llena de cierta agua, o un espejo de alinde,

o piedras preciosas de anillos, y muchas otras maneras.

Entre los endemoniados había, según testimonios de la época, los posesos, enteramente dominados por el Demonio, los obsesos, que tenían los diablos arrimados nada más a su cuerpo, y los que, sin tener ningún demonio en el cuerpo, sufrían influencias demoníacas. Nuestro dramaturgo refleja la creencia común del poder del diablo:

O la herida que le di
Lo cogió muy bien armado,
O por arte del demonio
Tan presto della sanó,
O otro por ser él fingió
Pagó el falso testimonio,
O algún demonio tomó
Cuerpo y nombre y voz de Arnesto
Para hacerme que con esto
Pierda la paciencia yo.

(41)

Los que servían al demonio podían andar por los aires, aunque "muchos doctores dijeron que no. Para esto han de notar esta regla: sabiendo que ello es posible y que alguna vez se ha visto, y se prueba por la Escritura lo mismo o semejante a ello, y las mismas personas del demonio engañadas lo confiesan ser así, ninguna razón hay porque no sean creídas." Será por eso que Juan Ruiz de Alarcón atribuye a los moros ciertas fuerzas sobrenaturales, como en estas citas, porque ellos vivían engañados por el demonio:

No debes de saber que el poder mío
Excede, Acón, los límites humanos.
Yo sacaré del cóncavo sombrío
A mi hijo Muley, y en nube densa
Le verás navegar el aire frío:
Y así sabrás si el cielo recompensa
El justo celo, honrando y defendiendo
A quien la vida pone en su defensa. (43)

.

¡Gran Bichalín,
 Soberano es tu poder!
 -- El moro debe de ser
 Otro hechicero Merlín.
 -- Daraja hermosa, no estés
 Turbada, pierde el temor;
 Que efeto fué de mi amor
 Este milagro que ves.
 Mi padre, de quien ya sabes
 El más que humano poder,
 Aquí te quiso traer
 Por la región de las aves,
 Por pagar mi obligación,... (44)

Nuestro autor parece intentar explicar la existencia de algunos endemoniados, al decir:

Aquél, que según publican,
 O verdades, o consejas,
 Lo concibió de un demonio
 Una engañada doncella;
 Que esto puede hacer un ángel
 Si a vaso femenino lleva
 El semen viril que pierden
 Los que con Venus se sueñan... (45)

Un comentario de la época nos da a entender lo siguiente: "Incubos se llaman cuando tomando cuerpo y oficio de varón participan con las mujeres, y subcubos se dicen cuando por el contrario, tomando cuerpo y oficio de mujer, participan con los hombres. En los cuales actos ningún deleite recibe el demonio, porque no tiene persona ni naturaleza que pueda sentir cosa corporal o deleite carnal..."⁴⁶

La manera más segura de esquivar el poder del diablo, si se presentaba una persona posesa que intentara llevarle a uno a las tareas del demonio era de hacerle la cruz, encomendarse a Dios y a los ángeles, ofrecer sacrificios y misas, confesar y comulgar, como advirtió Santa Teresa en su Vida. En casos más extremos, o cuando ya el demonio había entrado

en el cuerpo de uno, era necesario practicar el exorcismo. Generalmente lo hacía un sacerdote; el sitio más indicado para la ceremonia era la iglesia, porque era el sitio de más temor para el diablo. Precisaban testigos, que no podían ser ni mujeres ni chicuelos, sino personas graves, especialmente eclesiásticos, porque el Demonio les obedecía mejor.⁴⁷

De ningún modo se podía quedar sólo el exorcista con el endemoniado, especialmente si éste era mujer. Quizás las palabras de un testigo sean mejores para darnos idea de cómo era la ceremonia: "Hacen unos cercos en tierra con ciertas señales y letras dentro repetidas en cierta manera, y hacen al endemoniado hincar las rodillas dentro de aquel cerco; y luego que le dice el conjurador ciertas palabras, pierden el sentido, y viene a hacer gestos espantosos y gritar muy reciamente, e decir palabras desvariadas e muchas veces en infamia de los presentes. Conjúrale que diga quién está dentro (testigo soy desto que digo); respóndele que está en aquel cuerpo por príncipe y capitán tal demonio llamado Satanás o Beelcebut, etc., con tanto; y algunas veces dice que están allí con él tales e tantas ánimas de tales hombres que morieron, y señala cuales, y habla en su nombre dellos; representando sus personas; y si morieron en campo o en batalla, piden que les den a beber como fatigados de sed, y si fueron ahogados en la mar hacen gestos como si echasen agua por la boca, y si morieron de enfermedad habla como enfermo, e otros semejantes engaños pasan."⁴⁸

Otra manera de adivinanza era la de la quiromancia,

que Alarcón describe así:

Agora os he de mostrar
 Más clara la ciencia mía;
 Que por la quiromancia
 Del todo he de penetrar
 Vuestro mal. Mostrad la palma
 De la mano, que es papel
 Del cielo, que escribe en él
 Las afecciones del alma.
 ¡Qué oscuras líneas! En ellas
 Se advierte la confusión
 Que padece el corazón. (49)

.

En la relación que hiciere,
 Es forzoso que se altere
 Su corazón, en tocando
 La causa de su pasión;
 Y yo lo he de conocer,
 Porque en la fuerza ha de haber
 Aumento o disminución.
 Y haciendo luego juicio,
 Según la quiromancia
 Fásica y fisonomía,
 Tendré verdadero indicio
 De la secreta ocasión
 De su mal, y aplicaré
 El remedio, con que os dé
 Su mudanza admiración. (50)

Juan Ruiz de Alarcón atribuía ciertos poderes a la magia en general, como vemos aquí:

O será vana mi ciencia,
 O han de hacer los desengaños
 Que a quien amas aborrezcas
 En los minutos de un hora;
 Que en sólo el tiempo que resta
 Para ensillar el caballo,
 Con las artes hechiceras
 He de cifrar muchos días,
 Y epilogar muchas leguas
 En la esfera de esta casa;
 Y a cuantos están en ella,
 Sin salir de sus umbrales,
 Les tengo que hacer que vean
 En varias tierras y casos
La prueba de las promesas. (51)

.

En la magia ¡hay potestad
 De obligar la voluntad
 Y hacer favor el desdén?
 No. Mas puede en las criaturas
 Fingir varios accidentes;
 Puede imitar los ausentes
 Con fantásticas figuras;
 Puedenos representar
 En un hora muchos años,
 Y que ve pueblos extraños
 El que se está en un lugar:
 Y así, pues al albedrío
 La causa extrínseca mueve
 Para que elija o repruebe,
 Que podrá poner confío,
 Con engaño o con verdad,
 Don Illán en los sujetos
 Tales gracias y defetos,
 Que muevan la voluntad.

(52)

El aojamiento producía un tipo de hechizo parecido al de los endemoniados, pero que se atribuía al poder humano en vez de echarle la culpa al demonio. Desde luego, no todas las personas eran capaces de producir este fenómeno; se consideraba como don que algunos poseían por haber nacido en día fasto o nefasto.⁵³ Como en cualquier caso de personas que se creían capaces de hacer daño a otras, se acusaba también a los aojadores de obrar bajo la influencia del diablo; Ciruelo dice que "dañar vna persona a otra con la vista de los ojos, puede ser de dos maneras: la vna es por curso natural: la otra es por hechizierias de maleficios diabolicos."⁵⁴

A eso se refiere nuestro dramaturgo:

Con tan curiosa atención
 Y tan cuidadoso extremo
 Te ha mirado el forastero,
 Que si no quedas aojada,
 Tienes la sangre pesada.

(55)

.

Parece que los aojadores gustaban de hechizar a las criaturas tiernas y delicadas, porque aconsejaban ponerles unos pedazos de espejo pegados de los cabellos sobre la frente entre los ojos; porque miran al espejo antes que a los ojos de la criatura.⁵⁶

Otra persona con un don especial, que entraba en el mundo de las supersticiones está descrita aquí:

Agora basta que sepas
Que hoy ha llegado a Toledo
Un pesquisidor de viejas;
Que sabiendo el Rey que son
Difuntos que se menean,
Y que dentro de sus cuerpos
Andan sus almas en pena,
Manda que las desencanten
Y que ~~stivan~~ en la guerra
Para parches sus pellejos,
Sus huesos para baquetas.

(57)

Alarcón no era el único en creer que, por varias razones, los cadáveres podían contener el alma del difunto. "En el siglo XVI y XVII se dieron casos de graves errores judiciales por creer que el cadáver de un asesinado con arma blanca derrama sangre por la herida cuando pone al matador ante su presencia. El R.P. Fray Antonio de la Fuente la Peña, que inserta esta superstición en su libro El ente dilucidado, dice que esto es un hecho casual."⁵⁸

La astrología se consideraba en esa época ciencia, y se explicó en las Universidades, dándole tanta importancia como a otras ciencias naturales. En varias de las obras de nuestro dramaturgo, pero especialmente en La cueva de Salamanca, se ve el interés que Alarcón debe haber tenido desde sus días estudiantiles. Por ejemplo:

Hame contado don Diego
 Que en la cueva donde está
 Retraído, hay una estatua
 Con cabeza de metal,
 Que por secreto aliento
 De espíritu celestial,
 Resuelve, a quien le pregunta,
 La mayor dificultad:
 Dice el estado presente
 De los que ausentes están,
 Y de venideros casos
 Ciertos pronósticos da.
 Pues yo, que en un punto tengo
 De mujer curiosidad,
 De enamorada temores,
 Recatos de principal;
 Para salir destas dudas
 Lo pretendo consultar,
 Y fingiendo otros instantos
 Se le he pedido al Guzmán.
 El, como tiene en la mía
 El norte su voluntad,
 Hoy la estatua me ha enviado,
 Que en este cajón está;
 Y en este papel me envía
 Figurada una señal,
 Que formándole en su boca,
 Es la que obliga a hablar.
 Dice que cuando la noche
 Haya hecho la mitad
 De su curso, y las estrellas
 Vaya escondiendo en el mar,
 Quien a solas le consulta
 Grandes misterios sabrá;
 Y en particular en cosas
 De amor, la cierta verdad;
 Porque entonces, está Venus
 Puesta en no sé qué lugar,
 Que es más propicio al encanto
 Que tanta fuerza le da. (59)

Más adelante, en la misma obra, añade:

Enseñóme los efetos
 Y cursos de las estrellas;
 Que el entendimiento humano
 Hasta los cielos penetra.
 Las quirománticas líneas
 Con que en la mano a cualquiera
 De su vida los sucesos
 Escribe naturaleza.
 Supe la fisonomía,
 Muda voz que habla por señas,

Pues por las del rostro dice
 La inclinación mas secreta.
 Sutiles eutropellías
 Con que las manos se adiestran,
 Y a la vista más aguda
 Engaña su ligereza.
 De números y medidas
 Las demostraciones ciertas
 Por matemática supe,
 Y supe por arismética.
 Estudié en cosmografía
 El sitio, la diferencia,
 Longitud y latitud
 De los mares y las tierras.
 Y por remate de todo,
 La arte mágica me enseña,
 De cuyo efeto las causas
 No alcanza la humana ciencia,
 Pues con caracteres vanos
 Y con palabras ligeras
 Obra prodigios, que admira
 La misma naturaleza. (60)

Y en estos versos da casi un resumen de varias de las supersticiones que hemos mencionado hasta ahora:

Aprendí la sutil quiromancia,
 Profeta por las líneas de las manos;
 La incierta judiciaria astrología,
 Emula de secretos soberanos;
 Y con gusto mayor, nigromancia,
 La que en virtud de caracteres vanos
 A la naturaleza el poder quita,
 Y engaña, al menos, cuando no la imita.
 Con ésta los furiosos cuatro vientos
 Puedo enfrenar, los montes cavernosos
 Arrancar de sus últimos asientos,
 Y sosegar los mares procelosos,
 Poner en guerra y paz los elementos,
 Formar nubes y rayos espantosos,
 Profundos valles y encumbrados montes,
 Esconder y alumbrar los horizontes.
 Con ésta sé de todas las criaturas
 Mudar en otra forma la apariencia:... (61)

Salva Alarcón el libre albedrío afirmando, con otros,
 que las estrellas inclinan pero no fuerzan:

... y porque veas
 Que el sabio, aunque más le inclinen,
 Es dueño de las estrellas,... (62)

¡Fuerte caso, dura ley,
Que hay de ser el privado
Un astrólogo, colgado
De los aspectos del rey!

(63)

La astrología judiciaria, mencionada arriba, tenía crédito entre muchas personas. "Hacía en cierto modo depender de los astros con exclusión del libre arbitrio y de otros accidentes humanos, lo que era por venir. Alguno, en vez de llamarla astrología judiciaria, graciosamente le daba el nombre de astrología sin juicio. Vendíanla cara, y con motivo bastante, como que se trataba de una mercancía celeste. Una sola cosa en que acertaba tal o cual astrólogo, por mera casualidad, daba ocasión a que muchos se persuadiesen de que todos sus pronósticos debían ser creídos." ⁶⁴

Ciruelo, de manera característica, advierte que hay una verdadera y una falsa astrología: "no solamente en el nombre, mas tambien en la obra, que entrambas juzgã de las cosas que estan aun por venir, y esto juzgan por los cielos y estrellas dellos. Mas ay diferencia entre ellas quando a las cosas de que juzgã, que la verdadera astrologia habla de cosas que se causan por las virtudes de los cielos, que con sus mouimientos y luzes alteran el ayre, y la mar, y la tierra, y ansí causan diuersos efetos de tiempos, es a saber humido, seco, nublado sereno, lluvioso, ventoso, y de otras muchas maneras. Que los cielos y estrellas tengan virtud natural para caasar estos efetos, dizelo muy claro la santa Escritura, porque quando Dios los criò dixo: Quiero que sean causas para hazer diuersidad de tiempos, dias,

meses, y años, etc."⁶⁵

En La cueva de Salamanca, Alarcón se sirvió de la ^{tema} leyenda que fué/también del famoso entremés de Cervantes del mismo título:

La parlera fama allí
Ha dicho que hay una cueva
Encantada en Salamanca,
Que mil prodigios encierra;
Que una cabeza de bronce,
Sobre una cátedra puesta,
La mágica sobrehumana
En humana voz enseña;
Que entran algunos a oírla;
Pero que de siete que entran,
Los seis vuelven a salir,
Y el uno dentro se queda. (66)

Su historia es: "La leyenda de la cueva de Salamanca hace suponer que un sacristán llamado Clemente Potosí, de la parroquia de San Cebrián, tenía enseñanza de ciencias ocultas y maléficas en una cueva llamada de Clemencín, a la cual se entraba por la sacristía de aquella parroquia, hoy desaparecida. Concurrían a ella varios estudiantes, hay quien dice que siete, y estudiaban siete años, al cabo de los cuales salían consumados magos o hechiceros seis de ellos, no volviéndose a ver al séptimo, porque el diablo, que era el profesor, se lo había llevado en pago de la enseñanza."⁶⁷

Alarcón da idea de cómo era de grande, según la leyenda:

Pero dime: ¿qué se ha hecho
Don Juan?
-- For ser, como ves
Esta cueva para tres
Aposento tan estrecho,
Y por estar de su casa

Cerca la iglesia mayor,
Retraído allí, mejor
Estos infortunios pasa.

(68)

Y después refiere su versión de ella:

Oid de la cueva, Enrique,
La relación verdadera.
Retórica la fama, de figura
Alegórica usando, significa
La verdad de la cueva en la pintura
Esta que veis, obscura casa, chica,
Cueva llamé, porque su luz al cielo
Por la puerta no más le comunica,
Y porque una pared al mismo suelo
Le hace a las espaldas con la cuesta
Que a la iglesia mayor levanta el vuelo.
Y la cabeza de metal, que puesta
En la cátedra, da en lenguaje nuestro
A la duda mayor clara respuesta,
Es Enrico, un francés, que el nombre vuestro,
El mismo divagar, los mismos casos,
Y el que tuviste vos, tuvo maestro.
De Merlín como vos, siguió los pasos,
Y al fin, pródigo aquí de su riqueza,
De magia informa juveniles vasos;
Y porque excede a la naturaleza
Fragil del hombre su saber inmenso,
Se dice que es de bronce su cabeza.
De siete que entran, que uno pague el censo,
Los pocos que, de muchos estudiantes,
La ciencia alcanzan, declararnos pienso.
La falda ocupan muchos caminantes
Al apolíneo monte, y pocos besan
Las aras en la cumbre relumbrantes.
Enrico está en escuelas; que no cesan
En casi edad caduca sus intentos
De seguir el estudio que profesan.
De ellas oye humildes rudimentos
De las ciencias que ignora; y da en su casa,
De las que sabe, claros documentos. (69)

Veamos qué concepto tenía Juan Ruiz de Alarcón de todas las supersticiones mencionadas aquí. Quizás los versos que siguen nos puedan dar una idea de lo que dictaba la lógica, aunque hemos de creer que por la afición que ha demostrado tener por algunas de las supersticiones, no era enemigo de todas aquellas:

Toda regla general
 Es peligrosa y incierta,
 Y usando de diversiones
 Se declaran las materias.
 La mágica se divide
 En tres especies diversas:
 Natural, artificiosa,
 Y diabólica. De aquestas
 Es la natural la que obra
 Con las naturales fuerzas
 Y virtudes de las plantas,
 De animales y de piedras.
 La artificiosa consiste
 En la industria o ligereza
 Del ingenio o de las manos,
 Obrando cosas con ellas
 Que engañen algún sentido,
 Y que imposibles parezcan,
 Estas dos lícitas son,
 Con que este modo no excedan;
 Mas con capa de las dos
 Disimulada y cubierta,
 El demonio entre los hombres
 Introdujo la tercera;
 Que el mal que quiere engañar,
 Con máscara de bien entra;
 Que no pudiera viniendo
 Con la cara descubierta,
 La diabólica se funda
 Con el pacto y conveniencia
 Que con el demonio hizo
 El primer inventor della.
 Pruébolo así: Por virtud
 De palabras esta ciencia
 Obra prodigios, que admira
 La misma naturaleza:
 Luego los obra en virtud
 Del pacto implícito, en ellas
 Contraído, del demonio.
 Pruébese la consecuencia.
 Ninguna cosa corrompe,
 Engendra, muda ni altera,
 Si no tiene acción real
 Para hacer en quien padezca.
 Las palabras no la tienen,
 Ni puede de cuerpos y ellas
 Darse contacto real:
 Luego ni cuerpos ni esencias
 Alteran naturalmente:
 Luego es forzoso que tengan
 Fuerza sobrenatural;
 No les ha dado Dios ésta:
 Luego dársela el demonio

Es fuerza que se conceda.
 Más: si en las mismas palabras
 Esta virtud estuviera,
 Dichas por cualquiera, obraran,
 Sin el arte; por sí mismas,
 Como el hielo siempre enfría,
 El fuego siempre calienta,
 Tal vez a nuestro pesar,
 Por ser su naturaleza;
 Es así que las palabras
 Que el arte mágica enseña,
 No obran sin la atención
 Del que obrar quiere con ellas,
 O sin mirar a tal parte,
 Bajar o alzar la cabeza:
 Luego si obran, no es por sí,
 Sino por virtud ajena.
 El argumento traído
 De lo que en la santa Iglesia
 Pueden las palabras, hace
 Mi opinión más verdadera,
 Pues obran por la virtud
 Que la Majestad eterna
 Les dió, cuando instituyó
 Sus sacramentos en ella:
 Luego no obraran por sí
 Si esta ley no les pusiera;
 Y en requerir la intención
 Del que las dice, se muestra
 Que ellas no tienen por sí,
 Natural virtud ni fuerza
 En caracteres, figuras,
 Líneas, señales y letras.
 ¿Quién duda que sus efectos
 De aqueste pacto procedan?
 Pruébolo: Decís, Enrico,
 Que por lo que se semejan
 A los signos celestiales,
 Reciben dellos su fuerza:
 Luego los signos mejor
 Esos efectos hicieran,
 Obrando inmediatamente
 En las humanas materias;
 No los hacen, sin que en ellos
 Tal carácter intervenga:
 Luego el carácter no obra
 Por celestial influencia.
 Demás de que aquellos signos
 Que figuramos estrellas,
 Son un ente de razón,
 No figuras verdaderas;
 Que ni hay escorpión, ni hay osas;
 Y no habrá quien no conceda

Que lo que no es no puede,
 En lo que es tener agencia.
 Fuera desto: al carácter
 Añade palabras ciertas
 El mágico para obrar:
 Luego no está en él la fuerza.
 Añado más: ¿qué virtud,
 Que actividad, qué potencia
 Tiene un carácter inútil,
 Corta línea o breve letra,
 Para formar de repente
 Nubes, truenos, valles, sierras,
 Cosas que sin mucho espacio
 No puede naturaleza?
 Luego si su modo exceden,
 Los obran algunas fuerzas
 Sobrenaturales: luego
 Diabólica inteligencia.
 Los argumentos que Enrico
 Ha propuesto en su defensa
 Son falsos; que en los espejos
 El eco y consonas cuerdas,
 Por percusiones reales
 Obra la naturaleza.
 Que entre otras ciencias tuviesen
 Salomón y Adán aquesta,
 Es verdad; pero tuvieron
 Las dos especies primeras,
 Natural y artificiosa;
 Mas la tercera se niega.
 Que tengan los animales
 Ciertas virtudes secretas,
 Concedo; pero también
 El hombre muchas encierra,
 Y la virtud natural
 De las cosas no se niega.
 Los números y los nombres
 Son una cosa discreta
 Ni sustancia ni accidente:
 Luego para obrar sin fueras
 En la música las voces,
 En tal número consueñan;
 Mas no del número nace
 Esta consonancia en ellas:
 Y así es forzoso afirmar
 Lo que muchos santos prueban,
 Que es ilícita, pues obra
 Por el demonio esta ciencia.

(70)

Y para terminar con esta exposición de las supersticio-
 nes, en cuanto se relacionan con la obra de Alarcón, son de

citar ~~estos~~ versos dirigidos a sus contemporáneos:

Que llevas mal agüero
 En que principio haya dado
 A este caso la poesía.
 -- Calla, necio: ¿en la porfía
 Del vulgo ignorante has dado? (71)

.

.

.

.

. . .

. .

.

CONCLUSIONES

TABLA DE LA FRECUENCIA DE LAS CITAS USADAS EN ESTE TRABAJO, SEGUN APARECEN EN LAS OBRAS DE JUAN RUIZ DE ALARCON:

La tabla que sigue está basada en las citas utilizadas en este trabajo, tomadas todas de la edición de las obras completas de nuestro dramaturgo, dirigida por E. Abreu Gómez. El ha puesto las obras en su supuesto orden cronológico; la cronología es el resultado de los estudios de varios eruditos, y no hay por qué dudar de su validez en este estudio.

Nombre de la obra.	Capítulos						Total
	I	II	III	IV	V	VI	
El desdichado en fingir	0	0	3	6	0	3	12
La culpa busca la pena y el agravio la venganza	0	3	4	6	2	1	16
La cueva de Salamanca	7	5	2	0	3	11	28
La industria y la suerte	0	3	6	1	1	0	11
Quien mal anda en mal acaba	0	1	1	2	0	4	8
El semejante a sí mismo	0	4	3	2	1	0	10
La prueba de las promesas	0	3	8	3	2	4	20
La verdad sospechosa	2	11	5	7	1	0	26
Los favores del mundo	0	9	2	4	0	1	16
Las paredes oyen	0	17	2	2	2	1	24
Mudarse por mejorarse	0	7	1	1	1	0	10
Todo es ventura	0	11	4	2	4	0	21
Siempre ayuda la verdad	0	0	4	3	1	1	9
Ganar amigos	0	5	0	0	0	0	5
El examen de maridos	0	8	9	1	1	0	19
No hay mal que por bien no venga	0	4	5	0	0	0	9
Los empeños de un engaño	0	3	3	3	1	0	10
El dueño de las estrellas	0	0	1	2	1	1	5
La amistad castigada	0	2	0	0	0	0	2
La manganilla de Melilla	0	1	0	2	0	3	6
El Anticristo	0	0	0	0	0	3	3
El tejedor de Segovia (I)	no usada por ser dudosa						-
El tejedor de Segovia (II)	0	4	4	1	0	0	9
Los pechos privilegiados	0	4	2	0	0	1	7
La crueldad por el honor	0	6	0	2	1	1	10
							296

Las citas del cuadro anterior no son naturalmente de igual extensión; las hay de tres versos y otras de hasta ciento sesenta, pero creo que con ellas de todas formas se puede llegar a ciertas conclusiones.

En el primer capítulo, sobre Salamanca, sólo se han usado nueve pasajes, siete de La cueva de Salamanca y dos de La verdad sospechosa. Son estos pasajes recordatorio de la vida de los estudiantes en esa ciudad universitaria. Pocos son los defectos que señala con intento de corrección, pues habla de Salamanca casi siempre con el orgullo del que ha participado en la pintoresca vida, en sus aspectos serio y pícaro. El recuerdo de esos incidentes persiste en el poeta como es de ver en la escena en que trata de los exámenes para el doctorado (en la comedia La cueva de Salamanca) o cuando se hace la defensa de la magia en la Catedral de Salamanca.

En el examen del ambiente madrileño se utilizaron ciento once pasajes, la mayoría tomados de obras que se caracterizan por un propósito evidentemente didáctico, tales como La verdad sospechosa, Los favores del mundo, Las paredes oyen, Mudarse por mejorarse, Todo es ventura, El examen de maridos. En estas comedias el costumbrismo se encamina a señalar defectos. En contraste con la vida de Salamanca expuesta con cierto afecto, el poeta expone aventuras y lugares famosos de Madrid rara vez con afectuoso comentario.

En el capítulo dedicado al hombre la mayor parte de las citas (unas sesenta y nueve) proceden de las comedias

de carácter didáctico, y contrastan con las que relatan sucesos históricos como La manganilla de Melilla; o la historia es motivada por razones religiosas, como El Anticristo (obra que fracasó); o que utilizan elementos folklóricos, como El Tejedor de Segovia (2a. parte), o La cueva de Salamanca.

Esa misma distribución prevalece en los comentarios sobre la mujer que cuentan unas cincuenta citas. Alarcón muestra preocupación por exponer algunos defectos generales de la mujer, su moralidad, su modo de vestir.

Comentarios sobre los corrales de Madrid y el público que a ellos acude comprende unos veintidos pasajes que ofrecen una exposición pintoresca más que crítica, aunque es cierto que en cuanto se refiere a la actitud de los llamados mosqueteros (gente a sueldo para promover elogios o censura), muestra la molestia que en algunas ocasiones le causó, singularmente en la única representación de El Anticristo.

Treinta y cinco pasajes que tratan de hechicerías y otras supersticiones corrientes en la época provienen de comedias que no acentúan propósitos didácticos. Naturalmente en la Cueva de Salamanca el poeta recuerda leyendas y tradiciones que recogió durante su estancia en esa ciudad. La exposición crea un ambiente y en ocasiones intención crítica. En cuanto a la astrología se refiere, aparentemente la consideraba Alarcón con el respeto característica del tiempo. En El dueño de las estrellas, siguiendo el

espíritu dogmático, sienta la conocida teoría de que las estrellas inclinan más no fuerzan el albedrío.

Es curioso observar que nunca intentó presentar una obra cuyo ambiente describiera la tierra en que había nacido, aunque el público de la época gozaba de obras que intentaban representar algo distinto y exótico, según los conceptos del siglo. Alarcón está hablando del ambiente en que vivía, o en que había vivido, y sus personajes principales son, en la mayoría de los casos, españoles, aunque Alarcón les llame otra cosa. Cuando él evoca su pasado, lo hace con las excepciones notadas en la introducción, para recordar sus días en Salamanca, como en La cueva de Salamanca y La verdad sospechosa, visitas que debe haber hecho a Alcalá de Henares, en Las paredes oyen, Todo es ventura; sus días en Sevilla en La industria y la suerte, El semejante a sí mismo, Ganar amigos. Las obras que Alarcón colocaba en países tan desconocidos para él como para su público son: Quien mal anda en mal acaba, El desdichado en fin-gir, Siempre ayuda la verdad, El dueño de las estrellas, La amistad castigada, que pasan en Deza, Bohemia, Lisboa, Creta, Sicilia (Siracusa).

En resumen, examinando el ambiente español representado por Alarcón en sus obras es de considerar que ya con intención crítica o simplemente irónica, la vida de España por él vivida es su preocupación. Raras son las ocasiones en que recuerda su lugar de nacimiento. Si señala defectos

ajenos la intención moralista es evidente, aunque no es imposible dejar de ver una actitud defensiva dados los ataques de que fué objeto por su carácter y por su deformidad.

Estas páginas no presumen de haber presentado el ambiente de modo exhaustivo y definitivo, y sí solo la corroboración que ofrece Alarcón del panorama que nos dan otros costumbristas. --

.

NOTAS

Todas las citas tomadas de las obras de Alarcón proceden del tomo siguiente: Juan Ruiz de Alarcón, Teatro completo, Introducción por E. Abreu Gómez, (México, 1951). En las obras que están divididas por escenas se da el número del acto y de la escena. En las que no están divididas de esta manera, la página en que se encuentra la cita. Se simplifican las notas con la clave siguiente:

<u>El desdichado en fingir</u>	<u>Desd</u>
<u>La culpa busca la pena y el agravio la venganza</u>	<u>Culpa</u>
<u>La cueva de Salamanca</u>	<u>Cueva</u>
<u>La industria y la suerte</u>	<u>Indust</u>
<u>Quien mal anda en mal acaba</u>	<u>Quien</u>
<u>El semejante a sí mismo</u>	<u>Seme</u>
<u>La prueba de las promesas</u>	<u>Prueba</u>
<u>La verdad sospechosa</u>	<u>Verdad</u>
<u>Los favores del mundo</u>	<u>Favores</u>
<u>Las paredes oyen</u>	<u>Paredes</u>
<u>Mudarse por mejorarse</u>	<u>Mudar</u>
<u>Todo es ventura</u>	<u>Todo</u>
<u>Siempre ayuda la verdad</u>	<u>Siempre</u>
<u>Ganar amigos</u>	<u>Ganar</u>
<u>El examen de maridos</u>	<u>Examen</u>
<u>No hay mal que por bien no venga</u> o <u>Don Domingo de</u>	
<u>Don Blas</u>	<u>Mal</u>
<u>Los empeños de un engaño</u>	<u>Empeños</u>
<u>El dueño de las estrellas</u>	<u>Dueño</u>
<u>La amistad castigada</u>	<u>Amistad</u>
<u>La manganilla de Melilla</u>	<u>Manga</u>
<u>El Anticristo</u>	<u>Anti</u>
<u>El tejedor de Segovia</u> (primera parte)	<u>Teje I</u>
<u>El tejedor de Segovia</u> (segunda parte)	<u>Teje II</u>
<u>Los pechos privilegiados</u>	<u>Pechos</u>
<u>La crueldad por el honor</u>	<u>Cruel</u>

.

INTRODUCCION

1. Alarcón, op. cit., págs. VI-IX.
2. Serge Denis, La Langue de J.R. de Alarcón, (París, 1943)
pág. 56.
3. -- -- -- --, "Notes sur Madrid Dans le théâtre d'Alarcón", en Les Langues Modernes, Vol.37 (París, 1939), 253.

1. Grados De bachilleramientos. En todas facultades, desde 22 de abril de 1597 años // 1598 años (de la Universidad de Salamanca) pág. 68.
2. M. Herrero García, Ideas de los españoles del siglo XVII, (Madrid, 1928) pág. 121.
3. A. Valbuena Prat, La Vida española en la edad de oro, según sus fuentes literarias, (Barcelona, 1943) pág. 61.
4. Vicente de la Fuente, Historia de las Universidades, Colegios y demás establecimientos de enseñanza en España, 4 vols., Vol. II (Madrid, 1884-89), pág. 231.
5. Adolfo Bonilla y San Martín, La vida corporativa de los estudiantes españoles en sus relaciones con la historia de las Universidades, (Madrid, 1914) pág. 71.
6. J. García Mercadal, España vista por los extranjeros, Vol. III (Relaciones de viajeros y embajadores, siglo XVII), (Madrid, 1924?) pág. 68.
7. Ibid.
8. Julio Monreal, Cuadros viejos, (Madrid, 1878) págs. 266-267.
9. A. Maestre y Alonso, "La Universidad de Salamanca; recuerdos del siglo XVII", en Revista de España, Vol. 128, (Madrid, 1890) pág. 43.
10. Alejandro Vidal y Díaz, Memoria histórica de la Universidad de Salamanca, (Salamanca, 1869) pág. 69.
11. V. de la Fuente, op. cit., pág. 95.
12. Ibid.
13. Alarcón, Cueva, I, pág. 121b.
14. Aubrey F.G. Bell, Luis de Leon (A Study of the Spanish

Renaissance, (Oxford, 1925) págs 75-76.

15. Ibid.
16. V. de la Fuente, op. cit., pág. 240.
17. J. García Mercadal, op. cit., pág. 117.
18. Ibid., págs. 98-99.
19. A. Maestre y Alonso, op. cit., pág. 44.
20. J. García Mercadal, op. cit., pág. 71.
21. A. Vidal y Díaz, op. cit., pág. 20. Véase también págs. 49-50.
22. A. Maestre y Alonso, op. cit., pág. 39.
23. Ibid., pág. 41.
24. J. García Mercadal, op. cit., pág. 35. Véase también A.F.G. Bell, op. cit., págs. 69-70 et *passim*.
25. A. Maestre y Alonso, op. cit., págs. 45-46.
26. Ibid., pág. 46.
27. A. Vidal y Díaz, op. cit., pág. 78.
28. A. Bonilla y San Martín, op. cit., pág. 86
29. J. García Mercadal, op. cit., págs. 69, 70, 135-136.
30. Alarcón, Cueva, Acto III, pág. 155a y b.
31. Ibid., págs. 157 a y b, 158 a y b, 159 a y b.
32. J. Monreal, op. cit., págs. 276-277.
33. Alarcón, Cueva, Acto II, págs. 130b-131a.
34. A. Vidal y Díaz, op. cit., pág. 76.
35. Ibid.
36. Ibid., pág. 69. Véase también J. García Mercadal, op. cit., pág. 17.
37. A.F.G. Bell, op. cit., págs 65-66.

38. J. García Mercadal, op. cit., pág. 76
39. Ibid.
40. Alarcón, Verdad, III, viii.
41. A. Vidal y Díaz, op. cit., pág. 17.
42. J. Monreal, op. cit., pág. 247.
43. A. Vidal y Díaz, op. cit., pág. 95
44. J. García Mercadal, op. cit., pág. 58.
45. J. Monreal, op. cit., pág. 269.
46. J. García Mercadal, op. cit., págs. 7-8.
47. Ludwig Pfandl, Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos XVI y XVII, 2a. edición española, prólogo del P. Félix García, (Barcelona, 1929) págs. 111-112.
48. Alarcón, Cueva, Acto II, pág. 132b.
49. A. Maestre y Alonso, op. cit., pág. 42.
50. J. Monreal, op. cit., págs. 250-251.
51. Jerónimo de Alcalá y Yañez, Alonso, mozo de muchos amos, o El donado hablador, (? , 1625) pág. 20.
52. Alarcón, Verdad, I, ii.
53. Ibid., II, v.
54. Christoval Suárez de Figueroa, Plaza universal de todas ciencias y artes, parte traducida de Tossano, y parte compuesta por..., (Madrid, 1615) pág. 321.
55. J. García Mercadal, op. cit., pág. 99.
56. Alarcón, Cueva, Acto I, pág. 112 a y b.
57. J. de Alcalá y Yañez, op. cit., pág. 17.
58. C. Suárez de Figueroa, op. cit., pág. 321.
59. Alarcón, Cueva, Acto I, pág. 107 a y b.

60. Alarcón, Cueva, Acto I, pág. 110a.
61. Ibid., pág. 113b.
62. J. García Mercadal, op. cit., págs. 129-130.
63. J. de Alalá y Yañez, op. cit., pág. 21.
64. J. García Mercadal, op. cit., pág. 172.
65. "Cartas de algunos PP. de la Compañía de Jesús", Tomo IV, en Memorial histórico español, Tomo XVI (Madrid, 1862), págs. 244-245.
66. Ibid., págs. 106-107.
67. J. de Alalá y Yañez, op. cit., pág. 12.

También en J. Monreal, op. cit., págs. 275 y 270 se

puede leer lo siguiente: "En tiempos de vacantes solían reunirse en grupos, que llamaban bigornias, y andando el tiempo tunas, corriendo de pueblo en pueblo fraguando burlas que jugar a los confiados pájaros. Acompañábase de instrumentos mísicos, con que improvisaban bailes y jiras, sobre todo en las romarías, que las había famosas, dando lugar con su vida bulliciosa y libre a más de cuatro desórdenes."... "Hacer obispillo a uno consistía en ponerle una corozza o mitra de cartón con otras insignias episcopales a lo burlesco, llevándole en andas, motejándole con chanzonetas punzantes y otras bromas, pesadas a veces... Consistía el dar trato por el verdugo, en atar al reo las manos a la espalda, con una larga cuerda, pasada por una polea, por medio de la cual se le suspendía a cierta altura, dejándole caer de improviso, pero sin que tocase en tierra, experimentando sólo el efecto de la sacudida."

68. J. García Mercadal, op. cit., pág. 10.
69. J. Monreal, op. cit., pág. 266. Véase también A. Vidal y Díaz, op. cit., págs. 46, 70, 99-100; A. Bonilla y San Martín, op. cit., págs. 71, 75; C. Suárez de Figueroa, op. cit., pág. 320; y J. García M., op. cit., 86.
70. A. Maestre y Alonso, op. cit., pág. 46.

71. J. Monreal, op. cit., pág. 280.
72. J. García Mercadal, op. cit., págs. 121-122.
73. Ibid.
74. Ibid., pág. 188
75. Agustín de Rojas Villandrando, El Viaje entretenido,
ed. y prólogo de Justo García Morales, (Madrid, 1945) 331-2.
76. Miguel de Cervantes Saavedra (?), La Tía fingida, ed.
publicada por A. Bonilla y San Martín, (Madrid, 1911)
págs. 64-67.
77. A. Vidal y Díaz, op. cit., pág. 55. Véase también V.
de la Fuente, La sopa de los conventos, 2a. ed. (Cadiz,
1871), págs. 187-188.
78. A. Maestre y Alonso, op. cit., pág. 38.

CAPITULO II

1. Pascual Madoz, Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar, Tomo X, (Madrid, 1847) pág. 945a.
2. Ramón de Mesonero Romanos, El Antiguo Madrid, Nueva (2a?) edición, Tomo I, (Madrid, 1881) pág. 34.
3. José Deleito y Piñuela, Sólo Madrid es Corte, (Madrid, 1942) pág. 20.
4. Ibid.
5. Ibid., pág. 22
6. Ibid., pág. 124.
7. Madoz, op. cit., págs. 668-669.
8. Juan Antonio Pellicer, Disertación histórico-geográfico sobre el origen, nombre y población de Madrid, así en tiempo de moros como de cristianos, (Madrid, 1803) 50.
Véase también Gil González DAuila, Teatro de las Grandezas de la Villa de Madrid. Corte de los Reyes Católicos de España, (Madrid, 1623), pág. 53.
9. J. Deleito y Piñuela, Madrid, pág. 251.
10. Ibid., pág. 15.
11. Ibid., pág. 18.
12. Alarcón, Favores, III, xvii.
13. J. Deleito y Piñuela, Madrid, págs. 23-24.
14. Alarcón, Mal, I, xv.
15. - - - -, Teje II, I, xix.
16. - - - -, Mal, I, xiv.

17. Ibid., I, xv.
18. J. Deleito y Piffuela, La mujer, la casa y la moda, (Madrid, 1946) pág. 87. Véase también J. Monreal, op. cit., págs. 291-292, 293, 301, 311.
19. J. Deleito y Piffuela, Madrid, pág. 200.
20. Ibid., págs. 216-217.
21. A. Valbuena Prat, op. cit., pág. 246. Véase también J. Monreal, op. cit., págs. 56-57; C. Suárez de Figueroa, op. cit., pág. 300; J. Deleito y Piffuela, Madrid, 209, 211, 214.
22. Anales de Madrid de León Pinelo, Edición y estudio crítico del manuscrito número 1.255 de la Biblioteca Nacional por Ricardo Martorell Téllez-Girón, (Madrid, 1931) pág. 128.
23. J. Deleito y Piffuela, Madrid, 38.
24. Ibid., pág. 150.
25. R. de Mesonero Romanos, op. cit., Tomo II, pág. 131.
26. Ibid.
27. Alarcón, Paredes, Acto I, pág. 517a.
28. Ibid., I, xvii.
29. - - - -, Mudar, I, xi.
30. Ibid., I, x.
31. J. Deleito y Piffuela, Madrid, pág. 62. Véase también Ibid., pág. 229.
32. Ibid., pág. 234.
33. Alarcón, Toch, I, 1.
34. Ibid., I, iii.

35. Ibid., I, xiv.
36. J. Deleito y Piffuela, Madrid, págs. 244-245.
37. Juan de Zabaleta, El día de fiesta por la mañana (El día de fiesta por la tarde), Prólogo, ed. y notas de María Sanz Cuadrado, (Madrid, 1948) pág. 52.
38. Alarcón, Verdad, I, ix.
39. Zabaleta, op. cit., pág. 126.
40. Ibid.
41. Alarcón, Verdad, I, vii.
42. J. Deleito y Piffuela, Madrid, 241.
43. Alarcón, Favores, I, 1.
44. R. de Mesonero Romanos. op. cit., Tomo II, pág. 95.
45. Alarcón, Paredes, I, viii. Véase también Todo, I, v.
46. - - - -, Culpa, III, vi.
47. - - - -, Mudar, I, vi.
48. - - - -, Verdad, II, ix.
49. - - - -, Prueba, II, págs. 357b- 358a.
50. - - - -, Favores, I, 1.
51. - - - -, Empeño, II, vi.
52. - - - -, Teje I, I, xvi.
53. - - - -, Verdad, III, x.
54. A. Valbuena Prat, op. cit., pág. 241.
55. Ibid.
56. J. Deleito y Piffuela, Madrid, págs. 110-111.
57. Ibid., pág. 114. Aclara Deleito: "La opilación era una dolencia típica de las damiselas del siglo XVII. Consistía en un desarreglo orgánico, que obstruía el paso

de ciertos humores y daba a las jóvenes un tinte de la tez pálido y amarillento, y aun ciertas anomalías de humor. La opilación era un comodín, como el moderno histerismo, para explicar todo equilibrio en la mujer."

(En Ibid.)

58. J. Deleito y Piñuela, Madrid, pág. 95.
59. José Antonio Alavarez y Baena, Compendio histórico de las grandezas de la coronada villa de Madrid, corte de la monarquía de España, (Madrid, 1786) pág. 214.
60. Ibid., pág. 223.
61. Ibid., pág. 23.
62. Ibid., pág. 226.
63. Ibid., págs. 21-22.
64. Alarcón, Paredes, I, xvii.
65. J. Monreal, op. cit., pág. 147.
66. Elías Tormo, Las Iglesias del antiguo Madrid, 2 Fascículos, Fás. I, (Madrid, 1927) págs. 83-84.
67. J. Deleito y Piñuela, Madrid, 205.
68. E. Tormo, op. cit., pág. 225.
69. Alarcón, Culpa, II, vii.
70. - - - -, Todo, II, ix.
71. - - - -, Ibid., I, x. Véase también Ibid., I, ix.
72. - - - -, Verdad, II, xiii.
73. J. Deleito y Piñuela, Madrid, pág. 88.
74. R. de Mesonero Romanos, op. cit., Tomo I, pág. 169.
75. P. Madoz, op. cit., pág. 776.
76. R. de Mesonero Romanos, op. cit., Tomo I, págs. 64-65.

77. J. García Mercadal, op. cit., pág. 137.
78. Antonio Lilián y Verdugo, Guía y avisos de forasteros que vienen a la Corte, ed. Biblioteca Selecta de Clásicos Españoles (RAE), (Madrid, 1923) pág. 78.
79. Luis de Cabrera de Cordoba, Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614, (Madrid, 1857) pág. 456.
80. Alarcón, Paredes, I, xvii.
81. - - - -, Favores, III, ix.
82. - - - -, Prueba, Acto I, pág. 345a.
83. - - - -, Seme, III, 1.
84. - - - -, Cruel, III, iii.
85. Ibid.
86. - - - -, Empeños, III, iii.
87. - - - -, Examen, II, xiv.
88. Ibid., I, ix.
89. - - - -, Prueba, Acto III, pág. 375b.
90. - - - -, Todo, I, 1.
91. Ibid., I, x.
92. - - - -, Verdad, I, iii.
93. - - - -, Todo, I, viii.
94. - - - -, Mudar, III, iv.
95. - - - -, Favores, I, vii.
96. - - - -, Verdad, I, ii.
97. Ibid.
98. - - - -, Favores, I, iii.
99. Ibid., III, ix.

100. - - - -, Cueva, Acto II, págs 131a y b.
101. - - - -, Mudar, II, vii.
102. - - - -, Amistad, I, ix.
103. Ibid., III, iv.
104. - - - -, Teje II, II, iii.
105. - - - -, Pechos, III, iii.
106. - - - -, Favores, II, ii.
107. - - - -, Pechos, I, i.
108. - - - -, Ibid, I, v.
109. J. Deleito y Piñuela, El Rey se divierte, (Madrid, 1935), págs. 98-99.
110. Ibid., pág. 97.
111. A. Morel-Fatio, L'Espagne au XVIe et au XVIIe siècles, (Heilbronn, 1878) pág. 176.
112. J. Deleito y Piñuela, El Rey, pág. 153. Añade Deleito, en la pág. 154: "Para galanterías (a las damas de la Corte) debía el caballero pedirles lugar. Si ellas le otrogaban, daban con ello a su galán derecho para estar cubiertos, no sólo ante ellas, sino ante la misma soberana, pues se les consideraba embebecidas; es decir, tan absortos por sus damas, que no reparaban hallarse de la majestad real. De modo que las damas, como dice Morel Fatio, 'creaban, por decirlo así, grandes de amor, con igual preeminencia que los grandes de España!'"
113. Pedro Pérez de la Sala, "Costumbres Españolas en el siglo XVII", en Revista de España, Tomo CXXXIV, págs. 425-42 y 524-543, y Tomo CXXXV, págs. 192-208 y 330-

- 342, (Madrid, 1891) Tomo CXXXV, pág. 208.
114. Alarcón, Culpa, II, iii.
115. - - - -, Examen, III, ix. Véase también Antonio Rodríguez Villa, La Corte y monarquía de España en los años 1636 y 1637, (Madrid, 1886), págs. 33, 167, 214-215, 247; Pfandl, op. cit., pág. 244, y Cabrera, op. cit., pág. 276.
116. L. Pfandl, op. cit., pág. 105.
117. Alarcón, Verdad, II, ix.
118. - - - -, Indust, II, xiii.
119. - - - -, Teje I, III, iii.
120. - - - -, Empeños, III, iii.
121. - - - -, Indust, I, vii.
122. - - - -, Verdad, III, ii.
123. - - - -, Siempre, I, xix.
124. - - - -, Examen, II, xiv. Véase también - - - -, Indust, II, xiii.
125. - - - -, Examen, II, vi.
126. - - - -, Ganar, II, v.
127. - - - -, Teje II, I, xiv.
128. J. Deleito y Piñuela, La mala vida en la España de Felipe IV, prólogo de Gregorio Marañón, (Madrid, 1948) pág. 127.
129. Ibid., pág. 131.
130. C. Suárez de Figueroa, op. cit., págs. 263-265. Véase también Ricardo Sepúlveda, Antiguallas, (Madrid, 1898) pág. 283.

131. Ibid.
132. Ibid., págs. 284-285.
133. Ibid., pág. 286.
134. Miguel de Cervantes Saavedra, Rinconete y Cortadillo,
ed. crítica por F. Rodríguez Marín, 2a. impresión,
(Madrid, 1910) pág. 86.
135. J. Deleito y Pifruela, Mala vida, pág. 108.
136. Ibid., pág. 182.
- 136A. Alarcón, Indust., III, xv.
137. J. Monreal, op. cit., págs. 44-45.
138. Ibid., pág. 26.
139. Ibid.
140. A. de Rojas Villandrando, op. cit., pág. 137. Véase
también C. Suárez de Figueroa, op. cit., pág. 293.
141. Alarcón, Siempre, III, ix.
142. - - - -, Teje II, II, 1.
143. - - - -, Prueba, Acto III, pág. 376a.
144. José Amador de los Ríos, Historia de la Villa y Corte
de Madrid, Tomo III, (Madrid, 1863) pág. 287.
145. "Cartas de algunos de los PP. de la Compañía de Jesus,"
Tomo II, en Memorial histórico español, Real Acad. de
Historia, Tomo XIV (Madrid, 1862), págs. 5-6.
146. Ibid., Tomo IV, pág. 233.
147. Alarcón, Cueva, Acto II, págs. 135a y 136b.
149. J. García Mercadal, Estudiantes, sopistas y pícaros,
(Madrid, 1934), págs. 205-206.
150. Alarcón, Mal, I, x.

151. J. de Zabaleta, op. cit., pág. 180.
152. A. Liñán y Verdugo, op. cit., pág. 140.
153. J. García Mercadal, Estudiantes, pág. 211.
154. M. de Cervantes Saavedra, Rinconete, pág. 51.
155. A. Liñán y Verdugo, op. cit., pág. 197.
- 155b. J. García Mercadal, Estudiantes, pág. 199.
156. A. Liñán y Verdugo, op. cit., págs. 196-197.
157. Ibid., 192.
158. Alarcón, Cruel, II, viii.
159. M. Herrero García, op. cit., pág. 315.
160. Ibid., pág. 319.
161. Alarcón, Verdad, I, v.
162. M. Herrero García, op. cit., pág. 318.
163. Ibid.
164. Ibid., pág. 316.
165. Alarcón, Manga, Acto II, pág. 1061b.
166. A. Morel-Fatio, op. cit., pág. 242.
167. Ibid., pág. 243
168. J. García Mercadal, España, pág. 11.
169. L. Pfandl, op. cit., págs. 204-205.
170. Alarcón, Teje II, III, 1.
171. A. de Rojas Villandrando, op. cit., pág. 97.
172. Alarcón, Examen, I, xiii.
173. - - - -, Quien, III, ix.
174. - - - -, Manga, Acto II, pág. 1072b.
175. J. Deleito y Pifuel, Madrid, pág. 167.
176. Ibid.

176. J. Deleito y Piñuela, Madrid, pág. 167.
177. Alarcón, Teje II, III, 11.
178. - - - -, Examen, III, x11.
179. - - - -, Indust, II, x11. Véase también las "Cartas de los Jesuitas..." Tomo III, pág. 383: El eminentísimo señor cardenal Borja, presidente de el Supremo de Aragón, despues de haber besado las manos a S.M. y dádole las buenas Pascuas, tuvo en su casa al dicho Consejo una famosa comedia, y el día siguiente les dió una famosa comida como se acosutmbra; los platos calientes fueron 90, y otros tantos de principios y postres; el adorno de la mesa fué grande, púsose en ella un castillo de mazapán de costras de azúcar, labrado de filigrana, de vara y media de alto, y en su concavidad y pórtico la adoracion de los Reyes con figuras de media vara, con muchos camellos. El Rey nuestro señor en figura de pastor, a quien acompañaba el Príncipe, tan parecido en el rostro que hasta hoy no se ha sacado retrato tan semejante y todo de azúcar. A los lados otros dos de jaletina, con sus torreones, unos llenos de peces vivos ~~vivos~~, nadando como por el aire; otros llenos de pájaros, que era todo admiración. También estaba allí Orfeo y atraía animales de alcorza con su melodía; seguía una danza de figuras todas de manteca y azúcar y un carro que le tiraban cuatro águilas, en que venían unos salchichones de Italia; otro que le tiraban cuatro grifos en que venían unos pernils, al parecer enteros, pero todos luchos lonjas, con grande sutileza; oí quien seguía una galera con todo lo necesario, y cada forzado de ella traía una fuente de natas; otra galera de lo mismo; otros dos navios cuyos faroles eran de manteca y azúcar, y a los lados bergantines que traían moscateles, y otras frutas; a esto seguían dos barcas remolcadas, llenas las tres de limas dulces dispuestas con su azúcar, las servilletas tan curiosamente aderezadas que parecían peces, navios y otras invenciones.
- 179A. Alarcón, Verdad, I, vii.
180. - - - -, Indust, II, x.
181. J. Deleito y Piñuela, La mujer, pág. 252.
182. Ibid., Pág. 271. Véase también Ibid., pág. 257.
183. - - - -, Cueva, Acto III, págs. 148b,-149a.
184. - - - -, Verdad, I, 111.

185. - - - -, Paredes, II, 11.
186. Ibid., III, 1.
187. Ibid.
188. L. de Cabrera de Cordoba, op. cit., pág. 212. Añade Cabrera, en la pág. 427: "Había muchos días que se hablaba en hacer nuevas premáticas y reformaciones, las cuales se publicaron la víspera de la Pascua de Reyes, en que se reducen los coches a cuatro caballos, y que no se puedan andar en ellos sino mugeres y con la señora del coche su marido, padre y abuelo y hijos pequeños solamente y todas las mugeres que quisiesen, como no vayan tapadas; y que no se puedan prestar a nadie, y que ningún hombre pueda ir en coche sin licencia para tenerlo, y que se registren todos los que hay dentro de treinta días, y no se pueda hacer ninguno de nuevo sin licencia del presidente de Castilla; y que dentro de este termino no puedan andar en ellos como hasta aquí, dando por causa la premática para quitarlos, que se afeminan los hombres andando en ellos, y así se cree que dará licencia con mucha dificultad."
189. J. Monreal, op. cit., pág. 105.
190. Alarcón, Cruel, III, 111.
191. J. Deleito y Pifuel, La mujer, pág. 251.
192. Alarcón, Todo, III, ix.
193. - - - -, Paredes, II, 1.
194. L. Pfandl, op. cit., págs. 237-238.
195. J. Amador de los Ríos, op. cit., págs. 283-284.
196. Anales de Madrid de León Pinelo, ed. cit., pág. 139.
197. Alarcón, Cruel, III, 111.
198. J. Deleito y Pifuel, La mujer, la casa y la moda, (Madrid, 1946) pág. 136.
199. Alarcón, Examen, III, x.
200. L. de Cabrera de Cordoba, op. cit., pág. 320.
201. A. Rodríguez Villa, op. cit., pág. 283-284.

202. Alarcón, Todo, III, xiii.
203. - - - -, Paredes, II, i.
204. - - - -, Mal, II, iv.
205. - - - -, Seme, II, i.
206. J. Deleito y Pifñuela, También se divierte el pueblo,
(Madrid, 1944) pág. 127. Véase también Ibid., págs.
107, 129.
207. Alarcón. Favores, III, vi.
208. - - - -, Empeños, III, ii.
209. J. Deleito y Pifñuela, También se divierte, pág. 129.
210. J. Monreal, op. cit., pág. 54.
211. Alarcón, Examen, II, xiv.
212. - - - -, Cruel, III, iii.
213. J. de Zabaleta, op. cit., pág. 62-63. Véase también
Ibid., págs. 64, 121.
214. Alarcón, Verdad, I, ii.
215. - - - -, Mudar, II, i.
216. - - - -, Paredes, I, i.
217. J. Deleito y Pifñuela, La mala vida, pág. 227.
218. L. Pfandl, op. cit., pág. 259.
219. Alarcón, Seme, I, i.
220. J. Deleito y Pifñuela, La mala vida, pág. 220.
221. Alarcón, Cueva, Acto II, pág. 139b.
222. Ibid., Acto II, pág. 138b.
223. J. Deleito y Pifñuela, También se divierte, pág. 102.
224. J. Amador de los Ríos, op. cit., pág. 273.
225. L. Pfandl, op. cit., pág. 239.

226. Ibid., pág. 241.
227. Ibid., pág. 262.
228. Alarcón, Paredes, I, xvii. Véase también J. Deleito y Piñuela, También se divierte, pág. 59.
229. Alarcón, Paredes, I, 11.
230. Ibid., I, 1x.
231. Ibid., I, xvi.
232. J. Deleito y Piñuela, También se divierte, pág. 33.
233. Ibid., pág. 35.
234. Ibid., pág. 29.
235. J. de Cabrera de Cordoba, op. cit., 451.
236. Alarcón, Favores, III, xvii. Véase también J. Deleito y Piñuela, Madrid, págs 128-129.
237. Gregorio Marañón, El Conde-Duque de Olivares (La pasión de mandar), 3a ed. nuevamente corregida y completada, (Madrid, 1952) pág. 225.
238. Ibid.
239. Alarcón, Paredes, II, 1.
240. Ibid., III, v.
241. Ricardo Sepúlveda, El Corral de la Pacheca (apuntes para la historia del teatro español), (Madrid, 1888) pág. 56.
242. J. García Mercadal, España, pág. 34.
243. J. Deleito y Piñuela, Madrid, pág. 126-127.
244. Ibid.
245. Alarcón, Paredes, I, xvi.
246. J. Deleito y Piñuela, Madrid, págs. 55-56.

247. Ibid., pág. 57.

248. Ibid., págs. 183-184.

249. Ibid., pág. 141.

250. Alarcón, Mudar, I, vi.

251. - - -, Seme, III, viii.

.

CAPITULO III

1. Alarcón, Verdad, I, viii.
2. - - - -, Examen, II, xiv.
3. J. Deleito y Piffuela, La mujer, pág. 217.
4. Ibid., pág. 204.
5. J. Monreal, op. cit., pág. 137-138. Véase también R. Sepúlveda, Antiguallas, págs. 133, 134, 137-138.
6. J. de Zabaleta, op. cit., págs. 138, 140.
7. Alarcón, Prueba, Acto III, pág. 364b.
8. - - - -, Todo, II, iii.
9. - - - -, Mal, I, 1.
10. - - - -, Culpa, I, xi.
11. J. Deleito y Piffuela, La mujer, pág. 211.
12. Alarcón, Verdad, I, iii.
13. L. de Cabrera de Cordoba, op. cit., pág. 323.
14. J. Monreal, op. cit., pág. 143.
15. J. Deleito y Piffuela, La mujer, págs. 213-214.
17. Ibid., pág. 210.
18. Alarcón, Mal, II, viii.
19. J. Deleito y Piffuela, La mujer, pág. 209.
20. Alarcón, Mal, I, xv.
21. J. de Zabaleta, op. cit., pág. 43.
22. Ibid., pág. 44.
23. Ibid., pág. 45.
24. Ibid., pág. 51.
25. Ibid., pág. 53.
26. Ibid.

27. Mateo de Lison y Biedma, Discursos y apuntamientos de ..., (Madrid, 1623) pág. 11b.
28. Alarcón, Mal, I, xiii.
29. Ibid., I, xi.
30. J. Monreal, "Media noche era por filo" (Costumbres del siglo XVII), en La Ilustración Española y Americana, (Madrid, 1884, 2o. semestre) pág. 275.
31. J. Deleito y Piñuela, La mujer, pág. 218.
32. Alarcón, Prueba, Acto I, pág. 336a.
33. - - - -, Examen, II, 111.
34. M. Herrero, op. cit., pág. 50
35. Ibid., págs. 51-52.
36. Alarcón, Prueba, Acto II, pág. 353b.
37. J. Deleito y Piñuela, La mala vida, pág. 62.
38. Ibid.
39. A. Rodríguez Villa, op. cit., pág. 68.
40. "Cartas de algunos PP. de la Compañía de Jesús sobre los sucesos de la monarquía entre los años de 1634 y 1648," Tomo I, en Memorial histórico español, Tomo XIII (Madrid, 1861) pág. 508.
41. Alarcón, Mudar, III, iv.
42. Karl Vossler, Algunos caracteres de la cultura española, 2a. ed., Col. Austral, (Madrid, 1944) pág. 126. Véase también L. Pfandl, op. cit., pág. 140.
43. Alarcón, Prueba, Acto I, pág. 341a y b.
44. - - - -, Paredes, I, 1.
45. - - - -, Prueba, Acto III, pág. 370b.

46. J. Deleito y Piñuela, La mujer, págs. 70-71.
47. Alarcón, Empeños, II, xii.
48. - - - -, Culpa, III, ix.
49. - - - -, Ganar, II, viii.
50. J. Deleito y Piñuela, La mujer, págs. 78-79.
51. Alarcón, Cueva, págs. 143b-144a.
52. - - - -, Empeños, III, xii.
53. - - - -, Cueva, Acto III, págs. 146b-147a.
54. - - - -, Dueño, III, xxvi.
55. J. Deleito y Piñuela, La mala vida, pág. 75.
56. Alarcón, Indust, II, vi.
57. J. Deleito y Piñuela, La mala vida, pág. 83.
58. Ibid., pág. 85. Véase también G. Marañón, El Conde-Duque, págs. 223, 230, y L. de Cabrera de Córdoba, op. cit., pág. 157.
59. Alarcón, Verdad, III, vii.
60. - - - -, Paredes, II, ii.
61. J. Deleito y Piñuela, La mujer, pág. 131.
62. Alarcón, Teje II, II, vi.
63. - - - -, Todo, I, ii.
64. - - - -, Indust, III, iv.
65. - - - -, Teje I, II, v.
66. - - - -, Todo, I, xv.
67. - - - -, Quien, I, viii.
68. - - - -, Seme, II, iv.
69. - - - -, Ganar, Acto II, pág. 750b.
70. - - - -, Siempre, I, iv.

71. - - - -, Examen, I, iv.
72. - - - -, Pechos, II, xii.
73. Diego de Hermosilla, Diálogo de los pajes, (Madrid, 1901) pág. 5.
74. Ibid., pág. 8.
75. Ibid., págs. 8-9.
76. Ibid., pág. 13.
77. Ibid., pág. 53.
78. Ibid., pág. 82.
79. Ibid., pág. 103.
80. J. Deleito y Piffuela, La mujer, pág. 137.
81. Ibid., págs. 138-139.
82. Ibid., pág. 130.
83. Ibid., 143-144.
84. J. Monreal, Cuadros viejos, pág. 172.
85. Adolfo de Castro y Rossi, Discurso acerca de las costumbres públicas y privadas de los españoles en el siglo XVII, fundado en el estudio de las comedias de Calderón, (Madrid, 1881), pág. 112.
86. Alarcón, Culpa, I, xi.
87. - - - -, Indust., I, ii.
88. - - - -, Teje II, I, i.
89. - - - -, Siempre, III, xxiii.
90. - - - -, Teje I, II, iii.
91. - - - -, Desd., I, ii.
92. C. Suárez de Figueroa, op. cit., pág. 306.
93. Alarcón, Examen, II, xiii.

94. - - - -, Desd, II, vi.
95. - - - -, Ganar, III, viii.
96. - - - -, Prueba, Acto I, pág. 339a.
97. - - - -, Desd, I, xiii.
98. - - - -, Prueba, Acto III, pág. 379b.
99. - - - -, Seme, I, i.
- 100.- - - -, Favores, II, ii.
- 101.- - - -, Culpa, III, viii.

.

CAPITULO IV

1. Alarcón, Verdad, I, iii.
2. - - - -, Seme, I, vi.
3. Ibid., III, vi.
4. Carmine B. Bourland, "Aspectos de la vida del hogar en el siglo XVII según las novelas de Da. Mariana de Carbajal y Saavedra", en Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal, (Madrid, 1925), pág. 332-333.
5. L. Pfandl, op. cit., pág. 126.
6. Alarcón, Teje I, II, xv.
7. J. Deleito y Piñuela, La mujer, pág. 100. Véase también C.B. Bourland, op. cit., pág. 339.
8. P. Pérez de la Sala, op. cit., pág. 429.
9. Ibid., pág. 441.
10. Alarcón, Favores, I, vii.
11. - - - -, Verdad, III, iii.
12. - - - -, Todo, III, ix.
13. A. de Rojas Villandrando, op. cit., 101.
14. "Cartas de algunos P.P....", Tomo IV, pág. 223.
15. J. Deleito y Piñuela, La mujer, pág. 21.
16. Alarcón, Paredes, I, xvi.
17. Ibid.
18. "Cartas de algunos P.P. ...", Tomo IV, pág. 210.
19. Alarcón, Favores, I, vii.
20. - - - -, Verdad, I, ix.
21. - - - -, Desd, I, ii.
22. - - - -, Verdad, I, viii.

23. J. Deleito y Piñuela, La mujer, pág. 181.
24. "Cartas de algunos P.P. ...", Tomo II, págs. VIII-IX.
25. J. Deleito y Piñuela, La mujer, 182-183.
26. Alarcón, Favores, I, 1. Véase también C. Suárez de Figueroa, op. cit., pág. 273.
27. Hernando de Talavera, Reforma de Trages (Enseñase el buen uso del tabaco), (Baeza, 1638) pág. 26a.
28. J. Deleito y Piñuela, La mujer, pág. 153.
29. "Cartas de algunos P.P. ...", Tomo III, pág. 205.
30. J. Deleito y Piñuela, La mujer, Pág. 160.
31. J. de Zabaleta, op. cit., págs. 62-63.
32. J. Deleito y Piñuela, La mujer, pág. 170.
33. Ibid., pág. 174.
34. Ibid., págs. 175-176.
35. H. de Talavera, op. cit., pág. 15a y b.
36. Ibid., pág. 45a.
37. Alarcón, Culpa, I, xii.
38. H. de Talavera, op. cit., pág. 58b.
39. J. Deleito y Piñuela, La mujer, pág. 185.
40. L. Pfandl, op. cit., pág. 273.
41. G. Marañón, op. cit., pág. 229.
42. J. Deleito y Piñuela, La mujer, pág. 188.
43. Ibid., pág. 190.
44. Ibid., pág. 191.
45. Alarcón, Culpa, III, iv.
46. J. Deleito y Piñuela, La mujer, pág. 201.
47. Alarcón, Empeños, III, vi.

48. J. Deleito y Piñuela, La mala vida, pág. 15.
49. Ibid., pág. 19.
50. Ibid., pág. 20.
51. Alarcón, Prueba, Acto III, pág. 364a.
52. - - - -, Manga, Acto III, pág. 1080b.
53. J. Deleito y Piñuela, La mala vida, pág. 23.
54. Alarcón, Cruel, III, 111.
55. - - - -, Siempre, II, xvi.
56. J. Deleito y Piñuela, La mala vida, pág. 32.
57. P. Pérez de la Sala, op. cit., pág. 336.
58. A. de Castro y Rossi, op. cit., pág. 161.
59. P. Pérez de la Sala, op. cit., págs 536-537.
60. Alarcón, Siempre, III, xviii.
61. Martin A.S. Hume, La Corte de Felipe IV, Trad. de P.M.G.,
(Barcelona, 1949) pág. 131.
62. Alarcón, Dueño, I, xii.
63. - - - -, Empeños, III, v.
64. - - - -, Siempre, III, i.
65. - - - -, Dueño, I, xiii.
66. - - - -, Desd, II, vii.
67. - - - -, Favores, II, xii.
68. J. Deleito y Piñuela, La mujer, pág. 48.
69. Alarcón, Desd, II, vi.
70. - - - -, Mudar, II, 111.
71. J. Deleito y Piñuela, La mujer, pág. 54.
72. Ibid., pág. 56.
73. Alarcón, Quien, 248b.

74. - - - -, Prueba, Acto II, pág. 355b.
75. Ibid., pág. 351b.
76. Alarcón, Verdad, I, vi.
77. - - - -, Quien, I, xi.
78. - - - -, Culpa, I, xiii.
79. - - - -, Examen, II, ii.
80. - - - -, Verdad, I, viii.
81. - - - -, Desd., I, i.
82. - - - -, Manga, Acto II, pág. 1069b.
83. - - - -, Teje I, III, ix.
84. J. Deleito y Piñuela, La mujer, pág. 59.
85. Alarcón, Todo, I, xiv.
86. J. Deleito y Piñuela, La mujer, págs. 63-64.
87. Alarcón, Culpa, I, iv.
88. J. Deleito y Piñuela, La mujer, pág. 291.
89. Alarcón, Cruel, III, iii.
90. - - - -, Culpa, I, ii.
91. J. Deleito y Piñuela, La mujer, pág. 20.
92. Alarcón, Culpa, I, i.
93. J. Deleito y Piñuela, La mujer, pág. 38.
94. Ibid., pág. 114.
95. J. Deleito y Piñuela, La mala vida, pág. 36.
96. Ibid., pág. 37.
97. Ibid., pág. 42.
98. Ibid., pág. 43.
99. L. Pfandl, op. cit., pág. 172.
100. J. Deleito y Piñuela, La mala vida, pág. 45.

101. Ibid., pág. 55.
102. Alarcón, Desd. I, x.
103. - - - -, Indist. I, x.

.

CAPITULO V

1. J. Deleito y Piñuela, También se divierte, pág. 170
2. Alarcón, Culpa, II, vii.
3. J. Deleito y Piñuela, También se divierte, pág. 263.
4. Ibid., pág. 269.
5. Alarcón, Mudar, II, xi.
6. J. Deleito y Piñuela, También se divierte, pág. 270.
7. L. de Cabrera de Cordoba, op. cit., págs 59-60.
8. Ibid.
9. A. de Rojas Villandrando, op. cit., págs 159-163.
10. R. Sepúlveda, El Corral, pág. 52.
11. Hugo Albert Rennert, The Spanish Stage in the time of Lope de Vega, (New York, 1909) pág. 199.
12. R. Sepúlveda, El Corral, pags. 60-61.
13. J. Deleito y Piñuela, El Rey, pág. 147.
14. José del Campo, Del Corral del Príncipe al Teatro Español, prólogo de Victorino Tamayo, encuadernado junto Cien años de Madrid, (Madrid, 1932) págs 41-42.
15. Ibid., pág. 39.
16. H.A. Rennert, op. cit., pág. 204.
17. J. Deleito y Piñuela, También se divierte, págs.175-176.
18. Ibid., pág. 176.
19. Ibid., págs. 176-177.
20. Ibid., pág. 217.
21. Ibid., pág. 199. Véase también Ibid., pág. 245.
22. Ibid., pág. 207.
23. Ibid., pág. 208.

24. Ibid., pág. 209.
25. Ibid., pág. 211.
26. Ibid., pág. 212.
27. Ibid., pág. 213.
28. Ibid., pág. 198.
29. Alarcón, Cueva, Acto II, pág. 128a y b.
30. - - - -, Paredes, II, vi.
31. J. Deleito y Piffuela, También se divierte, Págs. 185-186.
32. Ibid., pág. 240.
33. Ibid., pág. 244.
34. Ibid., pág. 285.
35. Ibid., pág. 257.
36. Ibid., pág. 225.
37. Ibid.
38. Ibid., pág. 224.
39. Ibid.
40. Ibid., pág. 259.
- ~~40a.~~ Alarcón, Paredes, II, ii.
41. H.A. Rennert, op. cit., pág. 106.
42. J. de Zabaleta, op. cit., pág. 27.
43. Ibid., pág. 43.
44. Ibid., pág. 33.
45. Ibid., págs 36-37.
46. Ibid., pág. 40.
47. Ibid., pág. 41.
48. Alarcón, Dueño, III, xiii.
49. - - - -, Todo, III, iv.

50. J. Deleito y Piñuela, También se divierte, págs. 194-195.
- 50a. Alarcón, Todo, I, xiv.
51. - - - , Prueba, Acto III, pág. 364b.
52. - - - , Cueva, Acto II, pág. 135b.
53. J. Deleito y Piñuela, También se divierte, pág. 196.
54. C. Suárez de Figueroa, op. cit., pág. 237.
55. J. Deleito y Piñuela, También se divierte, pág. 221.
56. Ibid.,
57. Alarcón, Cueva, Acto II, pág. 131b
58. - - - , Todo, III, ix.
-

CAPITULO VI

1. Alarcón, Anti, Acto III, pág. 1140a y b.
2. - - - -, Pechos, II, xii.
3. J. Deleito y Piñuela, La vida religiosa española bajo el cuarto Felipe, (Madrid, 1952) pág. 77
4. Ibid., pág. 97.
5. Ibid., pág. 113.
6. Ibid., pág. 128.
7. "Cartas de algunos PP. ...", Tomo I, pág. 15.
8. J. Deleito y Piñuela, La mala vida, pág. 101.
9. Alarcón, Anti, III, pág. 1139e.
10. J. Deleito y Piñuela, La vida religiosa, pág. 14.
11. Ibid., pág. 31.
12. Ibid., pág. 186.
13. R. Sepúlveda, Antiguallas, pág. 17.
14. A. de Rojas Villandrando, op. cit., pág. 100.
15. Alarcón, Cueva, III, págs. 156a y b, 157a.
16. Ibid., III, págs. 159a y b.
17. José A. Sánchez Pérez, Supersticiones españolas, (Madrid, 1948) págs. 35-36.
18. Sebastián Cirac Estopañán, Los procesos de hechicerías en la Inquisición de Castilla la Nueva (Tribunales de Toledo y Cuenca), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, (Madrid, 1942) págs. 40-41.
19. R.P. Fray Martín de Castañega, Tratado de las supersticiones y hechicerías, Ed. Soc. de Bibliófilos españoles,

- (Madrid, 1946), pág. 62-63.
20. Ibid., págs. 75-76.
 21. J.A. Sánchez Pérez, op. cit., pág. 152.
 22. Alarcón, Gueva, Acto II, pág. 141a y b.
 23. - - - -, Quien, I, xvii.
 24. - - - -, Manga, Acto II, págs. 1066b-1067a.
 25. S. Cirac Estopañán, op. cit., pág. 55.
 26. J.A. Sánchez Pérez, op. cit., pág. 82.
 27. J. Deleito y Piffuela, La vida religiosa, pág. 236.
 28. Pedro Ciruelo, Tratado en el qual se repruevan todas las sypersticiones y hechizerias: muy vtil y necessario a todos los buanos Christianos zelosos de su saluacion, 4a impresion, con notas de Pedro Antonio Iofreu, (Barcelona, 1628) pág. 176.
 29. Ibid.
 30. F. Martín de Castañega, Tratado, págs. 131-132.
 31. J. Deleito y Piffuela, La vida religiosa, pág. 257.
 32. Ibid., págs. 265-266.
 33. Alarcón, Prueba, Acto III, pág. 366a.
 34. P. Ciruelo, op. cit., págs. 210-211.
 35. Ibid., pág. 68.
 36. Alarcón, Prueba, Acto I, pág. 332a.
 37. - - - -, Anti, Acto I, pág. 1113a.
 38. - - - -, Gueva, Acto III, pág. 160b.
 39. P. Ciruelo, op. cit., pág. 44.
 40. J. Deleito y Piffuela, La vida religiosa, pág. 225.
 41. Alarcón, Desd. III, xlii.

42. F. Martín de Castañega, op. cit., pág. 41.
43. Alarcón, Manga, Acto I, pág. 1059a y b.
44. Ibid., Acto II, pág. 1064a.
45. - - - -, Cueva, Acto I, pág. 121b.
46. F. Martín de Castañega, op. cit., págs. 57-58.
47. J. Deleito y Piñuela, La vida religiosa, pág. 227.
48. F. Martín de Castañega, op. cit., págs. 123-124.
49. Alarcón, Quien, I, xviii.
50. Ibid.
51. - - - -, Prueba, Acto I, pág. 346a
52. Ibid., Acto II, págs. 348b-349a.
53. J. Deleito y Piñuela, La vida religiosa, pág. 187.
54. P. Ciruelo, op. cit., pág. 141.
55. Alarcón, Culpa, I, vi.
56. F. Martín de Castañega, op. cit., pág. 73.
57. Alarcón, Prueba, Acto I, pág. 342b.
58. J.A. Sánchez Pérez, op. cit., pág. 71.
59. Alarcón, Cueva, Acto II, págs. 140b-141a.
60. Ibid., Acto I, pág. 122a.
61. Ibid., Acto I, págs. 116a y b.
62. - - - -, Dueño, III, xxix.
63. - - - -, Favores, II, x.
64. A. de Castro y Rossi, op. cit., pág. 134.
65. P. Ciruelo, op. cit., pág. 61.
66. Alarcón, Cueva, Acto I, pág. 122b.
67. J. García Mercadal, Estudiantes, pág. 178.
68. Alarcón, Cueva, Acto II, pág. 129b.

69. Ibid., Acto I, pág. 123a y b.

70. Ibid., Acto III, págs. 157a y b- 159a.

71. - - -, Desd., I, vii.

.

BIBLIOGRAFIA

- Abreu Gómez, Ermilo, Ruiz de Alarcón, bibliografía crítica, Ed. Botas (México, 1939).
- Aguirre Ibañez, Rufino, Salamanca vista por los extranjeros, (Salamanca, 1953).
- Alarcón y Mendoza, Juan Ruiz de, Teatro completo, Intr. de E. Abreu Gómez, (México, 1951).
- - - - - , La verdad sospechosa, Introduction, notes, appendices sur le milieu madrilène, résumé analytique, comparaison avec le "Menteur" de Corneille, bibliographie et lexique, par. Gaspard Delpy et Serge Denis, (Paris, 1951).
- Alcalá y Yañez, Gerónimo de, El Donado hablador, vida y aventuras de Alonso, mozo de muchos amos, 2 tomos, (Madrid, 1805).
- Alcalá Zamora, Niceto, El derecho y sus colindancias en el teatro de don Juan Ruiz de Alarcón, (Madrid, 1934).
- Alvarez y Baena, D. José Antonio, Compendio histórico de las grandezas de la coronada villa de Madrid, corte de la monarquía de España, (Madrid, 1786).
- - - - - , Hijos de Madrid, ilustres en santidad, armas, ciencia y artes, (Madrid, 1789-91).
- Amador de los Ríos, Historia de la Villa y Corte de Madrid, Tomo III, (Madrid, 1863).
- Anales de Madrid de León Pinelo, Ed. y estudio crítico del manuscrito número 1.255 de la Bibl. Nac. por Ricardo Martorell Téllez-Girón, (Madrid, 1931).

- Apraiz, Angel de, La casa y la vida en la antigua Salamanca, 2a. edición., (Salamanca, 1942).
- Aragón, Henrique de, Marqués de Villena, Arte Cisoria, o del arte del cortar del cuchillo, con prólogo y "Breve resumen de la vida del Marqués de Villena", (Madrid, 1766).
- Barja, César, Literatura española: libros y autores clásicos, (Brattleboro, Vt., 1922)
- Bell, Aubrey F.G., Luis de Leon (A Study of the Spanish Renaissance), (Oxford, 1925).
- Bonilla y San Martín, Adolfo, La vida corporativa de los estudiantes españoles en sus relaciones con la historia de las Universidades, Discurso leído en la solemne inauguración del curso académico de 1914 a 1915..., (Madrid, 1914).
- Botello (Botelho) de Moraes i Vasconcelos, Francisco, Historia de las Cuevas de Salamanca, Nueva impresión (Salamanca, 1737).
- Boughner, Daniel C., The Braggart in Renaissance Comedy, (Minneapolis, 1954).
- Cabrera de Cordoba, Luis, Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614, (Madrid, 1857).
- Campo, José del, Del Corral del Príncipe al Teatro Español, pró. de Victorino Tamayo, encuadernado con Cien años de Madrid, (Madrid, 1932) págs. 1-87.
- "Cartas de algunos P.P. de la Compañía de Jesus, sobre los

sucesos de la monarquía entre los años de 1634 y 1648",
Tomos I, II, III y IV, en Memorial histórico español,
Tomos XIII, XIV, XV y XVI, (Madrid, 1861-1862).

Castañega, Fr. Martín de, Tratado de las supersticiones y
hechicerías, Ed. Sociedad de Bibliófilos españoles,
(Madrid, 1946).

Castro, Miguel de, Vida del soldado español Miguel de Castro
escrita por él mismo (1593-1611), publicada por A. Paz
y Meliá, (Madrid, 1900).

Castro Leal, Juan Ruiz de Alarcón, Su vida y su obra, (Mé-
xico, 1943)

Castro y Rossi, Adolfo de, Discurso acerca de las costumbres
públicas y privadas de los españoles en el siglo XVII,
fundado en el estudio de las comedias de Calderón, (Ma-
drid, 1881).

Cejador y Frauca, J. Historia de la lengua y literatura espa-
ñola, 14 tomos, (Madrid, 1915-1922).

Cervantes Saavedra, Miguel de, Carta a D. Diego de Astudillo
Garrillo, en que se le da cuenta de la fiesta de San
Juan de Alfarache el día de Sant Laureano, manuscrito
de la Biblioteca Colombina, publicado e ilustrado por
D. Aureliano Fernández Guerra, (Madrid, 1864).

- - - - - , Rinconete y Cortadillo, Ed. crítica por
F. Rodríguez Marín, 2a. impresión (Madrid, 1910).

- - - - - (?), La Tía fingida, ed. publicada por
A. Bonilla y San Martín, (Madrid, 1911).

Sebastián
Cirac Estopañán, Los procesos de hechicerías en la Inquisición

de Castilla la Nueva, (Tribunales de Toledo y Cuenca),
Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Inst.
Jerónimo Zurita, (Madrid, 1942).

Ciruelo, Pedro, Tratado en el qual se repruevan todas las
supersticiones a todos los buenos Christianos zelosos
de su saluacion, 4a (?) impresión, con notas de Pedro
Antonio Iofreu, (Barcelona, 1628).

Colmenero de Ledesma, Curioso tratado de la naturaleza y
calidad del chocolate, (Madrid, 1631).

Conti, Trissino de, Viaggi in diversi parti d'Europa, (Ve-
necia, 1837).

La Corte y Monarquía de España en los Años 1636 y 1637,
ed. por Ant. Rodríguez Villa, (Madrid, 1886).

Cossío, José Ma. de, Los toros en la poesía, Col. Austral
(Buenos Aires, 1944).

Cuervo, Fr. Justo, Historiadores del Convento de San Esteban
de Salamanca, 3 tomos, (Madrid, 1855).

Davies, R. Trevor, El Siglo de Oro español (1501-1621),
trad. de Angel L. Canellas, (Zaragoza, 1944).

Deleito y Pifuel, José, La mala vida en la España de Fe-
lipe IV, pró. de Gregorio Marañón, (Madrid, 1948).

- - - - - , La mujer, la cam y la moda, (Madrid, 1946).

- - - - - , El Rey se divierte, (Madrid, 1935).

- - - - - , Sólo Madrid es Corte, (Madrid, 1942).

- - - - - , También se divierte el pueblo, (Madrid,
1944).

- - - - - , La vida religiosa española bajo el cuarto

Felipe, (Madrid, 1952).

Denis, Serge, La Langue de J.R. de Alarcón, (París, 1943).

- - - - - , Lexique du Théâtre de J.R. de Alarcón, (París, 1943).

Díaz de Escobar, Narciso, y Francisco de Paula Lasso de la Vega, Historia del teatro español, comediantes, escritores, curiosidades escénicas, 2 tomos, (Barcelona, 1924).

Dorado, Bernardo, Historia de la Ciudad de Salamanca, (Salamanca, 1776).

Esperabé Arteaga, E., Historia pragmática de la Universidad de Salamanca, 2 Tomos, (Salamanca, 1914).

Esquivel Navarro, Juan de, Discursos sobre el arte del Danzado, (Madrid, 1947). (Reproducción en facsímile de la edición de Sevilla, 1642).

Feijóo y Montenegro, Fr. Benito Jerónimo, "Cuevas de Salamanca y Toledo y mágica de España", Obras escogidas, BAR, Tomo LXV, (Madrid, 1863).

Fernández-Guerra y Orbe, Aureliano, Noticia de un precioso codice de la Biblioteca Colombina; algunos datos nuevos para ilustrar el Quijote; varios rasgos ya casi desconocidos ya inéditos de Cervantes, Cetina, Salcedo, Chaves y el Bachiller Engrava...., (Madrid, 1864).

Fernández-Guerra y Orbe, Luis, D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, (Madrid, 1871).

Fernández de los Ríos, A Guía de Madrid, (Madrid, 1876).

Fitzmaurice-Kelly, James, A new history of Spanish Literature, (Oxford, 1926)

Foulché-Delbosc, Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal, (París, 1896).

Fuente, Vicente de la, Historia de las Universidades, Colegios y demás establecimientos de enseñanza en España, 4 tomos (Madrid, 1884-89).

- - - - - , La sopa de los conventos, 2a. edición, (Cádiz, 1871)

García Boiza, Antonio, Intervención de los estudiantes en la Universidad de Salamanca en el siglo XVI, (Salamanca, 1933).

García Mercadal, J., "España vista por los extranjeros", Tomo III de Relaciones de viajeros y embajadores, siglo XVII, (Madrid, 1924?).

- - - - - , Estudiantes, sopistas y pícaros, (Madrid, 1934).

Gil de Zárate, Antonio, De la instrucción pública en España, 3 tomos, (Madrid, 1855).

Gómez Robledo, Xavier, Humanismo en México en el siglo XVI, (México, 1954).

González Davila (DAvila), Gil, Historia de las antigüedades de Salamanca, (Salamanca, 1606).

- - - - - , Teatro de las Grandezas de la Villa de Madrid, Corte de los Reyes Católicos de España, (Madrid, 1623).

González Palencia, A., Un curandero morisco del siglo XVI: Román Ramírez y las fuentes de la comedia "Quien mal anda en mal acaba" de Don Juan Ruiz de Alarcón, (Madrid, 1930).

Grados De bachilleramientos. En todas facultades, desde 22 de abril de 1597 años // 1598 años (de la Universidad de Salamanca).

Hazañas y la Rua, D. Joaquín, Noticia de las Academias literarias, artísticas y científicas de los siglos XVII y XVIII, (Sevilla, 1888).

Hermosilla, Diego de, Diálogo de los pajes, (Madrid, 1901).

Herrero García, Ideas de los españoles del siglo XVII, (Madrid, 1928)

Herrick, M.T., Comic theory in the sixteenth century, (Urbana, Ill., 1950).

Horozeo, Sebastián de, "La vida pupilar de Salamanca qu'escribió el auctor a un amigo suyo", en Cancionero, Ed. Bibliófilos andaluces, (Sevilla, 1874), págs. 5-6.

Hume, Martin A.S., La Corte de Felipe IV, Trad. de P.M.G., (Barcelona, 1949).

- - - - - , Spain, its Greatness and Decay (1479-1788)
3a. edición, (Cambridge, 1940).

Hurtado, Juan, y González Palencia, Angel, Historia de la literatura española, 6a. ed. corr. y aum., (Madrid, 1949)

Jiménez Rueda, Julio, Juan Ruiz de Alarcón (Origen y fecha de su nacimiento. La juventud del poeta. Su experiencia universitaria), (México, 1934).

- - - - - , Juan Ruiz de Alarcón y su tiempo, (México, 1939).

La Barerra y Leirado, Cayetano Alberto de, Catálogo biográfico y bibliográfico del teatro español, desde sus

orígenes hasta mediados del siglo XVIII, (Madrid, 1860).

Latour, Antoine de, Espagne, (Paris, 1869).

Libro de Matricula de la Universidad de Salamanca, para los años 1598-1599, 1599-1600, 1604-1605, 1605-1606, 1606-1607. (Faltan los libros de matrícula para los años 1601, 1602, 1603).

Lifán y Verdugo, Antonio, Gufa y avisos de forasteros que vienen a la Corte, ed. Biblioteca Selecta de Clásicos Españoles (RAE), (Madrid, 1923).

Lison y Biedma, Mateo de, Discursos y apuntamientos de..., (Madrid, 1623).

Madoz, Pascual, Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar, Tomo X, (Madrid, 1847).

Marañón, Gregorio, El Conde-Duque de Olivares (La pasión de mandar), 3a. ed. nuevamente corr. y completada, (Madrid, 1952).

Marradón, Bartolomé, Diálogo del uso del tabaco, (Sevilla, 1618).

Menéndez Pelayo, Marcelino, Historia de los Heterodoxos españoles, Tomo II, (Madrid, 1881).

Mérimée, Ernest, y Morley, S. Griswold, A history of Spanish literature, (New York, 1930).

Mesonero Romanos, Ramón de, El Antiguo Madrid, Nueva edición, 2 tomos (Madrid, 1881).

Monreal, Julio, Cuadros viejos, (Madrid, 1878).

Morel-Fatio, Alfred, La comedia espagnole du XVIIe. siècle,

(París, 1855)

- - - - - , L'Espagne au XVIe et au XVIIe siècle, documents historiques et littéraires, publiés et annotés par..., (Heilbronn, 1878). Contiene: "Academie burlesque celebrée par les poètes de Madrid au Buen Retiro en 1637", págs. 603-667; Camilo Borghese, "Relation du voyage en Espagne en 1594", págs. 151-193, 194-256.

Neumair von Ramssla, J.W., Reise durch Welschland und Hispanien, (Leipzig, 1622).

Pellicer, Juan Antonio, Disertación hist órico-geográfica sobre el origen, nombre y población de Madrid: así en tiempo de moros como de cristianos, (Madrid, 1803).

Pérez Pastor, C., Nuevos datos acerca del histrionismo español en los siglos XVI, XVII, (Madrid, 1901).

Pfandl, Ludwig, Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos XVI y XVII, 2a. edición española, prólogo del P. Félix García, (Barcelona, 1929).

- - - - - , Historia de la literatura nacional española en la Edad de oro, edición Gili, (Barcelona, 1933).

Ponz, Antonio, Viaje de España, preparación, introducción e índices adicionales de Castro María del Rivero, (Madrid, 1947).

Quintana, Jerónimo de, Historia de la antigüedad, nobleza y grandeza de la villa de Madrid, (Madrid, 1954).

Rangel, Nicolás, Bibliografía de Juan Ruiz de Alarcón, (México, 1927).

- - - - - , Boletín de la Biblioteca Nacional de México,
Tomo XI Dic. 1915, No.2, (México, 1915).
- Rennert, Hugo Albert, The Spanish Stage in the time of Lope de Vega, (New York, 1909).
- Reynier, Gustave, La vie universitaire dans l'ancienne Espagne, (París, Toulouse, 1902).
- - - - - , La femme au XVIIe siècle, (París, 1929).
- Reseña histórica de la Universidad de Salamanca, hecha por los doctores D. Manuel Hermenegildo Dávila, etc. ..., (Salamanca, 1848).
- Río, Angel del, Historia de la Literatura española, 2 tomos (New York, 1948).
- Ríos de Lampérez, Blanca de los, "Del siglo de Oro", Tomo III de sus Obras completas, prólogo de M. Menéndez y Pelayo, (Madrid, 1910).
- Rodríguez-Solís, La vida madrileña, (Madrid, 1885).
- Rodríguez Villa, Antonio, La Corte y Monarquía de España en los años 1636 y 37, Colección de cartas inéditas e interesantes..., (Madrid, 1886).
- Rojas Villandando, Agustín de, El Viaje entretenido, edición y prólogo de Justo García Morales, (Madrid, 1945).
- Ruiz de Vergara, Francisco, Historia del Colegio Viejo de S. Bartholomé, 3 tomos, (Madrid, 1766).
- Sackheim, Mussia, Die Lebensphilosophie des Dichters Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, (Berlín, 1936).
- Sánchez Pérez, Jose. A., Supersticiones españolas, (Madrid, 1948).

- Schack, Adolf Friedrich von, Historia de la literatura y del arte dramático en España, trad. española de Eduardo de Mier, 5 tomos (Madrid, 1885-1887).
- Schäfer, Ernesto (Ernst), El Consejo real y supremo de las Indias, Trad. del autor, (Sevilla, 1935).
- Schons, Dorothy, Apuntes y documentos nuevos para la biografía de Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, (Madrid, 1929)
- Sebastián Castellanos, Basilio, Retrato de la M.H.N.I. y C. villa y corte de Madrid, que comprende su historia desde su fundación hasta el día, sus costumbres y la topografía de su local y partido, 2 tomos, (Madrid, 1830)
- Sepúlveda, Ricardo, Antiguallas, (Madrid, 1898).
- - - - - , El Corral de la Pacheca (apuntes para la historia del teatro español), (Madrid, 1888).
- Suárez de Figueroa, Christoval, Plaza universal de todas ciencias y artes, parte traducida de Toscano, y parte compuesta por..., (Madrid, 1615).
- Talavera, Hernando de, Reforma de Trages (Enseñase el buen uso del tabaco), (Baeça, 1638). Encuadernado con: Bartolomé Ximénez de Patón, Proverbios morales, Eraclito de Alonso de Varros, concordados por..., (Baeça, 1615)
- Ticknor, George, History of Spanish Literature, 4 tomos, (Boston, 1872).
- Tormo, Elías, Las Iglesias del antiguo Madrid, 2 fascículos (Madrid, 1927).
- Usigli, Rodolfo, México en el teatro, (México, 1932).
- Valbuena Prat, Angel, Historia de la literatura española, 2 vols.

2a. ed., (Barcelona, 1946).

- - - - - , La Vida española en la edad de oro, según sus fuentes literarias, (Barcelona, 1943).

Vera, Francisco, El tratado de Astrología del Marqués de Villena, (Madrid, 1930).

Vidal y Díaz, Memoria histórica de la Universidad de Salamanca, (Salamanca, 1869).

Vossler, Karl, Algunos caracteres de la cultura española, 2a. edición, Col. Austral (Madrid, 1944).

Zabaleta, Juan de, El día de fiesta por la mañana (El día de fiesta por la tarde), Pró., ed. y notas de María Antonia Sanz Cuadrado, 2 tomos (Madrid, 1948).

.

ARTICULOS

Abreu Gómez, E., "Los graciosos en el teatro de Ruiz de Alarcón," en Investigaciones lingüísticas, Tomo III, (México, 1935) 189-201.

Anibal, C.E. "Observations on 'La estrella de Sevilla'," en Hispanic Review, II, (Philadelphia, 1934) 6-15.

Brooks, John, "La verdad sospechosa: the source and purpose," en Hispania, Vol. XV, no. 3, (Stanford, 1932) 243-252.

Bourland, Caroline B., "Aspectos de la vida del hogar en el siglo XVII según las novelas de Da. Mariana de Carabaja y Saavedra," en Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal, II, (Madrid, 1925) 331-368.

Castro, Americo, "Algunas observaciones acerca del concepto del honor en los siglos XVI y XVII", en Revista de Filología Española, III, (Madrid, 1916) 1-50 y 357-386.

Castro Leal, A., "Juan Ruiz de Alarcón y la moral," en Filosofía y Letras, no. 5, (México, 1942) 73-79.

Castro y Calvo, José Ma., "El resentimiento de la moral en el teatro de D. Juan Ruiz de Alarcón," en Revista de Filología Española, XXVI, (Madrid, 1942) 282-297.

Cotarelo y Mori, "Las comedias en los conventos de Madrid en el siglo XVIII," en Revista de Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid, (Octubre, 1925) págs. 461 y sigs.

Crawford, J.P.W., "The Braggart Soldier and the Rufián in the Spanish Drama of the Sixteenth Century," en Romantic Review, II (1911), 186-208.

Denis, Serge, "Notes sur Madrid Dans le théâtre d'Alarcon", en Les Langues Modernes, Vol. 37 (Paris, 1939), 248-253.

Gallegos Rocaful, J.M., "El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII," en Filosofía y Letras, no. 24 (México, 1952), 315-319.

Gómez de las Cortinas, José Frutos, "La genesis de Las paredes oyen de Ruiz de Alarcón," en Revista de Filología Española, XXXV (Madrid, 1951), 92-105.

Hamilton, T. Earle, "'Comedias' attributed to Alarcón examined in the light of his known epistolary practices," en Hispanic Review, XVII (1949), 124-132.

- - - - - , "Spoken letters in the comedias of Alarcon,

- Tirso and Lope," en PMLA, LXII (1947), 62-75.
- Kennedy, Ruth Lee, "Contemporary satire against Ruiz de Alarcón as lover," en Hispanic Review, XIII (1945), 145-165.
- Maestre y Alonso, A., "La Universidad de Salamanca; Recuerdos del siglo XVII," en Revista de España, Vol. 128 (1890), págs. 35-47.
- Miranda, Leonor de, "De Lope a Calderón: Ética y estética en el teatro del Siglo de oro," en Cuadernos de Literatura, II (Madrid, 1947), 215-247.
- Monreal, Julio, "Media noche era por filo" (Costumbres del siglo XVII), en La Ilustración Española y Americana, (1884, 2. semestre) 90, 106, 155, 186, 262, 275, 291 y 307.
- Nemtzw, Sarah, "El estudiante en la comedia del siglo de oro," en Modern Language Forum, XXXI (Los Angeles, 1946), 60-81.
- Pérez, Elisa, "Influencia de Plauto y Terencio en el teatro de Ruiz de Alarcón," en Hispania, Vol. XI (1928) 131-149.
- Pérez de la Sala, Pedro, "Costumbres españolas en el siglo XVII," en Revista de España, CXXXIV (1891), 425-442, 524-543, y CXXXV (1891), 192-208, 330-342.
- Rennert, Hugo A., "The staging of Lope de Vega's comedias," en Rev. Hispanique, XV (París, 1906), 453-485.
- Reyes, Alfonso, "Bibliografía de Ruiz de Alarcón," Letras de México, II, no. 8 (15 de agosto de 1929), 12.
- , -, -, -, -, "Ruiz de Alarcón y las fiestas de Baltasar

Carlos," en Rev. Hispanique, XXXVI, no. 89 (París, 1916), 170-176. También en sus Capítulos de literatura española, (México, 1939) 217-228.

Rodríguez Marín, Francisco, "Nuevos datos para la biografía del insigne dramaturgo don Juan Ruiz de Alarcón," en Unión Ibero-Americana, XXV, nos. 5 y 7 (Madrid, 1911),

Schons, Dorothy, "The Mexican Background of Alarcón," en Bulletin Hispanique, XLIII (1941) 45-64. Reimpreso en PMLA, LVII (1942), 89-104.

Thomas, Antoine, "Roger Bacon et les étudiants espagnols," en Bulletin Hispanique, VI (Bordeaux, 1904), 18-28.

Torres Rioseco, Arturo, "Juan Ruiz de Alarcón y su tiempo," en Revista Hispánica Moderna, VII (N.Y., 1942), 231-235.

Van Praag, J.A., "Don Domingo de Don Blas," en Revista Filológica Española, XXII (Madrid, 1935), 66.

"Vida del Capitán Alonso de Contreras, caballero del hábito de San Juan, natural de Madrid, escrita por él mismo (Años 1582 a 1633)," intr. y edición por Manuel Serrano y Sanz, en Boletín de la Real Academia de la Historia, XXXVII (Madrid, 1900), 129-270.

Waxman, Samuel M., "Chapters on Magic in Spanish Literature," en Rev. Hispanique, XXXVIII (París, N.Y., 1916), 325-463.

.